



CAZADORES DE SOMBRAS

Libro dos
Ciudad de Cenizas

Título original: THE MORTAL INSTRUMENTS
Book two
City of Ashes

Índice

Prólogo: Humo y diamantes

4

Parte Uno: Una estadía en el infierno

I. La flecha de Valentine	8
II. La luna del cazador	17
III. El Inquisidor	30
IV. El pájaro parásito	36
V. Los pecados de nuestros padres	46
VI. Ciudad de Cenizas	57
VII. La Espada Etérea	62

Parte Dos: Las puertas del Infierno

VIII. La Corte de los Milagros	68
IX. Y la muerte no tendrá límites	90
X. Un lugar bonito y privado	100
XI. Humo y acero	105
XII. La maldad del	

sueño _____ 112

XIII. Una multitud de ángeles

rebeldes _____ 125

Parte Tres: Dias Irae

XIV. Sin

Miedo _____ 136

XV. Colmillos de

serpiente _____ 147

XVI. Una Piedra del

Corazón _____ 160

XVII. Al este del

Edén _____ 171

XVIII. Oscuridad

Visible _____ 184

XIX. Dias

Irae _____ 196

Epílogo

212

Prólogo

Humo y diamantes

La formidable estructura de acero y vidrio se elevaba desde su posición en Front Street como una brillante aguja pinchando el cielo. El Metropole tenía cincuenta y siete pisos de altura, era el edificio habitacional más costoso del centro de Manhattan. El piso más alto, el cincuenta y siete, tenía los más lujosos apartamentos de todos: el Metropole penthouse, una obra maestra de brillantes diseños en blanco y negro.

Aún demasiado nuevo para estar cubierto de polvo, sus pisos de mármol desnudo reflejaban las estrellas visibles a través de las enormes ventanas que llegaban al piso. Los cristales eran completamente traslúcidos, dando la ilusión de que no había nada entre el paisaje y el observador, provocando una terrible sensación de vértigo incluso en aquellos que no temían a las alturas. Más abajo corría el listón plateado del East River, adornado de brillantes bahías, marcado por botes tan pequeños como motitas negras, partiendo los parpadeantes bancos de luz que eran Manhattan y Brooklyn a ambos lados. En una noche clara la iluminada Estatua de la Libertad era visible desde el sur, pero ésa noche había niebla, y la Isla de la Libertad estaba oculta tras un blanquecino banco de neblina. Por muy espectacular que fuera la vista, el hombre parado frente a la ventana no parecía particularmente interesado en ella. Tenía el ceño fruncido y rígido, la cara parca mientras se giraba sobre los talones y apartaba la mirada del vidrio, las suelas de sus botas hacían ecos contra el piso marmóreo.

-¿Todavía no terminas? -demandó, pasando una mano a través de su pelo color blanco sal- Ya pasamos más de una hora aquí

El chico hincado en el piso lo miró, nervioso y petulante.

-Es el mármol. Es más sólido de lo que pensé. Se me hace difícil trazar el pentagrama

-Entonces no hagas el pentagrama

De cerca era más fácil ver que a pesar de tener el pelo blanco, el hombre no era viejo. Su cara tallada a cincel, era severa pero delineada, sus ojos claros y firmes. El chico tragó saliva con fuerza y las prominentes alas negras y membranosas (tenía aberturas verticales en la espalda de su chamarra de mezclilla para acomodarlas) aletearon nerviosamente.

-El pentagrama es una parte necesaria de cualquier invocación demoníaca. Usted sabe eso señor. Sin él...

-No estamos protegidos. Ya lo sé joven Elías. Pero apresúrate. He conocido hechiceros que pueden invocar un demonio, pactar con él y despacharlo de vuelta al infierno en el tiempo que te está tomando dibujar ésa maldita estrella de cinco puntas.

El chico no dijo nada, simplemente atacó al mármol de nuevo, ésa vez con una urgencia renovada. El sudor le perló la frente y él empujó

sus cabellos hacia atrás con una mano que tenía dedos conectados con delicadas membranas semejantes a las telarañas.

-Terminé -dijo al fin, sentándose sobre sus pantorrillas y jadeando un poco- Está terminado

-Bien -el hombre sonaba complacido- Empecemos

-Mi dinero

-Te lo dije, tendrás tu dinero después de hablar con Agramon, no antes

Elías se paró y se quitó la chamarra; a través de los agujeros que había cortado, las alas parecían comprimirse incómodamente, liberadas, se abrieron y expandieron solas, levantando una brisa en el aire encerrado de la habitación. Sus alas eran del color de una capa de petróleo: negras y atravesadas por un arco iris de colores temblorosos. El hombre lo miró de lejos, como si las alas le molestaran, pero Elías no pareció notarlo. Empezó a dar vueltas alrededor del pentagrama que había dibujado, en sentido contrario a las agujas del reloj y cantando en un lenguaje satánico que sonaba como las llamas crepitando. Con un sonido como aire escapando de un neumático, la línea exterior del pentagrama repentinamente se prendió en llamas. La docena de gigantescas ventanas reflejaron una docena de estrellas de doce puntas incendiándose. Algo se movía dentro del pentagrama, algo sin forma y negro. Elías cantaba más rápido ahora, levantando sus manos membranosas, trazando delicadas líneas en el aire con sus dedos que por donde pasaban encendían una estela de fuego azul. El hombre no podía hablar chthonian, el lenguaje de los hechiceros con fluidez, pero reconoció lo suficiente para entender las palabras que Elías repetía en su cántico:

Agramon, yo te convoco. Desde los espacios entre los mundos, yo te convoco.

El hombre deslizó una mano en su bolsillo, algo duro y metálico encontró sus dedos. Sonrió. Elías dejó de caminar y se detuvo enfrente del pentagrama, ahora su voz se elevaba y caía en un canto constante, el fuego azul ardía alrededor de él como un rayo. Súbitamente un hilillo de humo negruzco rozó el pentagrama; hizo un espiral hacia arriba, expandiéndose y solidificándose. Dos ojos se suspendieron entre las sombras como rubíes atrapados por la tela de una araña.

-¿Quién me llamó a través de los mundos? -demandó Agramon, su voz sonaba como vidrio chocando entre sí- ¿Quién me invocó?

Elías dejó de cantar y permaneció parado y quieto frente al pentagrama, excepto por sus alas, que golpeaban el aire lentamente. El aire hedía a corrosión y quemado.

-Agramon -dijo el hechicero- Soy el hechicero Elías. Yo fui quién te llamó

Por un momento hubo silencio. Entonces el demonio se rió, si puede decirse que el humo ríe. La risa era por sí misma como ácido cáustico.

-Tonto hechicero -silbó Agramon- Chico estúpido

-Tú eres el tonto, si crees que puedes amenazarme -dijo Elías, pero su voz tembló como sus alas- Serás prisionero del pentagrama, Agramon, hasta que yo te libere

-¿En serio?

El humo surgió hacia el frente, deshaciéndose y volviéndose a hacer. Un zarcillo tomó la forma de una mano humana y golpeó el borde del pentagrama en llamas que lo contenía, entonces, con una sacudida, el humo pasó a través de la estrella, barriendo el borde como una ola barre un castillo de arena. Las llamas chillaron y murieron al tiempo que Elías, gritando, cayó de espaldas, entonando en un ágil chthonian, hechizos de contención y desvanecimiento.

Nada pasó, la masa de humo negro le cayó encima, inexorablemente, y ahora empezaba a tener una forma, contrahecha, enorme, y espantosa, los ojos le brillaban alterados, del tamaño de platos, expeliendo una luz mortífera. El hombre miró con pasivo interés a Elías que gritaba de nuevo y corría. Nunca llegó a la puerta.

Agramon se lanzó hacia delante, su masa negra empujó al suelo al hechicero como hirviente alquitrán. Elías tembló patéticamente un momento bajo la sacudida y luego se quedó quieto. La sombra oscura se retiró, dejando al hechicero tieso en el piso de mármol.

-Espero -dijo el hombre, que había sacado el objeto de metal frío de su bolsillo y jugaba moleestamente con él- que no le hayas hecho nada que lo inutilice para mí. Necesito su sangre, como verás

Agramon se giró, un pilar negro con mortales ojos de diamante que recorrieron al hombre con el traje caro, su fría, despreocupada cara, las marcas negras cubriendo su piel y el objeto brillante en su mano.

-¿Le pagaste al chico hechicero para invocarme? ¿Y no le dijiste lo que yo puedo hacer?

-Exactamente -dijo el hombre

Agramon habló con admiración contenida.

-Eso fue astuto

El hombre dio un paso en dirección al demonio.

-Yo soy muy astuto. Y también soy tu amo ahora. Sostengo la Copa Mortal. Debes obedecerme, o enfrentar las consecuencias

El demonio calló por un momento y luego se deslizó por el suelo en una especie de parodia de servilismo, lo más cercano que una criatura sin cuerpo podía estar de andar de rodillas.

-Estoy a tu servicio ¿Mi amo...? -la oración acababa cortésmente, en una pregunta

El hombre sonrió.

-Dime Valentine

Parte Uno
Una estadía en el infierno

*Creo que estar en el infierno, y por lo tanto, estoy en él.
-Arthur Rimbaud*

I. La flecha de Valentine

Alec, recargado en la pared del elevador, miraba airado a través del pequeño espacio que lo separaba de Jace.

-¿Sigues molesto? -preguntó Jace

-No estoy molesto

-Oh claro que estás molesto

Jace le lanzó una mirada acusadora a su casi hermano y lanzó un pequeño aullido cuando el dolor le pinchó el brazo. Cada parte de él dolía desde el porrazo que se había dado aquella tarde cuando saltó tres pisos a través de la madera roída y cayó en una pila de chatarra metálica. Incluso sus dedos estaban llenos de cardenales. Alec, quien hacía poco se había empezado a recuperar un poco más de su pelea con Abbadon, no se veía mejor de lo que Jace se sentía. Tenía la ropa cubierta de lodo y su cabello colgaba en mechones sudorosos y lacios y tenía un corte grande bajo la mejilla.

-No lo estoy -dijo Alec entre dientes- Sólo porque los demonios dragones estaban extintos...

-Dije *casi* extintos

Alec le clavó el índice en el pecho.

-Casi extintos -dijo con la voz temblándole de ira- no significa que estén LO SUFICIENTEMENTE EXTINTOS

-Ya veo -dijo Jace- Tendré que cambiar entonces el texto del libro de demonología que dice "parcialmente extintos" a "no lo suficientemente extintos" sólo para complacer a Alec, porque él prefiere que los monstruos estén mucho muy extintos ¿Te haría eso feliz?

-Chicos, chicos -dijo Isabelle, que había estado examinando su cara en la pared espejo del elevador- No peleen -se dio la vuelta desde el espejo con una sonrisa radiante- Está bien, hubo un poco más de acción de la que esperábamos, pero igual fue divertido

Alec la miró y agitó la cabeza.

-¿Cómo es que tú nunca te ensucias?

Isabelle se encogió de hombros filosóficamente.

-Porque soy pura de corazón y eso repele la suciedad

Jace se carcajeó tan fuerte que ella se volteó a verlo con el entrecejo fruncido, él sacudió sus dedos cubiertos de mugre enfrente de su cara, tenía tierra entre las uñas.

-Sucio por dentro y por fuera -dijo

Isabelle estaba a punto de replicar cuando el elevador anunció que iba a detenerse con el sonido chirriante de los frenos.

-Hora de arreglar esto -dijo, tirando de la puerta para abrirla.

Jace la siguió hasta la entrada, ya mirando a dónde pondría su armadura y las armas y encaminándose hacia una ducha caliente; había convencido a sus compañeros de ir a cazar con él, descartando el hecho de que Hodge no estaba ahí para darles instrucciones. La cosa era que Jace casi había olvidado las peleas, la cruenta diversión de matar y cómo

era distraerse de todos los problemas, sabiendo lo que buscaba, Alec e Isabelle lo acompañaron, trepando entre los asquerosos y desiertos túneles subterráneos hasta que encontraron al demonio Dragonidae y lo mataron. Los tres trabajaron al unísono, como siempre lo hacían. Como una familia.

Jace se desabrochó la chamarra y la colgó en una de las perchas empotradas en la pared. Alec estaba sentado en un banco bajito de madera junto a él, pateando sus botas cubiertas de lodo, tarareando desafinadamente, dejándole saber a Jace que no estaba tan enfadado. Isabelle estaba quitándose las horquillas de su largo y oscuro cabello, dejando que cayera alrededor de ella.

-Tengo hambre -dijo ella- Desearía que mamá estuviera aquí para cocinarnos algo

-Mejor que no esté -dijo Jace, desatorando sus armas del cinturón- Ya nos estaría regañando por ensuciar la alfombra

-En eso tienes razón -dijo una voz fría, y Jace se dio la vuelta, las manos aún en el cinturón, y vio a Maryse Lightwood, los brazos cruzados, esperando en el marco de la puerta. Usaba un traje de viaje rígido y negro y su cabello, negro como el de Isabelle, estaba atado en un moño apretado que le colgaba en la espalda. Sus ojos, de un azul gélido, barrieron la figura de los tres como si buscara alguna pista.

-¡Mamá! -Isabelle, recuperando la compostura, corrió a los brazos de su madre

Alec hizo lo mismo y se les unió, tratando de esconder el hecho de que aún cojeaba. Jace se quedó donde estaba. Había algo en los ojos de Maryse mientras lo miró a él que lo había congelado en su lugar. Seguro que lo que había dicho no había sido tan malo, ellos solían bromear acerca de su obsesión con las alfombras antiguas todo el tiempo...

-¿Dónde está papá? -pregunto Isabelle, mirando a la espalda de su madre- ¿Y Max?

Hubo una pausa casi imperceptible, entonces Maryse dijo:

-Max está en su habitación y tu padre, desafortunadamente, sigue en Alicante. Había unos negocios que requerían su atención

Alec, generalmente más sensible a los cambios de humor que su hermana, pareció dudar.

-¿Pasa algo malo?

-Lo mismo debería preguntar yo -el tono de su madre era cortante ¿Estás cojeando?

Alec era terrible mintiendo, así que Isabelle contestó por él, suavemente.

-Tuvimos un encuentro con el demonio Dragonidae en los subterráneos. Pero no es nada

-Y supongo, que el Gran Demonio al que se enfrentaron la semana pasada no era nada ¿cierto?

Ni siquiera Isabelle pudo hallar una respuesta para eso. Miró a Jace, quién deseó que ella no lo hubiera hecho.

-Eso no estaba planeado -Jace no podía concentrarse

Maryse no lo había saludado aún, ni siquiera un hola, y seguía mirándolo con ojos como dagas. Había un sentimiento de vacío en su estómago que se empezaba a hacer más grande. Nunca lo miraría igual a antes, sin importar lo que hubiera hecho.

-Fue un error

-¡Jace! -Max, el más joven de los Lightwood, se coló entre las piernas de Maryse y saltó dentro de la habitación, evadiendo la mano de su madre- ¡Volviste, volviste!

Dio una vuelta en círculo, sonriéndoles a Alec e Isabelle en señal de triunfo.

-Creí oír el elevador

-Y yo creí decirte que te quedaras en tu cuarto -dijo Maryse

-Yo no me acuerdo -dijo Max, con una seriedad que hizo que incluso Alec sonriera

Max era pequeño para su edad (siete años más o menos) pero tenía una atracción contenida que combinada con sus lentes grandísimos, le daban el aire de ser mucho mayor. Alec fue hacia él y agitó el cabello de su hermano, pero Max seguía mirando a Jace, con los ojos brillantes. Jace sintió que el puño frío apretaba aún más su estómago. Max lo veía como un héroe al que idolatraba incluso más que a su propio hermano mayor, probablemente porque Jace era más tolerante en presencia de Max.

-Oí que peleaste con un Gran Demonio -dijo- ¿Fue emocionante o qué?

-Fue... diferente -respondió Jace- ¿Qué tal estuvo Alicante?

-Maravilloso. Vimos las cosas más geniales. Había una armadura gigantesca en Alicante y me llevaron a los lugares donde hacen armas. Y tienen una nueva forma de hacer espadas de serafín también, para que duren más, y voy a tratar que Hodge me enseñe como...

Jace volvió inmediatamente sus ojos a Maryse, su expresión era de incredulidad. ¿Max no sabía nada acerca de Hodge? ¿No le habían dicho? Maryse vio su mirada y sus labios se fruncieron en una línea delgada.

-Suficiente Max -jaló a su hijo pequeño por el brazo, quién alzó la cabeza un tanto sorprendido de la brusquedad de su madre

-Pero estoy hablando con Jace

-Ya lo sé -ella lo empujó levemente a Isabelle- Isabelle, Alec, lleven a su hermano a su habitación. Jace, -había tensión en su voz cuando dijo su nombre, como si un ácido invisible secará las sílabas dentro de su boca- ve a ducharte y búscame en la librería tan pronto como puedas

-No lo entiendo -dijo Alec, mirando primero a su madre y luego a Jace- ¿Qué está pasando?

Jace pudo sentir un sudor frío recorriéndole la espalda.

-¿Es acerca de mi padre?

Maryse se sacudió dos veces, como si las palabras "mi padre" hubieran sido dos bofetadas.

-La biblioteca -dijo entre los dientes apretados- Discutiremos el asunto ahí

Alec dijo:

-Lo que sea que haya pasado no fue culpa de Jace. Todos tuvimos un poco de culpa. Y Hodge dijo...

-Discutiremos acerca de Hodge también

Los ojos de Maryse se posaron en Max, su voz sonó a advertencia.

-Pero madre... -protestó Isabelle- Si vas a castigar a Jace, deberías castigarnos a todos. Sería más justo. Hicimos las mismas cosas

-No -dijo Maryse, después de una pausa tan larga que Jace pensó que probablemente ella no iba a decir nada- No fue así

*

-Regla número uno del anime -dijo Simon, sentado en una pila de almohadas al pie de su cama, con una bolsa grande de papas fritas en una mano y el control remoto en la otra. Usaba una camisa negra que decía I blogged your mom y unos jeans con un agujero en una rodilla- Nunca te metas con un monje ciego

-Por supuesto -dijo Clary, agarrando una papa e introduciéndola en el aderezo balanceado en el plato en medio de ellos- Por alguna razón siempre pelean mejor que los monjes que pueden ver

Miró hacia la pantalla.

-¿Están bailando?

-No están bailando. Tratan de matarse entre ellos. Éste tipo era el enemigo a muerte del otro de ahí ¿te acuerdas? Mató a su padre. ¿Por qué habrían de estar bailando?

Clary mordió la papa y observó meditabunda la pantalla, donde espirales amarillas y rosas de nubes giraban en torno a los dos hombres con alas, que flotaban alrededor del otro, cada uno blandiendo una lanza brillante. De vez en cuando uno de ellos hablaba, pero dado que todo estaba en japonés con subtítulos en chino, no se entendía mucho.

-El tipo del sombrero -preguntó ella- ¿Era el malo?

-No el tipo del sombrero era el padre. Era el emperador mágico y ése era su sombrero del poder. El malo es el que tiene una mano mecánica que habla

El teléfono sonó. Simon bajó la bolsa de papas e hizo como que se iba a levantar, Clary lo detuvo halándole de la muñeca.

-No. Deja que suene

-Pero podría ser Luke. Podría estar llamando del hospital

-No es Luke -dijo Clary, sonando más segura de lo que se sentía- Llamaría a mi celular, no a la casa

Simon la miró largo rato antes de sentarse de nuevo en la alfombra, junto a ella.

-Si tú lo dices...

Ella podía oír la duda en su voz, pero también algo que le decía

“sólo quiero que seas feliz”. No estaba segura de que estar feliz se pareciera a lo que sentía en esos momentos, no con su madre en el hospital atada a montones de tubos y máquinas ruidosas, y Luke como un zombi, despatarrado en una silla de plástico duro junto a su cama. No lo era preocuparse por Jace todo el tiempo y levantar el teléfono, marcar el número del Instituto antes de volverlo a poner donde estaba, sin que la llamada llegara. Si Jace quería hablar con ella, la llamaría. Tal vez había sido un error llevarlo a ver a Jocelyn. Ella estaba casi segura de que si su madre podía oír la voz de su primogénito despertaría. Pero no lo hizo. Jace se mantuvo quieto e incómodo cerca de la cama, su cara pintada por ángeles tenía los ojos indiferentes. Clary perdió la paciencia y le gritó y Jace hizo lo mismo antes de marcharse. Luke lo vio irse con una especie de interés en su exhausta cara.

-Ésta es la primera vez que los veo actuar como hermano y hermana -remarcó

Clary no respondió. No había punto en decirle cuánto deseaba ella que Jace no fuera su hermano. No puedes romper tu propio ADN, no importa cuánto lo desees. No importa si eso te haría feliz. Pero incluso si ella no podía ser totalmente feliz, pensó, al menos aquí, en la casa de Simon, en su dormitorio, se sentía tan a gusto como en casa. Lo conocía lo suficiente para recordar la cama en forma de auto de bomberos y bloques Lego apilados en una esquina de la habitación. Ahora la cama era un futón con una brillante línea, que había sido un regalo de su hermana, y las paredes estaban forradas con pósters de bandas como Rock Solid Panda y Stepping Razor. Había una batería en la esquina donde antes estaban los Lego, y una computadora en la otra esquina, la pantalla seguía congelada con una imagen de World of Warcraft. Era casi como estar en su propia habitación (misma que ya no existía), así que, a fin de cuentas, era lo mejor que podía desear.

-Más chibis -dijo Simon lánguidamente.

Todos los personajes en la pantalla se habían transformado en versiones bebés de sí mismos de una pulgada de altura, y se perseguían entre sí, corriendo a través de ollas y sartenes.

-Voy a cambiar de canal -anunció Simon, tomando el control remoto- Estoy cansado de esto del anime. No sé de qué trata y ninguno ha tenido sexo

-Claro que no -dijo Clary, tomando otra papa- El anime es un entretenimiento familiar

-Si estás de humor para algo que sea menos “familiar”, podríamos ver canales porno -acotó Simon- ¿O preferirías ver Internado de Brujas o Le mentí a Dianne?

-¡Dame eso! -Clary le quitó el remoto, pero Simon ya había cambiado el canal y reía.

Dejó de reír de inmediato. Clary lo miró sorprendida, observando la TV con la cara pálida. Estaban pasando una vieja película a blanco y negro de Drácula. Ella ya la había visto antes, con su madre. Bela Lugosi,

delgada y con la cara pintada de blanco, envuelta en la familiar capa de cuello alto, sus dedos se curvaron hacia atrás, dejando ver los afilados incisivos.

-Nunca bebo... vino -dijo con ése acento húngaro tan marcado

-Me encantan las telarañas hechas de hule espuma -dijo Clary, tratando de sonar divertida- Es tan obvio

Pero Simon ya se había levantado, tirando el control remoto a la cama.

-Vuelvo en un minuto -murmuró.

Su cara tenía el color del cielo de invierno después de que acabara de llover. Clary lo miró irse, mordiéndose el labio con fuerza, era la primera vez desde que su madre estaba en el hospital que se daba cuenta que Simon tampoco era muy feliz que digamos.

*

Moviendo su cabello hacia atrás, Jace miró su reflejo en el espejo con ojo crítico. Una runa sanadora se había encargado de lo peor de las heridas, pero no había ayudado con las sombras bajo sus ojos y las delgadas líneas en las orillas de su boca. Le dolía la cabeza y se sentía disperso y mareado. Sabía que debió haber comido algo en la mañana, pero despertó con nauseas y pesadillas, y no se quiso detener a comer, lo que en verdad quería era extinguir sus pesadillas con cardenales y sudor. Tiró la toalla a un lado, pensó largamente en el dulce té negro que Hodge tomaba por las noches en el invernadero. Se llevaba el hambre y se llenaba de cierta energía. Desde la muerte de Hodge, Jace había tratado de hervir toda clase de plantas y hojas en agua y ver si podía producir un té parecido, pero el resultado era siempre un sabor amargo, como cenizas líquidas que lo hacían dar arcadas y escupir.

Se encaminó descalzo hacia su habitación y se puso unos jeans y una camisa limpia. Empujó hacia atrás su cabello dorado y húmedo, frunciendo el entrecejo, estaba muy largo y le picaba los ojos, algo de lo que Maryse se hubiera encargado, de cortarlo. Podría no ser uno de los hijos biológicos de los Lightwood, pero lo trataban como si lo fuera desde que lo adoptaran a la edad de diez, después de la muerte de su propio padre. La supuesta muerte, se recordó Jace, y el hueco en su estómago resurgió de nuevo. Últimamente se sentía como una de esas lanternas hechas de calabazas vaciadas, como si lo hubieran raspado con un tenedor y tallado una sonrisa macabra en su cara. Frecuentemente se preguntaba si algo de lo que supuestamente sabía de su vida, o de sí mismo, había sido verdad acaso. Pensó que era un huérfano y no lo era. Pensó que era hijo único y resultó que tenía una hermana. Clary. El dolor volvió, más fuerte.

Lo empujó hacia abajo. Sus ojos se detuvieron en el pedazo de espejo roto sobre su ropero, aún reflejando campos verdes y un cielo azul diamantino. Era cerca del ocaso en Idris: el cielo estaba oscuro

como el cobalto. Atragantándose con su vacío, Jace tiró sus botas en dirección a las escaleras que llevaban a la librería. Se preguntó mientras subía los escalones qué sería lo que Maryse quería decirle sólo a él. Ella se veía como si quisiera enjaularlo y golpearle con una vara. No podía recordar la última vez que lo había golpeado. Los Lightwood no daban castigos corporales, al contrario de Valentine, que tenía toda clase de dolorosos castigos para hacer obedecer. La piel de Cazador de Sombras de Jace siempre estaba sana, cubriendo casi todas las evidencias. En los días y semanas después de que su padre muriera Jace recordaba haber buscado en todo su cuerpo por cicatrices, alguna marca que pudiera servirle de recuerdo, una conexión física entre él y su padre.

Llegó a la biblioteca y tocó una vez antes de abrir. Maryse está ahí, sentada en la vieja silla de Hodge cerca del fuego. La luz salpicaba desde las ventanas altas y Jace pudo ver los toques de gris en su cabello. Sostenía una copa de vino rojo; había un sacacorchos en la mesa junto a ella.

-Maryse -dijo.

Ella se sobresaltó, tirando algo de vino.

-Jace. No te oí entrar

Él no se movió

-¿Recuerdas la canción que solías cantarle a Isabelle y Alec cuando era niños y le temían a la oscuridad y no querían quedarse dormidos?

Maryse pareció desconcertada.

-¿De qué hablas?

-Se colaba por las paredes -dijo- La habitación de Alec era contigua a la mía entonces

Ella no dijo nada

-Era en francés -dijo Jace- La canción

-No sé por qué recuerdas algo así -lo miró como si la hubiera acusado de algo

-Nunca me cantaste -hubo una pausa completamente perceptible

-Oh tú -dijo ella- Tú nunca le temiste a la oscuridad

-¿Qué clase de niño no le teme a la oscuridad? -sus cejas se alzaron

-Siéntate Jonathan -dijo- Ahora

Él caminó, despacio para no molestarla, a través de la habitación, y se tiró en una de las sillas con alas detrás del escritorio.

-No quisiera que me dijeras Jonathan

-¿Por qué no? Es tu nombre -lo miró ella- ¿Hace cuánto que lo sabes?

-¿Saber qué?

-No te hagas el tonto. Sabes exactamente lo que estoy preguntando -le dio la vuelta a la copa entre los dedos- ¿Hace cuánto que sabes que Valentine es tu padre?

Jace consideró y descartó muchas respuestas. Normalmente, podría haber salido del embrollo haciendo reír a Maryse.

-Casi tanto como tú
Maryse negó con la cabeza lentamente.

-No te creo

Jace se sentó derecho. Sus manos se apretaron en puños alrededor de los brazos del sillón. Podía ver un leve temblor en sus dedos, y se preguntó si estaba ahí antes. No lo creía así. Sus manos siempre habían estado tan quietas como sus latidos.

-¿No me crees? -hasta él pudo oír la incredulidad en su propia voz y contrajo la cara involuntariamente.

Claro que no le creía. Había sido obvio desde el momento en que llegó a casa.

-No tiene sentido Jace ¿Cómo podrías no saber quién es tu propio padre?

-Me dijo que era Michael Wayland. Vivíamos en la casa de campo de los Wayland

-Un detalle lindo -dijo Maryse- ¿Y tu nombre? ¿Cuál es tu verdadero nombre?

-Eso ya lo sabes

-Jonathan Christopher. Supe que ése era el nombre del hijo de Valentine. Sabía que Michael tenía un hijo llamado así. Es un nombre muy común entre los cazadores de sombras. Nunca pensé que era extraño que lo compartieran, y por el nombre de pila del hijo de Michael nunca me preocupé. Pero ahora ya no importa. ¿Cuál era el nombre de pila del verdadero hijo de Michael? ¿Cuánto tiempo planeó Valentine todo esto? ¿Desde cuándo sabía que asesinaría a Jonathan Wayland? -ella perdió la compostura, sus ojos fijos en Jace- Nunca te pareciste a Michael -dijo- Pero a veces los niños no se parecen a sus padres. Nunca lo había pensado antes. Pero ahora puedo ver a Valentine en ti. El modo en que me miras. El desafío. No te importa lo que digo ¿cierto?

Pero sí le importaba. Todo lo que hacía era fingir que no, para que ella no se diera cuenta.

-¿Haría una diferencia si me interesara?

Ella puso la copa en la mesa junto a ella. Estaba vacía.

-Y respondes a preguntas con más preguntas para perderme, como Valentine siempre lo hizo. Tal vez debí saberlo

-Tal vez no es nada. Sigo siendo la misma persona que he sido los pasados siete años. Nada ha cambiado en mí. Si no te recordaba a Valentine antes, no veo por qué ahora sí

La mirada de ella se movió lejos de él, como si no se atreviera a mirarlo fijamente.

-Seguro que cuando hablábamos de Michael, debiste saber que no nos referíamos a tu padre. Las cosas que dijimos de él nunca se aplicarían a Valentine.

-Dijiste que era un buen hombre -el enojo revoloteó en su interior- Dijiste que era un valiente Cazador de Sombras. Un padre amoroso. Pensé que eso se ajustaba lo suficiente.

-¿Qué hay de las fotografías? Debes haber visto fotografías de Michael Wayland y te diste cuenta de que no era a quién tu llamabas padre -ella se mordió el labio- Sácame de esa duda

-Todas las fotografías fueron destruidas en el Levantamiento. Eso me dijiste. Ahora me pregunto si no fue porque Valentine las quemó para que nadie supiera quién estaba en el Círculo. Nunca tuve una fotografía de mi padre -dijo Jace, preguntándose si había sonado como se sentía.

Maryse puso una mano en la sien y se masajeó la cabeza como si le doliera.

-No puedo creerlo -dijo, para sí misma- Es una locura

-Entonces no lo creas. Créeme -dijo Jace y sintió el temblor en sus manos aumentar.

Ella bajó la mano.

-¿No crees que eso quiero? -reclamó ella, y por un momento Jace creyó oír el eco de la voz de Maryse cuando iba a su habitación en las noches cuando tenía diez años y miraba fijamente al techo, pensando en su padre, y ella se sentaba en su cama con él hasta que se dormía, justo antes del amanecer.

-No sabía -dijo Jace de nuevo- Y cuando me pidió volver a Idris con él, dije que no. Sigo aquí. ¿Eso no cuenta para nada?

Ella miró la botella, como considerando tomar otra copa, luego pareció descartar la idea.

-Desearía que contara -dijo ella- Pero hay muchas razones por las que tu padre podría querer que te quedes en el Instituto. En donde Valentine esté implicado, no puedes confiar en nadie con quién haya tratado

-Trató contigo -dijo Jace, y al instante se arrepintió, viendo la mueca que cruzó el rostro de ella

-Y lo odiaba -dijo Maryse- ¿Has...? ¿Podrías...?

Sus ojos eran del mismo color que los de Alec, pero Alec nunca le había mirado así.

-Dime que lo odias, Jace. Dime que lo odias y a todo por lo que pelea

Pasó un momento, otro, y Jace, mirando abajo, hacia sus manos, tan fuertemente apretadas que sus nudillos se estaban poniendo blancos como la espina de un pescado.

-No puedo hacerlo

Maryse tosió con fuerza.

-¿Por qué no?

-¿Por qué no puedes tú decir que confías en mí? Viví contigo la mayor parte de mi vida. Seguro que me conoces mejor que él

-Suenas muy honesto, Jonathan. Siempre lo has hecho, incluso cuando eras un pequeño niño tratando de echarle la culpa por algo que Isabelle o Alec habían hecho. Sólo he conocido a una persona tan persuasiva como tú

Jace frunció los labios.

-Te refieres a mi padre

-Sólo hay dos clases de personas en el mundo de Valentine -dijo ella- Los que estuvieron en el Círculo y lo que no. Los últimos fueron enemigos y los primeros, armas en el arsenal. Lo vi tratar de convertir a cada uno de sus amigos, incluso a su propia esposa, en un arma para la causa ¿y quieres que crea que no haría lo mismo con su hijo? -negó con la cabeza- Lo conozco lo suficiente

Por primera vez, Maryse lo miró con más tristeza que enojo.

-Eres una flecha tirada directo al corazón de la Clave, Jace. Eres la flecha de Valentine. Lo sepas o no

*

Clary le cerró la puerta al ruido de la TV y corrió a buscar a Simon. Lo encontró en la cocina, inclinado en el fregadero con la llave abierta. Tenía las manos aferradas al borde.

-¿Simon?

La cocina era brillante, de un alegre amarillo, las paredes decoradas de rayones de crayola y bocetos a lápiz que Simon y Rebecca habían hecho en la escuela. Rebecca tenía talento para dibujar, podría decirse, pero los bocetos de Simon de personas parecían parquímetros con volutas de cabello. No los miraba ahora, aún cuando pareciera así por el ángulo al que apuntaban los músculos de sus hombros.

Caminó hacia el lavabo, poniendo una mano suavemente en su espalda. Sintió las vértebras de su columna a través de la delgada camisa de algodón y se preguntó si habría perdido peso. No podía decirlo con sólo verlo, pero mirar a Simon era como mirar un espejo, cuando ves a alguien a diario, no notas los pequeños cambios en la apariencia.

-¿Estás bien?

Él cerró la llave con un movimiento brusco de su muñeca.

-Claro, estoy bien

Clary puso un dedo en el lado izquierdo de su barbilla y le giró la cara en dirección a ella. Estaba sudando y el cabello oscuro que caía en su frente estaba pegado a su piel, no obstante el aire frío que entraba por la ventana medio abierta de la cocina.

-No te ves bien ¿Fue la película? -no hubo respuesta- Lo siento, no debí hacerme reído, es sólo que...

-¿No lo recuerdas? -su voz sonó pastosa- Yo...

Clary se acordó. Aquella noche, recordando, parecía como un neblinoso camino de prisas, de sangre y sudor, de sombras angulosas en los marcos, de caídas desde el cielo. Recordó las caras blancas de los vampiros, como hojas de papel contra la oscuridad y recordó a Jace abrazándola, murmurándole en la oreja.

No es real. Es un espejismo

Simon la miró y Clary volvió al presente.

-¿Luzco diferente? -preguntó

Ella alzó la vista hacia él. Tenía el mismo pelo café, no negro, pero de un color tan café, sin toques grises. ¿Se veía diferente? Tenía un poco más de confianza en sí mismo desde que “mató” a Abbadon, el Gran Demonio; pero también había cierta precaución alrededor de él, como si estuviera esperando algo. Era algo que había notado en Jace. Quizá la alarma de que la muerte estaba ahí.

-Sigues siendo Simon

Él entrecerró los ojos, como relajado, y mientras sus pestañas bajaban, ella vió qué tan angulosos se habían vuelto sus pómulos. Había perdido peso, pensó, y estaba a punto de decirlo cuando él se inclinó y la besó. Ella estaba tan sorprendida de sentir sus labios juntarse que se quedó rígida, sosteniéndose del borde del lavabo. Como quiera, no lo empujó, y tomando esto como un signo de ánimo, Simon deslizó su mano detrás de su cabeza y profundizó el beso, mezclando sus labios con los de ella. Su boca era suave, más que la de Jace y la mano que sostenía su cuello era tibia y gentil. Sabía a sal. Clary dejó que sus ojos se cerraran y por un momento, en la oscuridad y el calor sintió sus dedos moviéndose entre su cabello.

Y el irritante timbre del teléfono sonó, ella saltó hacia atrás como si él la hubiera empujado, no obstante él no se movió. Ellos intercambiaron miradas entre sí unos momentos, en una confusión loca, como dos personas transportadas de repente a un planeta extraño con nada familiar. Simon reaccionó primero, alcanzando el teléfono que colgaba de la pared.

-¿Bueno? -sonó normal, pero su torso subía y bajaba rápidamente
Le pasó el auricular a Clary.

-Es para ti

Clary tomó el teléfono. Podía sentir el corazón golpeándole la garganta, como las alas de un insecto atrapado bajo su piel. Podría ser Luke llamando del hospital. Algo le habría pasado a su madre. Clary pasó saliva.

-Luke ¿eres tú?

-No, es Isabelle

-¿Isabelle?

Clary miró a Simon mirándola, apoyado en el fregadero. El sonrojo en sus mejillas había desaparecido.

-¿Por qué estás...? quiero decir ¿qué pasa?

Había un dejo quebrado en la voz de la otra chica, como si hubiera estado llorando.

-¿Jace está ahí?

Clary literalmente separó el teléfono de su oreja, para verlo antes de volver a contestar.

-¿Jace? No ¿Por qué debería estar aquí?

La respiración de Isabelle se contrajo, como un chillido.

-Es que... no lo encontramos

II. La luna del cazador

Maia nunca confió en los chicos guapos, por eso odió a Jace Wayland en primera instancia. Su hermano gemelo, Daniel, había heredado la piel morena de su madre y sus grandes ojos oscuros, y era la clase de persona que haría arder las alas de las mariposas sólo para verlas hacer combustión y morir mientras volaban. Algo similar le hacía a ella, en pequeña escala al principio, golpeándola donde los moretones no se veían, cambiando el champú por cloro. Ella lo acusó con sus padres pero no le creyeron. Nadie le creía después de conocer a Daniel, lo confundían con una inocente e indefensa palomita. Cuando él le rompió el brazo en noveno grado, ella corrió a casa, pero sus padres la regresaron a la escuela. En décimo, Daniel fue atropellado por un conductor y murió al instante. Parada junto a sus padres, junto a la tumba, Maia se sentía avergonzada por el sentimiento de alivio y seguridad que la embargaba. Dios, pensó, la castigaría por alegrarse de que su hermano estuviera muerto.

El año siguiente, lo hizo. Conoció a Jordan. Cabello largo y oscuro, piernas fuertes en jeans apretados, camisetas geniales y pegadas como si fueran de chica. Ella nunca pensó que fuera su tipo, junto al montón de chicas pálidas con lentes fashion, pero a él parecieron llamarle la atención sus curvas. Le dijo que era hermosa entre besos. Los primeros meses fueron como un sueño; los últimos meses, como una pesadilla. Se volvió posesivo, controlador. Cuando se enojaba con ella, le daba bofetadas con el dorso de la mano, dejando una marca enrojecida. Cuando intentó dejarlo, la empujó, golpeándola en su propio patio delantero antes de que pudiera correr y refugiarse dentro de su casa. Más tarde, Maia se dejó ver besándose con otro chico, sólo para enfatizar que lo de ellos dos se había terminado. Nunca recordó el nombre del chico. Lo que sí recordó fue que ésa noche, cuando iba camino a su casa en la noche, con gotas de lluvia en el pelo y lodo en los pantalones, tomó un atajo a través del parque cercano. Recuerda la forma oscura saltando desde la cerca de un arriate y el cuerpo mojado y gigantesco de un lobo tirándola al suelo, el horrible dolor cuando sus mandíbulas se cerraron alrededor de su garganta. Lloró y gritó, sintiendo su propia sangre en la boca, su cerebro gritando: Es imposible. Imposible. No hay lobos en Nueva Jersey, no en su ordinario vecindario suburbano, no en el siglo XXI. Sus chillidos atrajeron la luz de las casas cercanas, una tras otra las ventanas encendiéndose como rayitos de luz. El lobo la dejó en paz, sus mandíbulas chorreaban hilillos de sangre y algunos pedazos de piel.

Veinticuatro puntadas después, estaba de vuelta en su habitación rosa, su madre cerniéndose ansiosamente. El doctor de la sala de emergencias dijo que la mordida parecía de un perro grande, pero Maia sabía que no. Antes de que el lobo se fuera, escuchó un susurro conocido y caliente en su oreja “Eres mía ahora. Siempre serás mía” Ella nunca vió a Jordan de nuevo, él y sus padres empacaron y se cambiaron de casa y

ninguno de sus amigos supo a dónde, o ya lo hubieran dicho.

Maia sólo se sorprendió un poco cuando la próxima luna llena el dolor empezó: un dolor que la jalaba arriba y abajo desde las piernas, forzándola a ponerse a cuatro patas, doblando su espina como un ilusionista hubiera doblado una cuchara. Cuando sus dientes le quemaron y cayeron al suelo como chicles masticados, se desmayó. O creyó hacerlo. Despertó a millas de su casa, desnuda y cubierta de sangre, la herida en su brazo palpitando como un segundo corazón. Aquella noche tomó un tren a Manhattan. No fue una decisión difícil de tomar. Ya era lo suficientemente malo no ser del todo americana en su barrio suburbano y conservador. Dios sabe lo que le harían a un hombre lobo, o en su caso, una mujer lobo.

No fue difícil encontrar una manada. Había muchas en Manhattan. Se quedó con los que dormían en la vieja estación de policía en el barrio chino. Los líderes de la manada fueron muchos. Primero Kito, luego Véronique, luego Gabriel y ahora, Luke. A Maia le gustaba tener a Gabriel de líder, pero Luke era mejor. Tenía una mirada confiable en sus ojos azules y no era muy guapo, así que no le disgustó. Estaba lo suficientemente cómoda con esta manada, durmiendo en la vieja estación de policía, jugando cartas y comiendo comida china en las noches cuando la luna no estaba llena, cazando en el parque si lo estaba, y al día siguiente, después de transformarse, bebiendo en la Luna del Cazador, uno de los mejores bares para licántropos del submundo. Estaba semioculto por un jardín y nadie te molestaba si no te veías de veintiuno. Ser un licántropo te hacía crecer rápido, y en cuanto los colmillos y el pelo te crecían cada mes, eras bienvenido en la Luna, no importando cuantos años mundanos tuvieras. Aquellos días difícilmente pensaba en su familia, pero cuando vio al chico rubio con la larga gabardina negra acechando la entrada del bar, Maia se congeló. No se veía como Daniel, no exactamente; Daniel tenía el pelo negro y largo y curvado en la nuca sobre su piel morena, y este chico era todo blanco y oro. Pero tenían los mismos cuerpos, la misma forma de caminar, como una pantera al acecho, y la misma confianza en sí mismos por saber que eran atractivos. Su mano se cerró convulsivamente alrededor del vaso y tuvo que recordarse: Está muerto, Daniel está muerto.

Una oleada de murmullos se coló en el bar cuando los zapatos del chico entraron, como si fuera el frente de una ola golpeando la popa de un bote. El chico actuó como si no hubiera oído nada, jalando un banquito hacia sí con un pie enfundado en una bota, se sentó y apoyó los codos en la barra del bar. Maia lo oyó ordenar cerveza de malta en el silencio que precedió a los murmullos. Él bebió la mitad del líquido de un trago. El licor tenía el mismo color dorado que su cabello. Cuando levantó la mano para poner el vaso en la barra, Maia vio las pequeñas y entrelazadas Marcas en sus muñecas y el dorso de las manos. Bat, el chico sentado junto a ella (habían salido una vez, pero ahora eran amigos) murmuró algo que sonó a "Nephilim". Así que eso era. El chico

no era un hombre lobo. Era un cazador de sombras, un miembro de la policía secreta del submundo. Ellos dictaban las leyes y pactaban con las demás criaturas y no te volvías uno de ellos: Tenías que nacer siendo uno. La sangre los hizo lo que eran. Había un montón de rumores acerca de ellos, la mayoría de ellos ignominiosos: eran altaneros, orgullosos y crueles, miraban con desprecio a los Subterráneos. Había un montón de cosas que un licántropo preferiría por sobre un cazador de sombras (excepto tal vez, los vampiros). Las personas decían que los cazadores de sombras mataban demonios.

Maia recordaba cuando supo por primera vez que los demonios existían y le contaron todo lo que hacían. Le dio dolor de cabeza. Los vampiros y los licántropos eran sólo personas con una enfermedad, eso lo entendía, pero que esperaran que ella creyera en el Cielo y el Infierno, en demonios y ángeles y porquerías por el estilo, sin poderle decir si Dios existía o no o a dónde ibas al morir, no era justo. Ella creía en demonios (había visto los suficientes para ser incapaz de negarlo) pero deseaba no hacerlo.

-Tengo entendido -dijo el chico, apoyando sus codos en la barra- que sirven Balas de Plata aquí ¿Tan mal va el negocio? -sus ojos chispearon, filosos y brillantes como un cuarto creciente.

El barman, el loco Pete, sólo miró al chico y sacudió la cabeza con disgusto. Si el chico no hubiera sido un cazador, supuso Maia, Pete lo hubiera sacado de la Luna, pero en lugar de eso, caminó al otro lado de la barra y se entretuvo en limpiar vasos.

-De hecho -dijo Bat, que no era capaz de no meter la nariz en algún lugar- no la servimos porque es una cerveza muy mala

El chico cambió el semblante, mirando fijo a Bat, y sonrió levemente. La mayoría de las personas no sonreían levemente cuando Bat los miraba "divertido": Bat medía casi dos metros, con una grave cicatriz que desfiguraba la mitad de su cara donde polvo de plata le había quemado la piel. Bat no era uno de los hijos de la luna que vivía en la estación de policía, ni dormía en una vieja celda. Tenía su propio apartamento y hasta un trabajo. Había sido un novio maravilloso, hasta que botó a Maia por una pelirroja llamada Eva que vivía en Yonkers y despachaba una tienda naturista en su garaje.

-¿Y qué estás tomando? -preguntó el chico, inclinándose tan cerca de Bat que era como si lo insultara- Porque no veo tu tazón por ningún lado

-Te crees muy divertido

En este punto el resto de la manada oía atentamente, listos para apoyar a Bat si decidía golpear al mocoso que había decidido aparecerse en medio de la semana.

-¿No lo crees tú?

-Bat -dijo Maia. Se preguntó si ella era la única en el bar que dudaba de la habilidad de Bat para descontar al chico. No era que dudara de Bat. Había algo en los ojos del otro chico- Ni lo pienses

Bat la ignoró.

-¿No lo crees tú?

-¿Quién soy yo para negar lo obvio?

Los ojos del chico se deslizaron a través de Maia como si fuera invisible y volvieron a Bat.

-No creo que quieras decirme que le pasó a tu cara. Parece como... -y aquí él se inclinó al frente y le dijo algo a Bat en voz tan baja que Maia no lo escuchó. Lo siguiente que supo, fue que Bat le lanzó un puñetazo al chico que hubiera podido romperle la quijada, pero el chico ya no estaba ahí. Estaba parado a poco más de cinco pasos, riendo, mientras el puño de Bat golpeaba limpiamente el vaso abandonado y lo lanzaba hecho trizas a la pared. El loco Pete estaba del otro lado de la barra, su puño gigantesco aferró la camiseta de Bat, antes de que Maia pudiera parpadear.

-Suficiente -dijo- Bat ¿por qué no das un paseo y te calmas?

Bat se dio la vuelta y Pete respingó.

-¿Dar un paseo? ¿Oíste lo que...?

-Lo oí -la voz de Pete se volvió un murmullo- Es un cazador de sombras. Déjalo así, cachorro

Bat dijo una maldición y se soltó del barman. Salió con grandes trancos, los hombros agitándose de rabia. La puerta se azotó detrás de él. El chico dejó de sonreír y miró al loco Pete con una especie de resentimiento, como si el barman le hubiera quitado un juguete con el que planeaba jugar.

-Eso no era necesario -dijo- Me las sé arreglar sólo

Pete miró al cazador de sombras.

-Es mi bar y yo me preocupo por él -dijo finalmente- Deberías llevar tus cosas a otro lado, cazador, si no quieres problemas.

-Yo nunca dije que no quisiera problemas -el chico se sentó en el banco- Además, no terminé mi bebida

Maia señaló detrás de él, donde la pared del bar estaba manchada de alcohol.

-A mí me parece que ya la has terminado

Por un segundo, el chico se quedó en blanco, entonces una chispa curiosa se asomó en sus ojos dorados. Se parecía demasiado a Daniel, tanto que Maia quiso alejarse de ahí. Pete deslizó otro vaso de líquido ámbar a través de la barra antes de que el chico le pudiera responder.

-Aquí tienes -le dijo

Sus ojos vagaron hasta Maia. Ella creyó ver cierto reproche en ellos.

-Pete... -comenzó. No acabó. La puerta del bar se abrió con estrépito.

Bat estaba parado en la entrada. A Maia le llevó un momento darse cuenta de que el frente de su camisa tenía marcas de sangre. Se deslizó debajo de su banco y corrió hacia él.

-¡Bat! ¿Estás herido?

Su cara estaba gris, su cicatriz de plata colgaba de su mejilla como un pedazo de neumático torcido.

-Un ataque -dijo- Hay un chico en el callejón. Un niño muerto. Sangre por todos lados -miró hacia abajo, a sí mismo- No es mi sangre. Estoy bien

-¿Un cuerpo? ¿Pero quién?

La respuesta de Bat hizo una marea de conmoción. Los asientos fueron abandonados y las manadas se apresuraron a la puerta. Pete salió de detrás de la barra y se abrió camino con el trapeador. Sólo el chico cazador estaba donde había estado, la cabeza inclinada hacia su bebida. A ratos entre la multitud de la puerta, Maia apreció un pedazo de pavimento gris en el callejón, salpicado con sangre. Seguía húmedo y corría por entre las hendiduras del piso como los tallos de una planta roja.

-¿Le cortaron la garganta? -Pete estaba diciéndole a Bat, cuyo color había vuelto- ¿Cómo?

-Había alguien en el callejón. Alguien arrodillado junto a él -dijo Bat. Su voz era apretada- No una persona con una sombra normal. Corrieron cuando me vieron. Seguía vivo. Un poco. Me acerqué a él, pero... -Bat se encogió de hombros. Era un movimiento casual, pero sus cuerdas bucales estaban tan tensas como el tronco de un árbol- Murió sin decir nada

-Vampiros -dijo una mujer lobo, su nombre era Amabel, recordó Maia, estaba parada junto a la puerta- Los Hijos de la Noche. No sé de algo más que lo haya podido hacer

Bat la miró, y luego cruzó la habitación hasta el bar. Tomó la espalda de la gabardina del cazador, o eso hubiera hecho si el chico no se hubiera levantado ya, dándose la vuelta con elegancia.

-¿Cuál es tu problema, lobo?

Las manos de Bat estaban tensas.

-¿Estás sordo, nephilim? -gruñó- Hay un chico muerto en el callejón. Uno de los nuestros

-¿Te refieres a un licántropo o alguno de los Subterráneos? -el chico arqueó sus cejas claras- Todos ustedes son iguales para mí

Hubo un ruidito bajo por parte del loco Pete, Maia notó que era algo de sorpresa. Había vuelto dentro del bar y rodeado al resto de las manadas, los ojos fijos en el cazador.

-Sólo era un cachorro -dijo Pete- Se llamaba Joseph

El nombre no le sonaba a Maia, pero vió la mandíbula contraída de Pete y sintió una sacudida en el estómago. Toda la manada estaba enfurecida ahora, y si el cazador tenía un poco de sentido común, saldría corriendo como loco. Pero no lo hizo. Sólo se quedó ahí, mirándolos con esos ojos dorados con ésa sonrisa divertida en su cara.

-¿Un niño licántropo? -dijo

-Era uno de los de la manada -respondió Pete- Sólo tenía quince

-¿Y exactamente qué esperan que yo haga? -replicó el chico

Peter lo miraba, incrédulo.

-Eres un Nephilim -dijo- La Clave nos debe protección en éstas circunstancias

El chico miró por todo el bar, lentamente y con tanta insolencia que la cara de Pete se puso roja de ira.

-No veo nada que necesite ser protegido aquí -dijo- Excepto la mala decoración y la mugre de las mesas. Pero claro, se puede limpiar con cloro

-Hay un chico muerto detrás de la puerta frontal de este bar -dijo Bat, vocalizando cuidadosamente- ¿No crees que...?

-Creo que es un poco tarde para protegerlo a él -dijo el chico- Si ya está muerto...

Pete seguía con la mirada clavada en él. Sus orejas habían crecido a lo largo y cuando habló, su voz siseó por entre los caninos puntiagudos.

-Deberías ser más cuidadoso, Nephilim -le dijo- Deberías ser más cuidadoso

El chico lo miró con ojos opacos.

-¿En serio?

-¿Así que no vas a hacer nada? -dijo Bat- ¿Es eso?

-Voy a terminar mi bebida -dijo el chico, volviendo la vista a su vaso casi vacío, aún sobre la barra- si me permiten

-¿Así que esta es la actitud de la Clave, una semana después de los Acuerdos? -dijo Pete, molesto- ¿La muerte de los Subterráneos no significa nada para ti?

El chico sonrió y la espina de Maia se erizó. Se veía exactamente como Daniel alcanzando y tirando de las alas de una mariquita.

-Como todos los Subterráneos -dijo- Esperan que la Clave limpie el desastre que hacen. Como si nos gustara ser molestados cada que un estúpido cachorro decide morir en medio de su callejón de... -usó una palabra, una palabra que los lobos nunca usaban, una grosería grave que implicaba malas relaciones entre los hombres y las mujeres lobo.

Antes de que nadie se moviera, Bat alzó al cazador, o eso hubiera hecho si el chico siguiera ahí. Bat lo buscó por todos lados, mirando a su espalda como un perro que se persiguiera la cola. La manada soltó un grito de sorpresa.

La boca de Maia se abrió. El cazador estaba parado en la barra, los pies un poco separados. En verdad parecía un ángel vengador listo para hacer la justicia divina desde lo alto, como los cazadores de sombras se suponía que hacían. Y luego extendió la mano y movió los dedos hacía sí, rápidamente, un gesto familiar desde el kindergarten que significaba "Atrápame si puedes" y la manada entera se abalanzó sobre él.

Bat y Amabel saltaron a la barra; el chico giró, tan rápido que su reflejo en el espejo pareció borroso. Maia lo vio patear y en el acto los dos estaban en el suelo en un montón de vidrios rotos. Pudo oír al chico riendo incluso mientras alguien lo alcanzó y lo tiró al suelo; él se hundió

entre la multitud con una energía que demostraba su entusiasmo, y entonces dejó de verlo, sólo una maraña de brazos y piernas. Aún así, creyó oírlo reír, incluso cuando la estela de un cuchillo metálico cortó el aire y ella misma se oyó contener el aliento.

-Suficiente -era la voz de Luke, tranquila, firme, como un latido.

Era extraño como siempre reconocías la voz del líder de la manada. Maia se dio la vuelta y lo vio parado en la entrada del bar, una mano apoyada en la pared. No se veía sólo cansado, sino devastado, como si algo lo estuviera destruyendo por dentro; aún así, su voz era tranquila y volvió a decir lo ya dicho.

-Es suficiente. Dejen al chico en paz

La manada se dispersó lejos del cazador, sólo Bat se quedó parado cerca, desafiante y con una mano aún agarrando la parte trasera de la camisa del cazador, la otra con un cuchillo de hoja corta. El chico tenía la cara cubierta de sangre, pero difícilmente parecía la clase de persona que debía ser salvada; tenía la cara vuelta una mueca que se veía tan atemorizante y peligrosa como el vidrio despedazado del suelo.

-Éste no es un "chico" -dijo Bat- Es un Cazador de Sombras

-Y ellos son bienvenidos aquí -dijo Luke con tono neutral- Son nuestros aliados

-Él dijo que no le importaba -replicó Bat, enojado- Y acerca de Joseph...

-Lo sé -dijo Luke tranquilamente. Sus ojos miraron al chico rubio- ¿No viniste aquí sólo a buscar pelea o sí, Jace Wayland?

El chico (Jace) sonrió, abriendo más la cortada que tenía en el labio y una fina línea de sangre corrió hacia su barbilla.

-Luke

Bat se sobresaltó de oír el nombre del alfa de su manada salir de la boca del cazador y soltó la camisa.

-Yo no sabía... -se disculpó

-No hay nada que saber -dijo Luke, el cansancio en sus ojos descendió hasta su voz.

El loco Pete habló en un ronco murmullo.

-Dijo que la a la Clave no le importaba la muerte de un licántropo, aunque fuera un niño. Y sólo hace una semana de los acuerdos, Luke

-Jace no es el vocero de la Clave -dijo Luke- y no hay nada que hubiera podido hacer para ayudarles aunque hubiera querido. ¿O me equivoco?

Miró a Jace, que estaba pálido.

-¿Cómo puedes...?

-Sé lo que pasó -dijo Luke- Con Maryse

Jace se agarró, y por un momento Maia creyó ver a Daniel escondido debajo de una piel que no era la suya.

-¿Quién te lo dijo? ¿Clary?

-No, no fue Clary

Maia nunca había oído a Luke decir ése nombre, pero lo dijo como

si fuera alguien a quien de verdad apreciara, al igual que el cazador.

-Soy el alfa, Jace. Oigo cosas. Ahora muévete. Vamos a la oficina de Pete y hablaremos

Jace vaciló un minuto antes de encogerse de hombros.

-Está bien -dijo- pero me debes el escocés que no me pude tomar

*

-Éste fue el último lugar donde podría estar -dijo Clary con un suspiro de derrota, dejándose caer en los escalones afuera del Museo Metropolitano de Arte y mirando desconsoladamente hacia la Quinta Avenida- Y era realmente bueno

Simon se sentó junto a ella, las largas piernas extendidas enfrente de él.

-Bueno, es un chico al que le gustan las armas y matar y todo eso, así que ¿por qué no buscarlo donde esté la mayor colección de armas en la ciudad? De todos modos siempre voy a visitar Arms and Armor. Me da ideas para la campaña de la banda.

Ella lo miró sorprendida.

-¿Sigues tocando con Eric, Kirk y Matt?

-Claro. ¿Tiene algo de malo?

-Pensé que dejaría de parecerte interesante desde...

Desde que nuestras vidas comenzaron a parecer una batalla. Acompañada de tipos malos, tipos buenos, magia realmente asquerosa e importantes objetos encantados que hemos de hallar como si fuera un juego del tesoro escondido. Excepto que en el juego, los tipos buenos siempre ganan, derrotan a los tipos malos y vuelven a casa con el tesoro y hasta una linda chica. Cuando en la vida real, pierden el tesoro y a veces Clary no está segura de quiénes son los malos y quiénes los buenos. Ella miró a Simon y sintió una oleada de tristeza. Si dejaba de ir a tocar con sus amigos, sería culpa de ella, como todo lo que había pasado en las semanas anteriores había sido también culpa suya. Recordó su cara blanca en el fregadero por la mañana, antes de que él la besara.

-Simon -comenzó- Justo ahora estoy jugando a ser un clérigo mitad troll que quiere venganza porque los Ores mataron a su familia

Él dijo animadamente.

-Asombroso

Ella se rió al mismo tiempo que el celular sonó. Lo sacó de entre la mochila y lo abrió antes de contestar.

-No lo encontramos -dijo, antes de que él pudiera decir "hola"

-Ustedes no, pero yo sí

Ella se sentó bien.

-Estás bromeando. ¿Está ahí contigo? ¿Puedo hablar con él?

De reojo notó a Simon mirándola fijamente y notó que de la emoción había comenzado a gritar, bajó la voz.

-¿Está bien?

-Más o menos

-¿A qué te refieres con *más o menos*?

-Peleó con una manada de hombres lobo. Tiene unas cuantas cortadas y algunos moretones.

Clary entrecerró los ojos. ¿Por qué? ¿Por qué Jace había buscado pelea con los licántropos? ¿Qué demonios le pasaba? Porque así era Jace. Hubiera buscado pelea con la camioneta de Mack si lo que quería era pelear.

-Creo que deberías venir -dijo Luke- Alguien tiene que razonar con él, porque yo no estoy teniendo mucha suerte

-¿Dónde estás? -preguntó Clary

Luke le dijo que en un bar llamado la Luna del Cazador en la calle Hester. Ella preguntó si estaba tenía alguna clase de *glamour*. Guardó el teléfono y miró a Simon que la vigilaba con las cejas alzadas.

-¿El hijo pródigo ha regresado?

-Algo así

Se levantó y estiró las piernas, mentalmente calculando cuánto tiempo les tomaría llegar al barrio chino en el tren y si valía la pena gastar el dinero que Luke le había dado para tomar un taxi. No, no valía la pena, si había tráfico les tomaría más tiempo que en el tren subterráneo.

-¿... ir contigo? -terminó Simon, levantándose. Estaba en el escalón inferior a donde ella estaba, lo que los hacía verse de la misma altura- ¿Qué dices?

Ella abrió la boca y la volvió a cerrar rápidamente.

-Em...

Él sonó resignado.

-No has oído una palabra de lo que dije ¿cierto?

-No -admitió ella- Pensaba en Jace. Parece que está muy mal. Lo siento.

Los ojos cafés de él se oscurecieron.

-Ya entiendo, ¿piensas ir corriendo a curarle las heridas? -Simon bajó otro escalón- ¿Es que Luke no puede regresar a Jace al Instituto sin ayuda?

-Creo que sí. Pero piensa que Jace podría querer hablar conmigo antes.

-Pensaba que tal vez podríamos hacer algo juntos hoy -dijo Simon- Algo divertido. Ver una película. Cenar en el centro

Ella lo miró. Podía escuchar el chapoteo de la fuente del museo. Pensó en la cocina de la casa de él, sus manos tiernas en su cabello, pero le pareció lejano, como cuando ves una fotografía, sabes que pasó pero no logras recordar exactamente lo que pasó aunque quieras.

-Es mi hermano -dijo- Tengo que ir

Simon la miró como si le costara trabajo incluso suspirar.

-Entonces iré contigo

*

Para llegar a la oficina trasera de la Luna del Cazador, tenías que recorrer un estrecho corredor esparcido de aserrín. Aquí y allá el aserrín tenía marcas de pies y de un líquido oscuro que no parecía cerveza. El aire ahí estaba viciado y en cierta forma olía a (Clary lo admitía mentalmente, pero nunca se lo diría a Luke) perro mojado.

-No está de muy buen humor -dijo Luke, pausadamente en frente de la puerta cerrada- Lo encerré en la oficina del loco Pete cuando casi mata a la mitad de mi manada sólo con las manos. No quiere hablarme, así que... -Luke se encogió de hombros- pensaba que quizás tú

Miró la cara perpleja de Clary, con la misma expresión que la de Simon.

-¿Qué? -inquirió

-No puedo creer que viniera aquí -dijo Clary

-No puedo creer que conozcas a alguien llamado Loco Pete -dijo Simon

-Conozco a un montón de personas -dijo Luke- No es que el Loco Pete sea una persona en el sentido estricto de la palabra, pero es agradable

Abrió la puerta de la oficina. No había ventanas y de las paredes colgaban banderillas que apoyaban a diferentes equipos deportivos. Había un escritorio con una televisión pequeña y detrás de él, en una silla cuyo respaldo estaba tan roto que se podía ver a través de él, estaba Jace. En el momento en que la puerta se abrió, Jace tomó un lápiz amarillo del escritorio y lo lanzó. Voló por los aires y se quedó vibrando clavado en la pared, cerca de la cabeza de Luke. Los ojos de Luke se abrieron grandes. Jace sonrió levemente.

-Lo siento, no me di cuenta que eras tú

Clary sintió su corazón contraerse. No había visto a Jace en días, y se miraba diferente de alguna forma (no sólo la cara ensangrentada y los cardenales), que eran obviamente nuevos, pero la piel de la cara se veía más comprimida, los huesos más prominentes. Luke señaló a Simon y Clary con un movimiento del brazo.

-Te traje visitas

Los ojos de Jace se giraron para verlos. Estaban tan blancos que parecía que alguien los había pintado.

-Desafortunadamente -dijo- Sólo tenía un lápiz

-Jace -comenzó Luke

-No lo quiero aquí -Jace señaló a Simon con la barbilla- Eso sería lo más justo

Clary estaba indignada. ¿Había olvidado que Simon le había salvado la vida a Alec y probablemente, la vida de todos ellos?

-Largo, mundano -dijo Jace, apuntando a la puerta

Simon sacudió la mano.

-Está bien. Esperaré en el pasillo

Y salió, conteniéndose de azotar la puerta al salir, aunque Clary pensó que lo haría. Miró a Jace.

-¿Tienes que ser tan...? -comenzó, pero se detuvo cuando vio su cara. Se veía derruido, graciosamente vulnerable.

-¿Maleducado? -completó la frase él- Sólo cuando mi madre adoptiva me saca de la casa con instrucciones de nunca, nunca más poner un pie dentro. Normalmente, soy una buena persona. Intenta un día en el que eso no pase.

Luke frunció el ceño.

-Maryse y Robert Lightwood no serán mis personas favoritas, pero no puedo creer que ella haya podido hacer eso

Jace pareció sorprendido.

-¿Los conoces? ¿A los Lightwood?

-Estaban en el Círculo conmigo -dijo Luke- Me sorprendió saber que vendrían a vivir en el Instituto de aquí. Parece que hicieron un trato con la Clave, después del Levantamiento, para asegurarse una buena estadía para ellos mismos, mientras Hodge... bueno, sabemos lo que pasó con Hodge -se quedó callado un momento- ¿Maryse te dijo acaso por qué te exiliaba?

-No creyó que yo no sabía que era el hijo de Michael Wayland. Me acusó de formar un frente común con Valentine... que lo ayudé a huir con la Copa Mortal

-¿Y entonces por qué seguirías aquí? -preguntó Clary- ¿Por qué no huiste con él?

-No lo dijo, pero sospecho que cree que me quedé en calidad de espía. Una serpiente entre la maleza. No es que usara la palabra "serpiente", pero lo pensó

-¿Un espía para Valentine? -Luke sonó atónito

-Cree que Valentine lo hizo porque ellos me quieren mucho, ella y Robert creerían cualquier cosa que dijera. Así que Maryse decidió que la solución era dejar de quererme

-Eso no funciona así -Luke sacudió la cabeza- No puedes arrancarla como una hierbita. Especialmente si eres padre o madre

-Ellos no son mis verdaderos padres

-Hay un vínculo más grande que el de sangre. Han sido tus padres por siete años, en todos los aspectos que importan. Maryse sólo está herida.

-¿Herida? -Jace sonaba incrédulo- ¿Está herida?

-Apreciaba a Valentine, recuérdalo -dijo Luke- Como todos nosotros. La lastimó seriamente. No quiere que a su hijo le pase lo mismo. Le preocupa que le hayas podido mentir. Que la persona que ella creyó todos estos años que eras fuera una treta, un juego. Tienes que reconfortarla

La expresión de Jace era una mezcla perfecta de inflexibilidad y sorpresa.

-¡Maryse es una adulta! No necesita que la reconforten, y menos yo
-¡Vamos Jace! -dijo Clary- No puedes esperar que todos se comporten bien. Los adultos también meten la pata. Vuelve al instituto y habla con ella de manera racional. Sé hombre

-No quiero ser un hombre - dijo Jace- Quiero ser un adolescente angustiado que no puede confrontar sus propios demonios internos y por eso los saco insultando a otras personas

-Bueno -dijo Luke- estás haciendo un fantástico trabajo

-Jace -dijo Clary, hastiada, antes de que se les ocurriera ponerse a pelear- tienes que volver al Instituto. Piensa en Alec y en Izzy, piensa en cómo se sentirán ellos

-Maryse hará algo para que se calmen. Tal vez les dirá que huí

-Eso no funcionó -dijo Clary- Isabelle se oía frenética cuando hablé con ella

-Isabelle siempre suena frenética -dijo Jace, pero parecía complacido. Se inclinó en la silla.

Los moretones alrededor de su mandíbula y su pómulo sobresaltaron, oscuros, marcas informes sobre su piel.

-No volveré a un lugar donde no soy bienvenido. Ya no tengo diez años. Sé cuidarme sólo.

Luke lo miró como diciendo que no estaba seguro de eso.

-¿A dónde irás? ¿Cómo vivirás?

Los ojos de Jace resplandecieron.

-Tengo diecisiete. Soy prácticamente un adulto- Cualquier Cazador de Sombras adulto puede...

-Cualquier *adulto*. Pero tú no eres uno NO puedes percibir un salario de la Clave porque eres muy joven, y de hecho, los Lightwood están obligados por la Ley a cuidar de ti. Si no lo hacen, algún otro adulto será designado o...

-¿O qué? -Jace saltó fuera de la silla- ¿Iré a un orfanato en Idris? ¿A un lugar que ni siquiera recuerdo? No gracias. Puedo obtener un empleo mundano un año, vivir como uno de ellos...

-No, no puedes -dijo Clary- Recuerda que fui uno de ellos. Eres muy joven para cualquier trabajo y además, las habilidades que tienes... bueno, la mayoría de los matones profesionales son mucho mayores que tú. Y son criminales.

-No soy un matón

-Si vivieras con los mundanos -dijo Luke- lo serías

Jace se cohibió, la boca tensa, Clary sabía que las palabras de Luke le habían pegado donde le dolía.

-No lo entiendes -dijo, y una súbita desesperación plagó su voz- No puedo regresar. Maryse quiere que le diga que odio a Valentine. Y no puedo hacerlo

Jace elevó la mandíbula, con la quijada apretada, sus ojos fijos en Luke como si esperara que el hombre mayor le respondiera con desconcierto y quizá hasta horror. Después de todo, Luke tenía más

razones para odiar a Valentine que nadie en todo el mundo.

-Lo sé -dijo Luke- Yo lo quise una vez

Jace exhaló, sonó más o menos como un alivio y Clary pensó de pronto "Es por eso que vino aquí, a este lugar. No a iniciar una pelea, sino a encontrar a Luke. Porque Luke lo entendería. Nada de lo que Jace hizo fue desequilibrado o suicida, se recordó. Sólo parecía serlo"

-No deberías tener que decir que odias a tu padre -dijo Luke- Ni siquiera para reconfortar a Maryse. Ella debería entender

Clary miró a Jace de cerca, tratando de leer su expresión. Era como un libro escrito en un idioma extranjero del que no conocía más de cinco o seis palabras.

-¿En serio dijo que no volvieras nunca? -preguntó Clary- ¿O sólo asumiste que era lo que quería decir y te fuiste?

-Ella dijo que estaría mejor en otro lugar -dijo Jace- No dijo dónde

-¿Le diste una oportunidad al menos de decirlo? -dijo Luke- Mira Jace, eres completamente bienvenido para quedarte conmigo todo lo que necesites. Quiero que sepas eso

El estómago de Clary se encogió. El sólo pensamiento de Jace en la misma casa que ella vivía, siempre cerca, la llenó de una mezcla de emoción y horror.

-Gracias -dijo Jace. Su voz estaba normal, pero sus ojos se vieron, por un segundo, pidiendo ayuda, Clary pudo ver en reflejados en ellos la misma clase de desagradables emociones que ella sentía. "Luke" pensó "a veces desearía que dejaras de ser tan amable. O tan ciego"

-Pero -acotó Luke- Creo que al menos deberías volver al Instituto lo suficiente para hablar con Maryse y escuchar lo que ella en verdad quiso decir. Parece que son más las cosas que no te dijo que las que sí. Más, quizá, de las que querrás oír

Jace fijó su mirada en Clary.

-Está bien -su voz sonó ronca- Pero con una condición. No quiero ir sólo

-Iré contigo -dijo Clary rápidamente

-Lo sé -la voz de Jace era bajita- Y quiero que lo hagas. Pero quiero que Luke venga también

Luke pareció extrañado.

-Jace... he vivido aquí quince años y nunca he ido al Instituto. Ni una vez. Dudo que Maryse quiera recibirme...

-Por favor -dijo Jace, y su voz se volvió un murmullo débil, Clary incluso pudo sentir, como algo físico, el orgullo que tenía que tragarse para decir aquella simple palabra

-De acuerdo -accedió Luke, con la clase de voz que usa un alfa para admitir que hay algo que *debe* hacer, aún cuando no quiera.

-Entonces iré contigo

*

Simon estaba apoyado en la pared del corredor de fuera de la oficina de Pete, tratando de no parecer demasiado culpable por oír a escondidas. El día parecía ponerse mejor cada vez. Más o menos. Primero con lo de Drácula, haciéndole sacar emociones y recuerdos que había tratado de olvidar. Luego alguna enfermedad extraña parecía haberle atacado y terminó besando a Clary de la forma que había deseado tantos años. Las personas decían que esas cosas no salían del modo que lo planeabas. Pero las personas se equivocaban. Y la besaría de nuevo... pero ahora estaba con Jace, y Simon se sentía cohibido, como si se hubiera comido un balde de gusanos. Era un sentimiento enfermizo que había ido creciendo últimamente. Nunca había sido tan grande como ahora, ni siquiera cuando se dio cuenta de lo que sentía por Clary. Nunca la presionó, nunca forzó sus sentimientos. Estaba seguro que un día ella despertaría y saldría de sus sueños de princesas animadas y héroes de kung fu y se daría cuenta de lo que estaba escrito en las caras de ambos: eran el uno para el otro. Y si no parecía interesarse en Simon, al menos tampoco se veía interesada en otro. Hasta que llegó Jace. Lo recordaba sentado en los setos del jardín de Luke, mirando a Clary mientras ella le explicaba quién era Jace, lo que hacía, mientras Jace examinaba sus uñas y se veía superior. Simon casi no la escuchó. Había estado muy ocupado notando cómo ella miraba al chico rubio con los tatuajes extraños y la cara bonita y angulosa. Demasiado perfecta, pensó Simon, pero Clary no lo veía así: ella lo miraba como si uno de esos héroes animados hubiera vuelto a la vida. Nunca la había visto mirar a alguien así, y si alguna vez lo hacía, estaba seguro de que sería a él. Pero no lo fue, y dolió más de lo que había imaginado. Enterarse de que Jace era el hermano de Clary fue como haber caminado al paredón y en el último momento ser perdonado. De pronto el mundo se vio lleno de posibilidades. Ahora no estaba tan seguro.

-Hey -alguien venía por el corredor, alguien no muy alto y saltando los pequeños charcos de sangre- ¿Esperan ver a Luke? ¿Está ahí dentro?

-No exactamente -Simon se quitó de la puerta- Digo, algo así. Él está aquí dentro con un amigo mío

La persona que venía, se detuvo de repente. Simon pudo ver que era una chica, de unos dieciséis años, con un ligero color moreno en la piel. Su cabello de un color café tostado estaba trenzado sobre su cabeza, en docenas de pequeñas trencitas y su cara tenía la forma exacta de un corazón. Tenía un cuerpo compacto y lleno de curvas, con una cadera ancha sobresaliendo bajo una cintura delgada.

-¿El tipo del bar? ¿El Cazador?

Simon se encogió de hombros.

-Bueno, lamento decirlo -dijo ella- pero tu amigo es un idiota

-No es mi amigo -dijo Simon- Y no podría estar más de acuerdo contigo

-Pero creí que habías dicho...

-Espero a su hermana -dijo Simon. Ella es mi mejor amiga

-¿Y está con él justo ahora?

La chica saltó el caminó que le faltaba para llegar a la puerta. Usaba anillos en cada uno de sus dedos, bandas primitivas hechas de bronce y oro. Sus jeans estaban usados pero limpios y cuando movió la cabeza, él pudo ver una cicatriz alrededor de todo su cuello, justo sobre el cuello de su camisa.

-Bueno -dijo con voz comprensiva- Yo sé de hermanos idiotas. Supongo que no es su culpa

-No, no lo es -dijo Simon- Pero ella es la única persona en el mundo que él escucharía

-No me pareció alguien que escuchara demasiado -dijo la chica y se levantó el cabello que le caía en el cuello. Dejando libre su cara- Estás mirando mi cicatriz. Es donde recibí la mordida

-¿Mordida? ¿Quieres decir que eres...?

-Una licántropo -dijo la chica- Como todo mundo aquí. Excepto tú y el idiota. Y la hermana del idiota.

-Pero no siempre fuiste una mujer lobo. Quiero decir, no naciste siendo una

-Casi ninguno de nosotros -dijo la chica- Eso es lo que nos hace diferentes de tus compañeros cazadores

-¿Qué?

Ella sonrió levemente.

-Fuimos humanos una vez

Simon no dijo nada acerca de eso. Después de un momento la chica le tendió la mano.

-Soy Maia

-Simon -él le apretó la mano. Era suave y limpia.

Ella lo miró a través de las pestañas café dorado, el color de un pan tostado.

-¿Cómo sabes que Jace es un idiota? -preguntó- O tal vez debería decir ¿Cómo lo averiguaste?

Después de un momento la chica le soltó la mano.

-Estuvo buscando un pleito en el bar. Golpeó a mi amigo Bat. Incluso dejó a un par de la manada inconscientes

-¿Están bien? -Simon estaba alarmado

Jace no parecía un maniático, pero conociéndolo, Simon no tenía duda de que podría matar a muchas personas en una mañana y luego iría por waffles para el desayuno.

-¿Ya los vio un doctor?

-Un hechicero -dijo la chica- No hay mucho que puedan hacer los doctores mundanos, para los de nuestra especie

-¿Subterráneos?

Las cejas de la chica se alzaron.

-Algo me dice que ellos te enseñaron su lengua ¿eh?

Simon estaba pasmado.

-¿Cómo sabes que no soy uno de ellos? ¿O uno de ustedes? Un cazador o un subterráneo o...

Ella sacudió la cabeza hasta que las trencitas se balancearon.

-Se te ve en al cara -dijo- tu humanidad

La intensidad de su voz lo hizo temblar.

-Podría llamar a la puerta -sugirió, sintiéndose de pronto... un extraño- Si es que quieres hablar con Luke

Ella se encogió de hombros.

-Sólo dile que Magnus está aquí, revisando la escena en el callejón

Él debió haber puesto una cara curiosa, porque ella añadió.

-Magnus Bane. Es un hechicero

"Lo sé" quiso decir Simon, pero no lo hizo. Toda la conversación había sido lo suficientemente extraña.

-Okey

Maia se dio la vuelta como para irse, pero se detuvo antes de salir al bar, la mano en el pomo de la puerta.

-¿Tú crees que él hablará con ella? -preguntó- ¿A su hermana?

-Si a alguien habría de escuchar, sería a ella

-Eso es dulce -dijo Maia- Que quiera a su hermana así

-Ajá -contestó Simon- Es muy "*tierno*"

III. El Inquisidor

La primera vez que Clary vió el Instituto, parecía una iglesia derruida, el techo roto, cinta amarilla de la policía cortando el paso. Ahora no tuvo que concentrarse para repeler la ilusión. Incluso del otro lado de la calle podía verle exactamente como era, una catedral Gótica llena de torres que crecían y parecían querer agujerar el cielo azul oscuro como si fueran cuchillos. Luke no quería hablar. Era claro por la manera en que arqueaba las cejas que había algo que le hacía sentirse incómodo de estar en ése lugar. Mientras caminaban, Jace metió la mano dentro del cuello de la camisa por costumbre y luego la sacó, estaba vacía. Se rió sin muchas ganas.

-Lo olvidé. Maryse me quitó mis llaves antes de echarme

-Eso pensé -Luke estaba parado justo enfrente de las puertas del Instituto

Con cuidado tocó los símbolos tallados en la madera, justo debajo del picaporte.

-Estas puertas son como las del Salón del Concilio en Idris. Nunca pensé que las vería otra vez.

Clary casi se sintió culpable de interrumpir los recuerdos de Luke, pero había cosas más importantes que había que hacer.

-Si no tenemos una llave...

-No se necesita. Un Instituto debe de abrirse a cualquier Nephilim que no tenga intención de dañar a sus habitantes

-¿Y qué si ellos quieren lastimarnos? -murmuró Jace

Luke miró hacia la esquina opuesta.

-No creo que eso haga la diferencia.

-Sí, la Clave sólo lleva leña a su propia fogata -la voz de Jace sonó ahogada, su labio inferior temblaba y la parte de arriba de su ojo se estaba poniendo morada.

"¿Por qué no se curaba sólo?" pensó Clary

-¿También te quitó tu estela?

-No me quedé con nada cuando partí -dijo Jace- No quería agarrar nada que los Lightwood me dieran

Luke lo miró con algo de consternación.

-Todo cazador de sombras debe tener su estela

-Encontraré otra -dijo Jace, poniendo la mano en la puerta del Instituto- En el nombre de la Clave -dijo- Pido entrar a este lugar sagrado. Y en el nombre del ángel Raziel, solicito sus bendiciones para con mi misión en contra de...

Las puertas se abrieron hacia dentro. Clary pudo ver el interior de la catedral a través de ellas, la leve oscuridad se cortaba aquí y allá por velas en altos candelabros de hierro.

-Bueno, eso fue sencillo -dijo Jace- Supongo que las bendiciones son más fáciles de obtener de los que pensaba. Tal vez debería pedir la

bendición para mi misión contra aquellos que usan blanco después del día del trabajo.

-El Ángel sabe cuál es tu misión -dijo Luke- No necesitas decir las palabras en voz alta, Jonathan

Por un momento Clary creyó ver un relampagueo cruzar los ojos de Jace (quizá sorpresa y tal vez incluso... ¿alivio?). Pero todo lo que dijo fue:

-No me digas así. Ése no es mi nombre

Atravesaron el camino, pasando los bancos vacíos y las luces, siempre encendidas en el altar. Luke miró a todos lados con curiosidad, y casi sorprendido cuando el elevador, como una jaula dorada de pájaros, llegó listo para llevarlos.

-Esto debe de ser idea de Maryse -dijo cuando entró en él- Parece gusto suyo

-Ha estado aquí desde antes que yo llegara -dijo Jace, mientras la puerta chirrió cerrándose tras ellos

El camino fue corto, pero ninguno de ellos habló. Clary jugaba nerviosamente con los hilos de su bufanda. Se sentía un poco culpable por decirle a Simon que se fuera a casa y esperara su llamada. Había salido tan molesto hacia la Canal Street que por un momento quiso arrepentirse. Aún así no podía imaginar llevarlo a él (un mundano) ahí, suficiente tenían con llevar a Luke a espaldas de Maryse; lo habría vuelto todo demasiado incómodo. El elevador se detuvo y ellos caminaron fuera, donde Iglesia los esperaba, con un moño ligeramente desecho de color rojo alrededor de su cuello.

-¿Dónde está Maryse?

Iglesia hizo un ruido con la garganta, entre un ronroneo y un gruñido, y se encaminó corredor abajo. Ellos lo siguieron, Jace callado, Luke mirando alrededor con evidente curiosidad.

-Nunca pensé que vería el interior de éste lugar

Clary preguntó.

-¿Se ve como pensaste que sería?

-He estado en Institutos de Londres y París; eso no se les parece en nada. Es como...

-¿Cómo qué? -Jace iba a muchos pasos adelante

-Muy frío -dijo Luke

Jace no dijo nada. Habían llegado a la librería. Iglesia se sentó como indicando que no iría más lejos. Las voces eran claramente audibles a través de la puerta entrecerrada de madera, pero Jace la abrió sin siquiera llamar y entró. Clary oyó una voz llena de sorpresa. Por un momento su corazón se contrajo pensando que era Hodge, quien siempre parecía haber vivido en aquella habitación. Hodge, con su voz grave, y Hugo, el cuervo que casi siempre estaba acompañándolo, y quién, bajo las órdenes de Hodge, casi le saca los ojos. No era Hodge, desde luego. Detrás del enorme escritorio de caoba sostenido por los dos ángeles de piedra arrodillados, estaba sentada una mujer de mediana

edad con el cabello negro tinta de Isabelle y la complexión delgada de Alec. Usaba un traje limpio y negro, muy plano, contrastando con los múltiples anillos brillantes que llevaba en los dedos. Detrás de ella, había otra figura: un delgado adolescente, con el pelo ensortijado y oscuro, y piel un tanto morena. Cuando se giró para verlos, Clary no pudo contener una exclamación de sorpresa.

-¿Rafael?

Por un momento el chico pareció amedrentarse. Entonces, sonrió, los dientes muy blancos y afilados (nada extraño, considerando que era un vampiro).

-Dios -dijo, dirigiéndose a Jace- ¿Qué te pasó hermano? Parece como si una manada de lobos te hubieran usado de pelota.

-Eso fue una asombrosa deducción -contestó Jace- u oíste lo que pasó

La sonrisa de Rafael se escurrió hacia abajo.

-Oigo cosas

La mujer detrás del escritorio se puso de pie.

-Jace -dijo, su voz estaba llena de ansiedad- ¿Pasó algo? ¿Por qué volviste tan pronto? Pensé que te ibas a quedar con... -su mirada pasó de él a Luke y luego a Clary- ¿Y quién eres tú?

-La hermana de Jace -dijo Clary

Los ojos de Maryse se fijaron en Clary.

-Ya puedo verlo. Te pareces a Valentine -miró a Jace- ¿Trajiste a tu hermana? ¿Y a un mundano? No es seguro que estén aquí ahora. Especialmente un mundano...

Luke sonrió levemente y dijo:

-No veo a ningún mundano por aquí

La expresión de Maryse cambió lentamente de desagrado a confusión y luego miró a Luke (ahora sí mirándolo) por primera vez.

-¿Lucian?

-Hola Maryse -dijo Luke- Ha pasado mucho tiempo

La cara de Maryse se mantuvo quieta y se vio muchísimo más vieja, más vieja incluso que Luke. Se sentó cuidadosamente.

-Lucian -dijo de nuevo, las manos apretadas en el escritorio- Lucian Graymark

Rafael, que había estado viendo la conversación con los ojillos curiosos de un pajarillo, miró a Luke.

-Tú mataste a Gabriel

“¿Quién era Gabriel? Clary miró a Luke, confusa. Él se encogió levemente de hombros.

-Sí, lo hice, igual que él mató al anterior líder de la manada. Así es como funciona entre licántropos

Maryse abrió mucho los ojos ante eso.

-¿El líder de la manada?

-Si lideras la manada ahora, es hora de que hablemos -dijo Rafael, inclinando la cabeza graciosamente en dirección a Luke, aunque sus ojos

se vieran enojados- Aunque ahora no sea un momento muy oportuno, quizás

-Mandaré a alguien a arreglarlo -dijo Luke- Comprenderás que no puedo andar detrás de todo

-Podrías -dijo Rafael. Miró a Maryse

-¿Ya terminaron sus asuntos? -Maryse habló con esfuerzo- Si dices que los Hijos de la Noche no están involucrados en estas matanzas, entonces te creeré. Debo hacerlo, hasta que alguna otra evidencia salga a la luz

Rafael frunció el ceño.

-¿A la luz? -dijo- Esa no es una frase que me guste mucho

Miró entonces a Clary y ella se dio cuenta de que podía ver a través de él como si fuera una fotografía borrosa en las orillas. Su mano izquierda era transparente, e incluso pudo ver el gran globo metálico que Hodge siempre mantenía en el escritorio. Se oyó a sí misma hacer un pequeño ruido de sorpresa mientras la transparencia se esparcía desde sus manos hacia sus brazos (y desde debajo de su pecho hasta sus hombros) y en un segundo había desaparecido, como un dibujo borrado. Maryse exhaló con alivio. Clary se sobresaltó.

-¿Está muerto?

-¿Quién, Rafael? -dijo Jace- No exactamente. Sólo era una protección para él. No puede venir al Instituto con su cuerpo físico.

-¿Por qué no?

-Porque está en un suelo sagrado -dijo Maryse- Y él está maldito

Sus ojos negros brillaron fríamente cuando clavó su mirada en Luke.

-Tú ¿Trajiste a tu manada aquí? -preguntó- Supongo que difícilmente estaría sorprendida. Parece ser tu método ¿cierto?

Luke ignoró el tono amargo en su voz.

-¿Estaba Rafael aquí por el cachorro que murió hoy?

-Eso, y un hechicero muerto -dijo Maryse- Lo encontraron muerto en el centro, dos días atrás

-¿Pero por qué estaba Rafael aquí?

-El hechicero no tenía sangre -dijo Maryse- Parece que cualquier cosa que mató al hombre lobo fue interrumpida antes de que pudiera beber toda la sangre, por lo tanto, naturalmente supusimos que había sido obra de los Hijos de la Noche. El vampiro vino aquí para asegurarme que la gente de su raza no tuvo nada que ver con eso

-¿Y le creíste? -dijo Jace

-No hablaré de asuntos de la Clave contigo ahora, Jace, especialmente no frente a Lucian Graymark

-Ahora me llamo sólo Luke -Luke sonó entusiasmado- Luke Garroway

Maryse meneó la cabeza.

-Casi no te reconocí. Pareces un mundano

-Ésa es la idea, sí

-Todos nosotros pensamos que habías muerto

-Desearon -dijo Luke, aún parecía entusiasmado- Desearon que estuviera muerto

Maryse lo miró como si tuviera un papel de lija atascado en la garganta.

-Deberían sentarse -dijo finalmente, apuntando a las sillas frente al escritorio- Ahora -dijo Maryse, una vez que todos hubieron tomado asiento- quizás podrían decirme por qué están aquí

-Jace -dijo Luke, sin más preámbulo- quiere una vista ante la Clave. Y yo voy a apoyarle. Estuve ahí la noche en el Renwick, cuando Valentine se mostró. Peleé con él y casi nos matamos entre nosotros. Puedo probar que todo lo que Jace dice es verdad.

-No estaría tan segura -acotó Maryse- de qué tanto valdría tu palabra

-Podré ser un licántropo -dijo Luke- pero también soy un Cazador de Sombras. Y hasta estoy dispuesto a ser probado por la Espada.

¿Por la Espada? Eso sonó mal. Clary miró a Jace. Estaba indiferente, sus dedos entrelazados en su regazo, pero había una tensión alrededor de él, como si el aire entre ellos fuera a explotar de un momento a otro. Él notó su mirada y dijo

-La Espada Etérea. El segundo de los Instrumentos Mortales. Es usado en pruebas para saber si un Cazador de Sombras miente.

-Tú no eres un Cazador de Sombras -le dijo Maryse a Luke, como si Jace nunca hubiera hablado- No has vivido bajo la Ley de la Clave en mucho, mucho tiempo

-Hubo un tiempo en el que tú tampoco -dijo Luke. Un rubor inundó las mejillas de Maryse- Pensaba -continuó- que habíamos dejado atrás eso de no confiar en nadie. Maryse

-Algunas cosas no se olvidan -dijo. Su voz sonó empalagosamente venenosa- ¿Crees que fingir su propia muerte fue la mentira más grande que Valentine nos dijo? ¿Crees que encanto es lo mismo que honestidad? Yo solía creerlo. Estaba equivocada -se levantó y se inclinó en la mesa, apoyada en sus pequeñas manitas- Nos dijo que moriría por el Círculo y esperaba que hiciéramos lo mismo. Y sobre todos ellos, yo lo sabía mejor. Casi lo hice una vez. -su mirada rodó sobre Jace y Clary y se detuvo en los ojos de Luke- Lo recuerdas -dijo- el modo en que nos dijo que el Levantamiento no sería nada, sólo una batalla, unos pocos embajadores desarmados contra toda la fuerza del Círculo. Confiaba tanto en la rápida victoria cuando salimos de Alicante, que dejé a Alec en su cuna. Le dije a Jocelyn que los cuidara mientras yo estaba fuera. Se negó. Ahora sé por qué. Lo sabía y tú también. Y no nos lo advirtieron.

-Traté de advertirte acerca de Valentine -dijo Luke- No me escuchaste

-No me refiero a eso. ¡Hablo del Levantamiento! Cuando llegamos, éramos cincuenta de nosotros contra quinientos de los Subterráneos...

-Planeaban matarlos desarmados cuando pensaron que eran sólo

cinco de ellos -dijo Luke. Las manos de Maryse se cerraron con fuerza sobre el escritorio

-Casi nos matan -dijo- Y a la mitad de la batalla, buscamos a Valentine para recibir órdenes. Pero ya no estaba. Para ése momento la Clave había rodeado la Sala de los Acuerdos. Pensamos que Valentine había sido asesinado, estábamos listos para dar nuestras vidas en una última y desesperada pelea. Entonces recordé a Alec... si hubiera muerto, ¿qué le hubiera pasado a mi pequeño hijo? -su voz se rompió- Así que alcé los brazos y me entregué a la Clave

-Hiciste lo correcto -dijo Luke. Ella lo miró, con los ojos húmedos

-No necesito la condescendencia de un hombre lobo. Si no fuera por ti...

-¡No le grites! -Clary la interrumpió, por un momento estuvo a punto de saltar de su asiento- Fue culpa tuya por creer en Valentine en primer lugar...

-¿Crees que no lo sé? -había una ira contenida en la voz de Maryse- Oh, la Clave acotó eso muchas veces cuando nos interrogaron (tenían la Espada Etérea) y sabrían si mentíamos, pero no pudieron hacernos hablar... nada nos pudo hacer hablar hasta que...

-¿Hasta? -era Luke el que hablaba- Nunca lo supe. Siempre me pregunté qué les dijeron para que se volvieran en contra de él

-Sólo la verdad -dijo Maryse, sonando cansada- Que Valentine no había muerto en la Sala. Que huyó y nos dejó para que muriéramos por él. Murió luego, nos dijeron, incinerado en su propia casa. El Inquisidor nos mostró sus huesos, el amuleto que solía usar. Claro, que ésa era otra mentira -su voz se detuvo, y carraspeó antes de volver a hablar- Todo terminó después de eso, de todos modos. Finalmente, nos interrogaron a todos, uno por uno. Antes de la batalla, Valentine me había dicho que yo era en la que más confiaba, su lugarteniente más cercano. Más tarde me enteré de que a todos nos había dicho lo mismo.

-Muy astuto -murmuró Jace, tan bajito que sólo Clary lo escuchó

-No sólo le mintió a la Clave, sino también a nosotros. Usó nuestra lealtad y cariño. Igual que lo hizo cuando te envió con nosotros -dijo Maryse, mirando directamente a Jace ahora- Y ahora ha vuelto, y tiene la Copa Mortal. Ha estado planeando esto por años, según lo puedo ver. No puedo confiar en ti ahora, Jace. Lo siento

Jace no dijo nada. Su cara estaba indiferente, pero se ponía cada vez más pálido conforme Maryse hablaba, sus nuevos moretones resaltaron mucho más entre su mandíbula y su mejilla.

-¿Entonces qué? -dijo Luke- ¿Qué esperas que él haga? ¿A dónde se supone que irá?

Sus ojos se detuvieron un momento en Clary.

-¿Por qué no con su hermana? -dijo- La familia...

-Isabelle es la hermana de Jace -lo interrumpió Clary- Alec y Max sus hermanos. ¿Por qué no puede quedarse con ellos? La odiarán por siempre si echa a Jace de la casa

Los ojos de Maryse se fijaron en ella.

-¿Y tú que sabes?

-Conozco a Alec e Isabelle -dijo Clary. El pensamiento de Valentine le llegó a la cabeza, no era bienvenido, así que lo empujó lejos- La familia no es sólo sangre. Valentine no es mi padre. Mi padre es Luke. Así como Alec y Max e Isabelle son la familia de Jace. Y si quieres sacarle de la familia, dejarás una herida que no sanará.

Luke la miraba entre sorprendido y respetuoso. Algo brilló en los ojos de Maryse (¿incertidumbre?)

-Clary -dijo Jace suavemente- Basta

Sonaba derrotado. Clary volteó a ver a Maryse.

-¿Qué hay de la Espada? -demandó. Maryse la miró por un momento con genuina confusión

-¿La Espada?

-La Espada Etérea -dijo Clary- La que se puede usar para saber si un Cazador de Sombras miente o no. Puedes usarla en Jace

-Ésa es una buena idea -había una pequeña esperanza en la voz de Jace

-Clary, tienes razón, pero no entiendes muy bien lo que la Espada conlleva -dijo Luke- El único que puede usar la Espada es el Inquisidor

Jace se inclinó hacia delante.

-Entonces llámenle. Llamen al Inquisidor. Quiero que esto acabe de una vez -soltó Clary

-No -dijo Luke, pero Maryse miraba a Jace

-El Inquisidor -dijo ella- ya está en camino...

-Maryse -la voz de Luke tembló- ¡Dime que no la has metido en esto!

-¡Claro que no! ¿Creíste que la Clave no se metería sólo en esta loca historia de guerreros Dimitidos y Portales y muertes extrañas? ¿Después de lo que hizo Hodge? Estamos bajo investigación ahora, gracias a Valentine -finalizó ella, viendo la cara atónita de Jace- El Inquisidor podría encerrar a Jace en prisión. Podría quitarle las Marcas. Pensé que podría ser mejor si...

-Si Jace se ha ido cuando ellos lleguen -dijo Luke- No me imagino a ti dejándolo ir

-¿Quién es la Inquisidora? -exigió Clary. La palabra le traía millones de imágenes de la Inquisición Española, de tortura, de látigos- ¿Qué hace ella?

-Investiga a los Cazadores de Sombras para la Clave -dijo Luke- Se asegura de que ningún Nephilim infrinja la Ley. Investigó a todos los miembros del Círculo después del Levantamiento.

-¿Maldijo a Hodge? -Dijo Jace- ¿Ella los envió aquí?

-Nuestro castigo fue nuestro exilio. No siente ningún aprecio por nosotros y odia a tu padre

-No me voy a ir -dijo Jace, aún muy pálido- ¿Qué hará si llega aquí y se da cuenta de que ya no estoy aquí? Pensará que ustedes

conspiraron para esconderme. Los castigaré (a Alec, a Isabelle y a Max)
Maryse no dijo nada.

-Maryse, no seas tonta -dijo Luke- La condena será mucho mayor si dejas escapar a Jace. Retener aquí y permitir que lo pruebe la Espada sería una señal de buena fe.

-¡Retener a Jace! ¡No puedes hablar en serio, Luke! -dijo Clary. Sabía que usar la Espada había sido su idea, pero estaba empezando a arrepentirse de haberla sacado a colación- Suena a que es horrible

-Pero si Jace se va -dijo Luke- nunca podrá volver. Nunca será un Cazador de Sombras de nuevo. Les guste o no, el Inquisidor es la mano derecha de la Ley. Si Jace quiere seguir siendo parte de la Clave, tiene que cooperar con ella. Aún tiene algo a su favor, algo que los miembros del Círculo nunca tuvieron antes del Levantamiento.

-¿Y qué es eso? -preguntó Maryse. Luke sonrió ligeramente.

-A diferencia tuya -dijo- Jace está diciendo la verdad

Maryse respiró hondo cuando se volvió a ver a Jace.

-A fin de cuentas, es tu decisión -dijo- Si quieres la prueba, puedes quedarte hasta que la Inquisidora llegue

-Me quedaré -dijo Jace. Había una firmeza en su voz, rozando en el enojo, lo que sorprendió a Clary. Pareció estar viendo de reojo a Maryse, una luz brilló en sus ojos, como si reflejara fuego. Por un momento Clary no pudo más que pensar que se parecía mucho a su padre.

IV. El pájaro parásito

-Jugo de naranja, melaza, huevos (de hace semanas) y algo que parece lechuga

-¿Lechuga? -Clary se asomó por encima del hombro de Simon al interior del refrigerador Oh. Eso es mozzarella

Simon se encogió de hombros y cerró la puerta del refrigerador de Luke.

-¿Ordenamos pizza?

-Ya la ordené yo -dijo Luke, entrando en la cocina con el teléfono inalámbrico en la mano- Una grande vegetariana y tres Cocolas. Y llamé al hospital -añadió colgando el teléfono- No ha habido ningún cambio con Jocelyn

-Oh -dijo Clary.

Se sentó en la mesa de madera de la cocina de Luke. Normalmente, Luke era muy limpio, pero ahora la mesa estaba cubierta de cartas sin abrir y pilas de platos sucios. La gabardina verde de Luke colgaba del respaldo de una silla. Ella sabía que debería ayudarlo a limpiar un poco, pero últimamente no tenía muchas ganas de.

La cocina de Luke era pequeña y un poco sórdida la mayoría de las veces (no cocinaba mucho, como lo evidenciaba el hecho de que el pequeño especiero encima de la vieja estufa de gas no tuviera especias. En su lugar, había cajas de café y té) Simon se sentó junto ella mientras Luke quitaba los trastos de la mesa y los botaba al fregadero.

-¿Estás bien? -preguntó en voz baja

-Estoy bien -Clary esbozó una sonrisa- No esperaba que mamá despertara hoy, Simon. Tengo el presentimiento de que está... esperando algo

-¿Sabes qué es?

-No. Sólo que algo falta -miró a Luke, pero estaba enfrascado en una pelea contra las manchas de comida seca en los platos- O alguien

Simon la miró inquisidoramente, entonces se encogió de hombros.

-Suenan a que lo del Instituto va a estar difícil

Clary se encogió de hombros

-La mamá de Alec e Isabelle es espantosa. -dijo

-¿Cómo iba su nombre?

-May-ris -dijo Clary, imitando la pronunciación de Luke- Es su viejo nombre de Cazadora de Sombras

Luke se secó las manos en una servilleta.

-¿Y Jace decidió quedarse y hablar con este Inquisidor? ¿No quiso irse? -dijo Simon

-Es lo que tiene que hacer si alguna vez desea ser un Cazador de Sombras -dijo Luke- Y convertirse en uno de los Nephilim significa todo para él. Sé de otros cazadores como él, en Idris. Si le quitaras eso...

El sonido familiar del timbre se hizo oír. Luke lanzó la servilleta en

la barra.

-Ya regreso

Tan pronto como hubo salido de la cocina, Simon dijo:

-Es realmente extraño pensar en Luke como alguien que fue alguna vez Cazador de Sombras. Más aún que pensar en él como en un hombre lobo

-¿En serio? ¿Por qué?

Simon se encogió de hombros.

-He oído de hombres lobos antes. Se convierten en lobos una vez al mes y no les importa mucho. Pero los Cazadores, bueno, ellos son como un culto

-No son un culto

-Claro que sí. Cazar sombras es toda su vida. Y miran hacia abajo a todos los demás. Nos llaman mundanos. No son seres humanos. No son amigos de gente común, no van a los mismos lugares, no saben los mismos chistes, creen que están por encima de nosotros

Simon subió una pierna a la mesa y hurgó en el agujero que sus jeans tenían en la rodilla.

-Conocí a un hombre lobo el otro día

-No me digas que hablaste con el loco Pete en la Luna del Cazador

Había cierta ligereza en el estómago de Clary, pero no podía decir que lo causaba. Probablemente se estaba relajando.

-No, era una chica -dijo Simon- Como de nuestra edad. Se llamaba Maia

-¿Maia? -Luke había regresado a la cocina, cargando la caja cuadrada y blanca de pizza.

La tiró sobre la mesa y Clary la abrió. El olor a pan caliente, salsa de tomate y queso le recordó lo hambrienta que estaba. Cortó una rebanada, sin esperar a que Luke le pasara un plato. Él se sentó con el ceño fruncido, sacudiendo la cabeza.

-Maia es de la manada ¿verdad? -preguntó Simon, sirviéndose una rebanada. Luke asintió.

-Claro. Es una buena chica. Me ha ayudado en la librería cuando estaba en el hospital. Me dejó pagarle con libros.

Simon miró a Luke por encima de su pizza.

-¿Estás corto de dinero?

Luke se encogió de hombros.

-El dinero nunca ha sido importante para mí, y la manada se cuida sola

Clary dijo:

-Mi mamá siempre dijo que cuando estuviera corta de dinero vendería algunas de las baratijas de papá. Pero desde que el tipo que pensé que era mi papá resultó no ser mi papá... dudo que Valentine tenga baratijas...

-Tu madre estaba vendiendo sus joyas poco a poco -dijo Luke- Valentine le había dado algunas herencias familiares, joyas que habían

estado con los Morgenstern por generaciones. Incluso un pequeño arete valdría cientos en una subasta -suspiró- Pero ahora ya no están, quizá Valentine haya podido recuperar algunos de tu viejo apartamento

-Bueno, espero que le aproveche -dijo Simon

Tomó la tercera rebanada de pizza. Es sorprendente, pensó Clary, cómo los chicos podían comer sin ganar peso o sentirse enfermos.

-Debe haber sido raro para ti -le dijo a Luke- Ver a Maryse Lightwood así, después de tanto tiempo

-No tan raro. Maryse no es tan diferente de cómo era antes, de hecho, parece más ella misma que nunca, si eso tiene sentido

Clary pensó que sí lo tenía. El modo en que Maryse Lightwood se veía, le recordaba a la chica delgada y morena de la foto que Hodge le había dado, la que tenía el hoyuelo en la barbilla.

-¿Cómo crees que se sienta acerca de ti? -preguntó- ¿De veras crees que deseaba que estuvieras muerto?

Luke sonrió.

-Tal vez no así, no, pero hubiera sido más conveniente y menos liado para ellos si yo hubiera muerto, ciertamente. Además, no sólo estoy vivo, sino que también lidero la manada del centro y eso no puede ser algo que desearan mucho. Es su trabajo, después de todo, mantener la paz entre los Subterráneos... y luego regreso yo, con toda una historia con ellos y un montón de razones para buscar venganza. Están preocupados de que sea una carta que se salió del mazo.

-¿Y lo eres? -preguntó Simon. Ya no había pizza, así que en vez de una rebanada, agarró una de las orillas del pan que había dejado Clary. Él sabía que ella las detestaba- Una carta fuera del mazo.

-No hay nada de rebelde en mí. Soy indiferente. De mediana edad.

-Excepto aquella vez que te transformaste en lobo y corriste tirando y destruyendo cosas -dijo Clary

-Podría haber sido peor -dijo Luke- Los hombres de mi edad suelen comprar coches deportivos caros y dormir con supermodelos

-Sólo tienes treinta y ocho -apuntó Simon- Eso no es ser de mediana edad

-Gracias Simon, aprecio eso -Luke abrió la caja de pizza, vacía, la cerró y suspiró- Sin importar que te comiste toda la pizza

-Sólo fueron cinco rebanadas -protestó Simon, inclinándose su silla hacia atrás y balanceándose en las dos patas traseras.

-¿Cuántas rebanadas crees que tenía la pizza, cabeza hueca? -inquirió Clary

-Menos de cinco rebanadas no es una comida. Es una botana - Simon miró aprensivamente a Luke- ¿No irás a transformarte en lobo y comerme?

-No -Luke se levantó para poner la caja de pizza en la basura- Serías fibroso y difícil de digerir

-Pero kosher -apuntó Simon con algarabía- Trataré de no cruzarme con ningún licántropo judío.

Luke recargó su espalda contra el fregadero.

-Respondiendo a tu pregunta anterior, Clary, fue extraño ver a Maryse Lightwood, pero no por ella. Por los alrededores. El Instituto me recordó mucho la Sala de los Acuerdos en Idris... pude sentir la fuerza del Libro Gris de las runas alrededor mío, después de quince años tratando de olvidarlo.

-¿Lo hiciste? -preguntó Clary- ¿Las olvidaste?

-Hay cosas que nunca olvidarás. Las runas del Libro son más que ilustraciones. Se vuelven parte de ti. Parte de tu piel. Ser un Cazador de Sombras es algo que nunca te deja. Es un don que cargas en la sangre y no puedes cambiar lo que eres, así como no puedes cambiar tu tipo de sangre.

-Me preguntaba -dijo Clary- si tal vez podría hacerme unas Marcas
Simon tiró el pedacito de orilla de pizza que había estado mordisqueando.

-Bromeas

-No, no bromeo. ¿Por qué debería bromear acerca de algo como eso? ¿Y por qué no podría tener Marcas? Soy una Cazadora de Sombras. Por tanto, debería obtener toda la protección que me puedan dar.

-¿Protección contra qué? -demandó Simon, inclinándose al frente, haciendo que las patas frontales de la silla cayeran con un golpe sordo- Pensaba que todo eso de cazar sombras estaba terminado. Pensé que tratarías de vivir como una persona normal.

El tono de voz de Luke era apacible.

-No estoy seguro de que sea posible vivir una vida normal

Clary miró a su brazo, donde Jace le había dibujado la única Marca que había recibido. Aún podía ver el trazo blanco como entrelazado, no más que una cicatriz.

-Seguro, quiero dejar de ser rara. ¿Pero qué si la rareza viene a mí? ¿Qué si no tengo elección?

-O tal vez no quieres dejar de ser rara -murmuró Simon- No mientras Jace siga siéndolo, a fin de cuentas

Luke carraspeó.

-La mayoría de los Nephilim pasan a través de niveles de entrenamiento antes de recibir sus Marcas. No recomendaría usar ninguna hasta haber completado este adiestramiento. Pero si quieres hacerlo o no, es cosa tuya, claro. Sin embargo, hay algo que debes tener. Algo que todo Cazador de Sombras debería tener.

-¿Una actitud arrogante y detestable actitud? -dijo Simon

-Una estela -dijo Luke- Todo Cazador de Sombras debe tener una estela

-¿Tienes una? -preguntó Clary, sorprendida.

Sin responder, Luke se encaminó fuera de la cocina. Volvió momentos después, con un objeto envuelto en papel negro. Puso el objeto en la mesa, desanudó el nudo, revelando un instrumento cónico y brillante, hecho de cristal opaco y pálido. Una estela.

-Bonita -dijo Clary

-Me halaga que lo pienses -dijo Luke- porque será tuya

-¿Mía? -ella lo miró con pasmo- Pero es tuya ¿cierto?

Él negó con la cabeza.

-Era de tu madre. No quiso dejarla en el apartamento para que no la fueras a encontrar, así que me la dio a guardar.

Clary alzó la estela. Se sentía fría al tacto, aunque sabía que estaría caliente hasta brillar cuando la usara. Era un objeto extraño, no lo suficientemente largo para ser un arma, no lo suficientemente corto para ser usado como una herramienta de dibujo. Supuso que el curioso tamaño era algo a lo que se acostumbraría.

-¿Puedo quedármela?

-Seguro. Es un modelo viejo, por supuesto, de hace unos veinte años. Han refinado los diseños desde entonces. Aún así, es lo suficientemente útil.

Simon la miró tomar la estela como el bastón de un director de orquesta, trazando patrones invisibles en el aire.

-Esto me recuerda la vez que mi abuelo me dio uno de sus viejos palos de golf

Clary se rió y bajó la mano.

-Ajá, excepto porque tú nunca usaste esos.

-Y espero que tú nunca uses eso -dijo Simon, y le lanzó una rápida mirada por si decidía replicar.

*

El humo se elevaba de las Marcas en espirales negras, y el olor a su propia piel quemándose le llegó a la nariz. Su padre se plantó delante de él con la estela, brillando roja como una moneda que hubieras dejado al fuego.

-Cierra los ojos, Jonathan -dijo- El dolor es lo que te permite ser

Pero Jace encogió sus manos, involuntariamente, como si su piel se estuviera frunciendo, obligándolo a alejarse de la estela. Oyó el sonido de uno de sus huesos de la mano romperse, y luego otro...

Jace abrió los ojos y parpadeó hacia la oscuridad, la voz de su padre desaparecía como humo en el viento. Sintió un regusto metálico y doloroso en su lengua. Se había mordido el labio inferior. Se levantó, tambaleándose. El crujido se oyó de nuevo e involuntariamente miró hacia su mano. No tenía marcas. Se dio cuenta que el sonido venía del exterior de la habitación. Alguien golpeando insistentemente la puerta. Rodó debajo de la cama, temblando cuando sus pies descalzos pegaron en el suelo frío. Se había quedado dormido con la ropa puesta y miraba hacia su camisa arrugada. Probablemente olía a lobo. Y le dolía todo. El golpeteo llegó de nuevo. Jace atravesó la habitación y abrió la puerta. Parpadeó sorprendido.

-¿Alec?

Alec, con las manos en los bolsillos de los jeans se encogió de hombros premeditadamente.

-Lo siento si es temprano. Mamá me mandó por ti. Quiere verte en la biblioteca

-¿Qué hora es?

-Las cinco de la madrugada

-¿Qué demonios haces despierto?

-No he dormido

Parecía que decía la verdad. Sus ojos azules estaban rodeados de sombras oscuras. Jace se pasó una mano por el cabello enredado.

-Está bien. Espera un segundo mientras me cambio de camisa

Caminando al guardarropa, escarbó entre las pilas de ropa pulcramente doblada hasta que encontró una camiseta azul oscuro deslavada. Se sacó la camisa que usaba cuidadosamente, en algunos lugares de la piel tenía sangre seca. Alec lo miró.

-¿Qué te pasó? -su voz sonaba un poco consternada

-Pelea con una manada de lobos -Jace metió la cabeza en la camisa azul.

Vestido, empujó levemente a Alec al pasillo.

-Tienes algo en el cuello -observó

-¿Qué?

-Parece una mordida -dijo Jace- ¿Qué haces por las noches?

-Nada -unas manchas rojas se extendieron por su cara, y sin quitarse la mano del cuello, Alec caminó por el corredor

Jace lo siguió.

-Fui al parque. Quería poner mi mente en claro

-¿Y te encontraste con un vampiro?

-¿Qué? ¡No!... me caí

-¿Sobre tu cuello?

Alec hizo un ruido y Jace decidió que era mejor dejar el tema.

-Bueno, como quieras. ¿Qué tratabas de poner en claro?

-A ti. A mis padres -dijo Alec- El por qué estaban tan molestos cuando te fuiste. Y nos explicaron acerca de Hodge. Por cierto, gracias por no contarme nada.

-Lo siento -era el turno de Jace de sonrojarse- En cierta forma no sabía cómo hacerlo

-Claro -Alec finalmente bajó su mano del cuello y miró acusadoramente a Jace- Parece que estuviste escondiendo más cosas. Cosas acerca de Valentine.

Jace se detuvo.

-¿Crees que mentía? ¿Qué en realidad sabía que Valentine era mi padre?

-¡No! -Alec se veía sobresaltado, por la pregunta y el modo en que Jace la dijo- Y no me importa quién sea tu padre. No tiene importancia para mí. Sigues siendo la misma persona

-Quienquiera que eso sea -las palabras salieron frías, antes de que

pudiera pararlas

-Sólo decía -el tono de Alec era tranquilizador- Puedes ser un poco molesto a veces. Sólo piensa antes de que hables, es todo lo que pido. Nadie aquí es tu enemigo, Jace

-Bueno, gracias por el consejo -dijo Jace- Puedo caminar sólo de aquí a la biblioteca

-Jace...

Pero Jace ya se había ido, dejando a Alec atrás. Jace odiaba cuando otra persona se preocupaba por él. Lo hacía sentir como si hubiera algo que el no entendía o veía. La puerta de la biblioteca estaba entrecerrada. Sin molestarse por llamar a la puerta, Jace entró. Siempre había sido una de sus habitaciones favoritas en todo el Instituto, había algo reconfortante en la mezcla pasada de moda de madera y latón, el cuero (y el terciopelo), los libros acomodados a través de las largas paredes como viejos amigos esperando su llegada. Una brisa de aire helado lo golpeó en la cara tan pronto pasó. El fuego, usualmente encendido en la gigantesca chimenea, ahora estaba apagado y había un montón de cenizas. Las lámparas se habían apagado. La única luz venía a través de las ventanas en el tragaluz, muy arriba. Sin querer, Jace pensó en Hodge. Si estuviera aquí, el fuego estaría encendido, las lámparas de gas encendidas, bañando todo de luz dorada. El mismo Hodge estaría acurrucado en el sillón junto al fuego, Hugo en su hombro, un libro abierto junto a él... pero había alguien más en el viejo sillón de Hodge. Alguien delgado, con vestimenta gris, se levantó del sillón, desenroscándose fluidamente como una serpiente cobra hechizada, y se giró hacia él con una sonrisa fría. Era una mujer. Usaba una capa larga, pasada de moda que le caía hasta la parte superior de las botas. Debajo había un ajustado traje colorido, y un collar color mandarina, las partes más agudas presionando su cuello. Su cabello era una mezcla de rubio descolorido, empujado apretadamente tras su nuca con ayuda de unas peinetas, y sus ojos eran gris metálico. Jace podía sentirlos, como un charco de agua helada, y su mirada viajó de sus jeans desaliñados y llenos de lodo hasta su cara magullada y luego a sus ojos y se quedó ahí. Por un segundo algo cálido se asomó en su mirada, como el brillo de una llama atrapada tras un bloque de hielo. Luego se desvaneció.

-¿Eres el chico?

Antes de que Jace pudiera responder, otra voz lo hizo por él: Era Maryse, entrando a la biblioteca detrás de él. Se preguntó por qué no la había oído aproximarse y se dio cuenta de que había cambiado sus tacones por pantuflas. Usaba un camisón largo de seda y tenía la cara seria.

-Sí, Inquisidora -dijo- Este es Jonathan Morgenstern

La Inquisidora se movió hacia Jace como llevada por un humo gris. Se detuvo frente a él y alzó una mano de largos y blancos dedos, le recordó una araña albina.

-Mírame, chico -dijo, y de repente aquellos largos dedos estaban

bajo su barbilla, empujándola hacia arriba. Era increíblemente fuerte- Me llamarás Inquisidora. No podrás llamarme de ninguna otra forma

La piel alrededor de sus ojos estaba marcada por finas líneas, como roturas en una pintura. Dos surcos profundos iban desde los bordes de su boca hasta su barbilla.

-¿Entendiste?

Por más de la mitad de su vida la Inquisidora había sido una figura mítica y distante para Jace. Su identidad, y sus montones de tareas, estaban rodeadas de protección por parte de la Clave. Él siempre la imaginó como uno de los Hermanos Silenciosos, con todo su poder contenido y misterios ocultos. Nunca la imaginó tan directa o tan hostil. Sus ojos parecían cortarlo, romper su armadura de confianza, mirando hasta sus huesos.

-Mi nombre es Jace -dijo- No chico. Jace Wayland

-No tienes derecho de usar el nombre Wayland -dijo- Eres Jonathan Morgenstern. Hacerte llamar Wayland te hace un mentiroso. Como tu padre.

-De hecho -dijo Jace- Prefiero pensar que soy un mentiroso en un modo que me pertenece sólo a mí

-Ya veo -una pequeña sonrisa curvó su boca pálida. No era una sonrisa bonita- Eres intolerante ante la autoridad, justo como lo era tu padre. Como el ángel cuyo nombre compartes -sus dedos se cerraron con violencia, clavándole las uñas en la barbilla dolorosamente- Lucifer fue castigado por su rebelión cuando Dios lo envió al infierno -su aliento era ácido como el vinagre- Si retas mi autoridad, puedo prometerte que envidiarás su destino

Ella soltó a Jace y dio un paso atrás. Él podía sentir el ligero goteo de sangre donde las uñas le habían cortado la cara. Sus manos se cerraron con enojo, pero no levantó las manos para limpiarse la sangre.

-Imogen... -comenzó Maryse, y luego se corrigió- Inquisidora Herondale. Él ha aceptado ser probado por al Espada. Así podrás saber si está diciendo la verdad.

-¿Acerca de su padre? Sí. Sé que puedo -el collar de la Inquisidora Herondale se enterró en su garganta mientras se dio la vuelta para mirar a Maryse- Sabes, Maryse, la Clave no está muy a gusto contigo. Tú y Robert son los guardianes del Instituto. Tienes suerte de que las cosas que hiciste se hayan borrado, relativamente. Pocos demonios molestos recientemente, y todo ha estado muy calmado los últimos días. A veces nos preguntamos si no habrías vuelto a aliarte con Valentine. Te tiende una trampa y tú vas a caer justo en ella. Uno pensaría que eras más inteligente.

-No hubo ninguna trampa -la cortó Jace- Mi padre sabía que los Lightwood me criarían si pensaban que yo era el hijo de Michael Wayland. Eso es todo

La Inquisidora los miró como si mirara a una cucaracha.

-¿Sabes acerca del pájaro cucú, Jonathan Morgenstern?

Jace se preguntó si ser Inquisidora (no ha de ser un trabajo muy agradable) no habría dejado a Imogen Herondale un tanto maniática.

-¿El qué?

-El pájaro cucú -dijo- Verás, los cucos son parásitos. Ponen sus huevos en los nidos de otros pájaros. Cuando el huevo sale, el bebé cucú empuja a los otros bebés fuera del nido. Los pobres padres pájaros se matan buscando encontrar comida suficiente para el gigantesco pájaro cucú que ha asesinado a sus bebés y tomado sus lugares.

-¿Gigantesco? -dijo Jace- ¿Acabas de llamarme gordo?

-Era una analogía

-No estoy gordo

-Y yo -dijo Maryse- no quiero tu lástima, Imogen. Me niego a creer que la Clave nos castigará a mí y a mi marido por cuidar del hijo de un amigo muerto.

Ella encuadró los hombros.

-No es como si no les hubiéramos dicho que lo estábamos cuidando

-Y nunca he lastimado a los Lightwood de ningún modo -dijo Jace- He trabajado duro, y entrenado duro... di lo que quieras de mi padre, pero me hizo un Cazador de Sombras. Me gané mi lugar aquí.

-No defiendas a tu padre delante de mí -dijo la Inquisidora- Lo conocí. Era el hombre más vil

-¿Vil? ¿Quién dice vil? ¿Eso qué significa?

Las cejas sin color de la Inquisidora se inclinaron hacia sus mejillas cuando ella entrecerró los ojos, con una mirada especulativa.

-Eres arrogante -dijo al fin- Tanto como intolerante. ¿Te dijo tu padre que te comportaras de este modo?

-No con él -dijo Jace sencillamente

-Entonces lo estás apoyando. Valentine era uno de los más arrogantes e irrespetuosos hombres que jamás haya conocido. Supongo que te crió para que fueras como él

-Sí -dijo Jace, sin saber qué más decir- Fui entrenado para ser un genio maligno desde chico. Arrancarles las alas a las moscas, envenenar el agua del mundo... hacía cosas así en el kindergarten. Supongo que fue una suerte que mi padre muriera y no acabara de educarme o nadie en el planeta estaría a salvo

Maryse dejó escapar un sonido como el que haría una rana asustada.

-Jace...

Pero la Inquisidora la interrumpió:

-Y justo como tu padre, no eres capaz de controlar tu temperamento -dijo ella- Los Lightwood no han hecho nada por acabar con esas horrendas costumbres tuyas. Podrás parecer un ángel, Jonathan Morgernstern, pero sé exactamente lo que eres

-Es sólo un chico -dijo Maryse ¿Lo estaba defendiendo? Jace la miró rápidamente, pero sus ojos estaban ocultos

-Valentine fue un chico una vez. Y ahora, antes de que empecemos

a escarbar en ésa cabeza rubia tuya para encontrar la verdad, sugiero que controles tu temperamento. Y sé exactamente a dónde enviarte.

Jace parpadeó.

-¿Me estás enviando a mi habitación?

-Te estoy enviando a las prisiones de la Ciudad Silenciosa. Después de una noche ahí, sospecho que serás mucho más cooperativo

Maryse respingó.

-Imogen... ¡no puedes hacer eso!

-Sí, si puedo -sus ojos se brillaron como navajas- ¿Tienes algo que decirme, Jonathan?

Jace sólo podía mirarla. Había niveles y niveles en la Ciudad Silenciosa, y él sólo había visto los primeros dos, donde se guardaban los archivos y donde los Hermanos se sentaban en el concilio. Las celdas de prisión estaban mucho más abajo en la Ciudad, debajo del nivel del cementerio donde miles de Cazadores de Sombras descansaban en silencio. Las celdas estaban reservadas a los peores criminales: vampiros violentos, hechiceros que habían roto el Convenio de la Ley, Cazadores de Sombras que habían regado la sangre de otro. Jace no era ninguna de esas cosas. ¿Cómo podía atreverse a sugerir eso?

-Muy sabio, Jonathan. Ya veo que estás aprendiendo la mejor lección que la Ciudad Silenciosa tiene para enseñarte -la sonrisa de la Inquisidora era como ver un cráneo sonriendo- Cómo mantener la boca cerrada

*

Clary estaba ayudando a Luke a lavar los platos de la cena cuando el timbre de la puerta sonó de nuevo. Ella se levantó, su mirada fija en Luke.

-¿Esperas a alguien? -preguntó

Él frunció el ceño, secándose las manos en una servilleta.

-No. Espera aquí -ella lo vio sacar algo de la repisa cuando dejaba la cocina. Algo que brillaba.

-¿Viste ése cuchillo? -silbó Simon, alzándose de la mesa- ¿Esperará problemas?

-Creo que él siempre espera problemas -dijo Clary- en esto días

Ella espionó por detrás de la puerta de la cocina, vio a Luke abriendo la puerta del frente. Podía oír su voz, pero no lo que decía. No sonaba molesto. La mano de Simon en su hombro la jaló hacia atrás.

-Aléjate de la puerta. ¿Estás loca? ¿Y si hay un demonio o algo así allá afuera?

-Entonces Luke podría necesitar nuestra ayuda -ella miró desde arriba la mano de Simon en su hombro, frunció el ceño- ¿Ahora me proteges? Eso es lindo

-¡Clary! -Gritó Luke desde la habitación del frente- Ven aquí. Quiero que conozcas a alguien

Clary empujó la mano de Simon a un lado.

-Ahora vuelvo

Luke estaba recargado en el marco de la puerta, los brazos cruzados. El cuchillo en su mano había desaparecido. Una chica estaba parada en los primeros escalones de la casa, una chica con el cabello café y rizado en múltiples trenzas y una chaqueta de pana.

-Esta es Maia -dijo Luke- De quien hablamos hace un rato

La chica miró a Clary. Sus ojos, bajo la luz brillante del sol, tenían un extraño color verde ambarino.

-Tú debes ser Clary

Clary asintió con la cabeza.

-Así que ése chico... el niño del cabello rubio que casi destruye la Luna del Cazador ¿es tu hermano?

-Jace -dijo Clary, a la que no le gustaba la curiosidad de la chica

-¿Maia?

Era Simon, venía detrás de Clary, las manos en los bolsillos de su chamarra de mezclilla.

-Ah. Tú eres Simon ¿cierto? Me enredo con los nombres, pero no con el tuyo -la chica le sonrió

-Genial -dijo Clary- Ahora todos somos amigos

Luke tosió y se irguió.

-Quería que se conocieran porque Maia va a estar trabajando en la librería por las siguientes semanas -dijo- Si la ven entrar y salir, no se preocupen. Tiene llave

-Y les echaré un ojo por si pasa algo raro -prometió Maia- Demonios, vampiros, lo que sea

-Gracias -dijo Clary- Me siento más segura ahora

Maia parpadeó.

-¿Estás siendo sarcástica?

-Estamos un poco tensos -dijo Simon- Al menos yo estaré feliz de saber que alguien estará aquí, cuidando de mi novia cuando no hay nadie en casa

Luke alzó las cejas, pero no dijo nada. Clary dijo:

-Simon tiene razón. Siento haber actuado tan grosera

-Está bien -Maia se veía comprensiva- Oí lo de tu madre. Lo siento

-Yo también -dijo Clary, girando sobre sus talones y volviendo a la cocina. Se sentó a la mesa y hundió la cara entre las manos. Un momento después, Luke la siguió.

-Lo siento -dijo- Supongo que no estabas de humor para conocer a nadie

-¿Dónde está Simon?

-Hablando con Maia -dijo Luke, y sí, Clary podía oír sus voces, murmullos suaves desde el otro lado de la casa

-Pensé que sería buena idea que tuvieras unos amigos

-Tengo a Simon

Luke se empujó los lentes detrás del puente de su nariz.

-¿Dijo que eras su novia?

Ella casi se rió ante su expresión desconcertada.

-Supongo

-¿Es algo nuevo o es algo que ya me habían dicho pero que olvidé?

-Ni siquiera yo lo había oído antes

Ella quitó las manos de la cara y lo miró, pensó en la runa, en el ojo abierto, que decoraba la mano derecha de todos los Cazadores de Sombras.

-La novia de alguien -dijo- La hermana de alguien, la hija de alguien. Todas estas cosas que no sabía que era, y aún así no consigo saber quién soy en realidad

-Ése no es siempre el punto -dijo Luke y Clary oyó cerrar la puerta del otro lado de la calle, y las pisadas de Simon aproximándose a la cocina. El olor de la noche fría se coló junto con él.

-¿Estaría bien que me quede aquí a dormir? -preguntó- Es un poco tarde para ir a casa

-Sabes que siempre eres bienvenido -Luke miró su reloj- Voy a dormir un rato. Tengo que despertar a las cinco para llegar al hospital a las seis

-¿Por qué a las seis? -preguntó Simon, después de que Luke dejara la cocina

-Es cuando empiezan las horas de visita -dijo Clary- No tienes que dormir en el sillón. No si no quieres

-No me importaría, al menos así no estarás sola mañana -dijo sacudiendo su cabello oscuro frente a sus ojos, impacientemente- En serio, no importa.

-Ya lo sé. Lo que quiero decir es que no tienes que dormir en el sillón si no quieres

-¿Entonces dónde...? -su voz se perdió, los ojos se abrieron mucho detrás de los lentes- Oh

-Es una litera -dijo- En la habitación de huéspedes

Simon sacó las manos de las bolsas. Había un color brillante en sus mejillas. Jace trataría de aparentar que era lo más normal del mundo; Simon ni siquiera lo intentó.

-¿Estás segura?

-Segura

Él caminó hacia ella e inclinándose, la dio un beso dulce y rápido en la boca. Sonriendo, ella se puso en camino.

-Suficiente de cocinas -dijo- No más cocinas

Y tomándolo firmemente de las muñecas, lo jaló tras ella, fuera de la cocina, a la habitación de huéspedes, donde ella dormía.

V. Los pecados de nuestros padres

La oscuridad de las prisiones de la Ciudad Silenciosa era más profunda que cualquier oscuridad que Jace jamás había visto. No podía ver su propia mano frente a sus ojos, no podía ver el piso de la celda. Lo que sabía de la celda, era lo que había podido ver por medio del apagado brillo de la antorcha que uno de los Hermanos Silenciosos llevaba al frente del contingente que lo había guiado dentro, el mismo que había abierto la puerta de la celda y lo había empujado dentro como un criminal común. Claro, que eso era probablemente lo que ellos pensaban que era.

Sabía que la celda tenía un piso cuarteado de piedra, que tres de las paredes estaban hechas de piedra y la cuarta era de barras de hierro muy pegadas entre sí, cada una, se hundía profundamente en la piedra. Sabía que había una puerta en alguna parte de esas barras. También sabía que una barra larga de metal atravesaba la pared este, porque los Hermanos Silenciosos habían atorado un lado de unas esposas metálicas e este tubo y el otro lado en su muñeca. Podía caminar de arriba debajo de la celda unos pasos, como el fantasma de Marley, pero era lo más que podía hacer. Había jalado su mano derecha desconsideradamente tratando de sacarla del aro de metal. A fin de cuentas, tenía la mano izquierda libre, lo cual era una lucecita al final del túnel. No es que importara mucho, pero era reconfortante saber que tenía libre la mano con la que peleaba mejor. Comenzó con otro estudio acerca del largo de la celda, moviendo los dedos por la pared mientras caminaba. Lo ponía nervioso no saber qué hora era. En Idris, su padre le había enseñado a saber qué hora era por el ángulo del sol, el largo de las sombras o la posición de las sombras en el cielo nocturno. Pero no había estrellas aquí. De hecho, comenzaba a preguntarse si alguna vez vería el cielo de nuevo. Jace se detuvo. ¿Por qué se estaba preguntando eso? Claro que vería el cielo de nuevo. La Clave no iba a matarlo. La pena de muerte estaba reservada a asesinos.

Pero el saborcillo del miedo se quedó con él, justo debajo del paladar, extraño como un repentino dolor. Jace no sentía ataques de pánico normalmente, Alec habría dicho que un poco de cobardía a veces era constructiva. El miedo no era algo que lo afectara mucho. Pensó en Maryse diciendo, "Nunca le temiste a la oscuridad". Era cierto. La ansiedad que sentía era innatural, no era él para nada. Tenía que ver algo más que oscuridad. Respiró hondo. Sólo tenía que aguantar la noche. Sólo una noche. Sólo eso.

Dio otro paso adelante, con la cadena tintineando. Un sonido que cortó el aire lo congeló en su lugar. Era alto, un ulular un aullido, un sonido de locura y terror puros. Parecía extenderse, como una nota sacada de un violín, haciéndose más grande y aguda y filosa hasta que se cortó abruptamente. Jace maldijo. Le zumbaban las orejas y podía

sentir el terror en la boca, como metal amargo. ¿Quién hubiera pensado que el miedo tendría un sabor? Presionó su espalda contra la pared de la celda, abrazándose a si mismo para calmarse. El sonido vino de nuevo, más fuerte ésta vez, y luego otra vez, y otra. Oyó un ruido de un golpe por encima de su cabeza y Jace se agachó involuntariamente, antes de recordar que estaban varios niveles bajo tierra. Había tenido otro recuerdo, una pintura formada en su mente: las puertas de un mausoleo golpeándose al abrirse, los cuerpos de cientos de Cazadores de Sombras muertos y sus esqueletos apostados en las entradas, torciéndose a través de los pisos blancos de la Ciudad Silenciosa, sin carne, con los huesos secos...

¡Suficiente! Con un gran esfuerzo, Jace empujó la visión lejos. La muerte no volvió. Y además, eran cuerpos de Nephilim como él, sus hermanos y hermanas derrotados. No tenía nada que temer. ¿De qué se asustaba entonces? Cerró las manos en puños, las uñas clavándose en sus palmas. Este pánico era poco valioso para él. Podía manejarlo. Podía noquearlo. Respiró hondo, llenando sus pulmones, y otro grito sonó, mucho, mucho más fuerte que los anteriores. El aliento escapó de su pecho con rapidez, y algo golpeó fuertemente, muy cerca de él, y vio un montón de luz, una flor roja de fuego bailoteando frente a sus ojos. El Hermano Jeremiah apareció ante sus ojos, la mano derecha apretando una antorcha aún encendida, su capa replegada hacia atrás para revelar la cara tocada por una grotesca expresión de terror. Su boca, anteriormente cerrada estaba abierta en un grito mudo, había hilos de sangre escurriendo por entre los labios. Sangre, negra a la luz de la antorcha, manchando su túnica blanca. Caminó unos pasos al frente, con las manos lasas, y entonces, como Jace vio sin poderlo creer, Jeremiah se lanzó al frente y cayó de cara en el piso. Jace oyó los huesos del archivista crujir cuando éste se derrumbó y la antorcha rodó lejos de la mano de Jeremiah y a través de la piedra hueca, haciendo un caminito de luz justo fuera de la puerta sellada. Jace se tiró sobre las rodillas al instante, inclinándose lo más lejos que la cadena le dejaba, con los dedos extendidos para tomar la antorcha. Ni siquiera alcanzó a tocarla.

La luz se desvaneció rápidamente, pero a través del débil relampagueo que emitía, Jace pudo ver la cara muerta de Jeremiah apuntando hacia él, la sangre seguía saliendo de su boca abierta. Los dientes estaban cubiertos de algo negro. El pecho de Jace se sintió pesado como si algo lo oprimiera. Los Hermanos Silenciosos nunca abrían la boca, nunca reían o gritaban. Pero ése había sido el sonido que Jace había oído, estaba seguro ahora... eran los gritos de hombres que no habían llorado en medio siglo, el sonido del terror más profundo y poderoso que la Runa del Silencio. ¿Pero cómo? ¿Dónde estaban los demás Hermanos? Jace quiso gritar y pedir ayuda, pero el peso en su pecho no lo dejó. No podía jalar suficiente aire. Se estiró de nuevo hacia la antorcha y sintió un hueso pequeño de su muñeca crujir. El dolor le paralizó el brazo, pero le dio los centímetros extra que necesitaba.

Deslizó la antorcha entre su mano y la levantó. Cuando la llama crepitó, oyó otro ruido. Un ruido molesto, feo, escalofriante. El vello de su nuca se erizó, tieso como agujas. Movié la antorcha al frente, con la mano temblorosa enviando chispazos de luz por todas las paredes, iluminando las sombras. No había nada ahí. En vez de relajarse, su terror se intensificó. Ahora jadeaba en el aire, tratando de sorber todo el oxígeno que le fuera posible, como si hubiera estado sumergido bajo el agua. El miedo era peor porque nunca lo había sentido. ¿Qué le estaba pasando? ¿De pronto se había vuelto un cobarde?

Se replegó hasta el muro, esperando que el dolor de la mano pasara. No lo hizo. Oyó el ruido de nuevo, la respiración entrecortada, ahora estaba más cerca. Había otro sonido también, detrás del otro, un murmullo suave y constante. Nunca antes había oído algo tan maligno. Algo fuera de sí, se pegó aún más a la pared y elevó la antorcha con la mano sacudiéndose con fuerza. Por un momento, brillante como a la luz del día, vio toda la habitación: la celda, la puerta con rejas, el piso de piedra debajo y el cuerpo muerto de Jeremiah arrebujado en el piso. Había una puerta justo detrás de Jeremiah. Estaba medio abierta. Algo había entrado por la puerta. Algo grande y oscuro y sin forma. Ojos que quemaban como el hielo seco, profundos y hundidos en pozos oscuros, Jace se quedó quieto y se sintió como un insecto. La cosa avanzaba al frente. Una gigantesca nube de vapor se elevó enfrente de los ojos de Jace como una ola surcando el océano. La última cosa que vio fue el fuego de su antorcha volverse verde y azul antes de ser tragado por la oscuridad.

*

Besar a Simon era agradable. Era muy agradable, como tumbarse en una hamaca en un día de verano con un libro y un vaso de limonada. Era la clase de cosas que podías seguir haciendo sin sentirte aburrida o preocupada o desconcertada o molesta por mucho que lo hicieras, exceptuando la barra de metal del sofá cama que se clavaba en tu espalda.

-Ouch -dijo Clary, tratando de quitarse de encima de la barra sin éxito

-¿Te lastimé? -Simon se hizo a un lado, mirándola consternado. O tal vez fuera que sin lentes sus ojos se veían más grandes y más oscuros

-No, tú no... la cama. Es como un instrumento de tortura

-No me había dado cuenta -dijo él, mientras ella agarraba una almohada tirada en el piso y la ponía sobre el tubo.

-No podrías haberlo hecho -rió ella- ¿En qué íbamos?

-Bueno, mi cara estaba más o menos donde está, pero la tuya estaba mucho más cerca de la mía. Eso es lo que recuerdo.

-Qué romántico -ella volvió a ponerse bajo él, que se apoyaba sobre los codos.

Sus cuerpos descansaban alineados y ella podía sentir los latidos de su corazón a través de las camisas de ambos. Sus pestañas, normalmente ocultas bajo los lentes, le hicieron cosquillas en la mejilla cuando él se inclinó a besarla. Ella dejó escapar una risita.

-¿Esto no se te hace raro? -murmuró

-No. Pienso que cuando imaginas algo lo suficientemente seguido, la realidad parece...

-¿No tan real?

-No ¡No! -Simon se alzó un poco, mirándola con algo parecido a la convicción- Ni siquiera lo pienses. Esto es lo opuesto a algo no tan real. Es...

Una risa entrecortada salió de la boca de ella.

-Okay, tal vez tú tampoco lo quieres decir

Él entrecerró los ojos, la boca curvándose en una sonrisa.

-Mira, quiero decir algo inteligente, sabelotodo, pero no puedo pensar en otra cosa que...

Ella lo miró con el ceño fruncido.

-¿Qué todo lo que quieres es sexo?

-Claro que no -él le retuvo las manos entre las de él, empujándoselas contra el colchón y la miró.

-Que te quiero

-¿Así que no quieres sexo?

Él le soltó las manos.

-Yo no dije eso

Ella se rió y lo empujó con ambas manos.

-Déjame levantarme

Él parecía alarmado.

-No quise decir que sólo quiero sexo

-No es eso. Quiero ponerme el pijama.

Él la miró, radiante mientras ella fue a buscar su pijama en el cajón y entró al baño. Sacó la cabeza por la puerta y le dijo:

-Ahora regreso

-Como sea -respondió él mientras ella cerraba la puerta.

Se cepilló los dientes y dejó caer el agua en el lavabo por largo rato, mirándose a sí misma en el espejo del baño. Tenía el cabello revuelto y las mejillas rojas. ¿Eso cuenta como un "brillo"? se preguntó Se supone que las personas enamoradas brillan ¿cierto? O tal vez eso era sólo para las mujeres embarazadas, no lo recordaba muy bien, pero estaba segura de que se suponía se vería diferente. Después de todo, era la primera vez que besaba a alguien de verdad, "y es lindo" se dijo a sí misma "seguro, agradable y reconfortante" Claro, cuando besó a Jace la noche de su cumpleaños, no había sido ni seguro ni reconfortante ni agradable. Había sido como abrirse una vena con algo filoso desde adentro, y manara algo más caliente y dulce y amargo que la sangre. "No pienses en Jace" se dijo a sí misma con fiereza, pero al mirarse en el espejo, vio sus ojos oscurecerse y supo que su cuerpo lo recordaría aunque su

mente no quisiera. Abrió la llave de agua fría y se echó en la cara antes de agarrar el pijama. “Genial” notó ella, sólo había traído la parte inferior del pijama, pero no la superior. Sin importar cuando podría agradarle a Simon, parecía muy temprano para dejarse ver sin la parte superior del pijama de rayas.

Regresó sobre sus pasos, sólo para descubrir a Simon dormido en el centro de la cama, abrazando la almohada como si fuera un ser humano. Ahogó una risa.

-Simon... -murmuró... entonces, escuchó los agudos dos beeps que indicaban que le había llegado un mensaje de texto.

El teléfono estaba en la mesita de noche; Clary lo levantó y vio que el mensaje era de Isabelle. Deslizó la parte superior del teléfono para abrirlo y leyó un tanto fastidiada el mensaje. Lo leyó dos veces, para estar segura de que no estaba imaginando cosas. Entonces corrió al armario para sacar su abrigo.

*

-Jonathan -la voz habló desde dentro de la oscuridad: lenta, siniestra y tan familiar como el dolor.

Jace parpadeó al abrir los ojos y únicamente vio oscuridad. Tembló. Estaba tirado y encogido en el piso helado. Debió haberse desmayado. Sintió un golpe de furia de su propia debilidad, de su propia fragilidad. Rodó hacia un lado y su muñeca se sintió tiesa.

-¿Hay alguien ahí?

-Seguramente reconocerás a tu propio padre, Jonathan -la voz sobrevino de nuevo y Jace la conocía: sonaba como hierro viejo, era cremosa y sin sentimiento.

Él trató de levantarse, pero sus botas resbalaron en un montón de algo y cayó de espaldas, los hombros golpearon la pared de piedra fuertemente. Su cadena chilló como un coro de monedas metálicas.

-¿Estás herido?

Una luz de bruja brilló arriba, hiriendo los ojos de Jace. Él parpadeó para alejar las lágrimas y vio a Valentine parado del otro lado de las barras, junto al cuerpo del Hermano Jeremiah. La piedra de luz de bruja reflejó un poco de luz, haciendo que el brillo se esparciera por toda la habitación. Jace podía ver los hilos de sangre vieja en la pared... y una sangre más nueva, un pequeño charco de ella, que había salido de la boca abierta Jeremiah. Sintió el estómago encogerse, y pensó en la masa informe que había visto antes, la que tenía ojos como rubíes.

-Ésa cosa -preguntó- ¿Dónde está? ¿Qué era?

-Estás herido -Valentine se acercó a las rejas- ¿Quién ordenó que te encerraran aquí? ¿Fue la Clave? ¿Los Lightwood?

-Fue la Inquisidora

Jace se miró a sí mismo. Había más sangre en las piernas de sus pantalones y en su camisa. No podía decir si algo de ella era de él. La

sangre se filtraba por entre su ropa. Valentine lo inspeccionó pensativamente tras las barras. Era la primera vez en años que Jace había visto a su padre en una verdadera armadura, el cuero de las ropas de los Cazadores de Sombras permitía libertad de movimiento y al mismo tiempo protegía la piel de los más variados tipos de veneno de demonio; los brazaletes plateados y las rodilleras en sus brazos y piernas, respectivamente, estaban marcados con glifos y runas. Había una delgada cinta a través de su pecho y el escudo brillaba por encima de su hombro. Él se acuclilló entonces, poniendo sus ojos negros y fríos al nivel de los de Jace. Jace estaba sorprendido de no ver enojo en ellos.

-El Inquisidor y la Clave son los mismos. Y los Lightwood nunca debieron haber permitido que esto pasara. Yo nunca hubiera dejado que nadie te hiciera esto

Jace presionó los hombros contra la pared; tanto como las cadenas lo dejaron alejarse de su padre.

-¿Viniste a matarme?

-¿Matarte? ¿Por qué debería querer matarte?

-Bueno, ¿por qué mataste a Jeremiah? Y no te molestes en inventar una historia de cómo ibas por el vecindario cuando él espontáneamente murió. Sé que tú hiciste esto

Por primera vez Valentine se inclinó sobre el cuerpo del Hermano de Jeremiah.

-Yo lo maté, y al resto de los Hermanos Silenciosos también. Tuve que. Tenían algo que yo necesitaba.

-¿Qué? ¿Sentido de la decencia?

-Esto -dijo Valentine y desenfundó la Espada en un movimiento fluido- Maellartach

Jace se golpeó contra la pared cuando un jadeo de asombro salió de su garganta. La reconocía perfectamente: la pesada, gigantesca Espada plateada con las alas abiertas en la empuñadura era la misma que colgaba sobre las Estrellas Susurrantes en la habitación del concilio de los Hermanos Silenciosos.

-¿Robaste la espada de los Hermanos Silenciosos?

-Nunca fue de ellos -dijo Valentine- Le pertenece a los Nephilim. Esta es la espada con la que el Ángel expulsó a Adán y Eva del Paraíso. "Y habiendo expulsado al hombre, puso querubines al oriente del jardín del Edén y un remolino que disparaba rayos, para guardar el Árbol de la Vida" (N/A: Gen 3:24) -citó, inclinándose hacia la espada.

Jace humedeció sus labios resecaos.

-¿Qué harás con ella?

-Te lo diré -dijo Valentine- cuando piense que puedo confiar en ti, y sepa que tú confías en mí.

-¿Confiar en ti? ¿Después del modo en que te colaste a través del Portal de Renwick y lo rompiste para que no pudiera seguirte? ¿Y cuándo quisiste matar a Clary?

-Nunca más tendré que lastimar a tu hermana -dijo Valentine, con

un brillo de enojo- Ni tampoco a ti

-¡Todo lo que has hecho me ha lastimado! ¡Fueron los Lightwood los que siempre me protegieron!

-No fui yo quién te encerró aquí. No soy yo el que te amenaza y desconfía de ti. Eso hicieron los Lightwood y sus amigos de la Clave - Valentine hizo una pausa- Viéndote así, (cómo te han tratado y aún así sigues indiferente) Estoy orgulloso de ti

En ése momento, Jace miró hacia arriba con sorpresa, tan rápido que sintió un mareo. Su mano le dolía aún. Empujó el dolor hacia atrás, tratando de respirar acompasadamente.

-¿Qué?

-Ya sé lo que hice mal en el Renwick -continuó Valentine- Aún te recordaba como al niño pequeño que dejé en Idris, obediente a todo lo que le pedía. En vez de eso encontré a un hombre joven, independiente y valeroso, y aún así te traté como a un niño. No me pregunto ya por qué te rebelaste en contra mía.

-¿Rebelarme? Yo... -la garganta de Jace se cerró, no le dejó terminar de decir lo que quería decir. Su corazón empezó a golpear al ritmo del temblor de su mano. Valentine presionó.

-Nunca tuve oportunidad de explicarte mi pasado, de decirte por qué hice las cosas que hice

-No hay nada que explicar. Tú mataste a mis abuelos. Tú mantuviste prisionera a mi madre. Esclavizaste a otros Cazadores de Sombras para ayudarte a alcanzar tus propias metas -cada palabra en la boca de Jace le sabía a veneno

-Sólo conoces la mitad de los hechos, Jonathan. Te mentí cuando eras niño porque eras muy joven para entender. Ahora eres lo suficientemente mayor como para entender. Lo suficiente para saber la verdad

-Entonces dime la verdad

Valentine deslizó la mano por entre las barras y asió la camisa de Jace. La rudeza, la textura callosa de sus dedos se sentía exactamente como cuando Jace tenía diez años de edad.

-Quiero confiar en ti, Jonathan -dijo- La pregunta es ¿Puedo?

Jace quiso responder, pero las palabras no llegaron. Sentía el pecho como una banda de metal que se estrujaba cada vez más, cortándole la respiración a cada centímetro.

-Yo quisiera -murmuró.

Un ruido sonó sobre ellos. Un sonido como el de una puerta de metal, entonces Jace oyó pisadas, susurros haciendo ecos en las paredes de piedra de la Ciudad. Valentine se levantó, cerrando la mano alrededor de la luz de bruja hasta que fue solamente un brillo apagado y él mismo se sintió envuelto en sombras.

-Más rápido de lo que pensé -murmuró, mirando a Jace a través de los barrotes

Jace trató de mirarlo, pero no podía ver nada que no fuera negro

lejos de la precaria iluminación de la piedra de bruja. Pensó en la forma oscura que había visto antes, aplastando toda la luz a su paso.

-¿Qué es lo que viene? ¿Qué es eso? -demandó, alzándose sobre sus rodillas

-Debo irme -dijo Valentine- Pero tú y yo no hemos acabado

Jace puso la mano en los barrotes

-Desencadename. Lo que sea que eso sea quiero poder pelear

-Desencadenare ahora sería todo menos amable ahora -Valentine cerró la mano alrededor de la luz de bruja.

Desapareció, sumiendo la habitación en la oscuridad. Jace siguió agarrando las rejas de la celda, su mano rota protestaba por el dolor.

-¡No! -gritó- Padre, por favor

-Cuando quieras encontrarme -dijo Valentine- lo harás

Y entonces sólo se oyó el rumor de las pisadas alejándose rápidamente y el aliento del propio Jace entrecortándose mientras él se apoyaba contra los barrotes.

*

En el metro que iba al norte, Clary no podía sentarse. Paseó de arriba abajo en el vagón vacío, sus audífonos del iPod danzando alrededor de su cuello. Isabelle no había contestado cuando Clary la llamó al móvil, y un sentido irracional de preocupación crecía dentro de Clary. Pensó en Jace en la Luna del Cazador, cubierto de sangre. Con los dientes apretados y rezumando ira, se veía mucho más como un hombre lobo que como un Cazador de Sombras encargado de proteger a los humanos y mantener a raya a los Subterráneos. Subió las escaleras de la parada del subterráneo que llevaban a la calle Noventa y nueve, caminando más despacio sólo cuando llegó a la esquina de la calle donde estaba erigido el Instituto, con su forma gris y gigantesca. Hacía calor en los túneles, y el sudor de su espalda y su cuello se había enfriado mucho cuando tocó a la puerta frontal del Instituto. Extendió la mano a la enorme campana de metal, entonces dudó. Era una Cazadora de Sombras ¿no? Tenía derecho de estar en el Instituto, igual que los Lightwood. Con un sentimiento de resolución, se paró frente a la puerta, tratando de recordar las palabras que Jace había dicho.

-En nombre del Ángel yo...

Las puertas se abrieron hacia adentro, mostrando la oscuridad adornada de las llamas de docenas de velas. Cuando entró, las velas titilaron como si se rieran de ella. Llegó hasta el elevador y cerró la puerta metálica tras ella, presionando botones con un dedo tembloroso. Se preguntó el por qué de su nerviosismo ¿estaba preocupada por Jace, como creía, o sólo preocupada de ver a Jace? Su cara, enmarcada por el cuello de su abrigo, se veía blanca y pequeña, sus ojos grandes y de verde oscuro, tenía los labios pálidos y cuarteados. Nada bonita para nada, pensó, y se obligó a olvidar eso. ¿Qué importaba cómo se viera? A

Jace no le importaba. A Jace no debía importarle.

El elevador chirrió al detenerse y Clary empujó la puerta para que se abriera. Iglesia esperaba en el recibidor. La saludó con un desafinado maullido.

-¿Qué pasa, Iglesia?

Su voz sonó antinatural en la habitación callada. Se preguntó si había alguien en el Instituto. Tal vez sólo estaba ella. El pensamiento hizo que se le erizara la piel.

-¿Hay alguien en casa?

El gato le dio la espalda y caminó al frente. Pasaron la sala de música y la biblioteca, las dos vacías, antes de que Iglesia diera la vuelta en una esquina y se sentara en frente de la puerta cerrada. "Entonces, aquí estamos", parecía decir su expresión. Antes de que ella pudiera llamar a la puerta, ésta se abrió, revelando a Isabelle, descalza, con un par de jeans y un suéter de color violeta claro. Dijo cuando vio a Clary:

-Creí oír a alguien en el recibidor, pero no pensé que serías tú -dijo- ¿Qué haces aquí?

Clary la miró.

-Me mandaste un mensaje de texto. Dijiste que el Inquisidor había encerrado a Jace en la cárcel.

-¡Clary! -Isabelle miró a ambos lados del corredor y luego se mordió el labio- No quise decir que debías correr aquí, justo ahora

-¡Isabelle! ¡Cárcel!

-Si, pero... -con un suspiro de derrota, Isabelle se hizo a un lado, dejando a Clary entrar a su habitación- Parece que deberías entrar. Tú, fuera -dijo, agitando una mano en dirección a Iglesia- Ve a cuidar el elevador

Iglesia la miró enfadado, se recostó en su estómago y se quedó dormido.

-Gatos -farfulló Isabelle, y cerró la puerta

-Hey, Clary

Alec estaba sentado en la cama sin hacer de Isabelle, sus pies calzados en botas colgaban a un lado.

-¿Qué haces aquí?

Clary se sentó en el taburete frente al tocador desordenado de Isabelle.

-Isabelle me envió un mensaje. Me dijo lo que le había pasado a Jace Isabelle y Alec intercambiaron miradas muy significativas.

-¡Vamos Alec! -dijo Isabelle- Pensé que ella debería saberlo. ¡No sabía que vendría corriendo aquí!

El estómago de Clary se encogió.

-¡Pero ya estoy aquí! ¿De acuerdo? ¿Por qué rayos el Inquisidor lo envió a prisión?

-No es una prisión exactamente. Está en la Ciudad Silenciosa -dijo Alec, sentándose derecho y jalando una de las almohadas de Isabelle sobre su regazo.

-¿En la Ciudad Silenciosa? ¿Por qué?

Alec se encogió de hombros.

-Hay celdas bajo la Ciudad Silenciosa. Ahí ponen a los criminales antes de deportarlos a Idris para ser enjuiciados por el Concilio. Personas que han hecho cosas realmente malas. Asesinos, vampiros renegados, Cazadores de Sombras que han violado los acuerdos. Ahí es donde está Jace ahora

-¿Encerrado con un montón de asesinos? -Clary se paró, fuera de sí- ¿Qué les pasa a ustedes? ¿Por qué no están más molestos?

Alec e Isabelle intercambiaron otra mirada.

-Es sólo una noche -dijo Isabelle- Y no hay nadie más con él. Preguntamos

-¿Pero por qué? ¿Qué hizo Jace?

-Molestó a la Inquisidora. Eso es lo que yo sé -dijo Alec

Isabelle se recargó en el borde del tocador.

-Es increíble

-Entonces la Inquisidora debe de estar loca -dijo Clary

-De hecho, no -dijo Alec- Si Jace estuviera en su ejército mundano, ¿crees que lo dejarían responderle a sus superiores? Claro que no

-Bueno, durante una guerra. Pero Jace no es un soldado

-Todos somos soldados. Jace más que todos nosotros. Hay una jerarquía y la Inquisidora está cerca de la cima. Jace está cerca del fondo. Debió de haber sido más respetuoso

-Si están de acuerdo en que esté en la cárcel ¿por qué me llamaron? ¿Para convencerme de lo mismo? No le veo el caso ¿Qué quieren que haga?

-No dijimos que debería estar en la cárcel -negó Isabelle- Sólo que no debió haber hablado tan irrespetuosamente con uno de los miembros de más alto rango en la Clave. Además... -añadió en voz más baja- Pensé que podrías ayudar

-¿Ayudar? ¿Cómo?

-Ya te lo dije -dijo Alec- la mitad del tiempo pareciera que Jace quiere que lo maten. Tiene que aprender a cuidarse más, y eso incluye, cooperar con la Inquisidora

-¿Y crees que yo podría hacer que entendiera eso? -dijo Clary, sin creer el tono de su voz

-No estoy segura de que alguien podría obligar a Jace a hacer nada -dijo Isabelle- Pero creo que tú podrías recordarle que tiene algo por lo que vivir.

Alec miró hacia la almohada en sus manos y tiró de un extremo con furia. Ella frunció el ceño

-Alec, no

Clary quiso decirle a Isabelle que ellos eran la familia de Jace, que ella no era... que sus voces tenían más peso que la de ella podría llegar a tener alguna vez. Pero siguió oyendo la voz de Jace en su cabeza, diciendo *Nunca he sentido que pertenezco a algún lado. Pero tú me*

haces sentir que en realidad pertenezco a algún lugar

-¿Podemos ir a la Ciudad Silenciosa a verlo?

-¿Le dirás que coopere con la Inquisidora? -demandó Alec
Clary lo consideró.

-Primero quiero oír lo que tiene que decir

Alec tiró la almohada a la cama y se levantó, con el ceño fruncido. Antes de que pudiera decir algo, alguien llamó a la puerta. Isabelle se irguió y caminó hacia la puerta para abrirla. Era un chiquillo de cabello negro, con los ojos medio escondidos por los lentes. Usaba jeans de una talla mucho mayor y una camiseta sudorosa y cargaba un libro en la otra mano.

-Max -dijo Isabelle, con algo de sorpresa- Pensé que estabas dormido

-Estaba en el salón de armas -dijo el chico, que tenía que ser el hijo más joven de los Lightwood- Pero había ruidos en la biblioteca. Creo que alguien podría querer contactarnos

Él espío a través de Isabelle y vio a Clary.

-¿Qué es eso?

-Eso es Clary -dijo Alec- La hermana de Jace

Los ojos de Max se abrieron grandes-

-Pensé que Jace no tenía hermanos o hermanas

-Eso era lo que todos pensábamos -dijo Alec, recogiendo el suéter que había dejado en una silla de Isabelle y se lo puso.

Su cabello se erizó alrededor de su cabeza, como un halo suave, chispeando con electricidad. Lo acomodó con impaciencia.

-Voy a la biblioteca

-Iremos los dos -dijo Isabelle, tomando un látigo dorado que estaba enrollado, sacándolo del ropero y acomodándolo en su cinturón- Por si las dudas

-¿Dónde están sus padres? -preguntó Clary

-Los llamaron hace unas horas. Un fey en Central Park. La Inquisidora fue con ellos -explicó Alec- ¿No querías ir tú?

-No nos invitaron -Isabelle recogió su cabello en dos mechones y los enredó formando una moña que atoró con una pequeña daga de cristal- Cuida a Max, ¿quieres? Ahora volvemos

-Pero... -protestó Clary

-Ya volvemos -Isabelle salió al corredor con Alec pisándole los talones

La puerta se cerró y Clary se sentó en la cama, mirando a Max con aprensión. Nunca pasó mucho tiempo con niños pequeños (su madre no la dejaba hacer de niñera) y no estaba muy segura de cómo hablar o comportarse con ellos. Ayudó un poco que este chiquillo le recordara a Simon a ésa edad, con sus brazos y piernas delgadas y lentes que se veían muy grandes para su cara. Max la miró, no tímidamente, sino pensativo y como conteniéndose.

-¿Cuántos años tienes? -preguntó al fin

Clary respondió con otra pregunta:

-¿Cuántos años parece que tenga?

-Catorce

-Tengo dieciséis, pero todos siempre creen que soy más joven de lo que soy porque soy muy bajita

Max asintió.

-A mi también -dijo- Tengo nueve, pero las personas creen que tengo siete

-Yo digo que pareces de nueve -dijo Clary- ¿Qué tienes ahí? ¿Es un libro?

Max sacó la mano de atrás de su espalda. Tenía un librito del tamaño de una de esas revistas pequeñas que había en los supermercados. Éste tenía una cobertura brillante con una escritura japonesa debajo de las palabras en inglés.

-Naruto -dijo- No sabía que te gustara el manga ¿De dónde lo sacaste?

-Del aeropuerto. Me gustan los dibujos, pero no le entiendo

-A ver, dame acá -ella lo abrió y le mostró las páginas- Lo lees de atrás para adelante, de derecha a izquierda en vez de izquierda a derecha. Y lees cada página en sentido de las agujas del reloj ¿Sabes lo que eso significa?

-Claro -dijo Max.

Por un momento, Clary se preocupó, pensando que tal vez lo había molestado. Se veía complacido, a pesar de todo, cuando tomó el libro y lo abrió en la última página.

-Este es el número nueve -dijo- Creo que debería conseguir los otros ocho antes de leerlo

-Ésa es una buena idea. Tal vez haya alguien que te pueda llevar a Comics Centrales o al Planeta Prohibido

-¿Planeta Prohibido?

Max se veía extrañado, pero antes de que Clary pudiera explicar, Isabelle entró por la puerta, sin aliento.

-Había alguien tratando de contactarse con nosotros -dijo, antes de que Clary pudiera preguntar- Uno de los Hermanos Silenciosos. Algo pasó en la Ciudad de Hueso.

-¿A qué te refieres con algo?

-No sé. Nunca antes supe que los Hermanos Silenciosos hubieran pedido ayuda -Isabelle se veía alterada. Miró a su hermano- Max, ve a tu habitación y quédate ahí ¿Quieres?

Max apretó la mandíbula.

-¿Alec y tú van a salir?

-Sí

-¿A la Ciudad Silenciosa?

-Max...

-Quiero ir

Isabelle negó con la cabeza, la punta de la daga de cristal titiló en

su cabeza como si estuviera en llamas.

-Absolutamente no. Eres muy joven

-¡Tú tampoco tienes dieciocho!

Isabelle miró a Clary con una mirada mitad ansiedad y mitad desesperación.

-Clary, ven un segundo, por favor

Clary se levantó, e Isabelle la tomó del brazo y la jaló fuera de la habitación, dando un portazo al cerrar. Hubo un golpe sordo cuando Max se estrelló contra ella.

-Maldición -dijo Isabelle, sosteniendo el pomo de la puerta para que no se pudiera girar- ¿puedes sacar mi estela, por favor? Está en mi bolsillo

Clary sacó la estela que Luke le había dado esa misma noche.

-Usa la mía

Con unos cuantos trazos rápidos, Isabelle trazó la Runa de Bloqueo en la puerta. Clary podía oír las protestas de Max del otro lado mientras Isabelle caminó lejos de la puerta, haciendo una mueca, y le devolvió a Clary su estela.

-No sabía que tenías una de estas

-Era de mi madre -dijo Clary, y se corrigió mentalmente. Es de mi madre. Es de mi madre

-Huh -Isabelle llamó a la puerta con el puño cerrado- Max, hay unas barras de cereal en el buró, por si te da hambre. Volveremos lo más pronto que podamos

Hubo otro grito ahogado detrás de la puerta; Isabelle se encogió de hombros y volvió al pasillo, caminando junto a Clary.

-¿Qué decía el mensaje? -demandó Clary- ¿Nada más que hubo un problema?

-Que hubo un ataque. Eso dijeron -Alec estaba esperando fuera de la biblioteca.

Usaba una armadura de cuero negro de Cazador de Sombras sobre la ropa. Guantes protegían sus brazos y tenía Marcas alrededor de la garganta y las muñecas.

-¿Estás lista? -le dijo a su hermana- ¿Ya te aseguraste de dejar a Max en su cuarto?

-Estará bien -mostró las manos- Márcame

Mientras Alec trazaba los patrones de runas por toda la parte interior de las manos de Isabelle y en sus muñecas, miraba a Clary.

-Probablemente deberías ir a casa -dijo- No querrás estar aquí sola cuando la Inquisidora llegue

-Iré con ustedes -dijo Clary, las palabras se apilaron antes de que ella pudiera detenerlas.

Isabelle quitó una mano y sopló sobre su piel como si estuviera enfriando una taza de café muy caliente.

-Pareces Max -dijo Alec

-Max tiene nueve. Yo tengo la misma edad que tú

-Pero ningún entrenamiento -arguyó Alec- Sólo serías una carga
-No, no lo sería. ¿Alguno de ustedes ha ido siquiera a la Ciudad Silenciosa? -demandó Clary- Yo sí. Sé como entrar. Sé encontrar el camino

Alec se irguió, retirando la estela.

-No creo que...

Isabelle se metió en la conversación.

-Tiene razón. Creo que ella debería venir si así quiere

Alec la miró.

-La última vez que se enfrentó a un demonio, sólo gritó y chilló - viendo la cara molesta de la chica añadió- Lo siento pero es la verdad

-Creo que se merece una oportunidad -dijo Isabelle- Sabes que eso es lo que Jace siempre dice. A veces no tienes que encontrar al peligro, el peligro te encuentra

-A mí no me van a encerrar como hicieron con Max -apuntó Clary, viendo la falta de resolución de Alec- No soy una niña. Y sé dónde queda la Ciudad de Hueso. De todos modos iré.

Alec la miró, sacudiendo la cabeza y farfullando algunas cosas acerca de las chicas. Isabelle le tomó la mano a Clary.

-Dame la mano -dijo- Ya va siendo hora de que tengas algunas Marcas

VI. Ciudad de Cenizas

Al final, Isabelle le hizo a Clary sólo dos Marcas, una en la palma de cada mano. Una era un ojo abierto, el que llevaban todos los Cazadores de Sombras. El otro eran dos aros cruzados; Isabelle le dijo que ésa era la Runa Protectora. Ambas runas le quemaron cuando la estela tocó su piel, pero el dolor desapareció mientras Clary, Isabelle y Alec entraron en un taxi. Cuando llegaron a la Segunda Avenida y bajaron a la acera, las manos y brazos de Clary se sentían tan ligeros como si estuviera usando flotadores en una piscina. Los tres callaron cuando cruzaron el arcón metálico que llevaba dentro del Cementerio de Mármol. La última vez que Clary había visto este pequeño cementerio iba corriendo apresuradamente detrás del Hermano Jeremiah. Ahora, por primera vez, se dio cuenta de los nombres tallados en las paredes: Sangrejuven, Fairchild, Cruzalagos, Nighthshadow, Ravenscar. Había runas junto a ellas. En la cultura de los Cazadores de Sombras cada familia tenía su propio símbolo: El de los Wayland era un martillo de herrero, el de los Lightwood era una antorcha y el de los Morgenstern era una estrella.

El pasto crecía disparejo a los pies de la estatua del Ángel en el centro del cementerio. Los ojos del Ángel estaban cerrados, sus manos delgadas cerradas sobre un cáliz de piedra, una reproducción de la Copa Mortal. Su cara de piedra estaba impasible, llena de polvo y suciedad.

Clary dijo:

-La última vez que estuve aquí, el Hermano Jeremiah usó una runa en la estatua para abrir la puerta de la Ciudad.

-No quisiera usar una de las runas de los Hermanos Silenciosos -dijo Alec, con la cara ensombrecida- Debieron de haber sentido nuestra presencia antes de que llegáramos aquí. Comienzo a preocuparme.

Sacó la daga de su cinturón y blandió la hoja por encima de su mano abierta. Una línea de sangre manó de su palma. La cerró en un puño y dejó que la sangre escurriera en la Copa de piedra.

-Sangre de Nephilim -dijo- Debería funcionar como una llave

Los párpados del Ángel de piedra se abrieron. Por un momento Clary casi esperaba que los ojos de la estatua apuntaran hacia ella, pero estaban hechos de piedra nada más. Un segundo después, el pasto cerca de los pies del Ángel se abrió. Una línea tortuosa y negra corrió por el suelo, como una serpiente, y se curvó lejos de la estatua, Clary saltó hacia atrás cuando un agujero negro se abrió frente a sus pies. Se asomó hacia abajo. Escaleras que llevaban a la sombra. La última vez que había estado ahí, la oscuridad estaba alumbrada a intervalos por antorchas, iluminando partes. Ahora sólo había negrura.

-Algo está mal -dijo Clary. Ni Isabelle ni Alec parecían tener ganas de replicar.

Clary tomó de su bolsillo la piedra de bruja que Jace le había dado y la elevó sobre su cabeza. La luz salió de ella, saliéndose de entre sus

dedos.

-Vamos -Alec se paró frente a ella- Iré adelante, tu me sigues. Isabelle, cubre la retaguardia

Bajaron la escalera lentamente, las botas de Clary se resbalaban en los escalones gastados por el tiempo.

Al pie de las escaleras había un túnel pequeño que se abría y llevaba a un enorme recibidor, una huerta de arcos blancas con piedras semipreciosas. Hileras de mausoleos escondidos entre las sombras como casitas de enanos en un cuento de hadas. Las más distantes de ellas desaparecían entre las sombras; la luz de bruja no era suficiente para alumbrar todo el recibidor.

Alec miraba adustamente todo.

-Nunca pensé que entraría a la Ciudad Silenciosa -dijo- Ni siquiera muerto

-Yo no estaría tan triste de ser así -dijo Clary- El Hermano Jeremiah me dijo que te hacen cuando mueres. Te queman y usan las cenizas para hacer el mármol de esta Ciudad

-La sangre de los vencedores de demonios es útil para proteger contra el mal. Incluso muertos, los de la Clave servimos a la Causa

-Hmph -dijo Isabelle- Lo consideran un honor. Y no es como si a ustedes los mundis no los quemaran cuando se mueren

-Eso no lo hace menos terrorífico -pensó Clary.

El olor a cenizas y humo colgaba pesado en el aire, familiar para ella de la última vez que había estado ahí... pero había algo detrás de esos aromas, algo más pesado y escabroso, como fruta echada a perder. Alec frunció el ceño cuando lo olió y tomó una de las espadas de serafín de su cinturón.

-Arathiel -murmuró y el brillo de la espada se unió a la luz de la piedra de bruja de Clary

Encontraron la segunda escalera y bajaron a una oscuridad aún más impenetrable. La piedra de bruja tembló en la mano de Clary como una estrella moribunda, se preguntó si a las piedras de bruja no se les terminaban las baterías como a las linternas. Deseó que no. La idea de quedarse atorada entre la oscuridad impenetrable la llenó de un terror inmenso. El olor a fruta podrida se hizo más grande conforme llegaron al final de las escaleras y desembocaron en otro largo túnel. Este llevaba a un pabellón rodeado de columnas de hueso tallado, según recordaba Clary. Las estrellas plateadas brillaban en el piso como un montón de confeti. En el centro del pabellón había una mesa negra. Un líquido oscuro se esparcía por toda la superficie y caía al suelo formando curiosas figuras. Cuando Clary se había parado frente al Concilio de los Hermanos, había habido una pesada espada de plata colgando de la mesa detrás de la mesa. No había Espada ahora, en su lugar, había un gran charco escarlata.

-¿Eso es sangre? -murmuró Isabelle. No sonaba asustada, sólo sorprendida

-Parece que sí -los ojos de Alec vagaron por toda la habitación
Las sombras estaban oscuras como tinta, y parecían moverse. Tenía la mano cerrada fuertemente alrededor de la espada de serafín.

-¿Qué pudo haber pasado? -dijo Isabelle- Los Hermanos Silenciosos... creí que eran indestructibles...

Su voz se hizo nada cuando Clary se dio la vuelta, con la piedra de bruja en la mano y haciendo que oscuridad se llenara de extrañas espirales. Una estaba más delineada que las otras. Apuntó la luz hacia allá, deseando que fuera más grande y la luz hizo exactamente eso, enviando un rayo de luz en la distancia. Empalado en uno de los nichos, como un gusano en un anzuelo, estaba el cadáver de un Hermano Silencioso. Las manos atadas debajo de él, las ropas se veían negras a la luz de bruja. Isabelle ahogó un grito.

-Alec. ¿Ves...?

-Lo veo -la voz de Alec estaba apagada- Y he visto peores. Es Jace el que me preocupa

Isabelle caminó hacia delante y tocó la mesa negra, sus dedos se hundieron en la superficie.

-Esta sangre está casi fresca. Lo que sea que haya pasado no pasó hace mucho.

Alec caminó por delante del cuerpo inmóvil del Hermano. Había marcas sobre el piso ensangrentado.

-Huellas -dijo- Alguien corriendo

Alec indicó con un movimiento de la mano que las chicas debían seguirlo. Así lo hicieron, Isabelle se detuvo sólo para limpiarse las manos llenas de sangre en las rodilleras de cuero suave. El camino de huellas los llevó a un pabellón y un túnel alargado y profundo, que se perdía en la oscuridad. Cuando Alec se detuvo, miró alrededor y Clary siguió adelante, impaciente, dejando que la luz de bruja alumbrara de un blanco plateado por delante de ellos. Pudo ver unas puertas dobles al final del túnel; estaban abiertas de par en par.

Jace. De alguna manera, ella lo sintió, que estaba cerca. Siguió al trote, los tacones de sus botas resonaban fuertemente al golpear contra el piso. Oyó a Isabelle gritarle, y luego a Alec e Isabelle que también corrían, difícilmente pisándole los talones. Atravesó las puertas al final del camino y se encontró a sí misma en una habitación de piedra, rota por una pared de barras de metal clavadas fuertemente en el piso. Clary sólo pudo ver la silueta del otro lado de los barrotes. Fuera de la celda había una forma extendida de un Hermano Silencioso. Clary supo inmediatamente que estaba muerto. Era el modo en que estaba tirado, como una muñeca cuyas articulaciones han sido giradas hacia el lado incorrecto hasta que se habían roto. No se veía ninguna cerradura en la reja, tampoco un picaporte que ella pudiera usar. Claro que no había una manera visible de abrirla, se dijo; los Hermanos no utilizaban lo visible, pero sí lo que no. Sostuvo la piedra de bruja en una mano, y con la otra buscó la estela de su madre. Del otro lado de los barrotes se oyó un

ruido. Una especie de jadeó ahogado o un murmullo; no estaba segura de qué, pero reconoció qué lo producía. Jace. Pasó con rapidez la estela sobre la puerta de la celda, tratando de retener la runa de Abierto en su cabeza mientras la trazaba, negra y profunda contra el metal duro. La estela produjo un brillo eléctrico. Abierto, empujó la puerta, abierto, abierto, ¡ABIERTO! Un ruido como de ropa rompiéndose atravesó la habitación. Clary oyó a Isabelle gritar cuando la puerta voló lejos de sus goznes, cayendo dentro de la celda como si se hubiera derrumbado.

Clary oyó todos los ruidos, el metal desacoplarse del metal, y un montón de toses apagadas. Se coló en la celda, pasando por sobre la puerta caída. La luz de bruja llenó la pequeña habitación, alumbrando todo como si fuera de día. A penas y notó todas las incrustaciones en la pared de diferentes metales: oro, plata, acero y hierro, que brillaban en las paredes y relumbraban desde el piso de piedra. Sus ojos estaban fijos en una figura en la esquina; pudo ver el cabello brillante, la mano apretada, la antorcha caída a unos metros de distancia. Su muñeca estaba desnuda y sangraba, la piel estaba llena de feos moretones. Se arrodilló, poniendo la estela a un lado y le giró la cara con delicadeza. Era Jace. Había otro cardenal en su mejilla, y tenía la cara blanca, pero aún podía ver el movimiento rápido de los ojos por debajo de los párpados. Una vena pulsaba cerca de su garganta. Estaba vivo. Una oleada de alivio la recorrió de pies a cabeza, deshaciendo las ataduras que había formado la tensión sobre ella por todo este tiempo. La piedra de bruja cayó al suelo, cerca de ella, donde continuó brillando. Ella hizo el cabello de Jace hacia atrás, con una dulzura que se le hacía desconocida... nunca tuvo hermanos o hermanas, ni siquiera un primo. Nunca tuvo ocasión entonces, de vendar cortaditas o besar rodillas raspadas, o cuidar a nadie.

Pero esta bien sentir cariño por Jace, pensó, no queriendo quitar su mano, ni cuando los párpados de Jace temblaron y él carraspeó. Era su hermano; ¿por qué no podía preocuparse por él?

Sus ojos se abrieron, mostrando cierta sorpresa.

-Clary -dijo- ¿Qué haces aquí?

-Vine por ti -dijo, porque era la verdad.

La cara de él se contorsionó en una especie de sonrisa.

-¿De verdad estás aquí? ¿No estoy... no estoy muerto? ¿verdad?

-No -respondió ella, deslizando su mano hasta su mejilla- Te desmayaste, es todo. Quizá te golpeaste la cabeza también

La mano de él buscó la de ella, que descansaba en su mejilla.

-Ya no importa -dijo en una voz tan baja que ella no estuvo segura de que lo hubiera dicho

-¿Qué pasa aquí?

Era Alec, que había entrado también a la celda, Isabelle iba detrás de él. Clary retiró su mano, y se regañó mentalmente. No había estado haciendo nada malo.

Jace se acomodó trabajosamente para apoyar su espalda contra la

pared. Tenía la cara gris, y su camisa estaba machada de sangre. Alec se veía preocupado.

-¿Estás bien? -preguntó, arrodillándose- ¿Qué te pasó? ¿Recuerdas algo?

Jace oprimió su mano herida contra el pecho.

-Una pregunta a la vez, Alec. Siento la cabeza como si fuera a partirse en dos

-¿Quién te hizo esto? -Isabelle sonaba furiosa y preocupada a la vez

-Nadie me hizo nada. Fui yo, tratando de quitarme las esposas

Jace miró hacia su muñeca, parecía como si se hubiera quitado toda la piel y se hubiera quemado luego.

-Espera -dijeron Clary y Alec al mismo tiempo, estirándose para alcanzar su mano. Sus ojos se encontraron y Clary bajó la mano.

Alec tomó la muñeca de Jace y dibujó una estela; con un par de giros, dibujó un iriatze (una runa de curación) justo debajo del aro de piel sangrante.

-Gracias -dijo Jace, volviendo a apoyar su mano en el pecho

La parte herida de la muñeca estaba empezando a sanar.

-El Hermano Jeremiah...

-Está muerto -dijo Clary- Lo sé

Desdeñando la mano de Alec que se ofrecía a ayudarlo, Jace se levantó sólo, usando la pared de apoyo.

-Fue asesinado

-¿Los Hermanos Silenciosos se mataron entre ellos? -preguntó Isabelle- No entiendo... no entiendo por qué harían algo así...

-No lo hicieron -dijo Jace- Algo los mató. No sé qué -un espasmo de dolor cruzó su cara- Mi cabeza...

-Tal vez deberíamos irnos -dijo Clary nerviosamente- Antes de que lo que sea que lo haya matado...

-¿Vuelva por nosotros? -dijo Jace. Miró hacia su camisa ensangrentada y su mano moreteada- Creo que se ha ido. Pero supongo que aún lo podría volver a llamar.

-¿Quién lo puede llamar? -demandó Alec, pero Jace no dijo nada. Su cara pasó del gris al blanco papel. Alec lo detuvo cuando se tambaleó.

-Jace...

-Estoy bien -protestó Jace, pero su mano se aferró al brazo de Alec con fuerza- Puedo pararme

-Parece que estás usando la pared para sostenerte. Ésa no es mi definición de "pararse"

-Eso es apoyarse -le dijo Jace- Y apoyarse va antes de levantarse

-Deja de decir tonterías -dijo Isabelle, pateando lejos la antorcha apagada- Tenemos que salir de aquí. Si hay algo allá afuera lo suficientemente asqueroso para matar a los Hermanos Silenciosos, le costará mucho menos acabar con nosotros

-Izzy tiene razón, tenemos que irnos -dijo Clary y levantó la piedra de bruja cuando se levantó- Jace... ¿puedes caminar?

-Puede apoyarse en mí -Alec deslizó el brazo de Jace por arriba de sus hombros. Jace dejó caer la mayor parte de su peso en él- Vamos -dijo Alec con delicadeza- te pondrás mejor cuando salgamos

Se movieron despacio hasta la puerta de la celda, donde Jace se detuvo, mirando a la figura del Hermano Jeremiah retorcida en las piedras. Isabelle se agachó y bajó la capucha café del Hermano Silencioso para cubrir su cara contorsionada. Cuando se levantó, todos tenían un semblante serio.

-Nunca había visto que un Hermano Silencioso le temiera a algo - dijo Alec- No pensé que fuera posible

-Todos tenemos miedo -Jace seguía muy pálido, aún con la mano herida apretada contra su pecho, a Clary le pareció que no era por dolor físico.

Se veía distante, como si se hubiera encerrado a sí mismo, escondiéndose de algo. Sus pasos se hicieron más rápidos conforme avanzaban por los oscuros corredores y hacia los pabellones que los llevaban a las Estrellas Susurrantes. Cuando llegaron ahí, Clary notó el hostigante olor de sangre y a quemado, aún cuando no lo había notado la primera vez que pasó por ahí. Jace, apoyado en Alec, miraba alrededor con una mezcla de horror y confusión en su cara. Clary vio que miraba con insistencia hacia la pared, moteada de sangre, y dijo:

-Jace. No veas

Entonces se sintió estúpida; él era un cazador de demonios, después de todo, había visto peores. Él sacudió la cabeza.

-Algo se siente mal...

-Todo aquí está mal -Alec apuntó con la cabeza hacia la salida- Y ése es nuestro camino más rápido para salir de aquí. Vamos.

No hablaron mucho hasta llegar a la salida de la Ciudad de Hueso. Todas las sombras se veían con movimiento independiente, como si la oscuridad albergara criaturas esperando a que pasaran para saltar sobre ellos. Isabelle murmuraba algo. Aunque Clary no podía oír las palabras, sonaba como otra lengua, quizá latín.

Cuando llegaron a las escaleras que los sacarían de la Ciudad, Clary dejó escapar un suspiro de alivio. La Ciudad de Hueso podría haber sido hermosa, pero ahora era terrorífica. Conforme subían, la luz se hacía más intensa, haciendo que Clary se sorprendiera. Podía ver claramente al Ángel en su pedestal, al pie de las escaleras, alumbrado con una luz dorada, tan brillante como el día. Ella miró hacia los otros, que parecían tan confundidos como ella.

-El sol no puede haber salido ya... ¿cierto? -farfulló Isabelle- ¿Cuánto tiempo pasamos ahí?

Alec miró su reloj.

-No tanto

Jace balbuceó algo, muy quedito para que alguno de ustedes lo escuchara. Alec acercó su oído a la boca de él.

-¿Qué dijiste?

-Luz de bruja -dijo, más fuerte esta vez

Isabelle se apresuró a subir, Clary detrás de ella, Alec después, luchando para medio cargar a Jace en cada escalón. En la cima de las escaleras, Isabelle se detuvo de golpe. Clary le habló, pero ella no se movió. Un momento después Clary estaba junto a ella y miraba a todos lados con asombro. El jardín estaba lleno de cazadores, veinte, quizá treinta, formando un círculo alrededor de la puerta, pintados con Marcas, y cada uno sosteniendo una brillante piedra de luz de bruja. Al frente del grupo estaba Maryse, en una armadura negra de Cazador de Sombras y una capa, con la capucha hacia atrás. Detrás de ella había docenas de extraños, hombres y mujeres, que llevaban Marcas de Nephilim en sus brazos y caras. Uno de ellos, un hombre guapo y delgado, volteó a ver a Clary e Isabelle, y detrás de ellas, a Jace y Alec, que por fin habían salido a la luz parpadeante e inesperada.

-Por el Ángel -dijo el hombre- Maryse... ya había alguien ahí abajo

La boca de Maryse se abrió en un grito silencioso cuando vio a Isabelle. Entonces la cerró, con los labios formando una línea apretada y blanca, como una diagonal atravesando su cara.

-Ya lo sé Mailk- dijo- Son mis hijos

VII. La Espada Etérea

Un creciente murmullo creció entre la multitud. Aquellos que llevaban capucha se la quitaron, y Clary pudo deducir por las miradas que se fijaban en Jace, Alec e Isabelle que varios de los cazadores ahí presentes eran conocidos entre sí.

-Por el Ángel

La mirada incrédula de Maryse saltó de Alec a Jace, pasando sobre Clary y volviendo sobre su hija. Jace se hizo a un lado de Alec cuando Maryse habló, y se paró un poco más lejos que los otros tres, con las manos en los bolsillos mientras Isabelle giraba nerviosamente el látigo entre sus manos. Mientras tanto, Alec parecía estar marcando en su teléfono, pero Clary no se imaginaba a quién podría estar llamando.

-¿Qué hacen aquí, Alec? ¿Isabelle? Hubo una llamada de ayuda desde la Ciudad Silenciosa...

-Y la respondimos -dijo Alec. Con la mirada moviéndose ansiosamente a través de la multitud apiñada

Clary no podía culparse por estar nerviosa. Esta era la muchedumbre más grande de Cazadores de Sombras adultos (bueno, Cazadores de Sombras en general) que hubiera visto nunca. Siguió mirando la cara de cada quién, marcando las diferencias entre ellos... su apariencia variaba y la edad y el semblante, pero aún así daban la impresión de un poder inmenso y contenido. Podía sentir las miradas sobre ella, evaluándola. Una de ellas, una mujer con el cabello canoso, la miraba iracundamente y de manera nada sutil. Clary parpadeó y miró a un lado mientras Alec seguía hablando.

-No estaban en el Instituto... y no pudimos encontrar a nadie más... así que vinimos solos

-Alec...

-Ya no importa, de todos modos -dijo Alec- Están muertos. Los Hermanos Silenciosos. Están todos muertos. Los asesinaron

En esta ocasión no hubo ningún sonido entre la multitud. En vez de eso, se veían quietos, como una manada de leones orgullosos cuando cazaban una gacela.

-¿Muertos? -repitió Maryse- ¿Qué quieres decir con “muertos”?

-Creo que está muy claro lo que quiere decir - una mujer con una capa larga y negra apareció de repente junto a Maryse

A la débil luz, Clary la vio como una especie de caricatura de Edward Gorey, todos los ángulos afilados y el cabello hacia atrás y los ojos como dos agujeros negros tallados sobre su cara. En los dedos llevaba enredada una cadena plateada de la que colgaba una piedra de bruja muy pequeña.

-¿Están todos muertos? -preguntó, dirigiéndose a Alec- ¿No encontraron ni uno vivo en toda la Ciudad?

Alec negó con la cabeza.

-No vimos ninguno, Inquisidora

Así que ésa era la Inquisidora, se dio cuenta Clary. En realidad se veía como alguien capaz de meter adolescentes en calabozos por ninguna razón específica, o porque no les gustaba su actitud.

-No vieron ninguno -repitió la Inquisidora, con los ojos como hielo seco. Miró a Maryse- Aún podría haber sobrevivientes. Mandaré a tu gente al interior de la Ciudad para una revisión rápida.

Los labios de Maryse se tensaron. Clary sabía muy poco de la madre adoptiva de Jace, pero sí sabía que no le gustaba que le dijeran lo que había de hacer.

-Muy bien -miró al resto de los cazadores, que no eran tantos como Clary pensaba, más o menos veinte o treinta, aunque las voces se oyeran como de muchos más

Maryse le murmuró algo a Malik. Él negó con la cabeza. Tomó el brazo de la mujer de cabellos canosos y guió a los cazadores dentro de la Ciudad de Hueso. Uno tras otro, descendieron las escaleras, cada uno con su piedra de bruja, haciendo que la oscuridad del cementerio empezara a hacerse menos intensa. La última en la fila era la mujer canosa. A medio camino se detuvo, se dio la vuelta y miró directamente a Clary. Sus ojos estaban llenos de un anhelo terrible, como si quisiera decirle algo a Clary con desesperación. Después de un momento le dio la espalda y su cara se desvaneció en las sombras.

Maryse rompió el silencio.

-¿Por qué alguien querría asesinar a los Hermanos Silenciosos? No son guerreros, no usan Marcas de batalla...

-No seas inocente, Maryse -dijo la Inquisidora- No fue un ataque al azar. Los Hermanos Silenciosos podrán no ser guerreros, pero son

guardianes, y muy buenos. Sin mencionar difíciles de matar. Alguien quería algo de la Ciudad de Hueso y tenía que matar a los Hermanos Silenciosos para obtenerlo. Esto fue premeditado

-¿Cómo estás tan segura?

-¿Aquella llamada falsa que nos envió a todos a Central Park? ¿El fey muerto?

-Yo no lo llamaría falsa. El niño fey tenía la sangre drenada, como los otros. Estas matanzas podrían causar serios problemas entre los Hijos de la Noche y los otros Subterráneos

-Distracciones -dijo la Inquisidora- Quería que saliéramos del Instituto para que nadie pudiera responder a los Hermanos cuando pidieran ayuda. Ingenioso, la verdad. Pero él siempre fue ingenioso

-¿Él? -era la voz de Isabelle, tenía la cara muy pálida, entre los dos mechones grandes y negros de cabello- Quiere decir...

Las palabras que dijo Jace después sobresaltaron a Clary como si hubiera tocado una serpiente viva.

-Valentine -dijo- Valentine tomó la Espada Etérea. Por eso mató a los Hermanos Silenciosos

Una sonrisa curvó los labios de la Inquisidora, como si Jace hubiera dicho algo que la hizo sentirse muy feliz. Alec miró a Jace.

-¿Valentine? Pero no nos habías dicho que estaba ahí

-Nadie preguntó

-Él no pudo haber matado a los Hermanos. Estaban muy separados. Una sola persona no hubiera podido hacerlo

-Probablemente tenía ayuda de un demonio -dijo la Inquisidora- Ha usado demonios para ayudarse antes. Y con la protección de la Copa con él, pudo haber invocado algunas criaturas muy peligrosas. Más que los Carroñeros -añadió, y aún cuando no miraba a Clary mientras los decía, las palabras le parecieron a ella una bofetada verbal. La pequeña esperanza de Clary de que la Inquisidora no la reconociera o la notara se desvaneció.

-O los patéticos Renegados.

-No sé nada de eso -Jace estaba muy pálido, con manchas en los pómulos como si tuviera fiebre- Pero era Valentine. Lo vi. De hecho, tenía la espada con él cuando vino a las celdas y me lo dijo desde afuera de las rejas. Fue como una mala película, excepto porque no tenía un bigote que enroscarse en el dedo

Clary lo miró preocupada. Hablaba muy rápido, pensó y se veía tembloroso como si no pudiera aguantar mucho de pie. La Inquisidora no pareció darse cuenta.

-¿Estás diciendo que Valentine te dijo esto? ¿Te dijo que mató a los Hermanos Silenciosos porque quería la Espada del Ángel?

-¿Qué más te dijo? ¿Dijo a dónde iba? ¿Qué planea hacer con dos de los Instrumentos Mortales? -preguntó rápidamente Maryse

Jace negó con la cabeza. La Inquisidora se movió hacia él, con el abrigo girando como humo elevándose. Los ojos grises y la boca estaban

convertidos en dos líneas apretadas y horizontales.

-No te creo

Jace la miró.

-No confiaba en que me creyera

-Dudo que la Clave te crea -dijo Alec acaloradamente- Jace no es un mentiroso...

-Usa la cabeza, Alexander -dijo la Inquisidora, sin quitar los ojos de Jace- Deja a un lado tu lealtad hacia tu amigo por un momento. ¿Cuál es la probabilidad de que Valentine se pasara por al celda de su hijo para tener una charla paternal acerca de la Espada Etérea, y no mencionar lo que planeaba hacer, o a dónde iba?

-S'io credesse che mia risposta fosse -dijo Jace en un lenguaje que Clary no conocía- a persona che mai tornasse al mondo

-Dante -la Inquisidora lo miró secamente- El Infierno. No estás ahí aún, Jonathan Morgenstern, pero si insistes en mentirle a la Clave, desearás estar ahí -volteó a ver a los otros- ¿Y no les parece curioso a ninguno de ustedes que la Espada Etérea desapareciera la noche antes de que se suponía, Jonathan Morgenstern haría la prueba con su hoja, y que fuera su padre el que se la llevó?

Jace la miró confuso, con los labios un poco abiertos por la sorpresa, como si no se le hubiera ocurrido.

-Mi padre no se llevó la Espada Etérea para ayudarme. La quería para él. Dudo que incluso supiera acerca de la prueba

-Qué endemoniadamente conveniente para ti. Y para él. Ahora no tendrá que preocuparse por que reveles sus secretos

-Ajá -dijo Jace- estaba aterrorizado de que le dijera a todos que siempre quiso ser una bailarina

La Inquisidora sólo lo miraba.

-No conozco ninguno de los secretos de mi padre -dijo- Nunca me dijo nada

La Inquisidora lo miró con algo cercano al aburrimiento.

-Si tu padre no tomó la Espada para protegerte ¿por qué la tomó entonces?

-Es un Instrumento Mortal -dijo Clary- Es poderoso. Como la Copa. Valentine quiere poder.

-La copa tenía un uso inmediato -dijo la Inquisidora- Puede usarla para construirse un ejército. La Espada se usa en pruebas. No sé como puede interesarle eso a él

-Tal vez lo hizo para desestabilizar a la Clave -sugirió Maryse- Para bajarnos la moral. Para decirnos que no hay nada que él quiera que podamos proteger

Es un excelente argumento, pensó Clary, pero Maryse no sonaba muy convencida.

-El punto es...

Pero nunca supieron cuál era el punto, porque en ése momento Jace alzó la mano como si fuera a hacer una pregunta, se veía disperso, y se

dejó caer en el pasto bruscamente, como si las piernas le hubieran fallado. Alec se arrodilló junto a él, pero Jace manoteó.

-Déjame sólo. Estoy bien

-No estás bien -Clary se le unió a Alec en el pasto, Jace la miraba con unos ojos cuyas pupilas estaban muy dilatadas, sin importar la luz de bruja que iluminaba la noche. Miró hacia su muñeca, donde Alec había dibujado el iratze. La Marca no estaba, pero no parecía haber funcionado. Sus ojos buscaron los de Alec y vieron la ansiedad reflejada en ellos.

-Algo está mal -dijo- Algo serio

-Probablemente necesita una runa de curación -lo miró la Inquisidora, como si estuviera molesta con Jace por sentirse mal mientras ocurrían eventos de tal importancia- Un iratze, o...

-Ya intentamos eso -dijo Alec- No funciona. Creo que hay un origen satánico bajo todo esto

-¿Cómo veneno de demonio? -Maryse se movió como si fuera a ver a Jace, pero la Inquisidora la retuvo

-Esta fingiendo -dijo- Debería estar en las celdas de la Ciudad Silenciosa justo ahora

-¡No puede decir eso... mírelo! -movió la mano hacia Jace, que estaba desparramado en el pasto, con los ojos cerrados- Ni siquiera puede levantarse. Necesita doctores, necesita...

-Los Hermanos Silenciosos están muertos -dijo la Inquisidora- ¿Sugieres que lo llevemos a un hospital mundano?

-No -la voz de Alec pendía de un hilo- Pensaba que podríamos ir a ver a Magnus

Isabelle hizo un sonido como de estornudo y tos. Se dio la vuelta mientras la Inquisidora miraba a Alec, con los ojos en blanco.

-¿Magnus?

-Es un brujo -dijo Alec- De hecho, es el Hechicero Jefe en Brooklyn

-Te refieres a Magnus Bane -dijo Maryse- Su reputación es...

-Me curó después de que enfrenté al Gran Demonio -dijo Alec- Los Hermanos Silenciosos no pueden hacer nada, pero Magnus...

-Esto es ridículo -dijo la Inquisidora- Lo único que quieres hacer es ayudar a Jonathan a escapar

-No está en condiciones de escapar -dijo Isabelle- ¿No ve eso?

-Magnus nunca dejará que eso pase -dijo Alec, lanzándole una mirada rápida a su hermana- No está interesado en entrometerse con la Clave

-¿Y cómo lo detendría él? -la voz de la Inquisidora estaba llena de sarcasmo- Jonathan es un Cazador de Sombras, no nos mantienen encerrados sólo con una llave

-Tal vez deberíamos preguntarle -sugirió Alec.

La Inquisidora esbozó su sonrisa cortante.

-Por supuesto ¿Dónde está él?

Alec miró a su teléfono, que tenía en la mano y luego a la figura gris y pequeña frente a él.

-Está aquí -dijo. Elevó la voz- ¡Magnus! Magnus, ven acá

Incluso las cejas de la Inquisidora se alzaron cuando vio a Magnus traspasar la puerta. El Hechicero Jefe usaba unos pantalones de cuero, un cinturón con una hebilla de una enjoyada M, y una chaqueta militar prusiana azul cobalto abierta sobre una camisa de encaje. La piel brillaba gracias a un poco de diamantina. Su mirada se detuvo un momento en la cara de Alec con cierta diversión y un toque de algo más antes de moverse hacia Jace, tirado en el pasto.

-¿Está muerto? -inquirió- Parece muerto

-No -negó Maryse- No está muerto

-¿Ya revisaron? Podría patearlo si quieren -Magnus movió un poco a Jace con la punta del pie.

-¡Basta! -gritó la Inquisidora, sonando como la maestra de tercer grado de Clary, ordenando que dejaran de pintar su escritorio con un marcador- No está muerto, pero está maldito -añadió, casi gruñendo- Tus habilidades médicas son requeridas. Jonathan necesita estar lo suficientemente bien para la interrogación

-Bien, pero les costará

-Yo pagaré -dijo Maryse.

La Inquisidora ni siquiera parpadeó.

-Muy bien. Pero no puede permanecer en el Instituto. Sólo porque la Espada ha desaparecido no significa que la interrogación no procederá como lo planeamos. Y mientras tanto, el chico deberá estar bajo observación. Hay un riesgo claro de fuga

-¿Un riesgo de fuga? -demandó Isabelle- Actúa como si hubiera tratado de escapar de la Ciudad Silenciosa...

-Bueno -dijo la Inquisidora- No está en la celda ¿cierto?

-¡Eso no es justo! No puede esperar que se quede allá abajo rodeado de gente muerta

-¿No es justo? ¿No es justo? ¿En serio esperan que crea que tú y tu hermano vinieron a la Ciudad de Hueso por una llamada de auxilio, y no porque quisieran sacar a Jonathan de su según ustedes, innecesario confinamiento? ¿Y esperan que crea que no tratarán de sacarlo si se le permitiera quedarse en el Instituto? ¿Crees que me puedes engañar como engañas a tus ilusos padres, Isabelle Lightwood?

Isabelle se puso roja. Magnus interrumpió antes de que ella pudiera responder.

-Mire, no hay problema -dijo- Puedo mantener a Jace en mi casa

La inquisidora miró a Alec.

-¿Tu hechicero entiende -dijo- que Jonathan es un testigo de extrema importancia para la Clave?

-No es mi hechicero -la punta de los pómulos de Alec se colorearon de rojo oscuro

- Creo que encontrarán muy acogedor mi apartamento. Mis contratos son de los mejores

¿Fue la imaginación de Clary, o sus ojos miraron a Maryse cuando

dijo esto? No tuvo tiempo de preguntárselo; la Inquisidora hizo un ruido agudo con la nariz, como si estuviera divertida o enojada y dijo:

-Así será, entonces. Dime cuando esté lo suficientemente bien para hablar, hechicero. Tengo un montón de preguntas que hacerle

-Claro -dijo Magnus, pero Clary notó que en realidad no la estaba escuchando.

Se paró graciosamente frente a Jace; era tan alto como delgado, y cuando Clary lo miró le preguntó:

-¿Puede hablar?

Antes de que Clary pudiera responder, los ojos de Jace se abrieron. Miró al hechicero, atolondrado y confundido.

-¿Qué haces aquí? -Magnus le sonrió a Jace, y sus dientes brillaron como diamantes

-Ésa no es manera de tratar a un compañero de cuarto -dijo

Parte Dos Las puertas del Infierno

*Antes de yo existir no hubo creanza:
Lo eterno sólo, y eternal yo duro:
¡Oh los que entráis! Dejad toda esperanza
-Dante, Infierno*

VIII. La Corte de los Milagros

En su sueño Clary era una niña de nuevo, caminando por la orilla de una playa cerca del muelle de Coney Island. El aire estaba viciado del olor a hot dogs y cacahuates, y con los gritos de los niños. El mar surgía en la distancia, su superficie azul grisácea parecía cobrar vida con la salida del sol. Podía verse a ella misma a la distancia, usando un pijama más grande para su talla. El bordillo del pantalón del pijama arrastraba. La arena se colaba entre sus dedos, y su cabello colgaba pesado contra su nuca. No había nubes y el cielo era azul y claro, pero ella temblaba mientras caminaba alrededor del agua, junto a una figura que se veía opaca a la distancia. Cuando se acercó, la figura se volvió clara, como si Clary hubiera enfocado una cámara. Era su madre, arrodillada junto a las ruinas de un castillo de arena a medio construir. Usaba el mismo vestido blanco que Valentine le había puesto en el Renwick. Tenía en la mano un pedazo de madera torcida, grisácea por la larga exposición a la sal y el viento.

-¿Viniste a ayudarme? -dijo su madre, alzando la cabeza. El cabello de Jocelyn estaba suelto y ondeaba al viento, haciéndola verse más joven de lo que era- Hay muchas cosas que hacer y no el tiempo suficiente

Clary sintió un nudo en la garganta.

-Mamá... Te extrañé, mamá

Jocelyn sonrió.

-Yo también te extrañé, cariño. Pero aún no me voy, lo sabes. Sólo duermo

-¿Y cómo he de despertarte?

Clary lloraba, pero su madre miraba al mar, con la cara preocupada. El cielo se había tornado del color gris metálico del ocaso y había negras nubes arriba que asemejaban piedras pesadas.

-Ven aquí -dijo Jocelyn, y Clary fue hacia ella y ella le dijo- Dame tu mano

Clary lo hizo. Jocelyn deslizó el palo de madera sobre su piel. El toque ardía como una estela al rojo, y dejaba la misma línea delgada y negra detrás. La runa que Jocelyn había dibujado era una que Clary no había visto antes, pero la encontró en cierta forma, familiar ante sus ojos.

-¿Qué hace esto?

-Te protege

La madre de Clary la soltó.

-¿Contra qué?

Jocelyn no respondió, sólo siguió mirando a través del mar. Clary se dio la vuelta y vio que el océano se replegaba, dejando montones de basura, y de algas y aleteando, peces desesperados. El agua se había hecho toda una gran ola y se elevaba como una montaña, como una avalancha lista para caer. Los gritos de alegría de los niños desde la

playa se habían vuelto de terror. Mientras Clary miraba con horror, vio que un lado de la ola era una membrana transparente, e incluso podía ver como debajo había movimiento, cosas grandes e informes se estrellaban contra la superficie del agua. Alzó las manos...

Y despertó, jadeando, y con el corazón golpeteando dolorosamente contra sus costillas. Estaba en su cama, en la habitación de huéspedes de la casa de Luke, y la luz de la tarde se filtraba entre las cortinas. Tenía el cabello pegado al cuello con sudor, y su brazo de quemaba y le dolía. Cuando se sentó y dejó caer las piernas a un lado de la cama, vio sin mucha sorpresa la Marca negra que corría a lo largo de su antebrazo.

Cuando fue a la cocina, encontró una bolsa de papel con un pan danés adentro que Luke había dejado. También había dejado una nota pegada al refrigerador.

En el hospital.

Clary se comió el pan y salió a encontrarse con Simon. Se suponía que la esperaría en la esquina de Bedford, cerca de la estación del tren L a eso de las cinco, pero no estaba. Un sentimiento de ansiedad y preocupación la atrapó antes de recordar la tienda de discos usado en la esquina de la Sexta. Seguramente, estaría buscando nuevos CD's.

Llevaba una chaqueta color óxido sobre una camiseta que tenía estampada a un chico con audífonos bailando con un pollo. Sonrió cuando la vio.

-Eric cree que deberíamos cambiar el nombre de la banda de Pay de Mojo a... -dijo, a modo de saludo- ¿Cómo era? Enigma de Champagne -dijo, tomando un CD de Yo La Tengo

-Cámbienlo -dijo Clary- Por cierto, sé lo que significa tu camisa

-No es cierto -se encaminó al mostrador para comprar el disco- Eres una niña buena

Afuera, el viento estaba frío y cortante. Clary se enroscó la bufanda alrededor de la barbilla.

-Me preocupé cuando no te vi en la parada L

Simon se echó atrás el gorro, parpadeando cuando el sol le hirió los ojos.

-Lo siento. Recordé que quería este CD, y pensé que...

-Está bien -hizo un mohín con la mano- Soy yo, es todo. Me asusto fácilmente estos días

-Bueno, después de todo lo que has pasado, no puedo culparte - Simon sonaba arrepentido- No puedo creer lo que pasó en la Ciudad Silenciosa. No puedo creer que estabas ahí

-Ni Luke. Se puso como loco

-Ya lo imagino

Caminaban por el Parque McCarren, el pasto debajo de sus pies era de color café invierno, el aire lleno de luz dorada. Los perros corrían sin correas a través de los árboles. Todo cambia en mi vida, pero el mundo sigue igual, pensó Clary.

-¿Has hablado con Jace? -preguntó Simon, con voz neutral

-No, pero les he preguntado a Alec e Isabelle un par de veces. Parece que está bien

-¿Preguntó por ti? ¿Es por eso que vamos?

-No tiene por qué preguntar -Clary trató de no parecer molesta mientras caminaban a la calle de Magnus

Ésta lindaba con más edificios de casas bajas, convertidos en estudios para residentes ricos y con supuesta alma de artista. La mayoría de los coches estacionados cerca eran caros. Mientras se acercaban al edificio de Magnus, Clary vio una figurilla esbelta recargada en la fachada. Alec usaba un abrigo largo y negro hecho del duro, delgado y brillante material que los Cazadores de Sombras solían usar para sus armaduras. Las manos y el cuello estaban marcadas por runas, y el aura pesada que lo rodeaba, evidenciaba que tenía puesto un glamour.

-No sabía que traerías al mundano -sus ojos se fijaron en Simon

-Es lo que me gusta de tu gente -dijo Simon- Siempre me hacen sentir bienvenido

-Oh, vamos Alec -dijo Clary- ¿Qué tiene de malo? No es como si Simon no hubiera venido aquí antes

Alec soltó un suspiro teatral, se encogió de hombros y caminó escaleras arriba. Abrió la puerta del apartamento de Magnus usando una llave pequeña y plateada, y la volvió a guardar en el bolsillo delantero de su chamarra, como ocultándosela a Simon y Clary. A la luz del día el apartamento se veía como se vería un club nocturno vacío y cerrado: oscuro, sucio e inesperadamente pequeño. Las paredes estaban desnudas, manchadas aquí y allá con pintura brillante, y el piso estaba resbaloso y brillante por la edad.

-Hola, hola -Magnus se deslizó hacia ellos

Llevaba una túnica de seda verde que colgaba hasta el suelo, abierta y que dejaba ver una camisa color plateado y jeans negros. Una piedra brillante y roja colgaba de su oreja izquierda.

-Alec, querido. Clary. Y el niño rata -barrió a Simon, que lo miró molesto- ¿A qué debo este placer?

-Venimos a ver a Jace -dijo Clary- ¿Está bien?

-No lo sé -dijo Magnus- ¿Por lo regular se tira en el piso y deja de moverse?

-¿Pero qué...?-soltó Alec, y se interrumpió cuando Magnus empezó a reír- Eso no es gracioso

-Caíste. Y sí, su amigo está bien. Bueno, excepto porque se la pasa moviendo mis cosas y tratando de limpiar. Ahora no encuentro nada. Es demasiado obsesivo para mi gusto

-A Jace le gusta tener limpio -dijo Clary, pensando en su habitación en el Instituto.

-Pues a mí no -Magnus miraba con el rabillo del ojo a Alec, que fruncía el ceño- Jace está allá, si quieren verlo -señaló a la puerta al final de la habitación

"Allá" resultó ser una habitación de tamaño mediano,

sorprendentemente acogedora, con paredes empapeladas, cortinas de terciopelo por todas las ventanas y sillones de colores, como icebergs gordos y coloridos en un mar de encarpelado beige. Un sofá rosa mexicano estaba tendido con una sábana. Junto a él, había una bolsa llena de ropa. No entraba luz por las cortinas y la única fuente de iluminación era la parpadeante pantalla de televisión, que brillaba aún cuando no estaba enchufada.

-¿Qué hay? -inquirió Magnus

-Qué No Usar -una voz familiar brotó de una silueta desparramada en uno de los sofás. Se sentó derecho y por un minuto, Clary pensó que Jace se iba a levantar para saludarlos. En vez de eso, miró a la pantalla- ¿Pantalones caqui a la cintura? ¿Quién usa eso? -se dio la vuelta y miró a Magnus- Poder sobrenatural casi ilimitado -dijo- Y pensar que lo usas para ver repeticiones. Qué desperdicio

-Un TiVo hace algo similar -apuntó Simon

-Pero lo mío es más barato

Magnus dio un gran aplauso y toda la habitación se llenó de luz. Jace gruñó y alzó un brazo para cubrirse la cara.

-¿Puedes hacer eso sin magia? -preguntó el hechicero

-De hecho -dijo Simon- sí. Si vieras los infomerciales, lo sabrías

Clary sintió que el ambiente en la habitación se tensaba.

-Bueno ya basta -dijo.

Miró a Jace, que ya había bajado el brazo y parpadeaba a intervalos cortos

-Tenemos que hablar- dijo ella- Todos nosotros. Acerca de lo que haremos ahora

-Yo iba a ver El Gran Escape -dijo Jace- Es lo que sigue

-No, no lo harás -dijo Magnus. Chasqueó los dedos y la TV se apagó, liberando una nubecilla de humo cuando la imagen se desvaneció- Tienes que enfrentar esto

-¿Así que de pronto te interesan mis problemas?

-Me interesa obtener mi apartamento de vuelta. Me harta verte limpiar todo el tiempo -Magnus chasqueó los dedos de nuevo- Levántate

-O serás el próximo en volverte humo -dijo Simon

-No hay necesidad de aclarar mi chasquido -dijo Magnus- El chasquido por sí sólo lo explica

-Bien

Jace se levantó. Estaba descalzo y tenía unas manchas de color morado grisáceo, donde sus heridas aún no sanaban del todo. Se veía cansado, pero no como si algo le doliera.

-Quieres un Concilio en la Mesa Redonda, tendremos un Concilio en la Mesa Redonda

-Amo las mesas redondas -dijo Magnus alegremente- Son más agradables que las cuadradas

En la sala, Magnus conjuró una enorme mesa circular rodeada de cinco sillas con respaldo de madera.

-Eso es sorprendente -dijo Clary, sentándose en una silla- ¿Cómo haces salir cosas de la nada?

-No se puede -dijo Magnus- Todo viene de algún lado. Estas vienen de una tienda de antigüedades en la Quinta Avenida. Y estos... -de pronto cinco vasos de cartón encerado aparecieron sobre la mesa- vienen de Dean & DeLuca en Broadway

-Eso suena como a robar ¿no? -Simon jaló un vaso hacia él, para retirarlo casi al instante- Ooh Mocaccino -miró a Magnus- ¿Pagaste por esto?

-Claro -dijo Magnus, mientras Alec y Jace ahogaban una risita- Hago aparecer mágicamente los dólares en la caja registradora

-¿En serio?

-No -Magnus dio un sorbo a su propio café- Pero puedes fingir que sí, si te hace sentir mejor. Entonces, ¿de qué vamos a hablar?

Clary puso las manos alrededor de su propio vaso de café. Podía ser robado, pero estaba caliente y llenó de cafeína. Pensó en pasar por el Dean & DeLuca y poner un dólar en su bote de propinas algún otro día.

-Averiguando cómo empezar -dijo ella, soplando en sus manos- Jace ¿habías dicho que lo que pasó en la Ciudad Silenciosa era culpa de Valentine?

Jace miró a su café.

-Sí

Alec puso una mano en el brazo de Jace.

-¿Qué pasó? ¿Lo viste?

-Estaba en la celda -dijo Jace, con la voz ahogada- Oí a los Hermanos Silenciosos gritar. Entonces Valentine bajó con... con algo. No sé que era. Era como humo, con ojos brillantes. Un demonio, pero no como ninguno que hubiera visto antes. Él, Valentine, se acercó a las rejas y me dijo...

-¿Qué te dijo? -la mano de Alec se había deslizado desde el brazo de Jace hasta su mano. Magnus carraspeó. Alec quitó la mano, sonrojado, mientras Simon le fruncía el ceño a su taza de café intacta.

-Maellartach -dijo Jace- Quería la Espada Etérea y mató a los Hermanos Silenciosos para obtenerla

Magnus fruncía el ceño.

-Alec, la otra noche, cuando los Hermanos Silenciosos pidieron ayuda, ¿Dónde estaba la Clave? ¿No había nadie en el Instituto?

Alec se veía sorprendido de que le preguntaran a él.

-Hubo un asesinato a un subterráneo en Central Park la noche anterior. Un fey. El cuerpo tenía la sangre drenada.

-Me apuesto a que la Inquisidora piensa que hice eso también -dijo Jace- Mi régimen de terror continúa

Magnus se levantó y caminó hacia la ventana. Abrió la cortina, entró la luz suficiente para resaltar su perfil anguloso.

-Sangre -dijo, más para sí- Soñé algo hace dos noches. Vi una ciudad, toda de sangre, con torres hechas de hueso, y sangre corriendo

por las calles como agua

Simon deslizó sus ojos hasta Jace.

-¿Se suele parar cerca de la ventana y murmura cosas acerca de sangre?

-No -dijo Jace- La mayor parte del tiempo se sienta en el sofá

Alec los miró a ambos con reprobación.

-Magnus ¿qué te pasa?

-La sangre -dijo Magnus de nuevo- No puede ser una coincidencia

Parecía estar mirando a la calle. El sol se ponía rápido marcando la silueta de la ciudad: El cielo estaba atravesado por barras verticales de un color rosa tostado.

-Ha habido muchos asesinatos esta semana -dijo- de Subterráneos. Un hechicero, en una torre departamental cerca del Puerto de la Calle Sur. Su cuello y muñecas estaban cortadas y no tenía sangre. Y un hombre lobo en la Luna del Cazador hace unos días. La garganta estaba cortada también.

-Me suena a vampiros -dijo Simon, de pronto muy pálido

-Yo no creo eso -dijo Jace- Después de todo, Rafael dijo que no había sido trabajo de los Hijos de la Noche. Se veía convencido de ello

-Ajá, y como son tan confiables -farfulló Simon

-En este caso, creo que decía la verdad -dijo Magnus, volviendo a cerrar la cortina.

Su cara angulosa se ensombreció conforme caminaba hacia la mesa, Clary vio que llevaba un libro pesado. No había visto que lo llevara antes.

-Hubo una fuerte presencia demoníaca en los dos lugares. Creo que algo más es responsable de las tres muertes. No la tribu de Rafael, sino Valentine

Los ojos de Clary buscaron a Jace. Su boca estaba apretada en una línea delgada, pero:

-¿Por qué lo dices? -fue todo lo que preguntó

-La Inquisidora pensó que el asesinato del fey fue una distracción -dijo rápidamente- Para poder así entrar en la Ciudad Silenciosa sin alertar a la Conclave

-Hay maneras más fáciles de crear distracciones -dijo Jace- Y no es muy sabio antagonizar con la Gente Justa. No habría matado a uno del clan de las hadas sin una buena razón

-Tenía una razón -dijo Magnus- Había algo que quería del fey, así como del lobo y el hechicero que mató

-¿Qué es eso? -preguntó Alec

-Su sangre -dijo Magnus, y abrió el libro de pasta verde

Las delgadas páginas tenían letras que brillaban como fuego.

-Ah -dijo él- aquí -miró hacia arriba, apuntando a la página con una afilada uña. Alec se inclinó hacia él- No podrás leerlo -le advirtió Magnus- Está escrito en el lenguaje de los demonios. Purgatic

-Puedo reconocer el dibujo aún así. Es Maellartach. Lo he visto en

otros libros -Alec señaló a la ilustración de una espada plateada, familiar para Clary, la misma que faltaba en la pared de la Ciudad Silenciosa.

-El Ritual de la Conversión Satánica -dijo Magnus- Eso es lo que Valentine quiere hacer

-¿El qué de qué? -exclamó Clary

-Cada objeto mágico tiene una alianza -explicó Magnus- La alianza de la Espada Etérea, que es como esos cuchillos de serafín que ustedes los Cazadores de Sombras usan, pero mil veces más grande, porque su poder reside en que fue empuñada por el Ángel mismo, no simplemente de la invocación de un nombre angelical. Lo que quiere Valentine es revertir la alianza... volver todo el poder angelical en un poder infernal

-¡De Legítimamente bueno a legítimamente malo! -dijo Simon, complacido

-Está citando Calabozos y Dragones -dijo Clary- Ignórenlo

-Como la Espada del Ángel, Maellartach usada por Valentine, tendría un poder limitado -dijo Magnus- Pero una espada cuyo poder diabólico sea equivalente al poder angélico que una vez tuvo... bueno, hay mucho que puede ofrecer. Poder sobre los demonios, por ejemplo. No sólo la protección limitada de la Copa, sino el poder de llamar demonios a él, forzarlos a hacer lo que ordene

-¿Un arma diabólica? -dijo Alec

-Este tipo sí que sabe de armas -observó Simon

-Incluso obtendría el poder para meterlos a Idris, quizá -finalizó Magnus

-¿Para qué querría ir ahí? -dijo Simon- Ahí están todos los cazadores de demonios ¿cierto? ¿No sería más fácil aniquilarlos si entran?

-Los Demonios vienen de otras dimensiones -dijo Jace- No sabemos cuántos son. Podrían ser infinitos. Las protecciones mantienen a la mayoría atrás, pero si vinieran todos de una vez...

Infinitos, pensó Clary. Recordó al Gran Demonio, Abbadon, y trató de imaginar cientos más de ellos. O miles. Sintió la piel de gallina.

-No lo capto -dijo Alec- ¿Qué tiene que ver el ritual con los Subterráneos?

-Para el Ritual de Conversión, hay que calentar al rojo a la Espada, entonces enfriarla, cuatro veces, en la sangre de un niño Subterráneo. Una con la sangre de un niño de la tribu Lilith, una con la sangre de los hijos de la luna, una con la de los hijos de la noche y una con la sangre de un fey -explicó Magnus

-Por Dios -dijo Clary- ¿Así que todavía no acaba de asesinar personas? ¿Queda un niño más?

-Dos más. No lo logró con el chico lobo. Fue interrumpido antes de obtener toda la sangre que necesitaba -Magnus cerró el libro, volutas de polvo salieron de entre las páginas- Cualquiera que sea la meta de Valentine, ya está a la mitad del camino de revertir la Espada. Y quizá ya pueda usarla. Incluso podría llamar demonios...

-Pero piensa que si hace eso, habría reportes de cambio, excesos de

actividad satánica -dijo Jace- Pero la Inquisidora dijo todo lo contrario, que todo estaba muy quieto

-Es posible -dijo Magnus- Valentine podría estar esperando a tener más poder

El grupo entero se miró uno a otro. Antes de que alguno pudiera siquiera pensar algo que decir, un ruido agudo cortó el silencio, haciendo que Clary se sobresaltara. El café caliente le cayó en la muñeca y ella ahogó un grito de dolor.

-Es mi madre -dijo Alec, revisando su teléfono- Ahora vuelvo

Sacó la cabeza por la ventana, hablando muy bajito para que nadie escuchara.

-Déjame ver -dijo Simon, tomando la mano de Clary.

Su muñeca tenía una mancha de color rojo intenso donde el líquido caliente le había quemado.

-Estoy bien -dijo- No fue nada

Simon levanto su mano y le besó la herida.

-Todo está mejor ahora

Clary hizo un ruido nervioso con la nariz. Él nunca había hecho algo así antes. Pero claro, era la clase de cosas que un novio haría ¿o no? Jaló su muñeca hacia sí, y miró a través de la mesa, donde Jace clavaba sus ojos dorados en ella.

-Eres una Cazadora de Sombras -dijo- Sabes cómo lidiar con heridas -empujó su estela hacia ella por encima de la mesa- Úsala

-No -dijo Clary, y empujó la estela de vuelta

Jace dejó caer la mano con fuerza sobre la estela.

-Clary...

-Dijo que no quería usarla -dijo Simon- Ha-ha

-¿Ha-ha? -Jace se veía incrédulo- ¿Eso que se supone que significa?

Alec, guardando su teléfono, se aproximó a la mesa con una mirada confundida.

-¿Qué está pasando?

-Parece que estamos en medio de un episodio de la novela de las ocho -observó Magnus- Todo está muy parejo

Alec se quitó un mechón de cabello de la cara.

-Le dije a mi madre acerca de la Conversión Infernal

-Déjame adivinar -dijo Jace- No te creyó. Y además, dijo algo malo de mí

Alec frunció el ceño.

-No exactamente. Dijo que llamaría a la Conclave, pero que no tenía a la Inquisidora a la mano. Creo que la Inquisidora ha sacado a mamá del camino y ha tomado las riendas del Instituto. Se oía enojada.

El teléfono volvió a sonar. Él alzó el índice.

-Disculpen. Es Isabelle. Un segundo

Volvió a asomarse por la ventana, teléfono en mano. Jace miró a Magnus.

-Creo que deberías ir a la Luna del Cazador. El tipo que encontró el

cuerpo del lobo dijo que había alguien más en el callejón. Alguien que huyó.

Magnus asintió.

-Me suena a que Valentine fue interrumpido a la mitad de lo que sea que haya estado haciendo para sacar la sangre que necesitaba. Probablemente lo intentará de nuevo con otro niño licántropo

-Debo advertirle a Luke -dijo Clary, haciendo ademán de levantarse de la silla

-Espera

Alec había vuelto, teléfono en mano, y con una expresión peculiar en el rostro.

-¿Qué quería Isabelle? -preguntó Jace

Alec dudó.

-Isabelle dice que la Reina de la Corte de los Milagros ha pedido una audiencia con nosotros

-Seguro -dijo Magnus- Y Madonna quiere que sea su bailarín principal en su próxima gira mundial

Alec se veía confundido.

-¿Quién es Madonna?

-¿Quién es la Reina de la Corte de los Milagros? -dijo Clary

-Es la Reina de las Hadas -dijo Magnus- Bueno, al menos una local Jace escondió la cabeza entre las manos.

-Dile a Isabelle que no

-Pero ella cree que es una buena idea -protestó Alec

-Entonces dile dos veces que no

Alec frunció el ceño.

-¿Eso qué significa?

-Oh, sólo que algunas de las ideas geniales de Isabelle son completos desastres. ¿Cómo la idea de usar los túneles de metro abandonados para no cruzar toda la ciudad? Nunca he visto ratas más grandes...

-¿Podríamos no...? -dijo Simon- No hablemos de ratas

-Esto es diferente -dijo Alec- Ahora se trata de la Corte de los Milagros

-Tienes razón, es diferente -dijo Jace- Ésta es su peor idea

-Ella conoce un caballero de la Corte -dijo Alec- Y él le dijo que la Reina Hada está interesada en vernos. Isabelle espió la conversación con mi madre, y cree que si le explicamos nuestra teoría de Valentine y la Espada Etérea a la Reina, la Corte de los Milagros nos dará la razón, y quizá nos ayude a pelear contra Valentine

-¿Es seguro ir ahí? -preguntó Clary

-Claro que no es seguro -dijo Jace, como si ella hubiera hecho la pregunta más estúpida de todo el mundo.

Ella lo miró con reproche.

-No sé nada acerca de la Corte de los Milagros. Sé de vampiros y hombres lobo. Hay suficiente de eso en las películas. Pero las hadas son

cosas de niños. Me disfracé de hada en Halloween cuando tenía ocho. Mi mamá me hizo un sombrero que parecía cuchara de mantequilla

-Recuerdo eso -Simon se había inclinado atrás en la silla y cruzado los brazos sobre el pecho- Yo era un Transformer. Un Decepticon, de hecho

-¿Podemos hablar de cosas importantes? -preguntó Magnus

-Bien -dijo Alec- Isabelle piensa (y estoy de acuerdo) que no es una buena idea ignorar a las hadas. Si quieren hablar, ¿qué daño puede causar eso? Además, su la Corte de los Milagros está de nuestro lado, la Clave tendría que escuchar lo que tenemos que decir.

Jace rió falsamente.

-La Gente Justa no ayuda a los humanos

-Los Cazadores de Sombras no son humanos -dijo Clary- No realmente

-No somos mejores que ellos -dijo Jace

-No pueden ser peores que los vampiros -farfulló Simon

-Y te las arreglaste bien con ellos -Jace miró a Simon como si fuera algo que hubiera encontrado creciendo en la tubería del lavabo

-¿Arreglármelas bien? ¿Te refieres a sobrevivir?

-Hadas -continuó Jace, como si Simon nunca hubiera hablado- son el punto medio entre demonios y ángeles, con la belleza de los ángeles y la maldad de los demonios. Un vampiro podría atacarte, si entras en sus dominios, pero un hada te haría bailar hasta la muerte, con las piernas convertidas en muñones, te engañaría para que te diceses un chapuzón de medianoche y te sumergiría bajo el agua hasta que tus pulmones se quemaran, llenaría tus ojos de polvo de hadas hasta que...

-¡Jace! -soltó Clary- Cállate. Por Dios. Eso fue suficiente

-Mira, es fácil engañar a un lobo o un vampiro -dijo Jace-. No son más listos que ninguno de nosotros. Pero las hadas han vivido cientos de años y son tan astutas como las serpientes. No mienten, pero les encanta decir "verdades creativas". Buscarán lo que siempre deseaste en el mundo y te lo darán, con un agujón en el listón del regalo, para hacerte arrepentirte de haberlo siquiera deseado -suspiró- No buscan ayudar a las personas. La mayoría de ellas hacen más daño del que remedian

-¿Y no crees que somos lo suficientemente inteligentes para notar la diferencia? -preguntó Simon

-No creo que TÚ seas lo suficientemente inteligente para no convertirte en rata por accidente

Simon lo miró enfadado.

-No entiendo qué importa lo que opines -dijo- Considerando que no puedes ir con nosotros... De hecho, no puedes ir a ninguna parte.

Jace se levantó, tirando la silla violentamente.

-¡No llevarán a Clary a la Corte de los Milagros sin mí, punto final!

Clary lo miró con la boca abierta. Estaba muy enojado, tenía la mandíbula apretada y las venas se notaban en su cuello como

enredaderas. Evitaba mirarla.

-Yo podría cuidar a Clary -dijo Alec, y había cierta molestia en su voz, quizá porque Jace había dudado de él o por algo más de lo que Clary no estaba segura

-Alec -dijo Jace, con los ojos fijos en los de su amigo- No. No puedes Alec tragó saliva.

-Vamos a ir -dijo. Su voz sonó como si se disculpara- Jace... no puedes ignorar una petición de la Corte de los Milagros. Además, Isabelle ya les habrá dicho que íbamos a ir

-No hay forma de que te deje hacer esto, Alec -dijo Jace en un tono peligroso- Pelearé contigo mano a mano si tengo que hacerlo

-Aunque eso suene tentador -dijo Magnus, acomodándose las mangas de la túnica- hay otra manera

-¿Qué otra manera? La Clave lo ordenó. No puedo evadirlo

-Pero yo sí -replicó Magnus- Nunca dudes de mis habilidades, Cazador de Sombras, pues no sólo con la magia soy hábil. Arreglé el contrato con la Inquisidora para que yo pudiera dejarte ir por un corto periodo de tiempo si así lo quería, siempre y cuando otro Nephilim tomara tu lugar.

-¿Dónde encontraremos otro...? Oh -dijo Alec, derrotado- Se refieren a mí

Jace arqueó las cejas.

-¿Ahora no quieres ir a la Corte de los Milagros?

Alec se ruborizó.

-Creo que es más importante que vayas tú. Eres el hijo de Valentine, estoy seguro de que eres al que la Reina quiere ver. Además, eres encantador.

Jace lo miró con extrañeza.

-Tal vez no ahora -añadió Alec- Pero la mayor parte del tiempo sí. Y a las hadas les agradan las personas encantadoras

-Además, tengo la temporada completa de la Isla de Gilligan en DVD -dijo Magnus

-Nadie podría resistirse a eso -dijo Jace. Aún no miraba a Clary

-Isabelle puede esperarte en el parque, cerca del Lago de la Tortuga -dijo Alec- Conoce la entrada secreta a la Corte. Te estará esperando

-Y otra cosa -dijo Magnus, apuntando con un dedo lleno de anillos a Jace- Intenta no ser asesinado por la Corte de los Milagros. Si te mueres, tendré un montón de cosas por explicar

En ése momento, Jace pareció sonreír. No fue algo claro, casi como el brillo de una espada cuando es desenfundada.

-¿Sabes? -dijo- Creo que aún así deberás explicar mucho, tanto si me matan como si no

*

Grandes trozos de enredaderas y plantas trepadoras rodeaban el camino al Lago de la Tortuga, como un montón de listoncitos verdes. La superficie del agua estaba clara, a veces agitada aquí y allá por los patos o por el aleteo de la cola de un pececillo. Había una pequeña plataforma de madera construida sobre el agua; Isabelle estaba sentada en ella, mirando más allá de donde terminaba el lago. Parecía una princesa de cuento de hadas, esperando en la punta de la torre más alta a que alguien llegara a rescatarla. Aunque Clary estaba segura de que el comportamiento de Isabelle no sería el de una princesa común. Isabelle, con su látigo, sus botas y sus cuchillos cortaría en pedazos a cualquiera que se atreviera subirla a la torre más alta, construiría un puente con los restos y caminaría a la libertad, con el cabello mirándose fabuloso todo el tiempo. Esto hacía a Isabelle una persona a la que no era fácil agradarle, aún así, Clary trataba.

-Izzy -dijo Jace, cuando se acercaron al lago, y ella se levantó de un salto y corrió sonriente a su encuentro.

-¡Jace! -ella corrió y lo abrazó

Ésa era la manera en que los hermanos y hermanas se suponía que debían actuar, pensó Clary. No raros ni incómodos, sino felices y cariñosos. Mientras miraba a Jace abrazar a Isabelle, ella trató de capturar ésa expresión cariñosa.

-¿Estás bien? -preguntó Simon, algo consternado- Tus ojos están como mareados

-Estoy bien -Clary dejó de mirarlos

-¿Segura? Pareces... consternada

-Algo que comí

Isabelle se separó y volteó a verlos, Jace detrás de ella. Ella usaba un vestido largo y negro con botas e incluso una gabardina de terciopelo verde musgo.

-¡No puedo creer que lo hayan logrado! -exclamó- ¿Cómo hicieron que Magnus dejara salir a Jace?

-Lo cambiamos por Alec -dijo Clary

Isabelle pareció un tanto alarmada.

-¿Permanentemente?

-No -dijo Jace- Sólo unas horas. A menos que yo no regrese -añadió pensativo- En ése caso, tal vez tenga que cuidar a Alec. Y entonces quizá se los venderá a plazos

Isabelle parecía dubitativa.

-Papá y Mamá se enfadarán mucho si lo averiguan

-¿De que liberaran a un posible criminal a cambio de tu hermano, que se quedó con un hechicero que parece una versión de Sonic (the Hedhehog) gay y se viste como en una caricatura de Chitty Chitty Bang Bang? -inquirió Simon- Lo más seguro es que sí

Jace lo miró como cavilando.

-¿Hay alguna razón en particular para que hayas venido? No estoy seguro de que debimos haberte traído a la Corte de los Milagros. Odian a

los mundanos

Simon puso los ojos en blanco.

-No otra vez

-¿No otra vez? -dijo Clary

-Cada vez que lo molesto, sale con su cantaleta de “No se Admiten Mundanos en ésta casita del árbol” -apuntó Simon a Jace- Permíteme recordarte, que la última vez que me dejaron atrás, les salvé la vida a todos

-Seguro -dijo Jace- Una vez...

-La corte de las hadas es peligrosa -lo cortó Isabelle- Ni siquiera el hecho de que sepas usar el arco te ayudará mucho. No es ésa clase de peligro

-Puedo cuidarme sólo -dijo Simon

Una ventisca fría llegó de pronto. Sopló y arrancó unas cuantas hojas que arrastró por el pavimento, e hizo a Simon tiritar. Metió las manos en los bolsillos delanteros de la chamarra.

-No tienes que venir -dijo Clary

Él la miró, con una mirada firme y apacible. Le recordó aquella vez en casa de Luke, llamándola “mi novia”, sin una pizca de duda o indecisión. Si algo tenía Simon, era que cuando sabía lo que quería no había nada que lo hiciera retractarse.

-Ya -dijo- Iré

Jace hizo un ruido con la nariz.

-Entonces supongo que ya estamos listos -dijo- Y no esperes ninguna consideración, mundano

-Mira el lado amable -dijo Simon- Si necesitan hacer un sacrificio humano, pueden usarme. No creo que el resto de ustedes califique para ello, de todos modos.

Jace sonrió.

-Siempre es lindo cuando hay voluntarios para ir al paredón

-Vamos -dijo Isabelle- La puerta está a punto de abrirse

Clary miró alrededor. El sol se había metido por completo y la luna estaba alzándose, algo de luz de un blanco cremoso se reflejaba en el lago. No estaba llena, pero así como estaba, mostrando sólo la mitad de ella, parecía un ojo medio abierto. El viento nocturno hizo crujir las ramas, golpeándolas una contra otra, sonaban como huesos huecos.

-¿A dónde vamos? -preguntó Clary- ¿Dónde está la puerta?

Isabelle sonrió y murmuró como en un secreto.

-Sígueme

Caminó al borde del agua, dejando huellas profundas con las botas en el lodo mojado. Clary la siguió, agradecida de estar usando jeans y no falda como Isabelle, que se levantaba el abrigo y el vestido por arriba de las rodillas, dejando sus piernas blancas desnudas por encima de las botas. Su piel estaba cubierta de Marcas como lengüetazos de fuego rojo. Simon, tras ella, maldecía mientras se hundían el lodo; Jace caminó automáticamente hacia él para sostenerlo cuando casi se cae. Simon

quitó el brazo con brusquedad.

-No necesito tu ayuda

-Basta -Isabelle metió una bota en el agua profunda a la orilla del lago- Los dos. De hecho, los tres. Si no nos mantenemos juntos en la Corte de los Milagros, estamos muertos.

-Pero yo no... -comenzó Clary

-Tal vez tú no hayas hecho nada, pero el modo en que dejas que esos dos se comporten...

Isabelle señaló a los chicos un movimiento desganado de la mano.

-¡No puedo decirles qué hacer!

-¿Por qué no? -inquirió la otra chica- Honestamente, Clary, si no empiezas a usar un poco de tu superioridad femenina, simplemente no sé que haré contigo

Ella miró al lago y volvió a mirarlos a ellos.

-Y antes de que lo olvide -añadió- por el Ángel, no coman o beban nada mientras estemos bajo la tierra, ninguno de ustedes ¿Okay?

-¿Bajo la tierra? -dijo Simon, preocupado- Nadie mencionó que iríamos bajo la tierra

Isabelle meneó la cabeza y entró al lago. Su gabardina verde de terciopelo se infló y extendió como una enorme hoja de lirio.

-Vamos. Sólo tenemos hasta que la luna se mueva

¿La luna qué? sacudiendo la cabeza, Clary se paró en la orilla del lago. El agua era despejada y clara; al brillo de las estrellas, podía ver sombras negras como pequeños peces nadando cerca de sus tobillos. Apretó los dientes mientras caminaban más adentro del lago. El frío era terrible. Detrás de ella, Jace caminaba en el agua con una gracia contenida, como si caminara aún por la superficie. Simon, tras él, iba salpicando y maldiciendo. Isabelle, había alcanzado el centro del lago y se había quedado quieta ahí, con el agua un poco más arriba del pecho. Estiró una mano hacia Clary.

-Alto

Clary se detuvo. Frente a ella, el reflejo de la luna brillaba en el agua como si fuera un gigantesco plato plano. Según sabía, esto no debía de pasar; la luna se suponía que debía alejarse mientras te aproximabas, incluso en un reflejo. Pero ahí estaba, pero ahí estaba, acariciando la superficie del agua.

-Jace, tú vas primero -dijo Isabelle- Vamos

Caminó hacia Isabelle, pasando junto a Clary, que olió algo como cuero mojado y chamuscado. Vió su sonrisa cuando volteó a mirarla, y finalmente, se dejó caer de espaldas sobre el reflejo de la luna... y desapareció.

-Okay -dijo Simon, descontento- Okay, eso fue raro

Clary lo miró. Sólo estaba sumergido de la cadera hacia abajo, pero temblaba y se frotaba los codos. Ella le sonrió antes de imitar a Jace y tirarse hacia atrás, se sintió como un golpe de hielo frío. Tembló un momento por encima del agua, y luego perdió el equilibrio, sintiendo

como si cayera de la parte más alta de una colina... y cayó de espaldas en la oscuridad, como si la luna se la hubiese tragado.

Cayó con un golpe sordo en un montón de tierra apilada, y sintió una mano en su brazo, ayudándola a levantarse. Era Jace.

-Fácil ¿verdad? -dijo, y la soltó

Estaba mojada, e hilillos de agua fría corrían por su espalda, tenía el cabello empapado y le colgaba en la cara. La ropa se sentía como si pesara una tonelada. Habían caído en un corredor con forma de tubo, iluminado por un brillo de un color lechoso. Eran unas pequeñas linternas con forma de racimos las que emitían la luz, y tiras grandes como serpientes muertas colgaban del techo. Raíces de árbol, notó Clary. Estaban bajo la tierra. Y hacía mucho frío, lo suficiente para hacerla exhalar un vaho helado de color blanquecino.

-¿Frío?

Jace también estaba mojado, su cabello claro casi sin color estaba pegado a sus mejillas y la frente. El agua corría por los jeans y la chamarra, y hacía que la camiseta blanca que llevaba se volviera transparente. Ella podía ver las líneas oscuras de las Marcas permanentes y la pequeña cicatriz en su hombro. Miró a otro lado. El agua colgaba de sus pestañas, nublándole la vista como si fueran lágrimas.

-Estoy bien

-No te ves bien

Él se acercó más, y ella pudo sentir el calor que salía de él incluso a través de su ropa mojada y la piel helada. Una forma oscura cayó cerca de ellos, y golpeó el suelo con fuerza. Era Simon, también empapado. Se arrodilló y tanteó el suelo frenéticamente.

-Mis lentes...

-Aquí están -Clary casi siempre le guardaba los lentes a Simon en los juegos de soccer. Por lo regular se caían a sus pies, donde era inevitable que alguien los pisara

Él los recibió y sacudió la tierra de los cristales.

-Gracias

Clary sentía la mirada de Jace, como un peso en los hombros. Se preguntó si Simon también la sentía. Él se levantó frunciendo el ceño, mientras Isabelle caía desde arriba, aterrizando de pie. El agua corría de su cabello largo y tiraba hacia debajo de la pesada gabardina de terciopelo, pero ella parecía no notarlos.

-Wooh, eso fue divertido

-Claro -dijo Jace- Te compraré un diccionario para Navidad

-¿Por qué? -dijo Isabelle

-Para que puedas buscar "divertido". No estoy seguro de que sepas lo que significa

Isabelle se quitó de la cara la masa de cabello largo y mojado y la exprimió como si se tratara de ropa mojada.

-Aguafiestas

-Agua es lo que sobra por aquí ¿no? -Jace miró alrededor- ¿Ahora qué? ¿A dónde vamos?

-A ningún lado -dijo Isabelle- Esperaremos a que vengan por nosotros

A Clary no le sorprendió demasiado ésta sugerencia.

-¿Cómo sabrán que estamos aquí? ¿Tenemos que tocar un timbre o algo así?

-La Corte sabe de todo lo que pasa en sus tierras. Nuestra presencia no les ha pasado inadvertida

Simon la miró receloso.

-¿Y tú como sabes tanto de hadas y de la Corte de los Milagros?

Isabelle, para sorpresa de todos, se sonrojó. Un segundo después, un hado entró desde una puerta al final del pasillo, sacudiendo su cabello largo. Clary había visto ya algunos hados en la fiesta de Magnus y todos tenían cierta belleza fría y una especie de violencia contenida incluso bailando o bebiendo. Éste no era la excepción: su cabello caía en mechones azul oscuro, alrededor de una cara fría, afilada y preciosa; sus ojos eran verdes como las uvas o el musgo y había una marca con forma de hoja (un tatuaje o una marca de nacimiento) atravesando uno de sus pómulos. Usaba una armadura de color café plata, como los troncos de los árboles en invierno, y cuando caminó, la armadura chispeaba en una multitud de colores: negro tinta, verde musgo, gris ceniza, azul cielo.

Isabelle dio un gritito y saltó en sus brazos.

-¡Meliorn!

-Ah -dijo Simon, en voz bajita y sin nada de sorpresa- así que es por eso que sabe

El hado (Meliorn) la miró con cierto enfado y con delicadeza la hizo a un lado.

-No es momento de cosas -dijo- La Reina de la Corte de los Milagros ha pedido una audiencia con los tres Nephilim que vienen contigo. ¿Nos vamos?

Clary puso una mano protectora en el hombro de Simon.

-¿Qué hay con nuestro amigo?

Meliorn se veía impasible.

-Los humanos mundanos no son permitidos en la Corte

-Desearía que alguien lo hubiera dicho antes -dijo Simon, a nadie en particular- Entiendo, ¿he de esperar aquí hasta que las enredaderas empiecen a crecer alrededor mío?

Meliorn pareció considerarlo.

-Eso me sorprendería mucho

-Simon no es un mundano ordinario. Podemos confiar en él -dijo Jace, sorprendiéndolos a todos, especialmente a Simon

Clary se dio cuenta de qué tan sorprendido estaba Simon porque miró a Jace sin decir nada.

-Ha peleado algunas batallas con nosotros

-Lo que quiere decir, una batalla -murmuró Simon- Dos, si

contamos la vez que era una rata

-No entraremos a la Corte de los Milagros sin Simon -dijo Clary, con la mano aún sobre el hombro de Simon- Su Reina pidió audiencia con nosotros ¿recuerdas? No fue idea nuestra venir aquí.

Había una chispa de sorpresa oscura en los ojos verdes de Meliorn.

-Como quieran -dijo- Para que no digan que la Corte de los Milagros no respeta los deseos de sus huéspedes

Dio un giro perfecto y los condujo corredor abajo, sin detenerse a ver si lo estaban siguiendo. Isabelle se apresuró para caminar junto a él, dejando a Jace, Clary y Simon seguirlos en silencio.

-¿Les permiten salir con hados? -preguntó Clary- ¿Ellos... los Lightwood aprobarían que Isabelle y comosellame...?

-Meliorn -dijo Simon

-¿...Meliorn, que salgan juntos?

-No estoy seguro de que estén saliendo juntos -dijo Jace, remarcando las últimas dos palabras irónicamente- Creo que más bien se ven a veces. Por aquí.

-Parece que lo desapruebas -Simon empujó una raíz de árbol a un lado

Estaban caminando por un corredor sin mucha tierra y con un caminillo de piedras lisas, y a veces sonaba un crujido de piedras bajo sus pies. El piso estaba como pulido, no era mármol, sino piedra, las uniones se veían hechas de líneas de un material brillante, como joyas hechas polvo.

-No es que lo desapruebe -dijo Jace- Los hados (y hadas) suelen salir con mortales, pero casi siempre los abandonan, y por lo general la peor parte la lleva...

Sus palabras enviaron un escalofrío a la espina de Clary. Cuando Isabelle rió, Clary pudo notar que Jace había dejado de hablar, porque las paredes de piedra habían traído el eco de la voz de Isabelle, como si rebotara en las paredes.

-¡Eres tan divertido!

Ella resbaló cuando el tacón de su bota quedó atorado entre dos piedras, y Meliorn la detuvo justo a tiempo, sin cambiar de expresión.

-No entiendo cómo es que ustedes humanos pueden caminar con zapatos tan altos

-Es mi lema -dijo Isabelle, con una sonrisa ladeada- Nada debajo de siete centímetros

Meliorn la miró, sin comprender.

-Hablo de los tacones -dijo- Es una broma ¿Entiendes? Un juego de...

-Vamos -dijo el caballero hado- La Reina ha de estar impaciente Caminó de vuelta al corredor, sin mirar de nuevo a Isabelle.

-Lo había olvidado -murmuró Isabelle al resto de ellos cuando la alcanzaron- Las hadas no tienen sentido del humor

-Oh, yo no diría eso -dijo Jace- Hay un club nocturno de hadas en el

centro que se llama Alas Calientes. Y no -añadió- quiere decir que alguna vez haya entrado

Simon miró a Jace, y abrió la boca como para preguntar algo, entonces pareció pensar que no era una buena idea del todo. Cerró la boca justo cuando el corredor desembocó en una habitación grande cuyo piso estaba hecho de tierra aplanada y sus paredes de enredaderas entrelazadas con flores de colores brillantes. Pequeños velos colgaban de los pilares, de un color de azul claro que estaba casi del color del cielo. La habitación estaba llena de luz, aunque Clary no veía antorchas por ningún lado, el efecto era como si la luz del sol llegara ahí debajo, atravesando las paredes de tierra y el piso de piedra. La primera impresión de Clary fue que estaban en el exterior; la segunda, fue que la habitación estaba llena de gente. Había una extraña música dulce, de notas agridulces, si hubiera tenido sabor, hubiera sido el de limón y miel, y había un círculo de hadas bailando con la música, los pies desnudos golpeteando el piso. De cabellos negro azulado, café y escarlata, dorado metálico y blanco hielo, que volaban como banderas. Entonces entendió por qué los llamaban la Gente Justa, con sus caras adorables y pálidas, sus alas de un color lila y dorado y azul ¿cómo se suponía que uno podría pensar que te lastimarían? La música ahora sonaba solamente dulce. Sintió la necesidad de soltarse el cabello y correr a bailar con ellos. La música le dijo que si hacía eso, se volvería tan ligera que casi no tendría que poner los pies en la tierra. Dio un paso adelante...

Y una mano la jaló con fuerza del brazo. Jace la miraba, con los ojos dorados brillando como los de un gato.

-Si bailas con ellos -dijo en voz baja- será hasta que mueras

Clary parpadeó. Se sentía como si la hubieran sacado de un sueño, amodorrada y mareada. La voz le tembló cuando habló.

-¿Quéééé?

Jace hizo un ruido impaciente. Tenía la estela en su mano; ella no la había visto antes. Él le pintó en la muñeca un trazo rápido, quemante, una Marca en su antebrazo.

-Ahora mira

Ella miró de nuevo... y se congeló. Las caras que había visto adorables, seguían adorables, pero había algo detrás, algo malvado, casi salvaje. La chica con las alas rosas con azul aplaudió, y Clary vio que sus dedos estaban hechos de ramas, unidas con hojas machacadas. Sus ojos estaban completamente blancos, sin iris o pupilas. El chico bailando junto a ella tenía una piel de un color verde envenenado y unos cuernos enroscados salían de su frente. Cuando se dio la vuelta en medio de la danza, su saco se abrió y Clary vio que debajo, su cuerpo no tenía piel. Tenía listones entrelazados en los huesos desnudos de sus costillas, posiblemente para hacerlos más festivos. El estómago de Clary se encogió.

-Vamos -Jace la empujó y ella tropezó un poco

Cuando se equilibró, miró a Simon. Iba adelante y vio que Isabelle

lo agarraba con fuerza. Ésta vez, no le importó. Dudaba que Simon hubiera podido cruzar sólo la habitación. Rodeando el círculo de bailarines, llegaron hasta el otro lado de la habitación, tapado con una cortina de seda azul. Era agradable salir de la habitación a otro corredor, hecho de un material del color café pastoso que tenían las nueces. Isabelle soltó a Simon y éste dejó de caminar de inmediato; cuando Clary lo alcanzó, vio que había sido porque Isabelle le había atado su bufanda en los ojos. Estaba peleando con el nudo, cuando Clary le habló.

-Déjame ayudarte -dijo, y él se quedó quieto mientras ella desataba los nudos y se la devolvía a Isabelle con un asentimiento de agradecimiento.

Simon se quitó el cabello de la cara; estaba mojado de donde la bufanda lo había apresado.

-Había algo de música -observó- Algo como country con un poco de rock and roll

Meliorn, que se había detenido para esperarlos, frunció el ceño.

-¿No les importó?

-Claro que nos importó -dijo Clary- ¿Qué era eso, una prueba? ¿O un chiste?

Él se encogió de hombros

-Estoy acostumbrado a mortales que se dejan llevar por nuestros glamours; no los Nephilim. Pensé que usaban alguna protección

-Ella sí -dijo Jace, mirando a los ojos a Meliorn. Éste sólo se encogió de hombros y siguió caminando.

Simon se quedó callado mirando a Clary unos momentos, hasta que dijo:

-¿Así que... qué me perdí? ¿Chicas desnudas bailando?

Clary pensó en las costillas sin piel de los hados y tembló

-Nada demasiado agradable

-A veces, las hadas ayudan a los humanos -se metió Isabelle- Te dan un amuleto (como una hoja o una flor) para que lo lleves encima, y si lo traes contigo toda la noche, estarás bien por la mañana. O te acompañan...

Ella miró brevemente a Meliorn, pero se volteó casi al instante en una pared de hojas.

-Estas son los aposentos de la Reina -dijo- Vino de su Corte en el norte por lo de la muerte del fey. Si habrá una guerra, quiera ser la primera en declararla

De más cerca, Clary vislumbró que la pantalla estaba hecha hileras de hojas, pegadas con ámbar y gotitas de resina. El hado apartó las tiritas y los instó a pasar a la cámara en el otro lado. Jace entró primero, seguido de Clary. Ella miró a todos lados, curiosa. La habitación estaba casi vacía, las paredes de tierra tenían algo blanco. Había algunas antorchas hechas de vidrio. Una encantadora mujer estaba reclinada en un sillón bajo, rodeado de los que debían ser sus cortesanas, un montón de hadas, pequeñas que a los humanos les hubieran parecido preciosas

niñas humanas con cabello largo... si descontamos los ojos negros y sin pupilas.

-Mi Reina -dijo Meliorn, inclinándose- He traído a los Nephilim

La Reina se sentó derecha. Tenía el cabello largo y rojo, que parecía flotar alrededor de ella como hojas de otoño movidas por una brisa. Sus ojos eran de color azul claro, su mirada era afilada como una navaja.

-Tres de estos son Nephilim -dijo- El otro es un mundano

Meliorn pareció encogerse, pero la Reina ni siquiera lo miró. Tenía los ojos fijos en los Cazadores de Sombras. Clary podía sentir el peso de la mirada. Quitando su aspecto, no había nada frágil en la Reina. Era tan brillante y magnánima como una estrella ardiendo.

-Nuestras disculpas, mi lady -Jace dio un paso adelante, interponiéndose entre la Reina y los demás.

Su voz había cambiado de tono... había algo en el modo en que habló ahora, algo delicado y cuidadoso.

-El mundano es nuestra responsabilidad, le debemos nuestra protección. Por eso lo mantenemos cerca de nosotros

La Reina inclinó su cabeza hacia un lado, como un pájaro curioso. Ahora toda su atención estaba en Jace.

-¿Una deuda de sangre? -murmuró- ¿A un mundano?

-Salvó mi vida -dijo Jace

Clary sintió que Simon hipaba sorprendido. Rogó porque no hubiera sido tan notorio. Las hadas no podían mentir, le había dicho Jace, y Jace tampoco mentía... Simon le había salvado la vida. Pero no era ésa la razón por la que lo habían llevado con ellos. Clary comenzaba a entender a qué se refería Jace con eso de "verdades creativas"

-Por favor, mi lady. Esperábamos que entendiera. Habíamos oído que era usted tan dulce como hermosa, y en ése caso... bueno -dijo Jace- su dulzura debe de ser grande

La reina respingó y se inclinó adelante, dejando que el cabello le ensombreciera un poco la cara.

-Eres tan encantador como tu padre, Jonathan Morgenstern -dijo, y movió una mano señalando el piso- Vamos, siéntense conmigo. Coman algo. Beban. Descansen. Hablar es mejor con los labios húmedos

Por un momento, Jace pareció desconcertado. Dudó. Meliorn se inclinó hacia él y habló en un leve bisbiseo.

-Sería un error rechazar el ofrecimiento de la Reina de la Corte de los Milagros

Los ojos de Isabelle caminaron hasta él y luego se encogió de hombros.

-No nos lastimará sentarnos un rato

Meliorn les señaló una pila de cojines de senda cerca del diván de la Reina. Clary se sentó con cautela, como esperando que hubiera una rama afilada lista para pincharla en cuanto se sentara. Parecía la clase de cosas de la Reina hallaría interesantes. Pero no pasó nada. Los cojines

eran muy cómodos; la Reina miraba a todos alrededor de ella. Un hada pequeña con piel blanquiazul les llevó una bandeja con copas de plata en ella. Cada uno tomó una copa llena de líquido dorado. Había pétalos de rosa hasta arriba. Simon puso su copa junto a él.

-¿No lo beberán? -preguntó la hada

-Las cosas de hadas no van conmigo -murmuró

Clary a penas y lo escuchó. La bebida tenía un olor pesado e intoxicante, mucho más agradable que el de las rosas. Clary tomó un pétalo y lo aplastó entre sus dedos, liberando más esencia. Jace apoyó su mano en su brazo.

-No la bebas -le dijo, muy, muy bajito

-Pero...

-No

Ella puso la copa a un lado, igual que Simon. Su pulgar y su índice estaban pintados de rosa

-Ahora -dijo la Reina- Meliorn me dice que ustedes saben quién mató al niño en el parque la otra noche. Aunque les diré, no es un gran misterio para mí. ¿Un fey con la sangre succionada? ¿Es que me traerán el nombre de un vampiro en específico? Pero todos los vampiros tienen parte de culpa aquí, por romper la Ley, y deben ser castigados indistintamente.

-Oh, vamos -dijo Isabelle- No fueron vampiros

Jace le lanzó una mirada.

-Lo que Isabelle dice es que estamos casi seguros de que el autor de los asesinatos fue alguien más. Creemos que los vampiros son sólo un escudo

-¿Pueden probar eso?

El tono de Jace era calmado, pero sus hombros estaban cargados de tensión.

-La otra noche, los Hermanos Silenciosos fueron asesinados, y ninguno de ellos tenía la sangre drenada

-¿Y eso tiene que ver con nuestro fey porque...? Nephilims muertos son tragedias para los Nephilim, no para mí

Clary sintió un dolor punzante en la mano izquierda. Miró hacia abajo y vio la sombra de un gnomo entre las almohadas. Una manchita de sangre salió de su dedo, se llevó el dedo a la boca, pensando que los gnomos eran lindos, siempre y cuando no la mordieran.

-La Espada Etérea fue robada -dijo Jace- ¿Ha oído hablar de Maellartach?

-La espada que hace que los Cazadores de Sombras digan la verdad -dijo la Reina, con una especie de humor negro- Las hadas no necesitamos objetos así

-Fue tomado por Valentine Morgenstern -dijo Jace- Él mató a los Hermanos Silenciosos para obtenerlo, y creemos que mató al fey también. Necesita la sangre de un fey para efectuar una transformación en la Espada. Para hacerla un objeto que pueda usar

-Y no se detendrá -añadió Isabelle- Necesita más sangre además de esa

Las altas cejas de la Reina se arquearon aún más arriba

-¿Más sangre de los nuestros?

-No -dijo Jace, mirando a Isabelle de una manera que Clary no supo como interpretar- Más sangre de Subterráneo. Necesita la sangre de un hombre lobo y un vampiro...

Los ojos de la Reina brillaron como reflejando la luz

-Eso no parece atañernos

-Él mató a uno de los suyos -dijo Isabelle- ¿No quieren venganza?

La mirada de la Reina la barrió como si le pasara un ala por encima.

-No inmediata -dijo- Somos habitantes pacientes, tenemos todo el tiempo del mundo. Valentine Morgenstern es un viejo enemigo nuestro... pero tenemos enemigos más viejos aún. Por ahora, sólo esperaremos y veremos

-Está llamando demonios -dijo Jace- Creando una armada...

-Demonios -dijo la Reina con delicadeza, mientras sus cortesanas se replegaron atrás de ella- Los demonios están a su cargo, ¿no es cierto, Cazador de Sombras? ¿No es por eso que dicen tener toda esa autoridad sobre nosotros? ¿Porque son los que derrotan demonios?

-No vengo a dar órdenes de la Clave. Vinimos cuando nos hablaron porque pensamos que si sabían la verdad, nos ayudarían

-¿Eso pensaron? -la Reina se inclinó al frente y su cabello se bamboleó como si estuviera vivo- Recuerda, Cazador de Sombras, que siempre hemos estado regidos por la Clave. Ya estamos cansados de pelear sus guerras

-No es sólo nuestra guerra -dijo Jace- Valentine odia a los Subterráneos más que a los demonios. Si nos derrota, irá tras ustedes

Los ojos de la Reina lo miraron aburridos.

-Y cuando lo haga -dijo Jace- recuerda que hubo un Cazador de Sombras que te advirtió lo que venía

Luego se hizo silencio. Incluso la Corte se había quedado callada, mirando a su Dama. Al final, la Reina se irguió en sus cojines y dio un trago de un cáliz de plata.

-Advertirme acerca de tu padre -dijo- Creía que ustedes los mortales eran capaces de un afecto filial, pero resulta que no le eres leal a Valentine, tu padre

Jace no dijo nada. Pareció quedarse sin palabras por un momento. Dulcemente, la Reina continuó.

-O quizá esta hostilidad tuya es fingida. El amor vuelve mentirosos a los de tu raza

-Pero nosotros no amamos a nuestro padre -dijo Clary, viendo que Jace no decía nada- Lo odiamos

-¿Ustedes? -la Reina parecía casi aburrida

-Usted sabe como son los lazos familiares, mi lady -dijo Jace,

recuperando su voz- Son tan frágiles como enredaderas. Y a veces, como enredaderas, se cierran con la fuerza suficiente como para matar

La Reina parpadeó.

-¿Traicionarías a tu padre por la seguridad de la Clave?

-En efecto, Majestad

Ella rió, con un sonido tan brillante y frío como remolinos de copos de nieve.

-¿Quién lo hubiera pensado -dijo- que los pequeños experimentos de Valentine se volverían en su contra?

Clary miró a Jace, pero podía ver por la expresión de su cara, que no tenía idea de lo que quería decir. Fue Isabelle la que preguntó:

-¿Experimentos?

La Reina ni siquiera la miró. Sus ojos, de un azul luminoso, estaban fijos en Jace.

-La Gente Justa guarda secretos -dijo- Nuestros, y de otros. Pregúntale a tu padre, cuando lo vuelvas a ver, qué sangre corre por tus venas, Jonathan

-No planeaba preguntarle nada cuando lo volviera a ver -dijo Jace- Pero si lo desea, mi lady, así será

Los labios de la Reina se curvaron en una sonrisa.

-Creo que eres un mentiroso. Pero uno encantador. Lo suficiente para que te jure esto: Hazle a Valentine ésa pregunta, y te prometo toda la ayuda que esté en mi poder, para que derrotes a Valentine

Jace sonrió.

-Su generosidad es tanta como su gentileza, Majestad

Clary hizo un sonido con la nariz, pero la Reina pareció complacida.

-Y creo que terminamos aquí -añadió Jace, levantándose de sus cojines

Puso su bebida llena junto a la de Isabelle. Todos se levantaron después de él. Isabelle ya estaba hablando con Meliorn en una orilla, éste se vio en cierta forma, atrapado.

-Un momento -la Reina se levantó- Uno de ustedes debe quedarse

Jace se detuvo camino a la puerta y se volteó para mirarla.

-¿Qué quiere decir?

Ella apuntó con una mano a Clary.

-Una vez que nuestra comida o bebida ha tocado labios mortales, el mortal es nuestro. Sabes eso, Cazador de Sombras

Clary estaba pasmada.

-¡Pero no bebí nada! -miró a Jace- Está mintiendo

-Las hadas no mienten -dijo, en parte confuso y desesperado. Miró a la Reina- Me temo que se ha equivocado, Majestad

-Mira a sus dedos y dime si no se los ha chupado y limpiado

Simon e Isabelle miraban ahora. Clary miró a su mano.

-De sangre -dijo ella- Uno de los gnomos mordió mi dedo... estaba sangrando...

Y entonces recordó el dulce sabor de la sangre, mezclado con jugo.

Aterrada, corrió hasta la puerta, y se detuvo como si unas manos invisibles la hubieran jalado dentro de la habitación. Volteó a ver a Jace, horrorizada.

-Es verdad

La cara de Jace se puso pálida

-Debí esperar un truco de esos -le dijo a la Reina, ya no halagándola- ¿Por qué haces esto? ¿Qué quieres de nosotros?

La voz de la Reina era suave como la piel de una araña.

-Quizá sólo tengo curiosidad -dijo- No suelo tener Cazadores de Sombras tan cerca y tan a menudo. Como nosotros, tienen sus orígenes en el cielo; eso me intriga

-Pero contrario a ustedes -dijo Jace- no hay nada del infierno en nosotros

-Son mortales; envejecen, mueren -dijo ella- ¿Si eso no es infierno, díganme, qué lo es?

-Si quiere estudiar un Cazador de Sombras, no le serviré mucho - interrumpió Clary. Le dolía la mano donde el gnomo la había mordido y peleaba contra las ganas de llorar- No sé nada acerca de Cazar Sombras. Ni siquiera he tenido un entrenamiento. Soy la persona equivocada - añadió silenciosamente

Por primera vez, la Reina la miró. Clary quiso que se la tragara la tierra.

-En verdad, Clarissa Morgenstern, eres exactamente la persona correcta -sus ojos chispearon- Gracias a los cambios que hizo tu padre en ti, tú no eres como los otros Cazadores de Sombras. Tus dones son diferentes

-¿Dones? -se asombró Clary

-Es tuyo el don de las palabras que no se pueden decir -dijo la Reina- y tu hermano tiene el don del ángel. Tu padre se aseguró de ello, cuando tu hermano era un niño y antes de que tú nacieras

-Mi padre nunca me dio nada -dijo Clary- Ni siquiera un nombre
Jace se veía tan ignorante como se sentía Clary.

-Aún cuando la Gente Justa no miente -dijo- Les pueden mentir. Creo que ha sido usted una víctima de un truco o un chiste, mi lady. No hay nada especial acerca de mí o mi hermana

-Eres muy diestro usando ése encanto tuyo -dijo la Reina con una risa- Aunque debes saber que no eres un chico humano común, Jonathan
Miró a Clary y luego a Jace y luego a Isabelle (Isabelle cerró la boca, que había estado entreabierta) y de nuevo a Jace.

-¿O podría ser que no sabes? -murmuró

-Sé que no dejaré a mi hermana en su Corte -dijo Jace- Y dado que no hay nada que aprender de ella o yo, quizá podría hacernos el favor de liberarla

¿Ya fue suficiente diversión? decían sus ojos, pero su voz era cortés y fría como el agua. La sonrisa de la Reina era malvada y terrible.

-¿Qué si te dijera que sólo puede ser liberada con un beso?

-¿Quiere que Jace la bese? -dijo Clary, un tanto asqueada

La Reina rompió a reír, e inmediatamente, sus cortesanas la imitaron. La risa era una mezcla bizarra de chillidos inhumanos, y ladridos y maullidos, como animales sufriendo.

-No obstante sus encantos -dijo la Reina- ése beso no liberará a la chica

Los cuatro se miraron entre sí, embrollados.

-Podría besar a Meliorn -sugirió Isabelle

-No ése. Ni ninguno hacia mi Corte

Meliorn se apartó de Isabelle, que miró a sus acompañantes y dejó caer las manos.

-No voy a besar a ninguno de ustedes -dijo con firmeza- Es oficial

-No parece algo tan complicado -dijo Simon- Si un beso lo arregla todo...

Caminó hacia Clary, que se había congelado de la sorpresa. Cuando él la tomó por los codos, ella tuvo que esquivarlo. No era que no hubiera besado a Simon antes, pero nunca en una situación así, sin importar qué tan cómoda se sintiera besándolo, ahora no estaba tan segura de poder sentir lo mismo. Era una reacción lógica ¿cierto? Sin poder evitarlo, le lanzó una mirada rápida a Jace por encima del hombro de Simon

-No -dijo la Reina, en una voz como cristal- Ése tampoco Isabelle puso los ojos en blanco.

-¡Por las plumas del Ángel! Bien, si no hay otra manera de salir de esto, besaré a Simon. Lo he hecho antes, no fue tan malo

-Gracias -dijo Simon- Eso fue muy halagador

-Tampoco -dijo la Reina de la Corte de los Milagros. Su expresión era una especie de agudo y cruel placer, y Clary se preguntó si en realidad no quería un beso, sino verlos en una situación incómoda- Me temo que ése tampoco

-Bueno, no besaré al mundano -dijo Jace- Preferiría quedarme aquí hasta que me crecieran raíces. Para siempre

-¿Por siempre? -dijo Simon- Por siempre suena a mucho tiempo Jace arqueó las cejas.

-Lo sabía -dijo- ¿Quieres besarme, no es así?

Simon dejó caer las manos con exasperación.

-Claro que no. Pero si...

-Creo que era cierto lo que decían -observó Jace- Ya no hay hombres en las trincheras

-Es ateos, idiota -dijo Simon, furioso- No hay ateos en las trincheras

-Aún cuando todo esto es muy entretenido -dijo la Reina, inclinándose hacia delante- el beso que liberará a la chica es el beso que la chica desea más

El cruel placer en su cara y su voz se acentuó, y sus palabras le parecieron a Clary como agujas.

-Sólo eso y nada más -añadió

Simon la miró cómo si ella fuera a escogerlo. Clary quiso ir hacia él, pero se quedó en su lugar, demasiado aterrorizada para moverse.

-¿Por qué haces esto? -demandó Jace

-Pensaba que te hacía un favor

Jace se sonrojó, pero no dijo nada. Evitaba mirar a Clary. Simon dijo:

-Eso es ridículo. Son hermanos

La reina se encogió de hombros, con un delicado movimiento de los brazos.

-El deseo no siempre es lo correcto. Ahora, pueden tomarlo como un favor. Y como mis palabras son magia, saben que digo la verdad. Si ella no deseaba ése beso, no será liberada.

Simon dijo algo, enfadado, pero Clary no lo oyó: Sus oídos zumbaban como si un enjambre de abejas enfadadas estuvieran atrapadas dentro de su cabeza. Simon miró alrededor, furioso y dijo:

-No tienes que hacerlo Clary, es un truco

-No un truco -dijo Jace- Una prueba

-Bueno, no sé tú Simon -dijo Isabelle- Pero quiero sacar a Clary de aquí

-¿Y tu besarías a Alec -dijo Simon- sólo porque la Reina de la Corte de los Milagros te lo dice?

-Claro que sí -Isabelle sonaba molesta- La otra opción sería quedarme en la Corte de los Milagros por siempre ¿A quién le importa? Es sólo un beso

-Tiene razón -era Jace

Clary lo vio, con ojos borrosos, que se movía hacia ella y ponía una mano en su hombro, haciendo que le mirara a la cara.

-Es sólo un beso -dijo, y aún cuando su tono era como fastidiado, sus manos eran inexplicablemente amables

Ella se dejó hacer, y lo miró. Tenía los ojos muy oscuros, quizá porque estaba muy opaco ahí en la Corte, o quizá por otra cosa. Ella podía ver su reflejo en cada una de las pupilas dilatadas, una pequeña imagen de sí misma en sus ojos. Él dijo:

-Puedes cerrar los ojos y pensar en Inglaterra, si quieres

-Nunca he estado en Inglaterra -dijo, pero cerró los párpados

Podía sentir el peso de sus ropas, frías y molestas contra su piel, y el dulce aroma de la cueva, aún más frío, y el peso de las manos de Jace en sus hombros, las únicas que estaban tibias. Y entonces la besó.

Sintió el roce de sus labios, ligero al principio, y ella abrió la boca, automáticamente bajo ésa presión. Casi al mismo tiempo que se sentía floja, y cerraba sus manos alrededor del cuello de él, así como los pétalos de un girasol giraban su cara hacia la luz. Los brazos de él la rodearon, enredando sus dedos en su cabello, y el beso dejó de ser dulce para convertirse en algo más, todo en un instante. Clary oyó un sonido como un grito ahogado alrededor de toda la corte, como el sonido de una ola, pero no importó, ella estaba perdida entre la sangre corriendo por sus

venas y la sensación de ligereza alrededor de su cuerpo. Las manos de Jace se deslizaron hacia su espalda; ella sintió la presión de sus palmas sobre sus hombros... y entonces la empujó atrás, con delicadeza y a regañadientes, quitándole las manos de su cuello y alejándose de ella. Por un momento, Clary pensó que caería; sintió como si algo esencial se hubiera separado de ella, un brazo o una pierna, y miró a Jace, que estaba en blanco... ¿qué había sentido, nada? Nunca pensó que no sentiría nada.

Él la miró, y cuando vió su cara, recordó sus ojos en el Renwick, cuando vio el Portal romperse en pedazos y separarlo de su casa. Le mantuvo la mirada un segundo, y luego miró a otro lado, los músculos de su garganta estaban tensos. Sus manos cerradas como puños a los lados.

-¿Eso fue suficiente? -preguntó, mirando a la Reina y a las cortesanas detrás de ella- ¿Te divirtió?

La Reina se llevó una mano a la boca, medio cubriendo una sonrisa.

-Fue muy entretenido para nosotras -dijo- Pero, no creo que más entretenido de lo que fue para ustedes

-Puedo asumir -dijo Jace- que las emociones mortales les sorprenden porque no tienen ninguna

La sonrisa se escurrió de la cara de la Reina.

-Tranquilo, Jace -dijo Isabelle. Miró a Clary- ¿Puedes irte ahora? ¿Eres libre?

Clary caminó hasta la puerta y no se sorprendió de no encontrar resistencia. Se detuvo a medio camino y miró a Simon. Nunca antes la había visto así.

-Deberíamos irnos -dijo- Antes de que sea tarde

-Ya es muy tarde -dijo él

Meliorn los guió fuera de la Corte de los Milagros y los devolvió al parque, sin decir ni una palabra. Clary pensó que su espalda se veía tensa. Se dio la vuelta después de dejarlos fuera del lago, sin decirle adiós a Isabelle, y desapareció en el reflejo de la luna. Isabelle lo vio sumergirse.

-Así que se terminamos

Jace hizo un sonido como una risita nerviosa y se subió el cierre de su chamarra mojada. Todos temblaban. La noche fría olía a tierra y a plantas y a moderno, Clary casi podía oler el acero en el aire.

La ciudad estaba rodeada de luces color azul hielo, verde frío y rojo fuerte, y el lago subía y bajaba en las orillas sucias. El reflejo de la luna se había movido a la orilla opuesta y titilaba ahí, como si les tuviera miedo.

-Mejor regresamos -Isabelle se apretó la gabardina sobre los hombros- Antes de morir y congelarnos

-Nos tomará una eternidad volver a Brooklyn -dijo Clary- Quizá debamos tomar un taxi

-O ir al Instituto –sugirió Isabelle y asintió ante la mirada de Jace- No hay nadie ahí de todos modos... están en la Ciudad de Hueso, buscando pistas. Nos tomará un segundo tomar algunas ropas, cambiarnos por algo seco. Además, el Instituto sigue siendo nuestra casa, Jace

-Está bien –dijo Jace, ante la evidente sorpresa de Isabelle- Hay algo que necesito de mi habitación, de todos modos

Clary dudó.

-No sé. Podría tomar un taxi con Simon

Quizá si tenían un tiempo a solas, ella podría explicarle lo que pasó en la Corte de los Milagros, y que no era lo que pensaba. Jace había estado revisando su reloj para ver si el agua no lo había arruinado. Ahora la miraba, con las cejas arqueadas.

-Eso podría resultar un poco difícil –dijo- dado que ya se fue

-¿Él qué? –Clary dio un par de vueltas sobre sí misma y se sorprendió

Simon se había ido; los tres estaban sólo en el lago. Corrió hacia una parte más alta de la colina y gritó su nombre. Podía verlo a los lejos, bajando decididamente por el camino de concreto que llevaba al parque, y de ahí a la avenida. Ella lo llamó de nuevo, pero él no se dio la vuelta

IX. Y la muerte no tendrá límites

Isabelle había dicho la verdad: El Instituto estaba desierto. O casi. Max dormía en un sillón rojo en el recibidor cuando entraron. Tenía los lentes un poco torcidos y a leguas se veía que no pensaba quedarse dormido: había un libro abierto en el piso, a donde se le había caído y estaba acurrucado en la orilla del sofá de una manera que se veía muy incómoda. El corazón de Clary se sacudió con fuerza. Le recordó a Simon cuando tenía nueve o diez años, todo lentes y orejas incómodamente puntiagudas.

-Max es como un gato. Duerme donde sea -Jace se inclinó y le quitó los lentes a Max, poniéndolos en una mesa cercana.

Tenía un brillo en la mirada que Clary no había visto antes... una especie de protección a morir que la sorprendió.

-Oh, déjalo en paz... sólo lo llenarás de lodo -dijo Isabelle, desabotonándose el abrigo mojado.

El vestido se le pegaba al tórax y el agua había oscurecido el apretado cinturón de cuero alrededor de su cintura. Su látigo brillaba enroscado de una de las orillas del cinturón. Fruncía el ceño.

-Tengo mucho frío -dijo- Voy a darme una ducha caliente

Jace la miró desaparecer corredor abajo, con cierta admiración.

-A veces ella me recuerda un poema. "Isabelle, Isabelle, no se preocupaba. Isabelle no gritaba o se quejaba..."

-¿Tú si te quejas? -le preguntó Clary

-A veces

Jace exprimió su abrigo mojado y lo colgó junto al de Isabelle.

-Creo que tenía razón acerca de la ducha caliente. Evidentemente también necesito una

-No tengo nada que ponerme -dijo Clary, de pronto deseando estar sola. Sus dedos marcaron el número de teléfono de Simon- Te espero aquí

-No seas tonta. Te prestaré una camisa

Sus jeans estaban empapados y pesados y le colgaban de las caderas, dejando asomar una línea de piel pálida llena de marcas, entre la mezclilla y el borde de la camiseta. Clary miró a otro lado.

-No creo que...

-Vamos -dijo firmemente- De todos modos, hay algo que quiero enseñarte

Clary revisó la pantalla de su teléfono mientras seguía a Jace hasta su habitación. Simon no había intentado llamar. Sintió hielo cristalizado en el pecho. Hasta hace dos semanas, hacía años que ella y Simon no habían tenido una pelea. Ahora parecía como si todo este tiempo hubiera estado enojado con ella.

La habitación de Jace era igual a como la recordaba: limpia como un cuarto de hospital y casi vacía como la celda de un preso. No había

nada en la habitación que te dijera algo sobre Jace: no había pósters en las paredes, ni libros sobre la mesita de noche. Incluso el cubrecama era simplemente blanco.

Él caminó hasta el ropero y sacó una camisa doblada de color azul. Se la lanzó a Clary.

-Ésa se encogió -dijo- Probablemente sigue siendo grande, pero... -se encogió de hombros- Voy a bañarme. Grita si necesitas algo

Ella asintió, oprimiendo la camisa sobre su pecho como si fuera un escudo. Él la miró como queriendo decir algo, pero aparentemente pensó que sería mejor no decirle; volviéndose a encoger de hombros, desapareció en el baño, cerrando la puerta firmemente tras él. Clary se dejó caer en la cama, con la camiseta sobre el regazo, y sacó el teléfono de su bolsillo. Marcó el número de Simon. Después de cuatro timbrazos, la mandó al buzón.

-Hola, hablas al número de Simon. O no tengo el teléfono a la mano o te estoy evitando. Así que deja tu mensaje y...

-¿Qué estás haciendo?

Jace estaba parado en el marco de la puerta del baño. El agua hacía un ruido de caída detrás de él, el vapor medio llenaba el cuarto. Jace no llevaba camisa e iba descalzo, los jeans mojados colgaban un poco debajo de las caderas, mostrando los profundos canales que formaban los huesos de la cadera, como si alguien hubiera encajado sus dedos sobre esa parte de la piel. Clary colgó el teléfono y lo tiró sobre la cama.

-Nada. Revisando la hora

-Hay un reloj junto a la cama -apuntó Jace- Estabas llamando al mundano ¿cierto?

-Es Simon -Clary hizo un ovillo la camisa de Jace- Y no tienes que ser tan idiota con él todo el tiempo. Te ha ayudado más de una vez

Los ojos de Jace se quedaron quietos, pensativos. El baño se estaba llenando de vapor, haciendo que su cabello se rizara más. Dijo:

-Y ahora te sientes culpable porque huyó. Yo no me molestaría en llamarlo. Estoy seguro de que te está evitando

Clary trató de no sonar molesta.

-¿Y entiendes que es porque tú y yo somos muy unidos?

-Lo sé por cómo me miró antes de irse -dijo Jace

-No es cierto. No lo estabas viendo. Pero yo sí

Clary hizo a un lado el cabello mojado que le estorbaba en los ojos. La ropa se le pegaba a la piel, y Clary sospechaba que olían como el fondo de una ciénega; no podía dejar de pensar en la cara de Simon cuando la miró en la Corte de los Milagros... como si la odiara.

-Es tu culpa -dijo, de pronto iracunda- No debiste besarme así

Él había estado recargado en la puerta, ahora se había parado derecho.

-¿Cómo debí besarte? ¿Hay algún modo que prefieras?

-No -las manos le temblaron en el regazo. Estaban frías, blancas y

moteadas de agua. Entrelazó los dedos para que dejaran de temblar- No quería que tú me besaras

-No me parece que hubiera otra opción

-¡Es que no lo entiendes! -explotó Clary- ¿Por qué te hizo besarme? La Reina. ¿Por qué nos obligó a... eso? ¿Qué beneficio hubiera sacado ella de eso?

-Oíste lo que dijo la Reina. Creyó que me hacía un favor

-No es cierto

-Es cierto. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Las Hadas no mienten

Clary pensó en lo que había dicho Jace en casa de Magnus. Descubrirán qué es lo que más quieres en el mundo y te lo darán... con un agujón en el listón del regalo, para hacerte arrepentirte de siquiera haberlo deseado.

-Entonces se equivocó

-No se equivocó -el tono de Jace era amargo- Vio la manera en que te veía, y tú a mí, y Simon a ti, y nos usó como los juguetes que somos para ella

-Yo no te miraba -musitó Clary

-¿Qué?

-Dije que yo no te estaba mirando -ella deshizo el nudo que habían hecho sus dedos. Tenía marcas rojas en donde había apretado con demasiada fuerza- O al menos intentaba no hacerlo

Él tenía los ojos entrecerrados, y sólo se asomaba un poco de dorado entre sus pestañas, y recordó la primera vez que lo vio, el modo en que le recordó a un león, hermoso y letal.

-¿Por qué no?

-¿Tú qué crees? -sus palabras eran casi silenciosas, a penas un murmullo

-¿Por? -saltó- ¿Por qué te enredaste con Simon, por qué me alejabas de ti, por qué no me dejabas acercarme...?

-Porque es imposible -dijo, y la última palabra salió como un sollozo, casi obligado- ¡Lo sabes tan bien como yo!

-Porque eres mi hermana -dijo Jace

Ella asintió sin decir palabra.

-Probablemente -dijo Jace- ¿Y por eso usaste a tu viejo amigo Simon como una distracción?

-No es así -dijo ella- Quiero a Simon

-Como quieres a Luke -dijo Jace- Como quieres a tu madre

-No -su voz tenía un cierto punto frío- No me digas lo que siento - un pequeño músculo tembló en su boca- No te creo

Clary se levantó. No podía ver sus ojos, así que fijó la mirada en la pequeña cicatriz con forma de estrella en su hombro derecho, recuerdo de alguna herida. La vida de cicatrices y muerte, la que mencionó Hodge una vez. No puedes renunciar a ella

-Jace -dijo- ¿Por qué me haces esto?

-Porque me estás mintiendo. Y te estás mintiendo a ti

Los ojos de Jace llameaban, e incluso cuando sus manos estaban en sus bolsas, ella podía ver que las tenía cerrados en puños. Algo dentro de Clary tronó y se rompió, las palabras comenzaron a salir como gotas de lluvia.

-¿Qué quieres que te diga? ¿La verdad? La verdad es que quiero a Simon como debería quererte, y desearía que él fuera mi hermano y no tú ipero no puedo hacer nada y tampoco tú! ¿O tienes alguna idea, dado que eres tan jodidamente listo?

Jace respiró hondo, y ella se dio cuenta de que él no esperaba que dijera eso, ni en un millón de años. La mirada en su cara decía mucho. Ella hizo una mueca para recuperar el aliento.

-Jace, lo siento, no quise...

-No. No lo sientes. No tienes por qué

Él caminó hacia ella, casi arrastrando los pies... Jace, que nunca había tropezado o arrastrado los pies, o hecho algún movimiento poco grácil. Sus manos se elevaron a la cara de Clary; ella sintió el calor de las yemas de sus dedos, a milímetros de su piel; sabiendo que tenía que hacerse a un lado, pero no se movió, sólo se quedó ahí mirándolo.

-No entiendes -dijo él. La voz le tembló- Nunca me había sentido así. Ni siquiera sabía que podía. Pensé... por como me crió mi padre...

-Amar es destruir -dijo ella- Lo recuerdo

-Pensé que ésa parte de mi corazón se había roto -dijo, y su rostro hizo una mueca como si él mismo se sorprendiera de decir ésas palabras, de decir "mi corazón"- Para siempre. Pero tú...

-Jace. No -ella recogió la mano de él con las de ella- No tiene sentido

-No es cierto -había cierta desesperación en su voz- Si los dos nos sentimos igual...

-No importa cómo nos sintamos. No hay nada que podamos hacer - ella oyó su voz como si alguien más lo estuviera diciendo: remota, miserable- ¿A dónde iríamos juntos? ¿Cómo viviríamos?

-Puede ser un secreto

-Lo averiguarán. Y yo no quiero mentirle a mi familia ¿tú sí?

Su voz era amarga.

-¿Qué familia? Los Lightwood me odian de todos modos

-No es cierto. Y nunca le podría decir a Luke. O a mi madre, si despertara ¿qué le diría? Esto, lo que queremos, enfermaría a todos los que queremos...

-¿Enfermaría?

Él quitó las manos, como si ella lo hubiera empujado. Sonaba sorprendido.

-¿Lo que sentimos (lo que siento) te enferma?

Ella contuvo el aliento y lo miró a la cara.

-Quizá -dijo, en un murmullo- No lo sé

-Entonces debiste empezar por eso

-Jace...

Pero ya se había ido todo sentimiento de su cara, ahora la miraba como... era difícil creer que alguna vez la hubiera mirado de otra forma.

-Siento haber dicho eso, entonces -dijo ella, su voz sonaba muy formal

-No te besaré de nuevo. Puedes contar con eso

El corazón de Clary batió más despacio, sin propósito, mientras él se movía lejos de ella, jalaba una toalla de la parte superior del ropero y se encaminaba al baño.

-Pero Jace... ¿Qué haces?

-Termino mi ducha. Y si se acabó el agua caliente por tu culpa, estaré muy molesto

Caminó al baño, azotando la puerta tras él.

Clary se tiró en la cama y miró al techo. Estaba tan blanco como la cara de Jace antes de darle la espalda. Rodó hacia un lado, y se dio cuenta de que estaba recostada en la camisa azul: incluso olía a él, a jabón y humo y sangre cobriza. La enrolló alrededor de ella, como si fuera una niña pequeña que se envolviera en su sábana favorita, cerró los ojos.

En el sueño, miraba hacia abajo al agua brillante, esparciéndose como un espejo sin fin que reflejaba el cielo nocturno. Y como un espejo, era duro y sólido, y podía caminar sobre él. Caminó, oliendo el aire nocturno y a tierra húmeda, también el olor lluvioso de la ciudad, que brillaba lejos como un castillo de hada bañado en luces... y mientras caminaba, sus pies dejaban roturas que formaban patrones como de telaraña, que brillaban plateadas como el vidrio. El cielo empezó a brillar. Había puntos de fuego, como antorchas encendidas. Caían, en una lluvia de bolas calientes del cielo, y ella se hizo un ovillo, cubriéndose la cara con los brazos. Una tras otra caían frente a ella, una cascada de bolas de fuego rojas, pero cuando caían al suelo se convertían en un chico. Era Jace, envuelto en una ola de color oro, con ojos dorados y cabello dorado, y alas blancas con dorado salían de su espalda, más altas, grandes y hermosas que las de las aves. Sonrió como un gato y señaló tras ella, y Clary se giró para ver un chico de cabellos oscuros (¿era Simon?) que estaba parado, con alas extendiéndose de su espalda también, con plumas negras como la medianoche, y cada pluma estaba moteada con sangre.

Clary despertó, sobresaltada, con las manos apretadas alrededor de la camisa de Jace. Estaba oscuro en la habitación, la única luz venía de la luna que se colaba por una ventana entornada junto a la cama. Se sentó. Sentía la cabeza pesada y la parte de atrás del cuello le dolía. Miró a su alrededor lentamente y saltó cuando vió un punto brillante, como los ojos de un gato en la oscuridad, la miraban a ella. Era Jace, sentado en un sofá junto a la cama. Usaba jeans y un suéter gris y su cabello se veía arreglado y seco. Sostenía algo en la mano que brillaba como metal. ¿Un arma? El por qué tendría un arma dentro del Instituto era algo que

Clary no adivinaba.

-¿Dormiste bien?

Ella negó con la cabeza. Sentía la boca seca.

-¿Por qué no me despertaste?

-Pensé que te sentirías mejor si dormías un poco. Además, dormías como si estuvieras muerta. Hasta estabas babeando -añadió- En mi camisa

Clary se pasó la mano por la boca.

-Lo siento

-No muy seguido ves a alguien babear -observó Jace- No de esa forma. Con la boca bien abierta y todo

-Oh, cállate -tanteó por encima de las sábanas de la cama hasta que encontró el teléfono y lo revisó, aún cuando sabía lo que diría: *O llamadas perdidas*- Son las tres de la madrugada -notó un poco apabullada- ¿Crees que Simon está bien?

-Creo que es un poco raro, de hecho -dijo Jace- Y que no hace muchas cosas interesantes

Clary metió el teléfono en el bolsillo de sus jeans.

-Voy a cambiarme

El baño pintado de blanco de Jace no era más grande que el de Isabelle, pero sí estaba considerablemente más limpio. Las habitaciones del Instituto no cambian mucho, pensó Clary, mientras cerraba la puerta detrás de ella, pero al menos ahí dentro tenía privacidad. Se quitó la camisa mojada y la colgó en el toallero, salpicándose agua en toda la cara y se pasó un cepillo por el cabello enredado. La camisa de Jace era demasiado grande para ella, pero el material se sentía suave. Dobló las mangas para poder sacar las manos y regresó al dormitorio, donde encontró a Jace sentado en el mismo lugar donde se había quedado, mirando fijamente al objeto que tenía entre sus manos. Ella se inclinó por encima del respaldo del sofá.

-¿Qué es eso?

En vez de una respuesta, él le dio la vuelta para que ella lo pudiera ver. Era un pedazo rajado de vidrio roto, pero en vez de reflejar la cara de Clary, mantenía una imagen de vidrio verde y cielo azul y unas ramas oscuras de árboles.

-No sabía que habías guardado eso -dijo- El pedazo del Portal

-Por eso quería venir aquí -dijo- Para sacar esto -su voz subía y bajaba de intensidad rápidamente- Sigo pensando que tal vez vea a mi padre en el reflejo. Podría saber lo que hace.

-Pero no está ahí ¿verdad? Pensé que estaba acá. En la ciudad.

Jace negó con la cabeza.

-Magnus lo ha estado buscando y no lo cree así

-¿Magnus lo ha estado buscando? No lo sabía ¿Y cómo...?

-Magnus no es el Hechicero Jefe por no hacer nada. Su poder se extiende a través de la ciudad y mucho más lejos. Puede sentir lo que hay afuera

Clary ahogó una risita.

-¿Puede sentir los cambios en el Chi?

Jace se giró en la silla y la miró con el ceño fruncido.

-No estoy bromeando. Después de que aquel hechicero fuera asesinado en TriBeCa, comenzó a buscarlo. Cuando me fui a quedar con él, me pidió algo de mi padre, para hacerlo más fácil. Le di el anillo de los Morgenstern. Me dijo que me diría si sentía a Valentine en la ciudad, pero hasta ahora no ha dicho nada.

-Quizá sólo quería el anillo -dijo Clary- Usa un montón de joyas

-Puede quedárselo

La mano de Jace se cerró con fuerza alrededor del pedazo de espejo accidentalmente y soltó un gruñido; Clary notó alarmada que la sangre corría, sobre los bordes dispares desde la piel que se había cortado.

-No vale nada para mí

-Hey -dijo ella, y se inclinó al frente para quitarle el vidrio de la mano- Tranquilo

Guardó el pedazo del Portal en el bolsillo de su chamarra que colgaba de la pared. Los bordes del vidrio estaban cubiertos de sangre oscura, las palmas de Jace estaban marcadas por líneas rojas.

-Quizá debemos regresar con Magnus -dijo lo más tranquilamente que pudo- Alec ha estado demasiado tiempo ahí, y...

-Dudo que le importe, la verdad -dijo Jace, pero se levantó obedientemente y alcanzó su estela. Mientras dibujaba una runa sanadora en el dorso de su mano derecha dijo:

-Hay algo que quiero preguntarte

-¿Qué cosa?

-Cuando me sacaron de la celda en Ciudad Silenciosa ¿cómo lo hicieron? ¿Cómo abriste la puerta?

-Oh. Usé una Runa de Abierto, y...

Fue interrumpida por un molesto ruidito y se llevó la mano al bolsillo antes de darse cuenta de que ése ruido era mucho más fuerte y agudo de lo que el timbre de su teléfono podría ser. Miró alrededor, confusa.

-Es el timbre del Instituto -dijo Jace, tomando su chamarra- Vamos

Iban a mitad del camino cuando Isabelle salió corriendo de su propia habitación, usando una bata de algodón, y una máscara de dormir de seda rosa en la mano, y una expresión medio aturdida.

-¡Son las tres de la mañana! -les dijo, en un tono que indicaba que creía que había sido culpa de Jace o de Clary- ¿Quién toca el timbre a las tres de la madrugada?

-Quizá la Inquisidora -dijo Clary, sintiendo frío

-Puede entrar sólo -dijo Jace- Cualquier Cazador de Sombras puede. El Instituto sólo se cierra a mundanos y Subterráneos

Clary sintió el corazón darle un vuelco.

-¡Simon! -dijo- ¡Debe de ser él!

-Oh, por Dios -bostezó Isabelle- ¿Acaso no puede pensar en una mejor manera de probarte su amor que despertarnos a mitad de la noche? ¿No podría haber llamado? Los hombres mundanos se comportan de forma extraña

Llegaron al recibidor, que estaba vacío; Max debió haberse ido a la cama. Isabelle caminó tanteando la pared hasta dar con el apagador y accionarlo. Había un ruido en medio de la catedral, como un temblor distante pero audible.

-Ahí -dijo Isabelle- El elevador se mueve

-No puedo creer que no tenga la suficiente dignidad para simplemente haberse emborrachado, desaparecido por ahí y hacerte pasar un mal rato -dijo Jace- Debo decirlo, me decepciona

Clary casi no lo escuchó. Un sentimiento de miedo la hizo sentir la sangre pesada y lenta. Recordó el sueño: los ángeles, el hielo, Simon con alas sangrantes. Tembló. Isabelle la miró.

-Está frío aquí -observó.

Estiró la mano y tomó algo que parecía un abrigo de terciopelo azul de uno de los ganchos

-Toma -le dijo- Póntelo

Clary se deslizó el abrigo. Era muy largo, pero calientito. Tenía una capucha también, forrada de satén. Clary la hizo hacia atrás, para poder ver cuando las puertas del elevador se abrieran. Éstas se abrieron, dando paso a una caja vacía, que reflejó su propia cara pálida en el espejo. Sin detenerse a pensar, entró. Isabelle la miró, confusa.

-¿Qué haces?

-Simon está ahí abajo -dijo- Lo sé

-Pero...

De pronto, Jace estaba junto a Clary, sosteniendo la puerta para que Isabelle pasara.

-Vamos Izzy -dijo.

Ella entró, con un suspiro teatral. Clary trató de quedarse quieta mientras los tres bajaban (Isabelle estaba peinándose) pero Jace no la miraba. Se miraba a sí mismo en el espejo del elevador, silbando suavemente, como hacía siempre que estaba nervioso. Ella recordó el leve temblor cuando la detuvo en La Corte de los Milagros. Pensó en la mirada de Simon... y en cómo prácticamente había corrido lejos de ella, desapareciendo en las sombras del parque. Tenía un sentimiento de alarma en el pecho, pero no sabía por qué.

Las puertas del elevador se abrieron, abriendo paso a las luces casi vivas, danzarinas del pasillo. Ella empujó a Jace para salir del elevador y corrió por entre las llamas. Se tropezó con el borde del abrigo y lo alzó entre las manos impacientemente antes de seguir corriendo hacia las puertas dobles. Del lado interior, tenían asas de bronce del tamaño de los brazos de Clary. Cuando extendió la mano para abrirlas, la campana volvió a sonar. Oyó a Isabelle murmurarle algo a Jace, y entonces, Clary jaló con fuerza del asa hacia atrás, y sintió las manos de Jace junto a las

de ella, ayudándola a abrir las pesadas puertas.

El aire nocturno se coló dentro, haciendo temblar las llamas. El aire olía a ciudad: de sal y humo, concreto y basura, y detrás de aquellos olores familiares, el aroma de cobre, como un centavo nuevo. Al principio, Clary pensó que no había nadie tras la puerta. Entonces parpadeó y vio a Rafael, parado ahí, su cabeza de rizos oscuros bailoteando por la brisa nocturna, su camisa negra abierta del cuello para mostrar la cicatriz cerca de su garganta. En los brazos llevaba un cuerpo. Eso fue todo lo que Clary vio, un cuerpo. Alguien muerto, con los brazos y piernas balanceándose como cuerdas, la cabeza caía dejando a la vista la garganta. Sintió a Jace apretarle el brazo, como protegiéndola, y sólo entonces, mirando de cerca reconoció la chaqueta de pana, la camiseta azul debajo, llena de sangre, y abrió la boca para gritar. Pero sólo se quedó con la boca abierta.

Clary sintió las rodillas doblarse como si fueran de papel y a Jace abrazándola para evitar que cayera.

-No mires -le dijo al oído- Por amor de Dios, no mires

Pero no podía dejar de mirar el cabello castaño de Simon, ensangrentado, su garganta abierta, las ranuras a través de sus muñecas colgantes. Vio puntos negros y trató de respirar.

Fue Isabelle quien tomó una de las velas de los candelabros y lo apuntó hacia Rafael.

-¿Qué le has hecho a Simon? -por un momento, su voz sonó como una orden, exactamente como su madre

-El no defunto - dijo Rafael, con la voz en un hilo, y dejó a Simon en el piso, cerca de los pies de Clary con una asombrosa gentileza.

Había olvidado qué tan fuertes debía de ser, con toda la ligereza que les proporcionaba su estado vampiresco. A la luz de las antorchas, Clary pudo ver que la camisa de Simon tenía sangre por todo el frente de la camisa.

-¿Dijiste...? -comenzó

-No está muerto -dijo Jace, aferrándola con más fuerza- No está muerto

Ella se soltó de él con un fuerte empujón y se arrodilló en el concreto. No le daba asco tocar la piel ensangrentada de Simon, así que deslizó sus manos bajo su cabeza, apoyándola en su regazo. Se sintió aterrorizada, un miedo de niña, como cuando tenía cinco años y había roto la lámpara de la Libertad invaluable de su madre. Nada, dijo una voz detrás de su cabeza, podrá hacerlo levantarse.

-Simon -murmuró, tocando su cara. Ya no tenía lentes- Simon, soy yo

-No puede oírte -dijo Rafael- Está muriendo

Ella alzó la cabeza.

-Pero si dijiste...

-Dije que no estaba muerto aún -dijo Rafael- Pero en unos minutos (diez quizá) su corazón irá más lento y luego se detendrá. Ya está cerca

de no ver u oír nada.

Los brazos de ella se tensaron involuntariamente.

-Tenemos que llevarlo al hospital... o llamar a Magnus

-No podrán hacer nada para hacerlo mejorar -dijo Rafael- No lo entiendes

-No -dijo Jace, tenía la voz suave como la seda, pero algo desesperada- No lo hacemos. Y quizá podrías explicarte. Porque de otra manera asumiré que eres un chupa sangre rebelde y te sacaré el corazón. Como debía hacerlo la última vez que nos vimos

Rafael le sonrió, sin sorpresa.

-Juraste no dañarme, Cazador de Sombras. ¿Lo has olvidado?

-Pero yo no -dijo Isabelle, blandiendo el candelabro. Rafael la ignoró, seguía mirando a Jace.

-Recuerdo ésa noche que entraste en el Dumort, buscando a tu amigo. Es por eso que lo traje aquí... -y apuntó a Simon- Cuando lo encontré en el hotel, en vez de dejar que los otros se lo comieran hasta matarlo. Verás, entró sin nuestro permiso, así que no hicimos nada malo. Pero lo mantuve vivo, sabiendo que era suyo. No deseo pelear con los Nephilim

-¿Él entró? -dijo Clary, sin creerlo- Simon nunca haría algo tan estúpido y desquiciado

-Pero lo hizo -dijo Rafael, con un leve trazo de una sonrisa- porque temía convertirse uno de nosotros, quería saber si había manera de revertir el proceso. Recordarás que cuando se convirtió en rata, y vinieron por él, me mordió

-Fue algo muy valiente -dijo Jace- Lo admito

-Quizá -dijo Rafael- En cualquier caso, ingirió algo de mi sangre. Sabes que es así como transferimos nuestro estado a otros. A través de la sangre

A través de la sangre. Clary recordó a Simon saliendo del cuarto cuando vio la película de vampiros en la televisión, y parpadeando ante la luz del sol en el Parque McCarren.

-Pensó que estaba convirtiéndose en uno de ustedes -dijo ella- Y fue al hotel para ver si era verdad

-Sí -dijo Rafael- La cosa es que el efecto de mi sangre debió haberse desvanecido con el tiempo sin hacerle nada. Pero ahora... -señaló al cuerpo inexpresivo de Simon

-¿Ahora qué? -dijo Isabelle, con la voz aguda- ¿Ahora morirá?

-Se levantará. Siendo un vampiro

El candelabro rodó lejos de las manos de Isabelle y sus ojos se abrieron sorprendidos.

-¿Qué?

Jace atrapó la vela antes de que tocara el piso. Cuando miró a Rafael, tenía las pupilas dilatadas.

-Estás mintiendo

-Espera y verás -dijo Rafael- Morirá y se alzaré como uno de los

Hijos de la Noche. Es por eso que vine. Simon es mío ahora

No había nada en su voz, no pena ni agrado, pero Clary no podía hacer otra cosa que preguntarse cómo debía sentirse Rafael con aquella pequeña venganza.

-¿No hay nada que podamos hacer? ¿Algún modo de revertirlo? - demandó Isabelle, con el pánico brillando en su voz

Clary pensó que era extraño que esos dos, Jace e Isabelle, que no querían a Simon como ella, fueran los únicos que hablaran. Pero quizá hablaban precisamente porque ella no podía articular una palabra.

-Podrías cortar su cabeza y quemar su corazón en una pila de fuego, pero dudo que lo hagan

-¡No! -los brazos de Clary se cerraron alrededor de Simon- No se atrevan a lastimarlo

-No tengo necesidad de hacerlo -dijo Rafael

-No te hablaba a ti -Clary no miró hacia arriba- Ni siquiera lo pienses Jace. Ni siquiera lo pienses

Hubo silencio. Podía la respiración entrecortada de Isabelle y Rafael, por supuesto, no respiraba para nada. Jace dudó un momento antes de decir:

-Clary, ¿qué hubiera querido Simon? ¿Era esto lo que quería para sí mismo?

Ella alzó la cabeza. Jace la estaba mirando, el candelabro de tres asas seguía en su mano, y le llegó una imagen mental de Jace sosteniendo a Simon y sacando el corazón desde el fondo de su pecho, haciendo que la sangre saltara lejos como una fuente.

-¡Aléjense de nosotros! -gritó ella de pronto, que todo el ruido de afuera quedó opacado por su voz

Jace se puso blanco hasta la frente, tan blanco que sus ojos parecieron discos dorados, inhumanos y en un lugar extraño. Dijo:

-Clary, no pensarás...

Simon jadeo de pronto, haciendo que Clary sollozara. Ella gritó de nuevo y lo abrazó con más fuerza. Tenía los ojos en blanco y aterrorizados. La miró y estiró la mano. Ella no estuvo segura de si estaba tratando de tocar su cara o si más bien no la reconocía y quería golpearla.

-Soy yo -dijo ella, devolviendo su mano a su pecho y entrelazando la suya entre la de él- Simon soy yo. Soy Clary

Sus manos se cerraron en las de ella, cuando miró hacia abajo, vio que estaban llenas de sangre de su camisa y de las lágrimas que había estado derramando sin darse cuenta.

-Simon, te quiero -dijo.

Él aferro sus manos. Respiró hondo, haciendo un ruido como de auto descompuesto y entonces, no volvió a respirar.

Te quiero. Te quiero. Te quiero Las últimas palabras que le había dicho a Simon hicieron eco en los oídos de Clary mientras sollozaba con fuerza. Isabelle estaba de pronto junto a ella, diciéndole algo al oído,

pero Clary no lo escuchó. El sonido de agua corriendo, como de una ola grande, llenó sus oídos. Miró a Isabelle, que gentilmente trataba de quitarle las manos del cuerpo de Simon, sin muchos resultados. Clary estaba sorprendida. No sentía estar aferrándolo con tanta fuerza. Dándose por vencida, Isabelle se levantó y miró enojada a Rafael. Estaba gritando. A mitad de lo que Isabelle decía, la audición de Clary volvió, como una radio que alguien había encendido.

-¿...Y QUÉ SE SUPONE QUE HAREMOS AHORA?

-Enterrarlo -dijo Rafael

El candelabro tembló en la mano de Jace.

-No es divertido

-No se suponía que lo fuera -dijo el vampiro- Así es como nosotros nacemos. Nos muerden, nos desangramos y nos entierran. Cuando salga de su propia tumba, entonces habrá renacido como vampiro

Isabelle hizo un ruido de disgusto.

-Yo nunca haría eso

-Algunos no pueden -dijo Rafael- Si no hay nadie cerca para desenterrarlo, se quedan ahí, como ratas bajo la tierra

Un sonido gutural salió de la garganta de Clary. Un gemido, que sonó como grito. Dijo:

-No lo pondré bajo tierra

-Entonces se quedará así -dijo Rafael, sin piedad- Muerto pero no lo suficiente. Sin despertar

Todos la miraban. Isabelle y Jace mientras contenían el aliento, esperando a su respuesta. Rafael parecía desinteresado, casi aburrido.

-No entraste al Instituto porque no puedes ¿o me equivoco? -dijo Clary- Porque es suelo sagrado y tú estás maldito

-Eso no es exactamente... -comenzó Jace, pero Rafael lo detuvo con un gesto

-Debería decirte -dijo el chico vampiro- que no les queda mucho tiempo. Mientras más esperemos antes de enterrarlo, menos capaz será de salir por su cuenta

Clary miró a Simon. Parecería como si estuviera dormido, si no fuera por las largas marcas sobre su piel desnuda.

-Podemos enterrarlo -dijo- Pero quiero que sea en un cementerio Judío. Y quiero estar ahí cuando despierte

Los ojos de Rafael se entrecerraron.

-No será agradable

-Esto tampoco -apretó la mandíbula- Vamos. Sólo tenemos unas horas hasta el amanecer

X. Un lugar bonito y privado

El cementerio estaba en las faldas de Queens, donde había hileras de casas Victorianas convertidas en apartamentos, pintados de colores pastel: rosa, verde y azul. Las calles estaban desiertas y vacías, la avenida llevaba al cementerio sin luz, excepto por una farola. Les tomó muy poco con las estelas, atravesar las puertas cerradas, y otro poco encontrar un lugar bueno para que Rafael comenzara a cavar. Estaba hasta la cima de una colina baja, cercado por una apretada línea de árboles. Clary, Jace e Isabelle estaban protegidos por un glamour, pero no había manera de esconder a Rafael o el cuerpo de Simon, así que los árboles eran un ocultamiento genial. Los lados de la colina no se veían desde el camino y estaba moteada con lápidas, muchas de ellas con una puntiaguda Estrella de David hasta arriba. Brillaban a la luz de la luna, blancas y cremosas como la leche. A la distancia había un lago, con su superficie plateada y brillando. Un lugar bonito, pensó Clary.

Un buen lugar para venir y dejar flores en la tumba de alguien, para sentarse un rato y pensar acerca de la vida de ése alguien, de lo que significaba para ti. No un buen lugar para venir en la noche, escondidos en la penumbra, para enterrar a un amigo en una fosa de tierra sin ataúd y sin decir unas palabras antes.

-¿Sufrió? -le preguntó a Rafael

Él la miró desde el pequeño agujero que había cavado, apoyado en la pala como el sepulturero de Hamlet.

-¿Qué?

-Simon ¿Sufrió? ¿Los vampiros lo lastimaron?

-No. La muerte por desangramiento no es un modo tan difícil de morir -dijo Rafael, con su voz musical- La mordida te adormece. Es agradable, como irte a dormir

Una ola de mareo la recorrió, y por un momento, pensó que se desmayaría.

-Clary

La voz de Jace salió de en medio de las sombras.

-Vamos. No tienes que ver esto

Él la tomó de las manos. Detrás de él estaba Isabelle, con el látigo en la mano. Habían envuelto el cuerpo de Simon en una manta y estaba sobre el piso a sus pies, como si ella cuidara de eso. No eso, se recordó con fiereza. Él. Simon.

-Quiero estar aquí cuando despierte

-Lo sé. Volveremos en unos minutos

Como ella no se movía, Jace la tomó del brazo y ella no opuso resistencia mientras la jalaba lejos hasta el otro lado de la colina. Había unas cepas ahí, junto a unas tumbas; él se sentó en una, subiéndose la chamarra. Estaba muy tranquilo. Clary vio su aliento frío cuando exhaló.

Se sentó junto a Jace y miró hacia el lago. Podía oír el rítmico tump-

tump de Rafael al golpear con la pala la tierra del suelo. Rafael no era humano; trabajaba rápido. No le tomó mucho cavar una tumba. Y Simon no era una persona alta, la tumba no sería tan profunda. Sintió el estómago pesado, darle un tirón. Se retorció al frente, con las manos sobre su vientre.

-Me siento mal

-Ya lo sé. Es por eso que te traje aquí. Te veías como si fueras a lanzarte a los pies de Rafael

Ella hizo un sonido leve, como el croar de una rana.

-Quizá le hubiera quitado la sonrisa de la cara -observó Jace- Habría que considerar eso

-Basta -el dolor menguó.

Ella alzó la cabeza, mirando a la luna, un círculo de polvo de plata brillando en un mar de estrellas.

-Es mi culpa -dijo ella

-No es tu culpa -la contradijo Jace

-Tienes razón, es nuestra culpa

Jace la miró, por las líneas de sus hombros podía adivinarse que estaba exasperado.

-¿Por qué lo dices?

Ella lo miró por un momento en silencio. Necesitaba un corte de pelo. Su cabello se enroscaba como hacían las enredaderas cuando estaban muy largas, en tentáculos tambaleantes, de color blanco oro bajo la luz de la luna. Las cicatrices en su cara y garganta chispeaban como si hubieran sido trazadas con tinta metálica y negra. Era perfecto, pensó ella miserablemente, hermoso y no había nada en él, no una expresión, ni un hueso, ni un hoyuelo en la barbilla ni la curva de la mandíbula o de sus labios que denotara que estaba emparentado con ella y con su madre. Ni siquiera se parecía a Valentine.

-¿Qué? -dijo él- ¿Por qué me miras así?

Ella quiso echarle los brazos al cuello y llorar en su hombro al mismo tiempo que quería golpearlo en el pecho con los puños cerrados. En vez de eso, dijo:

-Si no fuera por lo que pasó en la corte de las hadas, Simon seguiría vivo

Él se dejó resbalar al suelo y arrancó violentamente un montón de pasto. Colgaba tierra de las raíces. Lo tiró a un lado.

-Estuvimos forzados a hacer lo que hicimos. No fue como si lo hubiéramos hecho por diversión o para herirlo. Además -dijo, con la sombra de una sonrisa- eres mi hermana

-No digas eso...

-¿Qué "hermana"? -sacudió la cabeza- Cuando era un niño, me di cuenta de que si decías la misma palabra una y otra vez lo más rápido que podías, perdía todo el significado. Me quedaba despierto diciéndome las mismas palabras... "azúcar" "espejo" "murmullo" "oscuro" "hermana" -dijo, suavemente- Eres mi hermana

-No importa cuantas veces lo digas. Sigue siendo verdad
-Y no importa que trates de impedir que lo diga, seguirá siendo verdad

-¡Jace! -alguien más lo llamaba.

Era Alec, con la respiración entrecortada por ir corriendo. Sostenía una bolsa de plástico en la mano. Detrás de él iba Magnus, alto y delgado y envuelto en una larga chaqueta de cuero que se abría cuando el viento la golpeaba, como las alas de un vampiro. Alec vino a detenerse enfrente de Jace y mostró la bolsa.

-Traje sangre -dijo- Como me pediste

Jace abrió la bolsa y se asomó en ella, y luego arrugó la nariz.

-¿Quiero preguntarte de dónde sacaron esto?

-De una carnicería en Greenpoint -dijo Magnus, uniéndoseles-
Hacen sangrar la carne para hacerla durar más. Es sangre de animal

-Sangre es sangre -dijo Jace, y se levantó

Miró hacia abajo a Clary y dudó.

-Cuando Rafael dijo que no sería agradable, no estaba mintiendo.
Puedes quedarte aquí. Enviaré a Isabelle a hacerte compañía.

Ella alzó la cabeza y lo miró. La luz de la luna hacía que las Marcas resaltaran más en su cara.

-¿Has visto cómo “nace” un vampiro?

-No, pero yo...

-Entonces no sabes si mentía o no ¿cierto?

Ella se levantó, y el abrigo azul de Isabelle se deslizó hacia abajo, levantando tierra del suelo.

-Quiero estar ahí. Tengo que estar ahí

Ella sólo podía ver una parte de su cara, sumida en las sombras, pero pensó que casi se veía impresionado.

-Bien, creo que entonces no hay nada que pueda hacer -dijo-
Vámonos

Rafael estaba aplastando un rectángulo de tierra cuando regresaron al claro. Jace y Clary un poco más adelante que Magnus y Alec, que parecían ir discutiendo algo. El cuerpo de Simon ya no estaba. Isabelle estaba sentada en el suelo, con el látigo enrollado en los tobillos como un círculo dorado. Temblaba.

-Dios, hace frío -dijo Clary, cerrando más el pesado abrigo de Isabelle

Al menos el terciopelo estaba tibio. Ella trató de ignorar el hecho de que estaba manchado de la sangre de Simon.

-Pareciera que estamos en pleno invierno

-Agradece que no es invierno -dijo Rafael, apoyando la pala en un árbol cercano- El piso se congela como hierro en invierno. A veces es imposible excavar y los Novatos han de esperar meses, hambrientos bajo el suelo, antes de poder nacer

-¿Así los llaman? ¿Novatos? -dijo Clary

La palabra parecía estar mal de alguna manera, demasiado

amistosa. Le recordó por alguna razón a los patitos bebés.

-Sí -dijo Rafael- significa aún-no o recién nacidos -fue entonces cuando vio a Magnus, y por un segundo pareció sorprendido antes de cambiar cuidadosamente su expresión- Jefe Hechicero -dijo- No esperaba verlo aquí

-Tenía curiosidad -dijo Magnus, con sus ojos de gato brillando- Nunca he visto el nacimiento de uno de los Hijos de la Noche

Rafael miró a Jace, que estaba recargado contra un tronco.

-Mantiene una sorprendentemente ilustre compañía, Cazador de Sombras -le dijo

-¿Hablas de ti otra vez? -preguntó Jace, sacudiéndose la tierra de las botas- Eso suena jactancioso

-Hablabas de mí -dijo Alec

Todos los miraron sorprendidos. Alec nunca hacía bromas. Él sonrió nervioso.

-Lo siento -dijo- Nervios

-No hay necesidad de disculparse -dijo Magnus, estirando la mano para ponerla en el hombro de Alec.

Alec se hizo a un lado con rapidez y la mano extendida de Magnus cayó en el aire.

-¿Así que... qué hacemos ahora? -preguntó Clary, abrazándose a si misma para mantenerse caliente.

El frío parecía haber invadido cada partícula de su cuerpo. Era demasiado frío siendo que todavía estaban en verano. Rafael, notando su gesto, sonrió.

-Siempre hace frío en un nacimiento -dijo- El novato jala fuerzas de las cosas vivas alrededor de él, toma la energía que necesita para el levantamiento

Clary lo miró resentida.

-No parece que tú tengas frío

-Yo no estoy vivo

Caminó un poco lejos del borde de la tumba (Clary se forzó a pensar que era una tumba, dado que eso era exactamente lo que era) e instó a los otros a hacer lo mismo.

-Hagan espacio -dijo- Será más difícil para Simon levantarse si están parados encima de él

Ellos caminaron lentamente hacia atrás. Clary sintió que Isabelle apretaba su codo y volteó para descubrir que tenía los labios blancos.

-¿Qué pasa?

-Todo -dijo Isabelle- Clary, quizá deberíamos dejarlo ir y ya...

-Quieres decir, dejarlo morir -Clary se separó de ella- Claro, eso es lo que piensas. Piensas que quienquiera que no sea como tú merece morir

La cara de Isabelle se contorsionó en una mueca de miseria.

-Eso no es lo que...

Un sonido se elevó sobre todos, un sonido que no se parecía a

nada que Clary hubiera oído antes... como un golpeteo rítmico desde dentro de la tierra, como si de pronto los latidos de la Tierra se hubieran vuelto audibles.

¿Qué pasa? pensó Clary, y entonces el suelo se comprimió y se abrió bajo sus pies. Cayó sobre sus rodillas. La tumba se bamboleaba como si estuviera sobre la superficie de un océano intranquilo. Grietas aparecieron en la superficie. De pronto salieron volando, montones de tierra volando. Una pequeña montaña de tierra, como si alguien la hubiera apilado, se levantó. En el centro de la montaña había una mano, con los dedos abiertos, quitando tierra.

-¡Simon!

Clary se lanzó al frente, pero Rafael la detuvo.

-¡Déjame ir!

Trató de zafarse, pero las manos de Rafael la aferraban como acero.

-¿No ves que necesita nuestra ayuda?

-Debe hacerlo sólo -dijo Rafael, sin soltarla- Es la mejor forma

-¡Será la tuya! ¡Pero no la mía!

Se jaló y se precipitó a la tumba, como si la hubieran alzado, movido un tapete bajo sus pies. Una forma trataba de salir de entre la tumba, los dedos como pequeñas garras sucias desaparecían una y otra vez bajo la tierra. Los brazos desnudos estaban cubiertos de mugre y sangre. Por fin logró liberarse, arrastrándose unos pasos y se colapsó en el suelo.

-Simon -murmuró ella

Porque claro que era Simon, Simon, no una cosa. Resbaló unos pasos antes de correr hacia él, los tenis se le hundían en la tierra recién removida.

-¡Clary! -le gritó Jace- ¿Qué estás haciendo?

Ella sacó el tobillo cuando su pierna se hundió en la tierra y se arrodilló junto a Simon, que estaba tirado como si de verdad estuviera muerto. Su cabello estaba sucio y lleno de bolitas de tierra, sin lentes, su camiseta estaba rota de un lado, llena de sangre.

-Simon -dijo ella, y se estiró para tocarle el hombro- Simon, ¿estás...?

El cuerpo de él se tensó, cada músculo tieso bajo la piel, como hierro.

-¿... bien? -terminó

Él giró la cabeza y ella vio sus ojos. Estaban en blanco, sin vida. Con una rápida vuelta la tiró al suelo y abrió la boca como una serpiente. Bajo su peso, ella se hundía poco a poco.

-¡Simon! -gritó, pero él no parecía escucharla

Tenía la cara diferente, irreconocible cuando se inclinó hacia ella, con los labios retraídos y ella vio sus largos caninos, colmillos, brillando a la luz de la luna como agujas de hueso. De pronto se sintió aterrorizada, lo pateó, pero él le agarraba de los hombros y la obligaba a quedarse

tirada en la tierra. Sus manos estaban llenas de sangre, las uñas rotas, pero era increíblemente fuerte, más fuerte que ella. Los huesos en sus hombros crujieron como si se hubieran encajado en ella misma... y entonces él salió volando como si no pesara más que unos gramos. Clary se levantó, jadeando y se encontró con la mirada ceñuda de Rafael.

-Te dije que te alejaras de él -le dijo, y se arrodilló junto a Simon, que había aterrizado a unos pasos y estaba hecho bola en el suelo.

Clary jaló aire. Sonó como un sollozo.

-No me reconoció

-Te reconoce. No le importa -Rafael miró por encima del hombro a Jace- Está hambriento. Necesita sangre

Jace, que había estado parado con la cara blanca cerca de la tumba, caminó al frente y sostuvo la bolsa de plástico frente a él, como un ofrecimiento. Rafael la alcanzó y la abrió. Un montón de bolsas de plástico con algo rojo cayeron al suelo. Él sopesó una, murmurando, y la abrió con las uñas afiladas, esparciendo sangre en el frente de su camisa blanca. Simon, como si sintiera la sangre, se desenroscó y alzó la cabeza. Estaba olfateando: sus uñas rotas se enterraron en la tierra y sus ojos volvieron a ser completamente blancos. Rafael inclinó la bolsa, haciendo que un poco de sangre cayera sobre la cara de Simon, contrastando su piel blanca con escarlata.

-Aquí tienes -dijo él, como en un arrullo- Bebe pequeño novato. Bebe

Y Simon, que había sido vegetariano desde que tenía diez años de edad, quien no bebía leche que no fuera orgánica, que se desmayaba ante las agujas... Simon le arrebató el paquete de sangre de entre las manos delgadas y morenas de Rafael y lo vació en su boca. Se bebió la sangre en un par de tragos y tiró el paquete lejos con un aullido: Rafael ya iba por la segunda bolsa, que presionaba contra su mano.

-No bebas tan rápido -le advirtió- Te enfermarás

Simon, por supuesto, lo ignoró; ya había abierto el segundo paquete sin ayuda y lo bebía con rapidez. La sangre escapaba por las comisuras de su boca, hacia su garganta y manchaba sus manos con gordas gotas rojas. Tenía los ojos cerrados. Rafael miró a Clary. Ella podía sentir a Jace mirándola, y a los otros, todos con una idéntica expresión de asco y terror.

-La próxima vez que coma -dijo Rafael con calma- no será tan desordenado

Desordenado. Clary se dio la vuelta y caminó colina abajo, oía la voz de Jace llamarla pero la ignoró, comenzando a correr cuando alcanzó los árboles. Estaba a mitad del camino cuando la golpeó el dolor. Cayó sobre sus rodillas, y sintió cómo todo el contenido de su estómago salía por su boca. Cuando terminó, se arrastró unos metros y se tiró en el piso. Sabía que probablemente estaba tirada sobre la tumba de alguien pero no le importó. Dejó que su cara roja y caliente descansara en el piso frío de tierra y pensó, contra su voluntad, que quizá los muertos no tenían

tan mala suerte después de todo.

XI. Humo y acero

La unidad de cuidados intensivos del hospital le recordaba a Clary las fotografías que había visto de la Antártica: Era ése sentimiento frío y remoto, y todo era gris o blanco o azul pálido. Las paredes de la habitación de su madre eran blancas, los tubos que se enrollaban alrededor de su cabeza hacia los interminables aparatos zumbantes junto a su cama eran grises, y la sábana sobre su pecho era azul pálido. La cara de ella era blanca. El único color en la habitación era su cabello rojo, extendido sobre la almohada como una bandera brillante, valiente y plantada en medio del polo norte. Clary se preguntó como Luke podía pagar por ésa habitación privada, de dónde sacaba el dinero. Supuso que podría preguntarle cuando regresara de comprar ése café insípido en la máquina del tercer piso. El café de la máquina se veía demasiado amargo y así sabía, pero Luke parecía haberse hecho adicto a él.

Las patas metálicas de la silla junto a la cama chirriaron cuando Clary se sentó lentamente, pegándose la falda a las piernas. Cada vez que venía a ver a su madre al hospital se sentía nerviosa y la boca se le secaba, como si estuviera a punto de recibir un castigo o algo así. Quizá porque las únicas veces que había visto a su madre así, pálida y sin expresar sentimientos, era cuando su madre estaba a punto de explotar de ira.

-Mamá -le dijo

Se estiró y tomó la mano izquierda de su madre; había una marca delgadita en su muñeca, donde Valentine la había atado. La piel de las manos de su madre siempre estaba seca, manchada de pintura y trementina, como la corteza seca de un árbol. Clary cerró la mano alrededor de la de Jocelyn, sintiendo un nudo en la garganta.

-Mamá, yo... -carraspeó- Luke dice que puedes oírme. No sé si sea verdad o no. Como sea, vine porque necesito hablar contigo. Está bien si no respondes. Mira, la cosa es que... es... -tragó de nuevo y miró a la ventana- Es Simon. Algo le ha pasado. Algo que fue mi culpa

Ahora que no miraba a su madre, la historia salió sólo, toda: cómo ella había conocido a Jace y los otros cazadores y cómo buscaron la Copa Mortal, la traición de Hodge y la batalla en el Renwick, cuando Valentine se dio cuenta de que era su padre y el de Jace. Y eventos más recientes: la visita a la Ciudad de Hueso, la Espada Etérea, el odio de la Inquisidora hacia Jace, la mujer del cabello plateado. Y entonces le contó a su madre lo de la Corte de los Milagros, acerca del precio que había pedido la Reina, y lo que le había pasado a Simon luego. Podía sentir las lágrimas quemarle en la garganta mientras hablaba, pero fue un alivio, decirle a alguien, no importando si ése alguien que (probablemente) no la oía.

-Así que, básicamente -dijo ella- Metí la pata hasta la rodilla. Recuerdo que me dijiste que maduras cuando miras hacia atrás y deseas poder cambiar las cosas. Supongo que eso significa que ya maduré. Es

sólo que... que yo...

Pensé que estarías aquí cuando lo hiciera. Rompió en lágrimas en el momento en el que alguien entró y carraspeó. Clary se volteó y vio a Luke parado en la entrada, con un vaso de unicel en la mano. Bajo las luces fluorescentes del hospital, pudo ver que se veía cansado. Había canas en su cabello y su camisa azul de franela estaba arrugada.

-¿Cuánto llevas parado ahí?

-No mucho -le dijo- Te traje café

Le estiró el vaso y ella lo rechazó.

-Odio ése café. Sabe a pies

Y él sonrió.

-¿Cómo sabes a qué saben los pies?

-Lo sé y ya

Ella se inclinó al frente y besó la fría mejilla de Jocelyn antes de levantarse.

-Adiós mamá

La camioneta azul de Luke estaba aparcada en el estacionamiento subterráneo del hospital. Llegaron hasta la carretera antes de que él hablara.

-Oí lo que dijiste hace rato en el hospital

-Supuse que estabas espiando -habló sin enojo. No dijo nada que Luke no pudiera saber

-Lo que le pasó a Simon no fue culpa tuya

Ella oyó las palabras, pero parecieron rebotarle como si tuviera un campo de fuerza rodeándola. Como la pared que Hodge había construido alrededor de ella cuando los traicionó con Valentine, pero esta vez no podía oír nada a través de ella, ni sentir nada. Estaba tan indiferente como si la hubieran encerrado en hielo.

-¿Me oíste Clary?

-Es algo lindo de tu parte, pero claro que fue mi culpa. Todo lo que le pasó a Simon fue culpa mía

-¿Porqué estaba enojado cuando regresó al hotel? No fue al hotel porque estuviera enojado contigo, Clary. He oído cosas así antes. Ellos llaman "primos" a aquellos medio convertidos. Regresó al hotel por algo que no podía controlar

-Porque tenía la sangre de Rafael en él. Pero eso no hubiera pasado si no fuera por mí. Si no lo hubiera llevado a ésa fiesta...

-Pensaste que estaría más seguro ahí. No lo pusiste en un peligro en el que él mismo no se hubiera metido. No te puedes torturar así -dijo Luke, dando vuelta en el Puente de Brooklyn.

El agua pasó por debajo de ellos de un color gris plata.

-No tiene caso

Ella se apretó contra el asiento, enrollando los hilos de la capucha de su sudadera entre sus dedos. Los bordes estaban rasposos y le rozaron la mejilla.

-Mira -continuó Luke- En todos estos años de conocerlo, siempre hubo un lugar donde Simon quería estar, y peló con fuerza para quedarse ahí cuando llegara

-¿Dónde es eso?

-Donde sea que estuvieras tú -dijo Luke- ¿Recuerdas cuando a los diez te caíste del árbol en la granja y te rompiste el brazo? ¿Recuerdas cómo insistió hasta que lo dejaron ir contigo en la ambulancia? Pateó y gritó hasta que lo dejaron

-Te reíste -dijo Clary, recordando- Y mamá te pegó en el hombro

-No era algo tan grave como para no reírse. Una determinación así a los diez años es algo digno de verse. Parecía un toro enojado

-Si los toros usan lentes y son alérgicos al polen...

-No puedes ponerle precio a ésa clase de lealtad -dijo Luke, más serio

-Lo sé. No me hagas sentir peor

-Clary, te estoy diciendo que él hizo sus propias decisiones. El culparte no arreglará nada. Y no fue culpa de nadie y nadie puede hacer nada para cambiar eso. Le dijiste la verdad y él decidió lo que quería hacer. Todos hacemos decisiones; nadie tiene el derecho de quitarnos eso. Nada fuera del amor.

-Pero es eso -dijo Clary- Cuando amas a alguien, no tienes elección

Pensó en el cómo su corazón se contrajo cuando Isabelle la llamó porque Jace había desaparecido. Dejó la casa sin dudarle un segundo.

-El amor deja las decisiones fuera

-Es mucho mejor que la alternativa

Luke guió la camioneta hacia Flatbush. Clary no replicó; sólo miró a través de la ventana. El área lejos del puente no era una de las más bonitas de Brooklyn; de los dos lados de la avenida había horribles oficinas y tiendas de cosas para autos. Normalmente habría reclamado, pero ahora, los alrededores parecieron ajustarse a su humor.

-¿Así que, has tenido noticias de...? -comenzó Luke, aparentemente decidido a cambiar de tema

-¿Simon? Sí, sabes que sí

-De hecho, iba a decir Jace

-Oh

Jace la había llamado a su celular varias veces y dejado mensajes. Ella no había contestado o llamado de vuelta. No hablar con él era su penitencia por lo que le había pasado a Simon, era la peor forma en la que podía castigarse.

-No, no he hablado con él...

La voz de Luke sonaba cuidadosamente neutral.

-Deberías. Sólo par saber si está bien. Probablemente la está pasando mal, considerando...

Clary se volvió a mirarlo.

-Pensé que te habías aliado con Magnus. Te oí hablar con él de Valentine y toda esa cosa de la Espada Etérea. Estoy segura que él te

dirá si Jace está bien.

-Magnus puede informarme de la salud física de Jace. Su salud mental, por otro lado...

-Olvidalo. No llamaré a Jace -Clary podía oír oyó la frialdad en su voz y se asustó- Tengo que estar ahí para Simon ahora. Y tampoco es como si Jace tuviera una muy buena salud mental

Luke suspiró.

-Si Simon tiene problemas por su condición, quizá él debería...

-¡Claro que tiene problemas! -miró acusadoramente a Luke, pero él estaba concentrado en el camino y casi no se dio cuenta- Tú más que todos los demás, deberían entender que significa...

-¿Despertar siendo un monstruo un día? -Luke no sonaba amargado, sólo preocupado- Tienes razón, lo entiendo. Y si algún día quiere hablar conmigo, estaré feliz de hacerlo. Pasará por todo esto, incluso si cree que no

Clary frunció el ceño. El sol se estaba poniendo tras ellos, haciendo que el espejo retrovisor brillara como oro. Sus ojos se fijaron en el brillo.

-No es lo mismo -dijo- Al menos tú te criaste sabiendo que los hombres lobo eran reales. Antes de que pueda decirle a nadie que es un vampiro, tiene que convencerlos de que existen

Luke la miró como si fuera a decir algo, pero pareció cambiar de idea.

-Estoy seguro de que estarás bien -dijo Luke

Estaban en Williamsburg ahora, en medio de la Avenida Kent, las casas se erguían a ambos lados.

-Aún así, le traje algo -añadió- Está en la guantera. Sólo por si las dudas...

Clary abrió el compartimiento y frunció el ceño. Tomó un panfleto doblado y brillante, de los que hay en las salas de hospitales.

-Cómo Decírselo a tus Padres -leyó en voz alta- LUKE. No seas ridículo. Simon no es gay, es un vampiro

-Ya lo sé, pero ése panfleto es acerca de decirle a tus padres verdades difíciles acerca de ti mismo que quizá no quieran enfrentar. Quizá pueda adaptar algunas de las frases, o tomar las recomendaciones de forma general...

-¡Luke! -habló tan agudamente que pensó que sus cuerdas vocales se quebrarían

Estaban frente a su casa. El curso del East River se veía a la izquierda, reflejando el cielo. Una sombra más oscura reptó en el porche de Luke. Luke enarcó las cejas. En forma lupina, le había dicho, su vista era perfecta; en forma humana, estaba un poco miope.

-¿Eso es...?

-Simon. Sí

Ella lo supo antes de que le contestara

-Iré a hablar con él

-Claro. Yo, eh, iré a hacer algo. Recoger cosas

-¿Qué cosas?

Él evitó mirarla.

-Cosas de comida. Regreso en media hora. No te quedes fuera. Entra y cierra la puerta

-Sabes que lo haré

Vio la pickup acelerar, y se dio la vuelta hacia la casa. El corazón le golpeaba con fuerza. Había hablado con Simon por teléfono unos minutos pero no lo había visto desde aquella vez que estaba desmayado y lleno de sangre, y lo habían llevado a casa de Luke por la madrugada para limpiarlo antes de llevarlo a casa. Ella pensó en llevarlo al Instituto, pero claro, era imposible. Simon nunca vería el interior de una capilla o una sinagoga de nuevo. Lo vio caminando hasta la puerta delantera, con hombros hacia el frente, como si estuviera caminando en contra de un fuerte viento.

Aquella noche, cuando la luz del patio se encendió automáticamente, se hizo hacia atrás, y ella supo que había sido porque pensó que era la luz del sol; y comenzó a llorar, silenciosamente, apoyada en el asiento de la camioneta, las lágrimas le caían en aquella extraña Marca en el interior de su brazo.

-Clary -le había murmurado Jace y tomado su mano, pero ella la quitó, como se había quitado Simon de la luz. No quería tocarlo. No lo tocaría de nuevo. Era su penitencia, su pago por lo que le había hecho a Simon.

Ahora, mientras se encaminaba al patio de Luke, se le secó la boca y la garganta se le llenó de lágrimas. Se dijo a sí misma que no lloraría. Llorar sólo lo haría sentir peor. Estaba sentado entre las sombras, mirándola. Pudo ver el brillo de sus ojos en la oscuridad y se preguntó si antes tenían aquella luz, pero no pudo recordar.

-¿Simon?

Él se levantó con un movimiento grácil y sencillo que hizo que a Clary se le erizara la nuca. Había una cosa que Simon nunca había sido, elegante. Había algo diferente ahora, algo diferente...

-Lo siento si te asuste... -él habló con cuidado, casi formalmente, como si fueran extraños

-Está bien, es sólo... ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

-No mucho. Sólo puedo viajar cuando el sol se esconde ¿recuerdas? Accidentalmente puse mi mano fuera de la ventana ayer y casi me quemó los dedos. Por suerte, sano rápido

Ella buscó su llave para abrir la puerta, y la empujó adentro. Una luz pálida llenó el porche.

-Luke dice que debemos estar adentro

-Por las cosas malas -dijo Simon, entrando tras ella- que salen en la oscuridad

La sala estaba llena de luz agradable y amarilla. Clary cerró la puerta tras ella. El abrigo azul de Isabelle seguía en un gancho junto a la puerta. Se suponía que lo iba a llevar a la lavandería para que le quitaran

la sangre, pero no había tenido tiempo. Lo miró por un momento, temblando un poco antes de mirar a Simon. Estaba parado en medio de la habitación, con las manos incómodamente metidas en los bolsillos de su chamarra. Usaba jeans y una camiseta de "I ? New York" que le había pertenecido a su padre. Todo en él se veía familiar, y aún así, parecía un extraño.

-Tus lentes -le dijo, notando que era por eso que lo había visto diferente en el patio- No los traes

-¿Has visto un vampiro usando lentes?

-Bueno, no pero...

-Ya no los necesito. La perfecta visión parece venir con lo demás

Se sentó en el sillón, donde Clary se le unió, sentándose junto a él, pero no demasiado cerca. Desde ahí podía ver su piel pálida, con venas azules bajo la piel, casi en la superficie. Sus ojos sin lentes se veían grandes y oscuros, las pestañas como de un negro tinta.

-Claro que aún tengo que usarlas en casa o mi madre se asustaría. Voy a decirle que uso de contacto

-Aún así tendrás que decirle -dijo Clary, más firmemente de lo que se sentía- No puedes ocultar tu... tu condición por siempre

-Puedo tratar -él se llevó una mano al cabello- Clary ¿qué voy a hacer? Mi madre me sigue trayendo comida y tengo que tirarla por la ventana... no he salido en dos días, pero no puedo seguir fingiendo que tengo gripe. En algún momento me traerá un doctor ¿y entonces qué? No tengo pulso. El médico le dirá que estoy muerto

-O te registrará como un milagro médico -dijo Clary

-No es divertido

-Lo sé, sólo trataba de...

-Sigo pensando en sangre -dijo Simon- La sueño. Despierto pensando en ella. Y pronto estaré escribiendo mórbidos poemas emo acerca de ella

-¿No tienes aquellas botellas de sangre que te dio Magnus? ¿No te las has terminado, cierto?

-Las tengo. En el mini bar. Pero sólo me quedan tres -su voz sonó tensa- ¿Qué haré cuando se acaben?

-No se acabarán. Te conseguiremos más -dijo Clary, con más confianza de la que sentía.

Se suponía que siempre podría pedirle a Magnus que le diera más sangre de oveja, pero todo eso se le hacía molesto.

-Mira Simon. Luke cree que deberías decirle a tu madre. No puedes esconderlo por siempre

-Ni siquiera lo intentaré

-Piensa en Luke -dijo desesperadamente- Puedes seguir con una vida normal

-¿Y acerca de nosotros? ¿Quieres ser novia de un vampiro? -rió amargamente- Porque entreveo muchos picnics románticos en el futuro. Tú, bebiendo una margarita. Yo, bebiendo a Margarita

-Piénsalo -urgió Clary- Sólo tienes que ver cómo hacer que tu vida funcione. Muchas personas lo hacen.

-No estoy seguro de ser una persona. No más

-Lo eres para mí -le dijo- Como sea, ser humano está sobre estimado

-Al menos Jace no puede volver a llamarme mundano ¿Qué es eso?

-preguntó, viendo el panfleto enrollado en su mano izquierda

-Oh, esto -lo extendió ella- Cómo Decírselo a tus Padres

Él entrecerró los ojos.

-¿Hay algo que quieras decirme?

-No es para mí. Es para ti -ella se lo extendió

-No tengo que "Decirle" nada a mi madre -dijo Simon- Ya piensa que soy gay porque no me interesan los deportes y no he tenido una relación seria hasta ahora. No es que sepa lo que eso significa...

-Pero tienes que decirle que eres un vampiro -apuntó Clary- Luke pensó que podrías, tú sabes, usar una de las frases sugeridas en el panfleto, excepto que tienes que usar la palabra " no muerto" en vez de...

-Ya entendí, Ya entendí -Simon abrió el panfleto- A ver, practicaré contigo -carraspeó- Mamá. Tengo algo que decirte. Soy un no muerto. Ahora, sé que tal vez tengas ideas incorrectas acerca de los no muertos. Sé que no podrás creer que soy un no muerto. Pero estoy aquí para decirte que los no muertos son personas como tú y yo -Simon se detuvo- Bueno. Quizá no personas

-SIMON

-Está bien, está bien -continuó- Lo primero que necesitas entender es que sigo siendo la misma persona que era. Ser un no muerto no es lo más importante en mí. Es sólo parte de mí. La segunda cosa que debes saber es que no tuve elección. Nací así -Simon volvió a interrumpirse- Lo siento, RE nací así.

Clary suspiró.

-Ni siquiera lo intentas

-Al menos puedo decirle que me enterraron en un cementerio Judío -dijo Simon, abandonando el panfleto- Quizá debería empezar de poco en poco. Decirle a mi hermana primero

-Iré contigo si quieres. A lo mejor puedo ayudarte

Él la miró, sorprendido, y ella descubrió que su armadura de humor amargo se partía y había miedo debajo.

-¿Harías eso?

-Yo... -comenzó Clary, y se detuvo por el sonido de llantas y vidrios rotos.

Se levanto y corrió a la ventana, Simon tras ella. Ella tiró de la cortina y miró afuera. La camioneta de Luke había derrapado, el motor seguía funcionando, marcas negras de quemado marcaban el pavimento y el camellón. Una de las luces estaba parpadeando, la otra estaba rota y había una abolladura en la parrilla de la camioneta... y algo estrellado sin

movimiento y medio debajo de las llantas. La bilis subió por la garganta de Clary. ¿Luke había atropellado a alguien?

Impaciente, oteó por entre el glamour como si le quitara el vaho a una ventana. La cosa debajo de las llantas de Luke no era humana. Era cremosa, blanca, casi como una larva, y se pegaba como un gusano al cofre de la camioneta. La puerta del conductor se abrió y Luke saltó fuera. Ignorando a la criatura entre sus llantas, corrió al frente, a la casa. Clary lo siguió con la mirada y vio que había una forma entre las sombras, una forma humana y pequeña, con cabellos trenzados...

-Es la chica lobo, Maia -dijo Simon anonadado- ¿Qué pasó?

-No lo sé

Clary tomó su estela de lo alto de un librero. Bajaron las escaleras y corrieron hacia donde estaba Luke, con las manos en los hombros de Maia, poniéndola cuidadosamente en el piso. De cerca, Clary pudo ver que el frente de su camisa estaba arrugado y había una herida en su hombro, manando un leve pulso de sangre.

Simon se detuvo en seco. Clary casi se tropieza con él, le gruñó algo y lo miró enojada antes de darse cuenta. La sangre. Tenía miedo de ella, de mirarla.

-Está bien -dijo Luke, mientras Maia movía la cabeza y farfullaba

Él le golpeó la cara con la mano suavemente hasta que ella medio abrió los ojos.

-Maia. Maia ¿Me oyes?

Ella parpadeó, confundida.

-¿Luke? -murmuró- ¿Qué pasó? -gimió- Mi hombro...

-Vamos. Será mejor que entremos

Luke la colocó en sus hombros, y Clary recordó que siempre había pensado lo fuerte que era para ser alguien que trabajaba en una tienda de libros. Siempre había pensado que era por cargar tantas cajas pesadas. Ahora sabía la verdadera razón.

-Clary. Simon. Vamos

Entraron de nuevo, Luke recostó a Maia en el sillón gris. Mandó a Simon por una sábana y a Clary a la cocina por una toalla mojada. Cuando Clary regresó, encontró a Maia recargada en unos cojines, se veía sonrojada y febril. Hablaba nerviosa y rápidamente con Luke.

-Venía por la avenida cuando... olí algo. Algo podrido, como basura. Miré junto a mí y me golpeó...

-¿Qué te golpeó? -dijo Clary, extendiéndole la toalla a Luke

Maia enarcó las cejas.

-No lo vi. Me tiró y yo... trate de patearlo pero era demasiado rápido

-Lo vi -dijo Luke- Manejaba a casa cuando te vi cruzar la avenida... y entonces lo vi seguirte, en las sombras, tras tus talones. Traté de gritarte pero no me oíste. Entonces fue cuando te golpeó

-¿Qué la seguía? -preguntó Clary

-Era un demonio Drevak -dijo Luke, sombrío- Son ciegos. Se guían

por el olor. Conduje hacia la avenida y lo atropellé

Clary miró por la ventana hacia la camioneta. La cosa entre las llantas ya no estaba, los demonios siempre regresan a sus dimensiones cuando mueren.

-¿Por qué habría atacado a Maia? -su voz cambió de tono cuando halló la respuesta- ¿Crees que fue Valentine? ¿Por la sangre para su hechizo? Lo interrumpieron la última vez...

-No lo creo -dijo Luke, para su sorpresa- Los demonios Drevak no chupan sangre y no pudieron causar tampoco lo que vieron en Ciudad Silenciosa. La mayoría son espías y mensajeros. Creo que Maia sólo se le interpuso en el camino.

Él miró a Maia, que respiraba levemente, con los ojos cerrados.

-¿Puedes levantarte la manga para que pueda ver que tienes?

La chica se mordió el labio y asintió, se alzó la manga del suéter. Había una larga herida justo debajo de su brazo. Tenía la sangre coagulada y se pegaba a su brazo. Clary dejó de respirar cuando vio que el corte parecía hecho como si pequeñas agujas negras le hubieran pinchado y todavía tenía algunas clavadas. Maia miró su brazo y chilló con horror.

-¿Qué son éstos?

-Los demonios Drevak no tienen dientes; sino espinas venenosas en sus bocas -dijo Luke- Algunas espinas se clavaron en tu piel

Los dientes de Maia empezaron a temblar.

-¿Veneno? ¿Me voy a morir?

-No si trabajamos rápido -replicó Luke- Tengo que sacarlas, y va a doler. ¿Crees poder aguantarlo?

La cara de Maia se contrajo en una mueca de dolor. Sólo asintió.

-Sólo... quítalas de ahí

-¿Sacar qué? -inquirió Simon, entrando a la habitación con una sábana enrollada

Tiró la sábana cuando vio el brazo de Maia y dio un paso hacia atrás.

-¿Qué es eso?

-¿Te asusta la sangre, mundano? -dijo Maia, con una pequeña sonrisa torcida, entonces gimió- Au, duele

-Lo sé -dijo Luke, envolviendo la toalla en la parte más baja de su brazo

Sacó un pequeño cuchillo de su cinturón. Maia lo miró y cerró los ojos con fuerza.

-No tendrás que... -dijo con la voz de un hilo- Pero... no quiero que vean

-Entiendo

Luke miró a Simon y Clary

-Vayan a la cocina, los dos -dijo- Llamen al Instituto. Díganles lo que ha pasado y que manden a alguien. No pueden mandar a los Hermanos, así que preferiblemente, que sea alguien con entrenamiento

médico, o un hechicero

Simon y Clary lo miraron, paralizados cuando vieron el cuchillo atravesando lentamente el brazo de Maia.

-¡Vayan! -dijo, en voz más firme, y ésa vez, ellos obedecieron

XII. La maldad del sueño

Simon miraba a Clary, apoyada en el refrigerador, mordiéndose el labio como siempre hacía cuando estaba frustrada. A menudo, olvidaba lo pequeña que era, lo frágil, pero en momentos así (cuando quería rodearla con sus brazos) se retenía pensando que quizá podría lastimarla, especialmente ahora, que todavía no conseguía medir su fuerza. Jace, lo sabía, nunca se sentía así. Simon la miró con una opresión en el estómago, pero no podía quitarle la vista de encima, como la vez que Jace la tomó entre sus brazos y la besó con tanta fuerza que pensó que uno de ellos se rompería. Él la había abrazado como si quisiera mezclarla consigo, como si pudiera doblarlos a los dos y convertirlos en una sola persona. Pero claro, Clary era fuerte, más fuerte de lo que Simon creía. Era una Cazadora de Sombras y todo lo que eso implicaba. Pero no importaba: lo que había entre ellos era tembloroso y frágil como la llama de una vela, como un cascarón... y él sabía que si eso se quebraba, si de alguna manera se destruía, algo dentro de él haría lo mismo, algo que no podría ser arreglado.

-Simon -su voz lo trajo de vuelta a la tierra- ¿Me estás escuchando?
-¿Qué? Sí. Por supuesto

Se recargó en el fregadero, tratando de mirarla como si en realidad le hubiera estado poniendo atención. La llave goteaba, lo que a momentos lo distraía... cada gota plateada de agua que temblaba, con la forma perfecta de una lágrima, la veía antes de caer. La vista de los vampiros era una cosa extraña, pensó. Su atención seguía enfocándose en las cosas más ordinarias, como la caída del agua, las quebraduras en el pavimento, el brillo del aceite en una carretera... como si nunca antes las hubiera visto.

-¡Simon! -dijo Clary nuevamente, exasperada

Entonces notó que estaba extendiéndole algo rosa y metálico. Su nuevo celular.

-Dije que quiero que llames a Jace

Eso captó toda su atención.

-¿Llamarlo yo? Pero si me odia

-No es cierto -dijo ella, aún cuando sabía que ni ella creía eso- Como sea, no quiero hablar con él ¿Por favor?

-Está bien

Tomó el teléfono y buscó en la lista de contactos el número de Jace.

-¿Qué quieres que le diga?

-Lo que pasó. Sabrá que hacer

Jace contestó al tercer timbrado, sonaba como si hubiera corrido varios metros para hacerlo.

-Clary -dijo, sorprendiendo a Simon hasta que se dio cuenta de que claro, el nombre de Clary era el que había aparecido en el teléfono de

Jace

-Clary ¿estás bien?

Simon dudó. Había algo en la voz de Jace que nunca había oído, como ansioso, sin sarcasmo ni máscaras. ¿Así le hablaba a Clary cuando estaban solos?

Simon la miró; ella no le quitaba los ojos verdes de encima, mordiéndose inconscientemente la uña del índice de su mano derecha.

-Clary -dijo Jace otra vez- Pensé que estabas evitándome...

Una punzada de irritación golpeó a Simon. Eres su hermano, quiso gritarle, eso es todo. No te pertenece. No tienes derecho de sonar como si... como si... como si le hubieran roto el corazón. Ésa era la palabra. Aunque no podía imaginar a Jace con el corazón roto.

-Tienes razón -dijo al fin, con la voz fría- Te está evitando. Soy Simon

Hubo un largo silencio en el que Simon se preguntó si Jace había colgado.

-¿Hola?

-Aquí estoy -la voz de Jace volvía a ser fría y dura, ya no vulnerable- Y si hablas sólo para hablar conmigo, mundano, debes estar más desesperado de lo que pensé

-Créeme, no te llamaría si no tuviera elección. Lo hago por Clary

-¿Está bien? -su voz seguía fría y distante, pero ahora algo distinta, como hojas congeladas por una nevada- Si algo le ha pasado...

-No le pasó nada

Simon peleaba por no mostrar el enojo. Tan resumido como pudo, le dio a Jace una descripción de todo lo que había pasado y de cómo había quedado Maia. Jace esperó hasta que hubo terminado, entonces le dictó un montón de instrucciones. Simon escuchó con cuidado y asintiendo de vez en cuando, incluso sabiendo que Jace no podía verlo. Empezó a hablar y se dio cuenta de que escuchaba mucho silencio; el otro chico había colgado. Sin palabras, Simon cerró el teléfono y colgó antes de dárselo a Clary.

-Va a venir

Ella se aferró al lavabo.

-¿Ahora?

-Ahora. Con Magnus y Alec

-¿Magnus? -inquirió antes de comprender- Oh, claro. Jace ha de haber estado en casa de Magnus. Pensé que estaría en el Instituto, pero claro, no puede ir allá. Yo...

Un grito proveniente de la cocina la interrumpió. Entrecerró los ojos. Simon sintió el pelo en su nuca erizarse.

-Está bien -dijo, lo más convincente que pudo- Luke no lastimaría a Maia

-La está lastimando. Porque no hay elección -dijo Clary, meneando la cabeza- Así es como pasa ahora. Nunca hay elección

Maia chilló de nuevo y Clary aferró el borde de la piedra como si le

doliera a ella.

-Lo odio -estalló- ¡Odio todo esto! Siempre estar asustada, cazada, preguntándose quién sigue. Desearía volver atrás. ¡A como era antes!

-Pero no puedes. Nadie puede -dijo Simon. Al menos tú puedes salir de día

Ella lo miró, con los labios partidos, los ojos entrecerrados y oscuros.

-Simon, no quise decir...

-Sé que no -caminó hacia atrás, sintiendo un nudo en la garganta- Voy a ver cómo están

Por un segundo pensó que lo seguiría, pero ella dejó que la puerta de la cocina se cerrara sin protestar. Todas las luces estaban encendidas en la sala. Maia tenía la cara gris, recostada en el sofá con la sábana apretada sobre el pecho. Sostenía un montón de tela contra su brazo; que estaba más o menos lleno de sangre. Tenía los ojos cerrados.

-¿Y Luke? -dijo Simon, arrepintiéndose, preguntándose si había sonado demasiado molesto, más como una orden

Ella se veía horrible, con los ojos sumidos en sus cuencas, la boca apretada de dolor. Sus ojos temblaron y se abrieron para mirarlo.

-Simon -respiró- Luke está afuera, estacionando el coche. Le preocupan los vecinos

Simon miró hacia la ventana. Pudo ver las luces de la cochera encenderse cuando Luke abrió la puerta.

-¿Qué hay de ti? -preguntó- ¿Te sacaron ésas cosas del brazo?

Ella asintió.

-Me siento tan cansada -murmuró con los labios partidos- Y... sedienta

-Te traeré agua

Había una jarra con agua y un montón de platos en la mesa del comedor. Simon vació agua en un vaso y le llevó el líquido a Maia. Le temblaban las manos y algo de agua le había caído en las manos cuando le dio el vaso. Ella levantó la cabeza, a punto de decir algo (probablemente "gracias") cuando sus dedos se tocaron y luego se dejó caer atrás y el vaso salió volando. Golpeó el borde de la mesita de café y se derramó, llenando de agua todo el piso de madera pulida.

-¿Maia? ¿Estás bien?

Ella se encogió, presionó sus hombros contra el sofá y sus labios se replegaron dejando ver unos dientes afilados. Sus ojos tenían un color amarillo brillante. Un ruidito ahogado salió de su garganta, como el de un perro acorralado.

-¿Maia? -dijo Simon de nuevo

-Vampiro -graznó ella

Sintió que la cabeza se le iba de lado, como si ella lo hubiera golpeado.

-Maia...

-Pensé que eras un humano. Pero eres un monstruo. Un parásito

chupa sangre

-Soy un humano... digo, era un humano. Me transformé. Hace unos pocos días -su mente estaba mareada y como enferma- Igual que tú

-¡No te atrevas a compararte conmigo! -se sentó, con los ojos amarillos mirándolo, barriéndolo con enojo- Soy humana, sigo viva... tú, estás muerto y comes sangre

-Sangre de animales...

-Sólo porque no puedes cazar humanos, o los cazadores te quemarían vivo...

-Maia -dijo, mitad iracundo y mitad suplicando; caminó hacia ella y su mano lo rasguñó, con las uñas de repente más largas

Le rasgaron la mejilla, enviándolo hacia atrás, con la mano en la cara. La sangre corrió por su mejilla hasta su boca. Probó la sal y su estómago rugió. Maia estaba apoyada en el brazo del sofá ahora, con las rodillas apuntándole, con las garras dejando manchas de sangre en el tapiz gris. Un gruñido grave salió de su garganta y sus orejas se volvieron largas y se pegaron a su cabeza. Cuando mudó los dientes, terminó con unos como los de él, quizá no tan afilados, pero fuertes, con caninos blancos y picudos. Tiró la ropa ensangrentada que había sostenido contra su brazo y él pudo ver que las espinas ya no estaban, habían dejado sin embargo un rastro de sangre, goteante, roja... Un dolor en el labio inferior le dijo que se había clavado los incisivos. Una parte de él quería pelear con ella, tirarla al suelo y marcar su piel con sus dientes para beber su sangre caliente. El resto de él parecía estar gritando y peleando para evitarlo. Caminó hacia delante un paso, y luego otro, con las manos al frente como si la quisiera estrangular. Ella tensó la espalda, justo cuando Clary abrió la puerta de la cocina.

Saltó sobre la mesa de café, aterrizando con delicadeza como si fuera un gato. Tenía algo en la mano, algo blanco que brilló cuando alzó el brazo. Simon vio que era una daga curvada elegantemente como las alas de un ave; una daga que pasó rozando el cabello de Maia a milímetros de su cara y fue a enterrarse en el tapiz gris del sofá. Maia trató de zafarse y chilló; la daga le había pegado la manga al sofá.

Era una de las de Luke. En el momento en que miró por la puerta de la cocina y vio lo que estaba pasando, corrió por una de las armas que él solía guardar en su despacho. Maia podría estar débil y herida, pero se veía lo suficientemente enojada para matar, y Clary no dudaba que pudiera hacerlo.

-¿Qué demonios de pasa?

Como desde lejos, Clary se oyó decir eso a sí misma, y la fiereza que imprimía su voz la asustó un poco, pero continuó.

-Hombres lobo, vampiros... ambos son Subterráneos

-Los hombres lobo no matamos personas o entre nosotros. Los vampiros son asesinos. Uno mató a un chico en la Luna del Cazador el otro día y...

-No fue un vampiro -Clary notó que la seguridad se iba de la cara

de Maia- Y si dejaran de culparse los unos a los otros cada vez que algo malo pasa en el Submundo, quizá los Nephilim empezarán a tomarlos en serio y los dejarían hacer algo

Miró a Simon. Los violentos cortes en su mejilla ya se estaban curando, formando líneas sonrosadas.

-¿Estás bien?

-Sí -su voz casi no se oía

Podía ver el dolor en sus ojos y por un momento, sintió unas ganas terribles de decirle a Maia un montón de groserías que nunca en su vida había dicho.

-Estoy bien

Clary miró a la chica lobo.

-Tienes suerte de que él no sea tan idiota como tú, o tendría que haber ido a quejarme con la Clave y toda tu manada pagaría por tu estupidez

Con un movimiento rápido, sacó el cuchillo, liberando la camiseta de Maia. Ella bufó.

-No lo entiendes. Los vampiros son lo que son porque están infectados con algo maligno, demoníaco...

-¡Igual que tú! -dijo Clary- Quizá no entienda mucho, pero sí entiendo eso

-Ése es el problema. Las energías diabólicas que nos cambiaron, nos hicieron diferentes... lo que ustedes llaman enfermedades o yo que se, pero los demonios que crearon a los vampiros y los que crearon a los hombres lobo venían de especies diferentes, en guerra. Se odiaban a muerte, así que está en nuestra sangre odiarnos. No podemos hacer nada. Un vampiro y un hombre lobo nunca podrán ser amigos

Ella miró a Simon. Sus ojos brillaban por causa del enojo y por algo más.

-Pronto comenzarás a odiarme -le dijo- Y a Luke. Y no podrás hacer nada para evitarlo

-¿Odiar a Luke? -se sorprendió Simon, pero antes de que Clary pudiera decir algo, la puerta del frente se abrió

Ella miró alrededor, esperando ver a Luke. Pero no era Luke.

Era Jace. Vestido todo de negro, con dos espadas de serafín apretadas a ambos lados de las caderas. Alec y Magnus venían tras él, Magnus con una larga capa que parecía estar decorada con montones de vidrios rotos. Los ojos dorados de Jace, con la precisión de un láser, se fijaron de inmediato en Clary. Si pensó que se vería como disculpándose, o consternado o quizá avergonzado después de todo lo que había pasado, se equivocó. Estaba enojado.

-¿Qué... -dijo, con una voz deliberadamente grosera- ...crees que haces?

Clary se miró a sí misma. Seguía encima de la mesita de café, cuchillo en mano. Rápidamente lo escondió tras su espalda.

-Un problemita. Ya lo arreglé

-Claro -dijo sarcástico Jace- ¿Siquiera sabes cómo usar un cuchillo, Clarissa? ¿Sin hacerte un agujero o al inocente junto a ti?

-No herí a nadie -dijo Clary entre dientes

-Le pegó al sillón -dijo Maia, con la voz vacía, y los ojos casi cerrándose.

Tenía las mejillas con manchas rojas de ira, pero el resto de su cara estaba alarmantemente pálida. Simon la miró preocupado.

-Creo que se está poniendo peor

Magnus carraspeó. Cuando Simon no se movió, dijo:

-Apártate de mi camino, mundano -con un tono de inmensa molestia

Se hizo hacia atrás la capa y caminó hacia donde estaba Maia, tirada en el sillón.

-¿Debo suponer que eres mi paciente? -inquirió, escrutando sus mejillas brillantes.

Maia lo miró con los ojos borrosos.

-Soy Magnus Bane -dijo con un tono presuntuoso, alzando las manos anilladas. Chispas azules comenzaron a danzar frente a sus ojos- Soy el hechicero que te curará. ¿No te dijeron que venía?

-Sé quién eres -dijo confundida Maia- Pero te ves tan... tan... brillante

Alec hizo un ruido que sonó como una risa ahogada en una tos falsa cuando las manos de Magnus hacían una cortina de chispas de color azul alrededor de la chica. Jace no reía.

-¿Dónde -preguntó- está Luke?

-Afuera -dijo Simon- Metiendo la camioneta al garaje

Jace y Alec intercambiaron una rápida mirada.

-Curioso -dijo Jace, no sonaba confiado- No lo vi cuando subimos las escaleras

Un pequeño piquete de pánico se coló en Clary como una hojita.

-¿Viste su camioneta?

-La vi -dijo Alec- Estaba en la carretera. Las luces estaban apagadas

Y con eso, incluso Magnus, entretenido con Maia, miró hacia arriba. A través de la cortina que él mismo había levantado, sus siluetas se veían borrosas, como si los miraran a través del agua.

-No me gusta -dijo, su voz sonó hueca y como lejana- No después de un ataque Drevak. Ellos vienen en manadas

La mano de Jace ya había tomado una de las espadas de serafín.

-Iré a revisar. Alec, tú quédate aquí, mantén segura la casa

Clary se bajó de la mesa.

-Voy contigo

-Claro que no -caminó hacia la puerta, sin mirar a ver si lo seguía

Ella corrió lo más rápido que pudo para ponerse entre él y la puerta.

-Alto

Y por un segundo pensó que él la iba a empujar e iba a seguir caminando, pero se detuvo, a centímetros de ella, tan cerca que podía sentir su aliento cálido mecerle el cabello cuando habló.

-Te golpearé si tengo que hacerlo, Clarissa

-Deja de llamarme así

-Clary -dijo en voz baja, y el sonido de su nombre en los labios de él hizo que se le erizara la piel

El dorado en sus ojos se había vuelto más metálico. Se preguntó por un segundo si en serio la golpearía, qué pasaría si se aferrara a la puerta, si él la quitaría y la haría a un lado. La sólo idea de él tocándola hizo que sus mejillas ardieran. Cuando habló, pudo oír la agitación en su propia voz.

-Él es mi tío, no el tuyo...

Una sonrisa salvaje cruzó su cara.

-Tus tíos son mis tíos, querida hermana -dijo- además, no tiene ninguna relación consanguínea con nosotros

-Jace...

-Y, no tengo tiempo para Marcarte -dijo, recorriendo su cara con la mirada- y todo lo que tienes es un cuchillo. No te servirá mucho si hablamos de demonios

Ella encajó el cuchillo cerca del marco de la puerta, fue lo primero que se le ocurrió, y la recompensa fue una mirada de sorpresa en la cara de él.

-¿Y qué? Tienes dos espadas de serafín; dame una

-Ay, por amor de... -era Simon, con las manos en los bolsillos y los ojos negros como pedazos de carbón encajados en su cara- Yo iré

Clary dijo:

-Simon, no...

-Al menos no desperdiciaré mi tiempo aquí sin saber que le pasó a Luke

Hizo un gesto con la mano para que Clary se moviera a un lado. Los labios de Jace se volvieron una fina línea.

-Iremos todos

Para sorpresa de Jace, sacó una espada de serafín de su cinturón y se la tendió a ella.

-Ten

-¿Cómo se llama? -preguntó, quitándose de la puerta

-Nakir

Clary había dejado la chamarra en la cocina y el aire frío proveniente del East River hacia que temblara de vez en cuando.

-¿Luke? -llamó- ¡Luke!

El auto estaba en medio de la carretera, con una de las puertas abiertas. La luz del techo estaba encendida. Jace frunció el ceño.

-Las llaves están metidas. El coche está encendido

Simon cerró la puerta tras él

-¿Cómo lo sabes?

-Lo oigo -Jace miró a Simon, intelectualmente- igual que tú podrías si lo intentaras, chupa sangre

Se dio la vuelta, el cabello se movió al viento.

-Creo que me gusta más “mundano” que “chupa sangre” - murmuró Simon

-Con Jace, nunca escoges tu apodo insultante

Clary metió las manos en los bolsillos de los jeans hasta que encontró una piedra suave y fría. Elevó la luz de bruja en su mano, con su brillo escapando por entre sus dedos como un pequeño sol miniatura brillante.

-Vamos

Jace tenía razón; la camioneta estaba encendida. Clary sintió la peste cuando se aproximaron y el corazón le golpeó con fuerza. Luke nunca habría dejado la puerta del coche abierta y las llaves metidas a menos que algo hubiera pasado. Jace estaba rodeando la camioneta, frunciendo el ceño.

-Trae la luz de bruja más cerca

Se arrodillo en el pasto, apoyando un poco los dedos en el suelo. De un bolsillo interno, sacó un objeto que Clary reconoció: una lustrosa pieza de metal, marcada con delicadas runas. Un Sensor. Jace lo pasó por el pasto, y este hizo sonar una serie de ruiditos.

-En definitiva, pasó un demonio aquí. Me llevaré pruebas concretas

-¿No pudo haber dejado eso el demonio que atacó a Maia? - preguntó Simon

-Los niveles son muy altos. Hubo más de un demonio aquí esta noche -Jace se levantó- Quizá deberían volver a entrar. Manden a Alec. Ha lidiado con cosas así antes

-Jace... -Clary estaba furiosa de nuevo

Se detuvo cuando vio algo por el rabillo del ojo. Era un movimiento titilante, del otro lado de la calle, pegado al cemento que bordeaba el East River. Había algo en cómo se movía... un ángulo demasiado rápido y alargado para ser un humano... Clary alzó el brazo, apuntando.

-¡Miren! ¡En el agua!

Jace siguió su mano y contuvo el aliento. Entonces echó a correr, con ellos detrás, sobre el asfalto de Kent Street hasta el pasto que bordeaba la fuente. La luz de bruja se balanceaba en la mano de Clary mientras corría, mostrando pedacitos de la calle: un montón de malas hierbas, una raíz de un árbol alzando un pedazo de la banqueta, un montón de basura, un vidrio roto... y entonces, cerca de la orilla, se veía la figura de un hombre. Era Luke... Clary lo reconoció al instante, a través de la oscuridad, aún cuando no podía verle la cara. Estaba sobre la espalda, tan cerca del agua que por un momento le entró pánico, cientos de criaturas lo estaban jalando y tratando de hundirlo. Bajaron corriendo, y ella vio que su cabeza descansaba en el lecho del río. Tenía la cara flácida y gris.

-Demonios Raum –murmuró Jace

Simon entrecerró los ojos

-¿Fueron esos los que atacaron a Maia...?

-No. Estos son mucho peor

Jace le hizo una seña a Clary y Simon de quedarse atrás.

-Ustedes dos, atrás –alzó la espada de serafín- ¡Israfiel! –gritó, y una luz quemante se esparció por todos lados.

Jace se inclinó hacia delante, apuntando la luz a los demonios más cercanos. A la luz de la espada, los demonios eran desagradablemente visibles: color blanco muerte, con la piel escamosa, un agujero negro por boca, ojos grandes como de sapo y brazos que terminaban en tentáculos. Lanzaron sus tentáculos hacia Jace con una velocidad impresionante. Pero Jace era más rápido. Hubo un ruido asqueroso cuando Israfiel cortó el tentáculo y éste salió volando. Vino a caer a los pies de Clary, aún sacudiéndose. Era blanco grisáceo, lleno de sangre y ventosas. Dentro de cada ventosa había un delgado y puntiagudo diente. Simon hizo un ruido de arcada. Clary quiso hacer lo mismo. Pateó el tentáculo lejos, haciéndolo rodar sobre el pasto sucio. Cuando miró abajo, vio que Jace había noqueado a varios demonios y estos huían al río. El brillo de la espada de serafín de Jace trazaba elegantes arcos sobre el agua mientras atacaba a los restantes demonios, sin mencionar que algunos de ellos se habían prendado de su muñeca. Clary dudó (¿Debía ir a ayudar a Luke o a Jace?) y en ése momento de duda, Simon gritó.

-Clary, ¡Cuidado! –y vio que el segundo demonio se lanzaba sobre ella

No hubo tiempo de sacar la espada del cinturón, ni de recordar y gritar su nombre. Puso las manos al frente y el demonio la tiró sobre su espalda. Ella cayó con un chillido, golpeándose el hombro dolorosamente. Tentáculos resbalosos se enredaron sobre su piel. Uno le aplastó el brazo, el otro avanzó hasta su garganta. Ella lo jaló frenéticamente, tratando de quitárselo, pero era como un pedazo de goma. Los pulmones de dolían. Pateo y se giró... y de pronto la presión se fue; la cosa ya no la tocaba. Jadeo y se hincó. El demonio estaba mirándola con sus ojos negros sin pupila. ¿Preparándose para golpearla de nuevo? Tomó la espada y gritó:

-Nakir –y un rayo de luz salió de entre sus dedos

Nunca antes había tomado un cuchillo de ángel. Temblaba y brillaba entre sus dedos, se sentía como viva.

-¡NAKIR! –chilló con fuerza, y se levantó, con la espada apuntando al demonio Raum

Para su sorpresa, el demonio se hizo hacia atrás, con los tentáculos meneándose, como si (pero no era posible) le tuviera miedo. Vio a Simon correr hacia ella, con algo que parecía un tubo. Detrás de él, Jace se levantaba. No vio al demonio con el que había estado peleando, quizá lo había matado. El segundo demonio Raum, tenía la boca abierta y ululaba

monstruosamente. Abruptamente, se dio la vuelta, y con los tentáculos girando, entró al río. Un chorro de agua fría la salpicó y entonces, el demonio se fue, se desvaneció bajo la superficie del río, dejando un pequeño rastro de burbujas. Jace llegó junto a ella cuando éste se desvaneció. Sudaba y tenía sangre negra de demonio.

-¿Qué... pasó? -demandó entre jadeos

-No lo sé -admitió Clary- Vino hacia mí... traté de pelear contra él pero era muy rápido... y entonces se fue. Como si algo lo hubiera asustado

-¿Estás bien?

Era Simon, que había llegado junto a ella, no jadeaba (ya no respiraba...) pero sí algo ansioso, sosteniendo un tubo de metal en una mano.

-¿De donde sacaste eso? -inquirió Jace

-Lo arranqué de una cabina telefónica -Simon se veía algo sorprendido de sí mismo- Supongo que es lo mejor que puedes hacer cuando te sube la adrenalina

-O cuando tienes la fuerza maldita de un condenado -dijo Jace

-Oh, cállense los dos -gruñó Clary, mirando a Simon primero y luego a Jace.

Los empujó a un lado y caminó hacia el río.

-¿Se habían olvidado de Luke?

Luke seguía inconsciente, pero respiraba. Estaba tan pálido como Maia, y su manga estaba sangrante por encima de su hombro. Cuando Clary le limpió la sangre, lo más rápido que pudo, vio que tenía un montón de marcas circulares donde el tentáculo le había agarrado. Cada uno, manando una mezcla de sangre roja y un fluido negruzco. Contuvo el aliento.

-Tenemos que llevarlo adentro

Magnus los esperaba en el frente del jardín y cuando vio a Simon y Jace cargando a Luke, corrió a ayudarles. Habiendo terminado con Maia, Magnus la había instalado en la cama de Luke, así que a él lo pusieron en el sofá donde ella había estado antes y dejaron a Magnus hacer su trabajo.

-¿Estará bien? -inquirió Clary, dando vueltas alrededor del sofá mientras Magnus convocaba un fuego azul entre sus manos

-Estará bien. El veneno de Raum es un poquito más complejo que una picadura de Drevak, pero no es nada que no se pueda arreglar - Magnus la miró- Al menos no si te vas y me dejas trabajar

A regañadientes, ella se sentó en el otro sillón. Jace y Alec estaban cerca de la ventana, con las cabezas muy juntas. Jace movía las manos. Supuso que le estaba explicando a Alec que había pasado con los demonios. Simon, se veía incómodo, contra la pared cerca de la cocina. Se veía perdido en sus pensamientos. No quería mirar a la cara gris de Luke y a sus ojos abiertos, así que Clary se quedó mirando a Simon,

tratando de diferenciar las cosas que se le hacían familiares de él y las que se le hacían muy extrañas. Sin lentes, sus ojos se veían al doble de su tamaño, y muy oscuros, más negros que cafés. Su piel pálida y lisa como mármol blanco, marcada con venas y los pómulos angulosos. Incluso su cabello se veía más oscuro, en contraste con su piel blanca. Recordó haber mirado a la multitud en el hotel de Rafael, preguntándose por qué no parecía haber vampiros feos o no atractivos. Quizá había una regla acerca de no hacer vampiros a las personas feas, pensó entonces, pero ahora se preguntaba si el vampirismo no sería lo que los transformaba, alisando su piel, añadiendo color a sus ojos y cabello. Quizá era algo como la evolución, la supervivencia evolutiva. Viéndose bien, era más fácil para los vampiros acechar a su presa. Se dio cuenta entonces que Simon la estaba mirando, con los ojos negros entornados. Saliendo de su ensoñación, se giró para ver a Magnus ponerse en pie. La luz azul había desaparecido. Los ojos de Luke estaban cerrados, pero el feo tinte grisáceo se había ido de su piel y respiraba de manera profunda y regular.

-¡Está bien! -exclamó Clary y Alec, Jace y Simon se apresuraron a dar un vistazo

Simon deslizó su mano junto a la de Clary, y ella entrelazó sus dedos, agradecida de que lo hubiera hecho.

-¿Así que esta vivo? -dijo Simon, mientras Magnus se dejaba caer en el sillón más cercano

Se veía exhausto, un tanto azul.

-¿Seguro?

-Sí, seguro -dijo Magnus- Soy el Hechicero Jefe de Brooklyn; se lo que hago -sus ojos se movieron hacia Jace, que le había dicho algo a Alec en voz tan baja que nadie más pudo oírlo

-Lo que me recuerda -Magnus continuó rígidamente (y Clary nunca lo había oído hablar serio antes)- que no estoy exactamente seguro de lo que creen que hacen, llamándome cada vez que alguno de ustedes tiene un problemita. Como Hechicero en Jefe mi tiempo es precioso. Hay millones de hechiceros que estarían felices de ayudarlos y cobrar mucho menos

Clary lo miró sorprendida.

-¿Nos estás cobrando? ¡Pero Luke es un amigo!

Magnus sacó un cigarro azul del bolsillo de su camisa.

-No mío -dijo- Sólo lo vi cuando tu madre venía con él para lo de tu memoria -pasó una mano por la punta del cigarro y éste se encendió con una llama multicolor- ¿Creían que los ayudaría sólo por unas palabras de agradecimiento? ¿O es sólo que soy el único hechicero en quien pueden pensar?

Jace había escuchado el discursillo con una furia contenida en sus ojos ámbar.

-No -dijo al fin- pero eres el único hechicero que sale con un amigo nuestro

Por un momento todos lo miraron sorprendidos, Alec horrorizado, Magnus entre sorprendido y enojado y Clary y Simon sorprendidos. Fue Alec quien habló primero, con la voz temblorosa.

-¿Por qué dices algo así?

Jace lo miró, asombrado.

-¿Algo como qué?

-Que estoy (estamos) saliendo si no es verdad -dijo Alec, con la voz mucho más aguda de lo normal.

Jace lo miró tranquilamente.

-No dije que estuviera saliendo contigo -dijo- pero es curioso que supieras a lo que me refería ¿no es cierto?

-No estamos saliendo -dijo Alec de nuevo

-¿Eh? -dijo Magnus- Así que más bien es que somos así de amigables con todo el mundo ¿verdad?

-Magnus -advirtió con cautela Alec al hechicero

Magnus, de cualquier manera, parecía haber tenido suficiente. Cruzó los brazos sobre el pecho en silencio, mirando a todos. Alec miró a Jace.

-Tú no... -comenzó- Digo, no podrás estar pensando...

Jace sacudió la cabeza, confundido.

-Lo que no entiendo que hayas llegado a estos extremos para esconderme tu relación con Magnus, cuando en realidad no me hubiera importado si me lo hubieras dicho

Parecía estar pensando cada palabra con cuidado. Alec se puso gris y no dijo nada. Jace miró a Magnus.

-Ayúdame a convencerlo -le dijo- de que no me importa

-Oh -dijo Magnus tranquilamente- Creo que te cree

-Entonces no...

El desconcierto era claro en la cara de Jace, y por un segundo Clary vio en la cara de Magnus que estaba tentado a decirle el por qué de la palidez de su amigo. Movida por un sentimiento de lástima hacia Alec, le soltó la mano a Simon y dijo:

-Jace, es suficiente. Déjalos solos

-¿Dejar a quién sólo? -inquirió Luke

Clary lo miró en el sillón, sentado con una cara de dolor, pero mucho más sano.

-¡Luke! -saltó hacia el sofá, considerando abrazarlo pero luego de ver su hombro decidió que no- ¿Recuerdas qué pasó?

-No, la verdad no -se pasó una mano por la cara- Lo último que recuerdo es que salía de la camioneta. Algo me golpeó en el hombro y me jaló hacia los lados. Recuerdo el dolor... como sea, debí de haberme desmayado después de eso. Lo siguiente que recuerdo son a cinco personas gritando. ¿De qué discutían?

-De nada -dijeron a coro Clary, Simon, Alec, Magnus y Jace en una sorprendente y quizá irrepensible situación

Aún estando obviamente cansado, Luke arqueó las cejas. Pero:

-Ya veo

Fue lo único que dijo. Y dado que Maia dormía en su habitación, él dijo que estaría bien en el sillón. Clary trató de darle la cama de su habitación, pero él la rechazó. Dándose por vencida, fue hacia el closet por sábanas y una almohada. Estaba jalando un cobertor de la repisa cuando sintió alguien atrás de ella. Giró sobre sus talones, tirando la sábana que había estado aferrando. Era Jace.

-Perdón por asustarte

-Está bien

Se agachó a recoger la sábana.

-De hecho, no lo siento -dijo- Esto es lo más emotiva que te he visto en días

-No te he visto en días

-¿Y de quién es la culpa? Te llamé. No contestabas. Y no podía venir a verte así como así. He estado en prisión, por si no lo recuerdas

-No exactamente -Clary trató de sonar agradable mientras se levantaba- Tienes a Magnus acompañándote. Y la Isla de Gilligan

Jace sugirió que el elenco de la Isla de Gilligan podía irse muy lejos. Clary suspiró.

-¿No se suponía que estarías con Magnus?

Su boca se torció y ella vio algo roto detrás de sus ojos, un pinchazo de dolor.

-¿No puedes esperar para deshacerte de mí?

-No

Ella abrazó la sábana contra sí misma, no queriendo ver sus ojos. Miró hacia sus manos, llenas de cicatrices, con pedacitos de piel pálida visibles aún y en el índice derecho tenía el anillo de los Morgenstern. Las ganas de tocarlo eran tan grandes que quiso lanzar las sábanas y gritar.

-Digo, no, no es eso. No te odio, Jace

-Ni yo a ti

Ella lo miró.

-Me alegra escuchar eso...

-Desearía poder odiarte -dijo

Su voz era ligera, y su boca se curvaba en una media sonrisa, sus ojos llenos de misterio.

-Quiero odiarte. Trato de odiarte. Todo sería más fácil si te odiara. A veces pienso que te odio y entonces te veo y...

Sus manos habían hecho un ovillo la sábana.

-¿Y qué?

-¿Qué crees tú? -Jace sacudió la cabeza- ¿Por qué he de decirte cómo me siento cuando tu nunca me dices cómo te sientes? Es como golpearme la cabeza contra la pared, excepto que si me golpeará la cabeza contra la pared, podría detenerme

Los labios de Clary temblaron tanto que se sintió incapaz de hablar.

-¿Crees que es fácil para mí? -soltó- ¿Crees que...?

-¿Clary?

Era Simon, venía por el pasillo con su nuevo andar grácil, sorprendiéndola tanto que volvió a tirar la sábana. Miró a un lado, pero no lo suficientemente rápido para esconder su expresión de él, o secar las gotitas de sus ojos.

-Ya veo -dijo, después de una larga pausa- Siento interrumpirlos

Desapareció en la sala, dejando a Clary mirándole irse con la vista nublada.

-Maldición

Miró a Jace.

-¿Qué te pasa? -le dijo, más ásperamente de lo que planeaba

-¿Por qué tienes que arruinar todo?

Enrolló la sábana entre sus brazos antes de ir tras Simon. Ya estaba en la puerta del frente. Lo alcanzó en el jardín después de cerrar la puerta de golpe tras ella.

-¡Simon! ¿A dónde vas?

Él se dio la vuelta casi flotando.

-A casa. Es tarde... no quiero que el sol me atrape

Dado que el sol no saldría en un montón de horas más, Clary encontró muy pobre esa excusa.

-Sabes que eres bienvenido a quedarte aquí en el día si quieres evitar a tu madre. Puedes dormir en mi habitación...

-No creo que sea una buena idea

-¿Por qué no? No entiendo por qué lo haces

Él le sonrió. Era una sonrisa triste, como si hubiera algo debajo.

-¿Sabes cuál es el peor sentimiento que puedo imaginar?

Ella parpadeó.

-No

-No confiar en la persona que más amo en todo este mundo

Ella puso su mano en su brazo. Él no se quitó, de hecho, no se movió para nada.

-¿Quieres decir...?

-Sí -dijo él, sabiendo que iba a preguntar- Me refiero a ti

-Peo puedes confiar en mí

-Solía pensar que sí -dijo- Pero creo que prefieres sufrir por alguien con quien nunca podrás estar que intentar estar con alguien con que sí No había punto de comparación.

-Sólo dame tiempo -le dijo- Necesito algo de tiempo para sobreponerme... a todo esto

-¿No me dirás que estoy equivocado, verdad? -dijo. Sus ojos se veían más oscuros a la luz opaca del jardín- No ésta vez

-No ésta vez. Lo siento

-No tienes por qué -él se dio la vuelta y caminó a la calle- Al menos es la verdad

Aún si hiere.

Ella metió las manos en sus bolsillos, mirándolo alejarse como si se fundiera con al oscuridad. Regresó para encontrar a Jace y Magnus, que

al parecer no se irían; Magnus quería quedarse un rato más para ver si Maia y Luke se recuperaban según lo planeado. Después de unos minutos de incómoda conversación con un aburrido Magnus mientras Jace, sentado en el banco del piano de Luke estudiaba una partitura y la ignoraba, Clary decidió irse a la cama temprano. Pero el sueño no llegaba. Podía oír la dulce melodía del piano a través de las paredes, pero no era eso lo que la mantenía despierta. Pensaba en Simon dejando una casa que ya no se sentía como un hogar para él, de la voz de Jace diciéndole “Quisiera odiarte” y en Magnus, que no le decía la verdad a Jace: que Alec no le había dicho de su relación porque seguía enamorado de él. Pensó en la satisfacción que le hubiera dado a Magnus decir eso en voz alta, hacerle saber cuál era la verdad, y el hecho de que no lo hubiera dicho (había dejado irse a Alec) porque Alec no quería que lo dijera, y a Magnus le importaba Alec lo suficiente para concederle eso. Tal vez era verdad lo que la Reina de la Corte de los Milagros había dicho: El amor te vuelve mentiroso.

XIII. Una multitud de ángeles rebeldes

La Sonata Nocturna de Ravel tiene tres secciones distintas; Jace había tocado toda la primera cuando se levantó del piano, fue a la cocina, levantó el teléfono de Luke e hizo una llamada. Entonces volvió al piano y a la Sonata. Iba a la mitad de la tercera sección cuando vio una luz atravesar el patio frontal de Luke. La cosa se detuvo frente a la ventana, espiando por ella, pero Jace ya estaba de pie y había tomado su chamarra. Cerró la puerta de Luke con cuidado tras él y bajó los escalones del frente de dos en dos. En el patio, por la banqueta había una motocicleta, aún rugiendo. Se veía como extraña: los escapes se torcían como venas por todo el chasis, y la única luz, ahora opaca, parecía un ojo entrecerrado. En cierto modo, se veía tan viva como el chico sentado cerca de ella, mirando a Jace curiosamente. Usaba una campera de cuero negra y sus cabellos negros bajaban enroscados hasta el cuello de la misma, sintió sus ojos mirándole. Tenía una mueca que exponía sus afilados dientes. Por supuesto, pensó Jace, ni el chico ni la motocicleta estaban “vivos”; ambos funcionaban con energías diabólicas, alimentadas por la noche.

-Rafael -dijo Jace, a modo de saludo

-Mira -dijo Rafael- La traje, como me lo pediste

-Eso puedo verlo

-Y debo decir que me da curiosidad para qué querías algo tan malvado como ésta motocicleta. No es algo que sea parte del Convenio, por un lado, y por el otro, se rumora que ya tienes una.

-Tengo una -admitió Jace, rodeándola para examinarla de todos los ángulos- Pero está en el techo del Instituto y no puedo sacarla, no por ahora

Rafael chasqueó la lengua.

-Parece que ambos somos indeseados en el Instituto

-¿Siguen los chupa sangre en la lista de Los Más Buscados?

Rafael se inclinó hacia un lado y escupió apaciblemente en el piso.

-Nos acusan de asesinatos -dijo enojado- La muerte de las criaturas lobo, el fey e incluso el hechicero, aún cuando ya les dije que no bebemos sangre de hechicero. Es amarga y puede causar daños extraños al que la tome

-¿Le dijiste esto a Maryse?

-Maryse -los ojos de Rafael llamearon- Aún cuando quisiera no puedo hablar con ella. Todas las decisiones las toma la Inquisidora ahora, todas las peticiones y quejas van hacia ella. Es una mala situación, amigo, muy mala

-Y tú me lo dices -dijo Jace- Y no somos amigos. Acordé no hablar con la Clave de lo que le pasó a Simon porque necesitaba tu ayuda. No porque me agrades

Rafael torció la boca, sus dientes brillaron en la oscuridad.

-Tú me agradas -miró hacia otro lado- Curioso -reflexionó- Pensé que tú lo verías diferente ahora que estás en desacuerdo con la Clave. No más el favorito. Creía que algo de tú arrogancia se había quedado con ellos. Pero sigues siendo el mismo.

-Me gusta ser estable -dijo Jace- ¿Me dejarás la moto o no? Sólo me quedan unas horas hasta el amanecer

-¿Eso significa que no me llevarás al hotel? -el vampiro se movió grácilmente lejos de la motocicleta, mientras se movía, Jace vio la cadena dorada alrededor de la garganta

-Nop -Jace subió a la moto- Pero puedes dormir en el sótano debajo de la casa si te preocupa el sol

-Mmm -dijo Rafael, pensativo; era un poco más bajo que Jace, y físicamente se veía más joven, pero sus ojos eran mucho más viejos- ¿Estamos a mano por Simon, Cazador?

Jace apuntó la moto hacia el río.

-Nunca estaremos a mano, chupa sangre, pero al menos esto es un comienzo

Jace no había subido a una moto desde que el clima había cambiado, y le sorprendió un poco el frío viento congelado que se levantaba del río, impregnando su delgada chaqueta y los pantalones de mezclilla con docenas de agujas heladas de hielo. Jace tembló, agradecido de haber pensado en traer guantes de cuero para las manos. Aún cuando el sol apenas acababa de desaparecer, el mundo ya parecía incoloro. El río era de color acero, el cielo gris, y en el horizonte se pintaba una fuerte línea negra. Las luces brillaban sobre los faros de los puentes de Williamsburg y Manhattan. El aire sabía a nieve, aún cuando el invierno estuviera a meses de distancia.

La última vez que había sobrevolado el río, Clary había ido con él, con sus manitas aferradas a su chamarra y sus brazos rodeándolo. Aquella vez no había tenido frío. Le dio la vuelta a la moto violentamente y sintió el vértigo en el estómago; creyó ver su propia sombra sobre el agua, brillando por la orilla. Cuando se enderezó, la vió: un bote con lados de color negro metálico, no delineado y casi incorpóreo, cortaba orgullosamente el agua frente a él. Le recordó a un tiburón, agachado y rápido y mortal. Frenó y bajó con cuidado, en silencio, una hoja le pegó en la frente. No sintió como si estuviera cayendo, sino más bien como si el barco se estuviera acercando hacia él, arrastrado por la corriente. No hubo necesidad de detener el motor; bajó las piernas de la motocicleta y sintió el movimiento del motor, un leve gruñido y luego nada.

Cuando caminó y la miró de reojo, parecía casi como si le estuviera suplicando, como un perro triste al que le han dicho que se quede. Le sonrió.

-Volveré por tú -dijo- He de revisar este barco primero

Había un montón por revisar. Estaba parado en la cubierta, plana, el agua a su izquierda. Todo estaba pintado de negro, la cubierta, el

barandal alrededor; incluso las ventanas en la larga y delgada cabina estaban polarizadas. El barco era más grande de lo que esperaba que sería: quizá del tamaño de una cancha de fútbol, quizá más. No era como alguna otra nave que hubiera visto antes: demasiado grande para un yate, demasiado pequeña para un buque naval, y nunca había visto una nave que estuviera pintada toda de negro. Jace se preguntó de dónde la habría sacado su padre. Dejando la moto, dio una pequeña vuelta alrededor de la cubierta. Las nubes se habían abierto y las estrellas brillaban. Podía ver la ciudad iluminada de ambos lados como si estuviera parado en medio de un callejón oscuro y estrecho. Sus botas hicieron eco contra la cubierta. Se preguntó de pronto si siquiera Valentine estaba ahí. Jace casi nunca había estado en un lugar que se viera tan desierto. Se detuvo un momento en la proa del barco, mirando al río que se deslizaba entre Manhattan y Long Island como una cicatriz. El agua estaba convertida en algo gris, con espuma plateada en cima, y un fuerte viento soplaba, el tipo de viento que sólo sopla en el agua. Sacó las manos de la chamarra y la extendió, dejando que el aire la elevara sobre su espalda como alas, el cabello se le hacía hacia atrás y los ojos se le humedecieron.

Había un lago en la casa de campo en Idris. Su padre lo había enseñado a navegar en él, y le había enseñado el lenguaje del aire y el agua. Todo hombre debería saber navegar, le había dicho. Era una de las pocas veces que decía eso, “hombres” y no sólo “Cazadores de Sombras”. Era un leve recordatorio que se hacía Jace, que seguía siendo parte de la raza humana. Le dio la espalda a la popa, con los ojos picándole, y vio una puerta en la pared de la cabina, con dos ventanas polarizadas. Atravesando rápidamente la cubierta, trató de abrirla; cerrada. Con su estela, hizo un juego de Runas de Abierto en la puerta de metal y ésta se abrió, chirriando por el óxido. Jace atisbó dentro y se encontró metido en un cuartito opaco con una sólo escalera de metal. Olía a óxido y a inhabitado. Dio un paso adelante y la puerta se cerró tras él, con un crujido metálico, sumiéndolo en la oscuridad. Maldijo, tentando la piedra de luz de bruja en su bolsillo. Sintió los guantes tiesos, y los dedos helados. Tenía más frío ahí dentro que en la cubierta. El aire era como hielo. Sacó la mano del bolsillo, temblando, y no sólo por la temperatura. El cabello de su nuca estaba levantado, como si sus nervios estuvieran gritando. Algo estaba mal. Alzó la piedra de bruja y llenó de luz, haciendo que sus ojos lloraran más. A través de la niebla vio la figura de una chica enfrente de él, con las manos entrelazadas en el pecho, su cabello rojo reflejándose en el metal negro alrededor de ellos. Le temblaron las manos, igual que la luz de bruja que ahora parecía una luciérnaga.

-¿Clary?

Ella lo miró, con la cara blanca y los labios temblorosos.

Un millón de preguntas se agolparon en su mente (¿Qué estaba haciendo ahí? ¿Cómo entró al barco?) Un espasmo de terror lo invadió,

mucho peor que cualquiera que hubiera sentido antes. Algo estaba mal con ella, con Clary. Dio un paso al frente, justo cuando sus manos se quitaban de su pecho y se extendían hacia él. Estaban pegajosas de algo rojo. Tenía el frente de su vestido blanco cubierto de sangre como una rosa roja. La tomó con un brazo y la alzó, caminando al frente. Casi tiró la luz de bruja cuando ella se dejó caer sobre él. Podía sentir el latir de su corazón, el roce de su piel contra su barbilla, tan familiares. El olor en cambio, era diferente, ése olor que asociaba con Clary, una mezcla de jabón floral y algodón, ya no estaba; sólo podía oler a sangre y metal. Su cabeza cayó hacia un lado, sus ojos se quedaron en blanco. El frenético latir de su corazón se detenía,

-¡No! -la sacudió, lo suficiente como para que su cabeza cayera en su brazo- Clary ¡Despierta!

La sacudió otra vez, y en ésta ocasión sus pestañas se movieron; sintió alivio y un sudor frío, y entonces abrió los ojos, pero no eran verdes; eran opacos y brillando blancos, blancos y tan cegadores como las luces en la carretera, blancos como el ruido molesto en su mente. He visto estos ojos antes, pensó, y entonces la oscuridad se elevó como una ola, trayendo el silencio con él. Eran agujeros en la oscuridad, dos puntos brillantes de luz contra las sombras. Jace cerró los ojos, tratando de recuperarse. Había un sabor cobrizo en su boca, como de sangre, y casi podía decir que estaba recostado en el metal y que el frío pasaba por entre su ropa hasta su piel. Contó hacia atrás del uno al cien en su cabeza hasta que su respiración se calmó. Entonces abrió los ojos.

La oscuridad seguía ahí, pero se veía más familiar, la noche con estrellas. Estaba en la cubierta del barco, tirado sobre su espalda a la sombra del puente de Brooklyn, que se elevaba sobre el barco como una montaña de metal y piedra. Gruñó y se levantó sobre sus codos... entonces el avistamiento de otra sombra lo congeló, pero esta era humana, inclinándose hacia él.

-Fue un golpe duro en la cabeza el que te diste -dijo la voz que lo perseguía en las pesadillas- ¿Cómo te sientes?

Jace se sentó y de inmediato se arrepintió cuando su estómago rugió. Si al menos hubiera comido algo en las últimas diez horas, tendría algo que vomitar. Como no había sido así el sabor de la bilis le llenó la boca.

-Como en el infierno

Valentine sonrió. Estaba sentado en un montón de cajas vacías, y usaba un traje gris y una corbata, como si estuviera sentado en el elegante escritorio de la casa de campo de los Wayland en Idris.

-Te tengo otra pregunta obvia. ¿Cómo me encontraste?

-Torturé a tu demonio Raum -dijo Jace- Fuiste tú el que me enseñó donde está su corazón. Lo amenacé y me lo dijo... bueno, no son muy brillantes, pero pudo decirme que venían de un barco en el río. Entonces descubrí la sombra de tu barco en el agua. Me dijo que lo habías invocado, pero eso ya lo sabía.

-Ya veo -Valentine parecía estar escondiendo una sonrisa- La próxima vez que quieras venir, deberías llamar. Te salvará de un asqueroso encuentro con mis guardias

-¿Guardias? -Jace se recostó en el metal y respiró hondas bocanadas de aire frío, limpio- ¿Te refieres a los demonios? Usaste la espada para invocarlos

-No negaré eso -dijo Valentine- Las bestias de Lucian derrotaron a muchos de mis Renegados, y no tengo ni el tiempo ni las ganas de crear más. Pero ahora que tengo la Espada Etérea, no los necesito. Tengo a otros

Jace pensó en Clary, sangrando y muriendo en sus brazos. Se puso una mano en la cabeza. Estaba fría porque la había tenido apoyada sobre el metal.

-Ésa cosa en las escaleras -dijo- ¿No era Clary, cierto?

-¿Clary? -Valentine se oía algo sorprendido- ¿Es eso lo que viste?

-¿Por qué no habría de ser posible?

Jace peleó para hacer que su voz sonara indiferente. No solía guardar secretos o mentir, mucho menos a su familia, ni los de él ni los de otras personas, pero sus sentimientos hacia Clary era algo que se había jurado no decir en voz alta. Pero era Valentine con quien hablaba. Miraba todo muy de cerca, estudiándolo, analizando la mejor forma de volver esto una ventaja. En ése sentido, le recordó a Jace a la Reina de la Corte de los Milagros: fría, amenazadora, calculadora.

-Lo que viste en las escaleras -dijo Valentine- era Agramon, el Demonio del Miedo. Agramon toma la forma de lo que más te atemorice. Cuando acaba de infundirte terror, te mata, claro, suponiendo que sigas vivo en ése punto. La mayoría de los hombres (y mujeres) mueren antes de eso. Tendría que felicitarte por aguantar tanto.

-¿Agramon? -se sorprendió Jace- Ése es un Gran Demonio. ¿De dónde sacaste eso?

-Le pagué a un joven hechicero para que lo convocara para mí. Pensó que si el demonio se quedaba en el pentagrama, lo podría controlar. Desafortunadamente para él, su peor miedo era que un demonio que él convocara saliera del pentagrama y lo atacara, y eso fue exactamente lo que le pasó cuando Agramon salió.

-Así que así murió -dijo Jace

-¿Cómo murió quién?

-EL hechicero -dijo Jace- Su nombre era Elías. Tenía dieciséis. Pero eso ya lo sabías ¿verdad? El Ritual de la Conversión Infernal...

Valentine se rió.

-Has estado ocupado ¿no es así? ¿Así que sabes por qué envié a esos demonios a la casa de Lucian?

-Querías a Maia -dijo Jace- Porque es una chica lobo. Necesitabas su sangre

-Envié a los demonios Drevak a espiar la casa de Lucian y luego que regresaran a reportarme lo que vieran -dijo Valentine- Lucian mató a

uno de ellos, pero el otro me dijo de la presencia de una joven licántropo...

-Y enviaste a los demonios Raum por ella -de pronto Jace se sintió cansado- Porque Luke le tenía aprecio y querías herirlo -se detuvo, y luego dijo, en un tono tranquilo- Lo cual, es caer muy bajo, incluso para ti

Por un momento, una chispa de enojo se encendió en los ojos de Valentine; entonces bajó la cabeza y gruñó algo entre dientes.

-Admiro tu obstinación. Se parece mucho a la mía -se levantó y le extendió una mano a Jace- Vamos, camina por la cubierta conmigo. Hay algo que quiero mostrarte

Jace quiso empujar la mano que le ofrecía, pero no estaba seguro, considerando el dolor de su cabeza, no creía poder levantarse sólo. Además, probablemente le convenía no hacer enojar a su padre tan pronto; sin importar lo que Valentine dijese acerca de premiar la rebeldía de Jace, nunca había sido muy paciente con las personas desobedientes. La mano de Valentine estaba fría y seca, curiosamente rasposa. Cuando Jace se hubo levantado, Valentine le soltó la mano y sacó una estela de su bolsillo.

-Déjame curarte eso -dijo, estirando la mano hacia su hijo

Jace se hizo a un lado, después de un segundo de duda que Valentine seguramente notó.

-No quiero tu ayuda

Valentine guardó la estela.

-Como quieras

Comenzó a caminar, y Jace, después de un momento, lo siguió, respirando pausadamente. Conocía a su padre lo suficiente como para saber que nunca voltearía a ver su Jace lo seguía, pero que esperaría a oír sus pasos para comenzar a hablar. Estaba en lo correcto. En el momento en que Jace llegó al lado de su padre, Valentine empezó a hablar. Tenía las manos levemente agarradas en la espalda y las movía con una gracia poco común en una persona de hombros tan anchos. Se inclinaba hacia delante mientras caminaba, casi como si estuviera peleando contra un fuerte viento.

-... si recuerdo correctamente -decía Valentine- estás familiarizado con el Paraíso Perdido de Milton

-Sólo me hiciste leerlo unas diez o quince veces -dijo Jace- Es mejor reinar en el infierno que servir en el cielo, etcétera, y así continúa

-No servilismo -dijo Valentine- No serviré. Fue eso lo que Lucifer inscribió en su bandera cuando cabalgó con una horda de ángeles rebeldes contra una autoridad corrupta

-¿Cuál es tu punto? ¿Qué estás del lado del mal?

-Algunos dicen que Milton estaba en el lado del mal. Su Satán es ciertamente más interesante que su figura de Dios

Casi llegaban al freno de la nave. Se detuvo y se inclinó contra el barandal. Jace hizo lo mismo. Habían pasado los puentes del East River y ahora iban a aguas abiertas entre la Staten Island y Manhattan. Las luces

del centro financiero se reflejaban contra el agua como luz de bruja. El cielo estaba espolvoreado con polvo diamantino y el río escondía sus secretos bajo una gran capa negruzca, rota aquí y allá con la cola plateada de un pez, o una sirena. Mi ciudad, pensó Jace, experimentalmente, pero sus palabras le recordaron las torres de cristal de Alicante, no los rascacielos de Manhattan. Después de un momento Valentine dijo:

-¿Por qué estás aquí, Jonathan? Te pregunté en Ciudad de Hueso si tu odio hacia mí era tan implacable. Casi me rendía contigo.

Su voz era la misma de siempre, pero había algo en ella... no vulnerabilidad sino algo de curiosidad genuina, como si acabara de darse cuenta que Jace era capaz de sorprenderlo. Jace miró al agua.

-La Reina de la Corte de los Milagros me dijo que te preguntara algo -dijo- Me dijo que te preguntara qué sangre corre por mis venas

La sorpresa se esfumó de la cara de Valentine como si un guante hubiera pulido toda expresión.

-¿Hablaste con al Reina?

Jace no dijo nada.

-Es lo que hacen los Justos. Todo lo que dicen tiene más de un significado. Dile, si vuelve a preguntar, que la sangre del Ángel corre por tus venas.

-Y en las de todos los Cazadores de Sombras -dijo Jace, decepcionado. Esperaba una mejor respuesta- ¿No le mentirías a la Reina de la Corte de los Milagros, verdad?

El tono de Valentine era cortante.

-No. Y tú no viniste aquí sólo para hacerme ésa ridícula pregunta. ¿Por qué estás aquí realmente, Jonathan?

-Tenía que hablar con alguien

No era tan bueno controlando su voz como su padre; podía oír el dolor debajo, como la sangre debajo de un moretón.

-Los Lightwood... No soy más que una carga para ellos. Y Luke ha de odiarme ahora. La Inquisidora me quiere muerto. Y Alec... dije algo que lo lastimó y ni siquiera sé qué fue.

-¿Y tu hermana? -dijo Valentine- ¿Qué hay de Clarissa?

-¿Por qué tienes que echar todo a perder? No le agrado demasiado tampoco -dudó- Recuerdo lo que dijiste en Ciudad de Hueso. Que nunca tuviste una oportunidad de decirme la verdad. No confío en ti -añadió- Quiero que sepas eso. Pero creo que nunca te di la oportunidad de decirme el por qué.

-Has de preguntarme algo más que el porqué, Jonathan

Había una nota en la voz de su padre que asustó a Jace... una furia que parecía templar el orgullo de Valentine, como el fuego templaba el acero.

-Hay muchos porqués

-¿Por qué mataste a los Hermanos Silenciosos? ¿Por qué tomaste la Espada Etérea? ¿Qué planeas? ¿Por qué la Copa Mortal no fue suficiente

para ti? -se detuvo antes de hacer más preguntas. ¿Por qué me dejaste de nuevo? ¿Por qué me dijiste que ya no era tu hijo y luego volviste?

-Sabes lo que quiero. La Clave es desconfiada y corrupta y debe ser destruida y construida de nuevo. Idris debe ser liberada de la influencia de razas malditas, y la Tierra estará segura de las fuerzas malignas

-Sí, hablando de fuerzas malignas -Jace miró alrededor, casi como si esperara ver la sombra oscura de Agramon detrás de él- Creí que odiabas a los demonios. Ahora los usas de sirvientes. El Carroñero, los Drevak, Agramon... son empleados tuyos ahora. Guardias, espías, chefs, y eso que yo sepa

Valentine lo detuvo a mitad de la retahíla.

-No soy amigo de los demonios -dijo- Soy un Nephilim, sin importar cuánto pueda pensar que el Convenio es tan inútil como la Ley de fraudulenta. Un hombre no tiene que estar de acuerdo con su gobierno para ser patriota, ¿no es así? Es de un patriota pelear, decir que ama a su país más de lo que le importa su propio lugar en el orden social. Me he rebelado por elección propia, forzado a esconderme, desaparecer de Idris. Pero soy (y siempre seré) un Nephilim. No puedo cambiar la sangre en mis venas aún si lo deseara, cosa que no hago.

Yo sí. Jace pensó en Clary. Miró al agua oscura de nuevo, sabiendo que no era cierto. Rendirse, dejar de cazar, de morir, saber que tenía más habilidades que otros: era imposible. Era un guerrero. No podía ser otra cosa.

-¿Tú sí? -preguntó Valentine

Jace miró hacia otro lado con rapidez, preguntándose si su padre podía leer su cara. Eran sólo ellos dos como no había sido en muchos años. Conocía la cara de su padre más que la de él mismo, o al menos así llegó a ser. Valentine era la única persona a la que no creía poder esconderle lo que sentía. O la primera persona, al menos. A veces sentía como si Clary pudiera ver a través de él como si estuviera hecho de vidrio.

-No -dijo- No lo deseo

-¿Eres un Cazador de Sombras eternamente?

-Lo soy -dijo Jace- a fin de cuentas, eso fue lo que me hiciste

-Bien -dijo Valentine- Era eso lo que quería oír

Se recargó más y alzó la cara, mirando al cielo nocturno. Había trozos grises en su cabello blanco plateado; Jace no lo había notado antes.

-Esto es una guerra -dijo Valentine- La única pregunta es, ¿qué lado escogerás?

-Creí que estábamos del mismo lado. Pensé que era contra los demonios

-Si tan sólo pudiera ser así. ¿No entiendes que si sintiera que la Clave está cuidando de esto, que hacen el mejor trabajo posible, podría yo...? por el Ángel, ¿podría yo pelear contra ellos? ¿Cuál sería la razón?

Poder, pensó Jace, pero no dijo nada. No estaba muy seguro de lo

que quería decir, mucho menos de lo que creía.

-Si la Clave continúa así -dijo Valentine- los demonios verán su debilidad y atacarán, y la Clave, distraída por la interminable corte de razas degeneradas, no estará en condición de repelerlos. Los demonios atacarán y destruirán todo y no dejarán nada

Las razas degeneradas. La palabra se oía moleestamente familiar; le recordó su infancia a Jace, en una forma que no era del todo desagradable. Cuando pensaba en su padre en Idris, siempre tenía la memoria borrosa de un sol cálido abrasando el pasto en el frente de su casa de campo, y de una gran, y oscura figura de hombros anchos inclinándose hacia él para cargarlo adentro de al casa. Debía de haber sido muy joven entonces, y nunca lo olvidó, no cómo olía el pasto (verde, y recién cortado) o el cómo el sol convertía el cabello de su padre en un halo blanco, no tanto como el sentimiento o el ser cargado. O el estar a salvo.

-Luke -dijo Jace, con algo de dificultad- Luke no es un degenerado...

-Lucian es diferente. Una vez fue un Cazador de Sombras -el tono de Valentine era pesado y terminal- Esto no es acerca de específicamente Subterráneos, Jonathan. Es acerca de la supervivencia de todas las criaturas vivientes en éste mundo. El ángel escogió a los Nephilim por una razón. Somos los mejores de este mundo, y debemos salvarlo. Somos la cosa más cercana a los dioses que existe aquí... y debemos usar nuestro poder para salvar este mundo de la destrucción, sin importar lo que eso cueste

Jace se apoyó en los codos, sobre el barandal. Estaba frío: el viento frío se metía por entre su ropa y sus nudillos estaban helados. Pero en su cabeza, veía colinas verdes y agua azul y piedras color miel en la casa de campo de los Wayland.

-En el Antiguo Testamento -dijo- Satanás le dijo a Adán y Eva "Serán como dioses" cuando los tentaba a que pecaran. Y los expulsaron del jardín por eso

Hubo una pausa antes de que Valentine se riera. Dijo:

-Lo ves, es por eso que te necesito Jonathan. Me mantienes alejado del pecado del orgullo.

-Hay toda clase de pecados -Jace se irguió y miró a la cara a su padre- No respondiste mi pregunta acerca de los demonios, padre. ¿Cómo justificas convocarlos, aliarte con ellos? ¿Planeas enviarlos contra la Clave?

-Claro que sí -dijo Valentine, sin dudar, sin detenerse a pensar si era inteligente compartir sus planes con alguien que podría compartirlas con el enemigo.

Jace no podía estar más sobresaltado de lo que su padre planeaba hacer.

-La Clave no entiende por la razón, sólo por la fuerza. Traté de construirme una armada de Renegados; con la Copa, podría crear una

armada de nuevos Cazadores de Sombras, pero tomaría años. Yo no tengo años. Nosotros, la raza humana, no tenemos años. Con la Espada, puedo llamar una armada de demonios sumisos me sirven de herramienta, harán cualquier cosa que yo pida. No tienen elección. Y cuando acabe con ellos, les ordenaré que se destruyan a sí mismos, y eso harán

Su voz estaba carente de emoción. Jace sostenía el barandal tan fuerte que los dedos le habían comenzado a doler.

-No puedes asesinar a cualquier Cazador de Sombras que se te oponga. Eso es genocidio

-No tendré que hacerlo. Cuando la Clave vea el poder que se les viene encima, se rendirán. No son suicidas. Y ahí estarán todos los que me apoyarán -no había arrogancia en la voz de Valentine, sólo calma y certidumbre- Se echarán para atrás cuando la hora llegue

-Creo que subestimas a la Clave -Jace trató de que su voz se oyera firme- Creo que no entiendes cuánto te odian

-El odio es nada comparado con la supervivencia

La mano de Valentine fue hacia su cinturón, donde el brillo de la Espada chispeaba.

-Pero no me tomes la palabra. Te dije que había algo que quería mostrarte. Aquí está

Sacó la espada de su vaina y se la mostró a Jace. Jace había visto a Maellartach antes, en Ciudad de Hueso, colgando de la pared en el pabellón de las Estrellas Susurrantes. Y había visto la empuñadura que sostenía Valentine antes, pero nunca la examinó de cerca. La Espada del Ángel. Estaba oscura, de plata pesada, brillando con luz propia. La luz parecía moverse a través de ella, como si estuviera hecha de agua. En la empuñadura estaba una rosa fiera de luz. Jace habló con la boca seca.

-Muy bonita

-Quiero que la sostengas

Valentine le presentó la Espada a su hijo, como siempre le había enseñado, el mango primero. La Espada parecía brillar oscuramente a la luz de las estrellas. Jace dudó.

-Yo no...

-Tómala

Valentine la presionó en su mano. En el momento en que los dedos de Jace se cerraron alrededor del mango, un haz de luz salió desde arriba de la Espada y bajó hasta la punta de la navaja. Miró rápidamente a su padre, pero Valentine estaba en blanco, sin expresión. Un dolor oscuro se esparció por el brazo de Jace, hasta su pecho. No era que la Espada fuera pesada; no lo era. Más bien parecía querer tirarlo hacia abajo, sacarlo de la nave, a través del agua verdosa del océano, a través del frágil manto de la tierra. Jace sintió como si el aliento se escapara de sus pulmones. Levantó la cabeza y miró alrededor...

Y vio que la noche había cambiado. Una red brillante de hebras doradas flotaba en el cielo, y las estrellas brillaban a través de este,

como uñas clavadas en la oscuridad. Jace vio la curva que formaba el mundo, como alejándose de él, y por un momento, estuvo atorado en medio de toda esa belleza. Entonces la noche pareció romperse, abrirse como un vaso que tira pedazos de vidrio que caen como espadas oscuras, saltó y se cubrió la cara, había un ulular hueco, como un grito que entraba en su cabeza. El viento frío le quemó como si caballos de seis patas le hubieran pasado encima y hubieran esparcido su cuerpo por toda la cubierta del barco. Las cosas que traían tras ellos eran indescriptibles. Cabezas sin ojos, criaturas con alas tiesas, chillando y tirando una cosa verde venenosa. Jace se apoyó contra la baranda, sin poderse controlar, la Espada seguía en su mano. Bajo él, el agua crujía con montones de demonios ponzoñosos bajo ella. Vio criaturas espinosas y chupa sangre (como ojos peleando en masas hirvientes de tentáculos negros y resbalosos) Una sirena cayó en las garras de unos diez, gritó, ya sin esperanzas y se hundió en medio de las aguas lodosas aleteando con furia, sus ojos rojos brillando como charquitos de sangre. La Espada cayó de la mano de Jace y sonó contra el metal de la cubierta. De pronto, el sonido y el espectáculo se fueron y la noche quedó en silencio. Colgaba casi sin fuerzas de la baranda, mirando hacia abajo incrédulo. La superficie estaba vacía, sólo movida por el viento.

-¿Qué fue eso? -murmuró Jace, sentía la garganta seca, como si la hubieran tallado con papel de lija.

Miró a su padre, que había levantado la Espada Etérea de la cubierta, donde Jace la había tirado.

-¿Son esos los demonios que llamaste?

-No -Valentine volvió a envainar a Maellartach- Esos son los demonios que han sido llevados a los bordes de este mundo por la Espada. Traje mi barco aquí porque las olas son más bajas aquí. Lo que viste fue mi ejército, esperando del otro lado de las olas... esperando a ser llamados -sus ojos estaban más grises de lo normal- ¿Aún piensas que la Clave no lo pensará dos veces?

Jace cerró los ojos y dijo:

-No todos ellos... no los Lightwood

-Podrías convencerlos. Si te alias conmigo, juro que nada los dañará

La oscuridad de los ojos de Jace se hizo roja. Había estado imaginando las cenizas de la vieja casa de Valentine, los huesos negros de los abuelos que nunca conoció. Ahora veía otras caras. La de Alec, Isabelle, Max, Clary.

-Ya los he herido demasiado -murmuró- Nada debe pasarles ya. Nada

-Por supuesto. Entiendo

Y Jace notó, para su sorpresa que Valentine sí entendía, que de alguna manera veía lo que nadie más parecía ver o entender.

-Crees que es tu culpa, todo lo que les ha pasado a tus amigos, a tu familia

-Pero sí es mi culpa

-Tienes razón. La es

En ese momento, Jace lo miró completamente sorprendido. El asombro de ser entendido peleaba con horror y alivio en medidas iguales.

-¿Lo es?

-El daño no fue deliberado, claro. Pero tú eres como yo. Somos veneno que destruye todo lo que amamos. Hay una razón para ello

-¿Cuál es ésa?

Valentine oteó al cielo.

-Estamos destinados a servir a otro propósito, tú y yo. Las distracciones del mundo son sólo eso, distracciones. Si nos permitimos apartarnos del camino por ellas, somos castigados

-¿Y nuestro castigo cae en todos los que nos importan? Eso parece injusto para ellos

-El destino nunca es justo. Estas en medio de una corriente más fuerte que tú mismo, Jonathan; pelea contra ella y no sólo te lastimarás a ti sino también a aquellos que tratarán de salvarte. Nada con ella, y sobrevivirás.

-Clary...

-Ningún daño se le hará a tu hermana si te unes a mí. Iré hasta el fin del mundo para protegerla. La traeré a Idris, donde nada podrá pasarle. Te prometo eso.

-Alec, Isabelle, Max...

-Los chicos Lightwood también, contarán con mi protección

Jace dijo suavemente:

-Luke...

Valentine dudó, entonces dijo:

-Todos tus amigos serán protegidos ¿Por qué no me crees, Jonathan? Esto es lo único que puede salvarlos. Lo juro

Jace no podía hablar. Dentro de él el frío del invierno peleaba contra el recuerdo del verano.

-¿Has decidido? -dijo Valentine

Jace no podía verlo, pero podía sentir lo Terminal de su pregunta. Incluso sonaba iracundo. Jace abrió los ojos. La luz de las estrellas eran pequeñas luces quemantes contra sus ojos; y por un momento no fue capaz de otra cosa que verlas. Dijo:

-Sí padre. He decidido

Parte Tres Dias Irae

*Día de ira, día de ignición
Anunciado por Seer y Sibyl
Será cenizas la creación
-Abraham Coles*

XIV. Sin Miedo

Cuando Clary despertó, la luz se colaba por las ventanas y le dolía la mejilla izquierda. Se dio la vuelta y se dio cuenta de que se había quedado dormida sobre su cuaderno de dibujo y se había clavado la espiral en la cara, se había chorreado la pluma y había una mancha negra sobre el cubrecama. Con un bostezo se sentó, se talló la cara y entró al baño. El baño mostraba símbolo se de las actividades de la noche anterior; había sábanas ensangrentadas en la basura y sangre pegada al fregadero. Clary se encogió de hombros y entró a la bañera con una botella de champú de moras, decidida a hacer desaparecer cada mancha que tuviera sobre la piel.

Después de eso, se envolvió en una de las batas de Luke y se enrolló una toalla alrededor del cabello y abrió la puerta, descubriendo a Magnus del otro lado, con una mano enredada en el cabello y una toalla en la otra. Debió de haberse quedado dormido en el sofá, porque de un lado tenía el cabello aplastado y del otro aún llevaba las puntas alzadas.

-¿Por qué las chicas tardan tanto en ducharse? -inquirió- Chicas mortales, Cazadoras de Sombras, brujas, todas son iguales. Estoy envejeciendo aquí afuera.

Clary se hizo a un lado para dejarlo pasar.

-¿Cuántos años tienes, de todos modos? -preguntó curiosa

Magnus le guiñó un ojo.

-Digamos que estaba vivo cuando el Mar Muerto era un charquito de agua dulce

Clary puso los ojos en blanco. Magnus hizo un mohín con la mano y un ruidito como el que se hace para correr a los gatos.

-Ahora muévete a un lado. Necesito entrar; mi cabello es un asco

-No uses todo el champú, es caro -le dijo Clary y caminó hacia la cocina, donde buscó un par de filtros y los metió en la cafetera.

El familiar goteo y el olor a café le quitaron el sentimiento de vacío. Mientras hubiera café en el mundo, ¿qué era lo peor que podía pasar? Caminó hacia el dormitorio y se vistió. Diez minutos después, en jeans y una camiseta a rayas azules y verdes, estaba en la sala sacudiendo a Luke para despertarlo. Él se sentó gruñendo, tenía el cabello encrespado sobre los ojos.

-¿Cómo te sientes? -preguntó Clary, sosteniendo una taza de café caliente frente a su cara

-Mejor ahora -miró hacia su camisa, los bordes estaban manchados de sangre- ¿Y Maia?

-Durmiendo en tu habitación ¿recuerdas? Dijiste que podía quedarse ahí

Clary se acurrucó en el brazo del sofá. Luke se talló los ojos.

-No recuerdo muy bien qué pasó ayer -admitió- Recuerdo haber ido en la camioneta y después de eso casi nada

-Había más demonios escondidos afuera. Te atacaron. Jace y yo

nos encargamos de ellos

-¿Más Drevak?

-No -admitió Clary con reticencia- Jace dijo que eran demonios Raum

-¿Demonios Raum? -Luke se sentó derecho- Eso es algo serio. Los Drevak son sólo como plagas peligrosas, pero los Raum...

-Está bien -le dijo Clary- Nos deshicimos de ellos

-¿Se deshicieron de ellos? ¿O Jace se deshizo de ellos? Clary, no quiero que tú...

-No fue así -ella sacudió la cabeza- Fue como...

-¿No estaba Magnus ahí? ¿Por qué no los ayudó? -la interrumpió Luke, molesto

-Estaba curándote, por eso no fui -dijo Magnus, entrando a la sala, oliendo mucho a moras.

Tenía el cabello envuelto en una toalla y vestido con un chándal de satín azul con franjas plateadas en un lado.

-¿Dónde está ésa gratitud?

-Estoy agradecido -dijo Luke, que parecía a la vez enojado y tratando de no reír- Es sólo que si algo le pasara a Clary...

-Tú te hubieras muerto si hubiera ido con ellos -dijo Magnus, saltando hacia una silla- Y entonces Clary hubiera estado mucho peor. Ella y Jace se encargaron de los demonios perfectamente ¿o no?

Él miró a Clary. Ella hizo un ruidito como de asentimiento.

-Ya ves, eso era todo lo que...

-¿Qué es todo?

Era Maia, aún con las ropas que había usado la noche anterior, con una de las grandes camisas de Luke sobre su camisa. Caminó con cuidado hacia la habitación y se sentó con delicadeza en una silla.

-¿Es café eso que huelo? -preguntó ella, esperanzada y olisqueando

Honestamente, pensó Clary, era injusto que una chica lobo fuera bonita y llena de curvas; debería ser grande y de hombros anchos y de ser posible, con pelo saliéndole de las orejas. Y ésa, añadió Clary en silencio, es la razón por la que nunca tuve amigas y pasaba todo el tiempo con Simon. Tengo que comenzar a ser amable. Se levantó.

-¿Quieres que te traiga?

-Claro -asintió Maia- ¡Azúcar y leche! -le gritó cuando Clary salió del cuarto, pero para ése entonces ya había regresado de la cocina, con la taza en la mano, la chica lobo frunció el ceño- No recuerdo lo que pasó ayer -dijo- pero recuerdo algo de Simon, algo que me molestaba...

-Bueno, trataste de matarlo -dijo Clary, regresando al brazo del sillón- A lo mejor era eso

Maia tosió, mirando hacia su café.

-Lo había olvidado. Es un vampiro ahora -miró a Clary- No quise lastimarlo. Es sólo que...

-¿Sí? -Clary alzó las cejas- ¿Sólo que qué?

La cara de Maia se volvió de poco en poco de un color rojo oscuro. Dejó el café en la mesa junto a ella.

-Deberías mentir -aconsejó Magnus- He descubierto que es lo mejor que puedes hacer cuando has herido a alguien

Los ojos de Maia se llenaron de lágrimas de pronto. Clary miró hacia Magnus horrorizada (él se veía igual, notó) y entonces a Luke.

-Haz algo -le dijo, con la voz de un hilo

Magnus podría ser un hechicero que podía sanar grandes heridas con un poco de fuego azul, pero Luke era la mejor opción de los dos para lidiar con adolescentes llorosas. Luke ya había empezado a patear abajo la sábana, preparándose para levantarse, pero antes de que pudiera levantarse, la puerta frontal se abrió y dejó entrar a Jace, seguido de Alec, que cargaba una caja blanca. Magnus se quitó rápidamente la toalla de la cabeza y la escondió atrás del sillón. Sin la gomina y el brillo, su cabello era oscuro y lacio, casi hasta sus hombros. Los ojos de Clary se dirigieron de inmediato hacia Jace, como siempre; no podía evitarlo, pero al menos nadie se dio cuenta.

Jace se veía impetuoso, con los hombros tensos, pero también un poco agotado, tenía los ojos rodeados de gris, mismos que deslizó por encima de Clary sin detenerse y aterrizaron en Maia, que lloriqueaba en silencio y no parecía haberlos visto llegar.

-Todos de buen humor, ya veo -observó él- ¿Subiéndose la moral?

Maia se limpió los ojos.

-Mierda -farfulló- Odio llorar enfrente de cazadores

-Entonces ve a llorar a otro cuarto -su voz se oía desprovista de calor- No es como si necesitáramos a alguien lloriqueando aquí mientras hablamos ¿cierto?

-Jace -comenzó Luke, advirtiéndole, pero Maia ya se había levantado y entrado a la cocina

Clary miró a Jace.

-¿Hablando? No estamos hablando

-Pero eso haremos -dijo Jace, sentándose en la banca del piano y balanceando sus largas piernas- Magnus quiere gritarme ¿verdad, Magnus?

-Sí -dijo Magnus, mirando a Alec sólo lo suficiente como para fruncir el ceño- ¿Dónde demonios estabas? Creía haber sido claro cuando dije que nos quedaríamos en casa

-Creía que no tenía alternativa -dijo Clary- Creía que tenía que quedarse donde tu estuvieras. Tu sabes, por eso de la magia

-Por lo regular, sí -dijo Magnus- pero anoche, después de todo lo que hice mi magia se... agotó

-¿Se agotó?

-Sí -Magnus se veía más molesto que nunca- Incluso al Hechicero Jefe de Brooklyn se le agota la magia. Soy sólo un humano. Bueno -añadió- medio humano

-Pero debiste haber sabido que tu magia se agotaría -dijo Luke,

amablemente- ¿cierto?

-En efecto, e hice que el pequeño bastardo jurara quedarse en casa
-Magnus miró a Jace- Ahora ya sé cuánto vale un juramento para un Cazador de Sombras

-Tienes que hacer que diga palabras exactas -dijo Jace- Sólo el llamado del Ángel puede hacerme cumplir mis promesas

-Cierto -dijo Alec. Era la primera vez que hablaba desde que habían entrado

-Claro que es cierto -Jace alzó la taza de café y dio un sorbo. Hizo una mueca- Azúcar

-¿Dónde estuviste anoche? -preguntó amargamente Magnus- ¿Con Alec?

-No podía dormir, así que fui a dar un paseo -dijo Jace- Cuando volví me encontré a este pobre chico rondando el patio de enfrente - apuntó a Alec

Los ojos de Magnus chispearon.

-¿Estuviste aquí toda la noche? -preguntó a Alec

-No -dijo él- Fui a casa y regresé. Llevo otra ropa. Mira

Todos miraron. Alec usaba un suéter oscuro y jeans, los mismos que traía la noche anterior. Clary decidió darle el beneficio de la duda.

-¿Qué hay en la caja? -preguntó ella

-Oh. Ah -Alec miró a la caja como si la hubiera olvidado- De hecho, donas

Abrió la caja y la puso en la mesita de café.

-¿Alguien quiere?

Todos, al parecer, querían una. Jace quería dos. Después de comer, Luke pareció revitalizado; pateó la sábana y se recargó en el sillón.

-Hay algo que no entiendo -dijo

-¿Sólo algo? Entonces vas más adelantado que nosotros -dijo Jace

-Ustedes dos fueron detrás de mi cuando vieron que no volví a casa -dijo Luke, mirando de Clary a Jace

-Nosotros tres -dijo Clary- Simon vino también

Luke hizo una mueca.

-Bien. Los tres. Había dos demonios pero Clary dice que no los mataron. ¿Qué pasó entonces?

-Hubiera matado al mío, pero huyó -dijo Jace- Si no...

-¿Pero por qué harían eso? -inquirió Alec- Dos de ellos, tres de ustedes... ¿se sentirían en desventaja?

-Sin ofender al resto de ustedes, pero el único que se ve fuerte es Jace -dijo Magnus- Un Cazador de Sombras sin entrenamiento y un vampiro asustado...

-Creo que fui yo -dijo Clary- Quizá los asusté

Magnus parpadeó.

-¿No acabo de decir que...?

-No digo que los asusté por ser terrorífica -dijo Clary- Creo que fue esto

Alzó la mano, girándola para que pudieran ver la Marca en su antebrazo. Nadie habló. Jace se veía asombrado, luego nada; Alec parpadeó, y Luke se quedó sin habla.

-No había visto ésa Marca antes -dijo al fin- ¿Alguno de ustedes sí?

-No -dijo Magnus- Pero no me gusta

-No estoy segura de lo que es, o lo que significa -dijo Clary, bajando el brazo- Pero no viene del Libro Gris

-Todas las runas vienen del Libro Gris -la voz de Jace era firme

-Ésta no -dijo Clary- La vi en un sueño

-¿En un sueño? -Jace se veía furioso, como si Clary lo hubiera insultado- ¿A qué crees que juegas, Clary?

-No estoy jugando a nada. ¿No recuerdas cuando estuvimos en la Corte de los Milagros...?

Jace la miró como si ella lo hubiera golpeado. Clary continuó rápidamente, antes de que la interrumpiera.

-¿... y la Reina nos dijo que éramos experimentos? ¿Que Valentine nos había hecho algo, para hacernos diferentes, especiales? Ella me dijo que tenía el don de las palabras que no podían ser dichas, ¿y el tuyo era el don del Ángel?

-Ésas fueron tontería de hada

-Las hadas no mienten, Jace. Las palabras que no se dicen... se refería a las runas. Cada una tiene un significado diferente, pero se dibujan, no se dicen en voz alta -continuó, ignorando su mirada dudosa- ¿Recuerdas cuando me preguntaste cómo abrí tu celda en Ciudad Silenciosa? Te dije que sólo había usado una runa regular de Abierto...

-¿Eso fue todo? -Alec parecía sorprendido- Entré justo detrás de ti y parecía como si alguien hubiera arrancado la puerta de sus goznes

-Y mi runa no sólo abrió la puerta -dijo Clary- Abrió lo que estaba dentro de la celda también. Abrió las esposas de Jace -tomó aire- Creo que la Reina quería decir que puedo dibujar runas que son más poderosas que las ordinarias. Y quizá hasta crear nuevas

Jace sacudió la cabeza.

-Nadie crea nuevas runas...

-Quizá ella pueda, Jace -Alec sonaba pensativo- Es verdad, nadie aquí ha visto la Marca que tiene en su brazo

-Alec tiene razón -dijo Luke- Clary, ¿por qué no traes tu libreta de dibujo?

Ella lo miró sorprendida. Sus ojos azul grisáceo estaban cansados, un poco brillantes, pero tenían la misma seguridad que cuando, teniendo ella seis años, le dijo que subiera al pasamanos, y le prometió que no se caería, y que si lo hacía, siempre estaría ahí para levantarla. Y siempre había sido así.

-Bien -dijo- Ahora vuelvo

Para llegar a la habitación de huéspedes, Clary tenía que cruzar la cocina, donde encontró a Maia sentada sobre la barra, se veía miserable.

-Clary -dijo, saltando hacia abajo- ¿Puedo hablar contigo un

segundo?

-Voy a mi cuarto por algo que...

-Mira, siento de verdad lo que le pasó a Simon. Deliraba

-¿Ah sí? ¿Qué pasó con eso de que todos los hombres lobos estaban destinados a odiar a los vampiros?

Maia suspiró exasperada.

-Y así es, pero... creo que me salí de control

-No me lo expliques a mí, sino a Simon

Maia se ruborizó de nuevo.

-Dudo que quiera hablar conmigo

-Lo hará. Perdona muchas cosas

Maia la miró de cerca.

-No es que quiera entrometerme, pero ¿ustedes dos están saliendo?

Clary se sintió ruborizar y le agradeció a los sartenes que colgaban del techo por darle algo de protección.

-¿Por qué quieres saberlo?

Maia se encogió de hombros

-La primera vez que lo vi, me dijo que eras su mejor amiga, pero luego dijo que eras su novia. Me preguntaba si era algo temporal

-Algo así. Éramos mejores amigos. Es una larga historia

-Ya veo -el rubor de las mejillas de Maia se había desvanecido y ahora su rostro volvía a ser el mismo, de chica ruda- Bueno, tienes suerte, eso era todo. Incluso si ahora es un vampiro. Has de estar acostumbrada a todas esas cosas, siendo cazadora, apuesto a que no te molesta

-Me molesta -dijo Clary, más agudamente de lo que planeaba- No soy Jace

Maia compuso la cara, se veía comprensiva.

-Nadie lo es. Y creo que lo sabe

-¿Y eso que significa?

-Oh, tu sabes. Jace me recuerda a un novio que tuve. Hay chicos que sólo te miran como si quisieran sexo. Jace te mira como si ya hubieran tenido sexo, fue genial y ahora son sólo amigos... incluso si tu quieres algo más. Vuelve locas a las chicas. ¿Entiendes lo que digo?

Sí, pensó Clary.

-No -dijo

-Supongo que tú no lo sientes, siendo su hermana. Tendrás que confiar en mí

-Tengo que irme -Clary casi estaba fuera de la cocina cuando algo la hizo volver- ¿Qué le pasó?

Maia parpadeó.

-¿Qué le pasó a quién?

-Tu ex novio. El que te recuerda a Jace

- Oh -dijo Maia- Fue el quien me convirtió en licántropo

-Ah, ya entendí -dijo Clary

Regresó a la sala con su cuaderno de dibujo y una caja de colores Prismacolor en la mano. Jaló una silla de las de la mesa del comedor, tan poco usada (Luke siempre comía en la cocina o en la oficina, y la mesa estaba cubierta de papeles y cuentas pasadas) y se sentó, con el cuaderno frente a ella. Se sintió como si estuviera en un examen de arte en la escuela. Dibuja esta manzana.

-¿Qué quieren que haga?

-¿Qué crees tú?

Jace seguía en el banco, con los hombros inclinados al frente; parecía no haber dormido toda la noche. Alec estaba recargado en el piano, probablemente porque era lo más lejos de Magnus que podía estar.

-Jace, ya fue suficiente -Luke estaba sentado derecho, pero parecía costarle- Dijiste que podías dibujar runas nuevas ¿Clary?

-Dije que creía

-Bueno, quisiera que trataras

-¿Ahora?

Luke sonrió levemente.

-¿Tienes otra cosa en mente?

Clary abrió el cuaderno en una hoja en blanco y la miró. Nunca un papel se había visto tan vacío. Podía sentir a todos en la habitación, mirándola. Magnus con su curiosidad antigua, templada; Alec demasiado preocupado de sus problemas como para importarle los de ella; Luke esperanzado; y Jace con un brillo frío y amenazador. Ella recordó que le había dicho que deseaba odiarla y se preguntó si algún día sucedería. Dejó el lápiz.

-No puedo hacerlo así. No sin una idea

-¿Qué clase de idea? -dijo Luke

-Digo, ni siquiera sé qué runas existen. Necesito saber un significado, una palabra, antes de poder dibujarle una runa

-Es lo suficientemente difícil para todos nosotros recordar una runa... -comenzó Alec, pero Jace, para sorpresa de Clary lo interrumpió

-¿Qué tal -dijo con cuidado- sin miedo?

-¿Sin miedo? -hizo eco ella

-Hay una runa para la valentía -dijo Jace- Pero nada para quitar el miedo. Y si tu, como dices puedes dibujar runas nuevas... -miró alrededor, y vio a Alec y a Luke mirándolo sorprendidos- Miren, es sólo que recordé que no hay una, es todo. Y parece lo suficientemente inofensivo

Clary miró a Luke, que se encogió de hombros.

-Bien -dijo

Clary tomó un lápiz gris oscuro de la caja y puso la punta en el papel. Pensó en formas, líneas, curvas; pensó en los signos del Libro Gris, antiguos y perfectos, tan místicos que no se podían expresar con palabras. Una voz suave le habló dentro de su cabeza: ¿Quién eres tú, para creer que puedes hablar el lenguaje del cielo? El lápiz se movió. Ella

estaba casi segura de no haberlo movido, pero cruzó el papel, describiendo una simple línea. Sintió el corazón saltar, pensó en su madre, sentada soñadora frente a su caballete, creando su propia versión del mundo con tinta y pintura de aceite. Pensó ¿Quién soy yo? Soy la hija de Jocelyn Fray. El lápiz se movió de nuevo, y esta vez el aliento se le entrecortó; se descubrió murmurando una palabra, en voz baja.

-Sin miedo. Sin miedo

La pluma se regresó, y ahora más parecía guiarla a ella que ella a la pluma. Cuando hubo terminado, dejó el lápiz y miró la hoja un momento, maravillada por el resultado. La runa terminada de Sin miedo era un vórtice de líneas fuertemente trazadas: una runa tan rápida y aerodinámica como un águila. Arrancó la hoja y alzó la página para que todos pudieran verla.

-Aquí está -dijo, y fue recompensada por una mirada asombrada en la cara de Luke (así que después de todo no le había creído) y la mirada sorprendida por un segundo de los ojos de Jace.

-Genial -dijo Alec

Jace se levantó y cruzó la habitación, quitándole la hoja de las manos

-¿Pero funciona?

Clary se preguntó si en realidad quería decir eso o sólo lo hacía por ser desagradable.

-¿Qué quieres decir?

-Digo que ¿cómo sabemos que funciona? Justo ahora es sólo un dibujo, no le puedes quitar el miedo a una hoja de papel, porque no tiene ninguno. Tenemos que probarlo con uno de nosotros antes de asegurarnos de que es una runa de verdad

-No creo que sea una buena idea -dijo Luke

-Es una idea fabulosa -Jace dejó el papel en la mesa y comenzó a arremangarse la chamarra- Tengo una estela que podemos usar. ¿Quién me la pone?

-Un conjunto de palabras con varios sentidos -murmuró Magnus

Luke se levantó.

-No -dijo- Jace, ya te comportas como si nunca hubieras oído la palabra "miedo". No sé como haría la diferencia probarla contigo

Alec hizo un ruidito como de risa ahogada. Jace simplemente sonrió de manera poco amigable.

-He oído la palabra -dijo- Simplemente elegí creer que no se aplica a mí

-Exactamente ése es el problema -dijo Luke

-Bien, ¿por qué no la pruebo en ti, entonces? -dijo Clary, pero Luke sacudió la cabeza

-No puedes Marcar a los Subterráneos, Clary, no hará ningún efecto notorio. La enfermedad diabólica que causa la licantropía evita que las Marcas surtan efecto

-Entonces...

-Úsala en mí -dijo Alec, inesperadamente- Creo que podría lidiar con algo menos de miedo

Se quitó la chamarra y la colgó sobre el piano antes de cruzar la habitación y detenerse enfrente de Jace.

-Aquí. Marca mi brazo

Jace miró a Clary.

-¿Quieres hacerlo tú?

Ella negó con la cabeza.

-Lo más seguro es que tú seas mejor poniendo Marcas de lo que yo soy

Jace se encogió de hombros.

-Levanta la manga, Alec

Obedientemente, Alec se remangó la manga. Ya había una Marca permanente en la parte de arriba de su brazo, un conjunto elegante de líneas que le darían un balance perfecto. Todos se inclinaron al frente, hasta Magnus, mientras Jace cuidadosamente trazaba las líneas de la Runa de Sin Miedo en el brazo de Alec, justo debajo de la Marca existente. Alec hizo una mueca cuando la estela hizo un camino sobre su piel. Cuando Jace hubo terminado, guardó la estela en su bolsillo y se detuvo un momento a contemplar su trabajo.

-Bueno, se ve bien -anunció- Tanto si funciona como si no...

Alec tocó su nueva marca con la punta de sus dedos, y alzó la cabeza para mirar a todos los demás.

-¿Y?

-¿Y qué? -Alec bajó su manga, cubriendo la Marca

-¿Cómo te sientes? ¿Diferente?

Alec parecía considerarlo.

-Sinceramente no

Jace dejó caer las manos.

-Así que no funcionó

-No necesariamente -dijo Luke- Quizá no haya nada que la active.

Tal vez no hay nada que atemorice a Alec

Magnus miró a Alec y alzó las cejas.

-Bu -dijo

Jace frunció el ceño.

-Vamos, seguramente tienes una fobia o dos. ¿Qué te asusta?

Alec lo pensó un momento.

-Arañas -dijo

Clary miró a Luke.

-¿Tienes alguna araña?

Luke se veía exasperado.

-¿Por qué tendría una araña? ¿Parezco alguien que las colecciona?

-Sin ofender -dijo Jace- Pero en realidad sí

-Sabes -el tono de voz de Alec era ácido- quizá esto es un experimento estúpido

-¿Qué hay de la oscuridad? -sugirió Clary- Podríamos encerrarte en el sótano

-Soy un cazador de demonios -dijo Alec, con un tono de paciencia exagerada- Claramente, no le temo a la oscuridad

-Bueno, podría ser

-Pero no

Clary fue interrumpida por el timbre en la puerta. Miró a Luke, que alzaba las cejas.

-¿Simon?

-No podría ser. Es de día

-Oh, claro -lo había olvidado de nuevo- ¿Quieres que vaya?

-No -él se levantó, con un gemido de dolor- Estoy bien. Probablemente es alguien preguntando por qué la librería está cerrada

Cruzó la habitación y abrió la puerta. Sus hombros se hicieron hacia atrás con sorpresa; Clary oyó una voz familiar, una voz femenina molesta y aguda, y un segundo después Isabelle y Maryse Lightwood empujaron a Luke para entrar, seguidas de la figura amenazadora de la Inquisidora. Detrás de ellos estaba un hombre alto de cabello negro y piel olivácea, con un toque moreno. Aún cuando hubieran pasado años de eso, Clary lo reconoció por la foto que Hodge le había mostrado. Era Robert Lightwood, el padre de Alec e Isabelle. La cabeza de Magnus se levantó. Jace palideció marcadamente, pero no mostró otra emoción. Y Alec... Alec miró a su hermana, luego a su madre, luego a su hermana, y entonces a Magnus, sus ojos claros y de azul celeste se oscurecieron con resolución. Dio un paso al frente, interponiéndose entre sus padres y el resto de las personas de la habitación. Maryse, viendo a su hijo mayor en su camino hacia la sala de Luke, habló enfadada.

-Alec ¿qué haces aquí? Creí haberte dicho claramente que...

-Madre -la voz de Alec era firme, implacable y para nada calmada- Padre. Tengo algo que decirles -les sonrió- Estoy viendo a alguien

Robert Lightwood miró a su hijo algo exasperado.

-Alec -dijo- Es un mal momento

-Sí lo es. Esto es importante. Mira, no es cualquier persona -las palabras de Alec parecían fluir como fuente, mientras sus padres lo miraban confusos. Isabelle y Magnus lo miraban como deseando que se quedara callado- Estoy viendo a un Subterráneo. De hecho, es un he...

Los dedos de Magnus chasquearon rápidamente, en dirección a Alec. Hubo un tajo en el aire cuando Alec (con los ojos en blanco) caía al suelo, como un árbol talado.

-¡Alec!

Maryse se llevó la mano a la boca. Isabelle, que había estado parada junto a él, se agachó junto a él. Pero Alec ya había comenzado a despertar, los ojos levemente abiertos.

-¿Qué... qué... por qué estoy en el suelo?

-Ésa es una buena pregunta -Isabelle miró a su hermano- ¿Qué fue eso?

-¿Qué fue qué? -Alec se levantó, con las manos en la cabeza. Una mirada de alarma atravesando su cara- Espera... ¿dije algo? Antes de desmayarme...

Jace rió.

-¿Y nos preguntábamos si el dibujo de Clary había funcionado? - preguntó- Parece que sí

Alec lo miró horrorizado.

-¿Qué dije?

-Dijiste que estabas viendo a alguien -le dijo su padre- Aún así, no nos aclaraste por qué era tan importante

-No lo es -dijo Alec- Dijo, no estoy viendo a nadie. Y no es importante. O no lo sería si estuviera viendo a alguien, cosa que no

Magnus lo miró como si fuera a decirle que era un idiota y hacerle algo peor que desmayarlo.

-Alec ha estado delirando -dijo- Un efecto secundario de toxinas de demonio. Pero estará bien.

-¿Toxinas de demonio? -la voz de Maryse se volvió un chillido- Nadie reportó un ataque de demonio en el Instituto ¿Qué está pasando aquí, Lucian? Esta es tu casa ¿no es así? Sabes perfectamente que tienes que reportar cualquier ataque de demonios que...

-Luke también fue atacado -dijo Clary- Estaba inconsciente

-Qué conveniente. Todos están o inconscientes o delirando -dijo la Inquisidora. Su voz aguda cortó la habitación, silenciando a todos- Subterráneo, sabes perfectamente que Jonathan Morgenstern no debería estar en tu casa. Sino encerrado bajo el cuidado del hechicero

-Tengo un nombre, ¿sabe? -dijo Magnus- No -añadió, pensándose los dos veces- es que importe mucho, la verdad. De hecho, olvide que dije algo

-Sé tu nombre, Magnus Bane -dijo la Inquisidora- Has fallado al cumplir tu deber una vez: no tendrás una segunda oportunidad

-¿Fallar en mi deber? -frunció el ceño Magnus- ¿Sólo por traer al chico aquí? No había nada en el contrato que firmé que dijera que no podía traerlo conmigo

-Ésa no fue tu falla -dijo la Inquisidora- Dejar que viera a su padre anoche, ésa fue tu falla

Todos se quedaron callados. Alec se levantó, buscando los ojos de Jace, pero Jace no lo miraba. Su cara era una máscara.

-Eso es ridículo -dijo Luke. Clary nunca antes lo había visto tan enojado- Jace ni siquiera sabe donde está Valentine. Deja de acusarlo

-Acusar es lo que hago, Subterráneo -dijo la Inquisidora- Es mi trabajo -miró a Jace- Di la verdad chico -le dijo- y será mucho más fácil para ti

Jace levantó la barbilla.

-No tengo que decirte nada.

-Si eres inocente, ¿por qué no te exoneras a ti mismo? Dinos donde estuviste anoche. Cuéntanos acerca del pequeño barco de Valentine

Clary lo miró. *Fui a caminar* dijo. Pero eso no significa nada. Quizá si había ido a dar un paseo. Pero su corazón, su estómago le decían lo contrario. *¿Sabes cuál es el peor sentimiento que puedo sentir?* había dicho Simon. *No confiar en la persona que amas más en todo el mundo.* Jace no habló, Robert Lightwood dijo, con su voz profunda y grave.

-¿Imogen? Estás diciendo que Valentine está (estaba)...

-En un barco en medio del East River -dijo la Inquisidora- Es correcto

-Es por eso que no lo podía encontrar -dijo Magnus, más para sí mismo- Toda ésa agua... interrumpía mi hechizo

-¿Qué hace Valentine en medio del río? -dijo Luke, confundido

-Pregúntale a Jonathan -dijo la Inquisidora- Tomó una motocicleta del clan de los vampiros y la voló hasta el barco. ¿No es eso cierto, Jonathan?

Jace no dijo nada. Su cara era indescifrable. La Inquisidora, aún así, se veía hambrienta, como si se estuviera alimentando del suspenso en la habitación.

-Mete la mano al bolsillo de tu chamarra -dijo- Saca el objeto que has estado cargando desde que dejaste el Instituto

Lentamente, Jace hizo lo que le pedían. Mientras sacaba la mano del bolsillo, Clary reconoció el objeto brillante que sostenía. Una pieza del espejo del Portal.

-Dámela

La Inquisidora extendió la mano. Él dudó; el borde del vidrio lo cortó, y sangre se esparció por su palma. Maryse hizo un ruido leve, pero no se movió.

-Sabía que regresarías al Instituto por esto -dijo la Inquisidora, casi feliz- Sabía que eras muy sentimental y que no lo dejarías atrás

¿Qué es eso? -Robert Lightwood se veía extrañado

-Un trozo del Portal con forma de espejo -dijo la Inquisidora- Cuando el Portal fue destruido, la imagen de su último destino se conservó -le dio la vuelta entre sus dedos arácnidos- En éste caso, la casa de campo de los Wayland

Los ojos de Jace siguieron el movimiento del espejo. En una parte de él, se veía una parte de cielo azul. Se preguntó si habría llovido en Idris. Con un movimiento rápido y brusco, irregular en ella, la Inquisidora tiró al suelo el espejo. Se rompió y se convirtió en polvo plateado. Clary oyó a Jace contener la respiración, pero no se movió. La Inquisidora se puso un par de guantes grises y se acuclilló entre los pedazos de espejo, buscando entre ellos hasta que halló una hoja de papel. Se levantó, sosteniéndola para que todos pudieran verlo, la runa en tinta negra.

-Marqué este papel con una Runa de Seguimiento y la puse en el espejo. Entonces lo volví a poner en la habitación el chico. No te sientas mal por no darte cuenta -le dijo a Jace- Cabezas más viejas y sabias que la tuya han sido presas de este truco

-Me estabas espiando -dijo Jace, ahora enojado- Es eso lo que hace

la Clave, invade la privacidad de sus compañeros Cazadores de Sombras para...

-Cuidado con lo que me dices. No eres el único que ha roto la Ley - la mirada fría de la Inquisidora recorrió la habitación- Por liberarte de la Ciudad Silenciosa, por liberarte del control del hechicero, tus amigos también hicieron lo mismo

-Jace no es nuestro amigo -dijo Isabelle- Es nuestro hermano

-Tendría cuidado con lo que digo, Isabelle Lightwood -dijo la Inquisidora- Podrías ser considerada cómplice

-¿Cómplice? -para sorpresa de todos, fue Robert Lightwood el que habló- La niña sólo trata de evitar que su familia se rompa. Por amor de Dios, Imagen, estos son sólo niños...

-¿Niños? -la Inquisidora miró a Robert- ¿Cómo ustedes lo eran cuando planeaban la caída de la Clave? ¿Cómo era un niño mi hijo cuando...? -se detuvo, y recobró la compostura

-Así que esto es acerca de Stephen después de todo -dijo Luke, con un poco de lástima en su voz- Imagen...

La cara de la Inquisidora se contorsionó.

-¡Esto no tiene nada que ver con Stephen! ¡Tiene que ver con la Ley!

Los dedos de Maryse se entrelazaron.

-Y Jace -dijo- ¿Qué le pasará?

-Regresara a Idris conmigo mañana -dijo la Inquisidora- Ya saben más de lo que deberían

-¿Cómo lo llevarás a ése lugar? -demandó Clary- ¿Cuándo volverá?

-Clary, no -dijo Jace. Sus palabras eran una plegaria, pero ella continuó.

-¡Jace no es el problema! ¡Valentine sí!

-¡Déjalo así, Clary! -chilló Jace- Por tu propio bien idéjalo así!

Clary no podía detenerse, así que lo miró... nunca le había gritado así, ni siquiera en el hospital. Vio la cara que tenía, y deseo volver a verla como era antes. Antes de que pudiera decir algo, la mano de Luke bajó hasta su hombro. Habló, sonando tan grave como la noche que le contó la historia de su vida.

-Si el chico fue con su padre -dijo- sabiendo la clase de padre que era Valentine, fue porque le fallamos, no él a nosotros.

-Guárdate tu cortesía, Lucian -dijo la Inquisidora- Eres tan dulce para mí como un mundano cualquiera

-Tiene razón -dijo Alec, sentado en el sofá, con los brazos cruzados y la mandíbula apretada- Jace nos mintió. Y eso no tiene excusa

Jace abrió la boca. Estaba seguro de que tendría la lealtad de Alec, Clary no podía culparlo, era algo que todos esperaban. Incluso Isabelle lo miraba horrorizada.

-Alec ¿cómo puedes decir eso?

-La Ley es la Ley, Izzy -dijo Alec, sin mirar a su hermana- No hay manera

En ese momento, Isabelle dio un chillido de ira y sorpresa y salió por la puerta, dejándola sacudiéndose tras ella. Maryse hizo como si la fuera a seguir, pero Robert la detuvo, diciéndole algo en voz baja. Magnus se levantó.

-Creo que debería irme -dijo, Clary notó que evitaba a Alec- Diría que fue agradable conocerlos, pero, de hecho, no lo fue. Ha sido algo incómodo, y francamente, no quisiera ver a ninguno de ustedes en un futuro cercano

Alec miró al suelo mientras Magnus salía de la sala y se dirigía a la puerta. Esta vez, la cerró con un portazo.

-Dos menos -dijo Jace, con algo de aburrimiento- ¿Quién sigue?

-Suficiente -dijo la Inquisidora- Dame tus manos

Jace mostró las manos mientras la Inquisidora sacaba una estela de su bolsillo y procedía a trazar runas en sus muñecas. Cuando quitó las manos, las muñecas de Jace estaban cruzadas, una sobre otra, unidas por un círculo de llamas. Clary soltó:

-¿Qué estás haciendo? Lo lastimarás...

-Estoy bien, hermanita -Jace habló con calma, pero no la miró- Las llamas no me lastimarán a menos que quiera sacar las manos

-Y en cuanto a ti -añadió la Inquisidora, mirando a Clary- Tienes suerte de que te haya criado Jocelyn y no tu padre. Igual, mantendré un ojo en ti

La mano de Luke se cerró con fuerza sobre el hombro de Clary.

-¿Eso fue una amenaza?

-La Clave no amenaza, Lucian Graymark. La Clave hace promesas que cumple

La Inquisidora casi sonó alegre. Era la única en la habitación que podía describirse así; todos estaban asombrados, excepto Jace. Sus dientes asomaban en una mueca extraña. Era un león en una trampa.

-Vamos Jonathan -dijo la Inquisidora- Camina enfrente de mí. Y si haces cualquier intento de huir, pondré una espada entre tus hombros

Jace tuvo que luchar con el picaporte para abrirlo con las manos atadas. Clary apretó los dientes para no gritar, y la puerta se abrió y Jace se fue, igual que la Inquisidora. Los Lightwood los siguieron, Alec seguía quieto en el piso. La puerta se cerró tras ellos y Clary y Luke se quedaron solos en la sala, en silencio y en un asombro compartido.

XV. Colmillos de serpiente

-Luke -comenzó Clary, en el momento en que la puerta se cerró tras los Lightwood- ¿Qué vamos a hacer...?

Luke presionaba su cabeza con ambas manos, como si estuviera evitando que se partiera en dos.

-Café -declaró- Necesito café

-Ya te traje café

Él dejó caer las manos y suspiró.

-Necesito más

Clary lo siguió hasta la cocina, donde lo ayudó a servirse más café antes de que se sentara a la mesa de la cocina y comenzara a pasarse las manos distraídamente por el cabello.

-Esto es malo -dijo- Muy malo

-¿Eso crees?

Clary no podía ni pensar en beber café ahora, sus nervios ya estaban de punta de por sí.

-¿Qué le pasará si lo llevan a Idris?

-Una vista ante la Clave. Probablemente lo encontrarán culpable. Entonces lo castigan. Es joven, así que podrían sólo anular sus Marcas, no maldecirlo.

-¿Eso que significa?

Luke no la miró a los ojos.

-Significa que le quitarán las Marcas, no será un Cazador de Sombras, y lo expulsarán de la Clave. Será un mundano

-Pero eso lo mataría. En serio. Preferiría morir

-¿No crees que eso ya lo sé? -Luke terminó su café y miró largo rato al azúcar asentada antes de poner la taza en la mesa- Pero eso no hace ninguna diferencia para la Clave. No pueden atrapar a Valentine, así que castigarán a su hijo

-¿Qué hay de mí? Soy su hija

-Pero no de su mundo. Jace sí. Y tampoco es como si no sugiriera que te ocultaras un tiempo. Desearía poder ir a la granja...

-¡No podemos dejar a Jace así como así con ellos! -barbotó Clary- No iré a ninguna parte

-Claro que no -manoteó Luke- Dije que desearía poder ir, no que piense que debemos ir. Imogen se preguntará varias cosas ahora que sabe donde está Valentine, por supuesto. Podríamos estar en el medio de una guerra

-No me importa si quiere matar a Valentine. Puede hacerlo si quiere. Sólo quiero a Jace de vuelta

-Eso podría no ser tan fácil -dijo Luke- Considerando que de hecho, hizo lo que dicen que hizo.

Clary se sentía impotente.

-¿Qué, crees que mató a los Hermanos Silenciosos? ¿Crees que...?

-No. No creo que haya matado a los Hermanos Silenciosos. Creo

que hizo exactamente lo que Imogen vio que hizo: Fue a ver a su padre

Recordando algo, Clary preguntó:

-¿A qué te refieres con eso de que nosotros le fallamos, y no al contrario? ¿Quieres decir que no lo culpas?

-No, no quise decir eso -Luke se veía alicaído- Fue algo estúpido lo que hizo. Valentine no es de fiar. Pero cuando los Lightwood le dieron la espalda ¿qué esperaban que hiciera? Es sólo un niño, aún, necesita a sus padres. Si ellos no lo cuidan, iré a buscar a alguien que sí

-Pensé que quizá -dijo Clary- que tal vez te buscaba a ti para eso Luke se veía muy triste.

-Yo también pensé eso, Clary. Yo también lo pensé.

Muy apagadas, Maia podía oír las voces que venían de la cocina. Habían dejado de gritar. Hora de irse. Dobló la nota que había garabateado, la dejó en la cama de Luke, y cruzó la habitación hasta la ventana, donde estuvo forcejeando varios minutos para abrirla. El aire caliente entró, era uno de esos días cuando el cielo se ve distante y el aire está lleno de un leve aroma a humo. Se paró en la cornisa de la ventana y la cerró. Hubiera sido un salto difícil si no fuera lo que era; ahora sólo se quedó quieta un segundo para calmar el dolor de su hombro herido antes de saltar. Aterrizó con cuatro patas en el concreto cuarteado del patio trasero de Luke. Enderezándose, miró a la casa, pero nadie abrió ninguna puerta o le gritó que se quedara. Se quedó quieta un momento, esperando por si lo hacían. No era como si le hubieran prestado mucha atención mientras estaba ahí dentro, pensó, saltando la valla metálica que separaba el patio trasero de Luke del callejón, ¿por qué habrían de notar que se había ido entonces? Sólo era una especie de carga, como siempre lo había sido.

El único que la había tratado como si fuera importante había sido Simon. El recuerdo de Simon la hizo suspirar mientras se dirigía a la Avenida Kent. Le había dicho a Clary que no recordaba la noche anterior, pero no era verdad. Recordaba la mirada en su cara cuando lo atacó... como si estuviera tatuada en la parte de atrás de su retina. La cosa más extraña, era que mientras más tiempo él la miraba como humana, más humana se sentía. Cruzó la calle para evitar pasar justo frente a la casa de Luke. La calle estaba casi desierta, las personas debían de estar durmiendo hasta tarde, dado que era domingo. Se encaminó hacia la Avenida Bedford, al tren, con la mente ocupada aún es Simon. Había un lugar hueco en el fondo de su estómago cuando pensaba en él. Era la primera persona en la que había querido confiar en años, y confiar en él parecía imposible. *Claro, confiar en él es imposible, entonces ¿por qué vas camino a su casa?* dijo un murmullo ahogado en la parte de atrás de su cabeza, como la voz de Daniel. *Cállate* le dijo con firmeza *Aún si no podemos ser amigos, le debo una disculpa.* Alguien se rió. El sonido se elevó por encima de las paredes. Su corazón de contrajo con un miedo repentino, y miró hacia atrás, pero la calle estaba vacía. Había una mujer

anciana paseando a su perro del otro lado, pero Maia dudaba que pudiera gritar tan fuerte. Aceleró el paso de todos modos.

Podía caminar entre los humanos, se recordó, pero ni mencionar correr a su velocidad entre ellos. Incluso en su estado, con el brazo doliéndole como si alguien le hubiera golpeado con un martillo en el hombro, no le tenía miedo a un asaltante o un drogadicto. Dos adolescentes armados con cuchillos habían tratado de herirla cuando caminaba por Central Park la primera noche después de venir a la ciudad, y Bat había matado a los dos. ¿Por qué tenía miedo entonces? miró hacia atrás. La mujer anciana ya no estaba; Kent estaba desierto. Con su fábrica de azúcar abandonada frente a ella. Desesperada por salir rápido de la calle, se coló por un callejón. Se encontró en un espacio estrecho entre dos edificios, lleno de basura, botellas vacías y el chillar de las taras. Los techos alrededor de ella bloqueaban el sol y la hacían sentir como si hubiera entrado en un túnel. Las paredes eran de ladrillo, adornadas con pequeñas y sucias ventanas, muchas de las cuales habían sido golpeadas por vándalos. A través de ellos podía ver el piso de la fábrica abandonada y tras ellos, boilers de metal, sillones y mesas rotas. El aire olía a azúcar quemada. Se recargó contra una de las paredes, tratando de volver sus latidos a la normalidad. Casi lo había conseguido cuando una voz extrañamente familiar habló entre las sombras.

-¿Maia?

Ella se dio la vuelta. Estaba parado en la entrada del callejón, con su cabello encendido tras él, brillando como un halo alrededor de su cara hermosa. Sus ojos marcados con grandes ojeras. Usaba jeans y, aún haciendo frío, una camiseta corta. Seguía pareciendo de dieciséis.

-Daniel -murmuró.

Él caminó hacia ella, sus pasos no producían sonido alguno.

-Ha sido un largo tiempo, hermanita

Ella quiso correr pero sus piernas se sentían como bolsas de agua. Se acercó más a la pared, como si quisiera desaparecer tras ella.

-Pero... estás muerto

-Y no lloraste en mi funeral ¿cierto, Maia? ¿Sin lágrimas para tu hermano mayor?

-Fuiste un monstruo -murmuró- Trataste de matarme...

-Parece que no lo suficiente

Había algo largo y brillante en su mano, algo que brillaba como fuego plateado en la oscuridad. Maia no estaba segura de lo que podía ser; tenía la visión opacada por el terror. Cayó al piso cuando él caminó hacia ella, sus piernas ya no la sostenían. Daniel se arrodilló junto a ella. Pudo ver lo que traía en la mano: un filoso pedazo de vidrio de una de las ventanas rotas. El terror la invadió como en una ola, pero no era miedo del arma en las manos de su hermano, era por sus ojos vacíos. Podía mirar a través de ellos, aunque sólo veía oscuridad.

-¿Recuerdas -le dijo- cuando te dije que te cortarían la lengua cuando me acusaste con mamá y papá?

Paralizada de miedo, sólo podía mirarlo. Ya sentía el vidrio cortándole la piel, y el sabor de la sangre en su boca, y deseó estar muerta, muy muerta, cualquier cosa era mejor que esta... cosa

-Suficiente, Agramon

La voz de un hombre cortó la niebla alrededor. No la de Daniel... esta era suave, elegante, la de un humano. Le recordó a alguien pero... ¿quién?

-Como deseé, mi señor

Daniel respiró hondo, casi decepcionado... y su cara empezó a contorsionarse. En un momento había desaparecido, y con él el sentimiento de horror paralizante que parecía que le sacaría la vida poco a poco. Respiró desesperadamente.

-Bien. Respira -la voz del hombre de nuevo, irritable ahora- Agramon. Unos segundos más y estaría muerta

Maia miró hacia arriba. El hombre (Valentine) estaba parado junto a ella, muy alto, vestido de negro, incluso los guantes en las manos y las botas en sus pies. Usó la punta de una de sus botas para alzarle la cara. Cuando habló, su voz era fría, calculada.

-¿Cuántos años tienes?

La cara que la miraba era aguda, de huesos marcados, sin color, sus ojos eran negros y su cabello era tan blanco que parecía como el negativo de una fotografía. Del lado derecho de su garganta, justo debajo del cuello del abrigo, había una Marca espiral.

-¿Eres Valentine? -murmuró- Pero creía que tú...

La bota bajó hasta su mano, presionando en su herida. Gritó.

-Hice una pregunta -dijo- ¿Cuántos años tienes?

-¿Cuántos años tengo?

El dolor en su mano se mezcló con el olor a basura e hizo que se le revolviere el estómago.

-Púdrete

Un destello de luz pareció saltar de los dedos de él; y la golpeó en la cara tan rápido que no tuvo tiempo de quitarla. Una línea caliente le quemó la mejilla; se llevó la mano a la cara y sintió los dedos pegajosos de sangre.

-Ahora -dijo Valentine, en la misma voz calculadora- ¿Cuántos años tienes?

-Quince. Tengo quince

Sintió, más de lo que vio, que el hombre sonreía.

-Perfecto.

*

De vuelta en el Instituto, la Inquisidora separó a Jace de los Lightwood y subió las escaleras a la sala de entrenamiento. Mirándose a si mismo en los largos espejos de las paredes, Jace se sorprendió. En realidad no se había mirado en días, y la noche anterior había sido una mala. Sus ojos estaban rodeados de sombras oscuras, su camisa llena de

sangre seca y lodo sucio del East River. Su cara se veía vacía y desdibujada.

-¿Contemplándote? -la voz de la Inquisidora cortó sus pensamientos- No te verás tan bien cuando la Clave venga por ti

-Sí que parece estar obsesionada con mi físico -Jace apartó la vista de los espejos- ¿Será que se siente atraída hacia mí?

-No digas tonterías -cuatro largas tiras de metal colgaban del brazo de la Inquisidora. Espadas de ángel- Podrías ser mi hijo

-Stephen -recordó Jace, de la casa de Luke- Así es como se llamaba ¿verdad?

La Inquisidora volteó a verlo. Las espadas que sostenía vibraron con furia.

-No digas su nombre

Por un momento, Jace se preguntó si en realidad planeaba matarlo. No dijo nada hasta que ella volvió a guardar la compostura. Sin mirarlo, lo apuntó con una de las espadas.

-Quédate en el centro de la habitación, por favor

Jace obedeció. Aún cuando trataba de no mirar a los espejos, podía ver su propio reflejo (y el de la Inquisidora) con el rabillo del ojo, los espejos se reflejaban uno con otro y un número incontable de Inquisidoras se alzaban aquí y allá, amenazando a un número infinito de Jaces. Miró hacia sus manos heridas. Sus muñecas y hombros le dolían, pero no se quejó cuando la Inquisidora le habló a una de sus espadas, de nombre Jophiel, y la lanzó contra el piso de madera a sus pies. Él esperó, pero nada pasó.

-¿Boom? -dijo- ¿Se suponía que pasaría algo?

-Cállate -el tono de la Inquisidora era determinante- Y quédate ahí

Jace se quedó, mirando con curiosidad creciente mientras ella se movía al otro lado, diciendo el nombre de Harahel a su espada y haciendo lo mismo que con la primera. Con la tercera (Sandalphon) se dio cuenta de lo que estaba haciendo. La primera espada estaba en el piso, justo al su de él, la siguiente al este, la otra al norte. Estaba marcando los puntos cardinales. Peleó con su mente para recordar que significaba esto, pero no entendió nada. Esto era claramente, un ritual de la Clave, más alejado de lo que pudiera saber. Cuando la última espada, Taharial, estuvo entre las manos de ella, sus palmas sudaban, mientras las frotaban una contra otra. La Inquisidora se enderezó, parecía feliz consigo misma.

-Ahí está

-¿Qué cosa? -demandó Jace, pero ella levantó una mano

-No aún, Jonathan. Falta algo

Se movió hacia la espada más al sur y se arrodillo frente a ella. Con un movimiento rápido sacó una estela y trazó una runa oscura en el piso, justo bajo el cuchillo. Mientras se erguía, un tintineo agudo y dulce sonó, como de una campana delicada siendo tocada. Salió luz de las cuatro espadas de serafín, cegando a Jace, que medio cerró los ojos. Cuando se

dio la vuelta, un segundo después, vio que estaba parado en medio de una jaula cuyas paredes parecían pedazos de madera hechos de luz. No estaban quietos, se movían, como hojas de lluvia iluminadas. La Inquisidora se veía borrosa tras la pared. Cuando Jace la llamó, incluso su voz sonó hueca, como si hablara por entre el agua.

-¿Qué es esto? ¿Qué hiciste?

Ella se rió. Jace dio un paso al frente, enojado, y luego otro; su hombro rozó la pared brillante. Como si tocara una valla electrificada, una corriente lo empujó hacia atrás, tirándolo al suelo. Se levantó penosamente del suelo, sin poder usar las manos para hacerlo. La Inquisidora rió de nuevo.

-Si tratas de atravesar la pared, recibirás más que una descarga. La Clave llama a esto la Configuración Malachi. Estas paredes no pueden ser rotas mientras las espadas de serafín sigan donde están. Yo no -añadió, viendo a Jace arrodillarse frente a la espada más cercana a ella- Toca las espadas y te mueres

-Pero tú puedes tocarlas -dijo, sin poder contener su voz

-Puedo, pero no lo haré

-¿Qué hay de la comida? ¿Agua?

-Todo a su tiempo, Jonathan

Se levantó. A través de la pared borrosa, la vio darse la vuelta para irse.

-Pero mis manos...

Miró hacia sus muñecas atadas. El metal le estaba corroyendo la piel como ácido. Sangre salía alrededor de sus muñecas.

-Debiste haber pensado en eso antes de haber ido a ver a Valentine

-No es como si le temiera al Concilio. Ellos no pueden ser peores que tú

-Oh, pero si no irás al Concilio -dijo la Inquisidora. Había un tono calmado en su voz que no le gustaba nada

-¿A qué te refieres, no iré al Concilio? Creí que me dijiste que me llevarías a Idris mañana

-No. Planeo regresarte a tu padre

El impacto de sus palabras casi hizo que se desmayara.

-¿Mi padre?

-Tu padre. Planeo intercambiarte por los Instrumentos Mortales

Jace la miró.

-Debes estar bromeando

-No del todo. Es más simple que una prueba. Claro, serás expulsado de la Clave -añadió como pensando- pero asumo que esperabas eso

Jace sacudió la cabeza.

-Te equivocaste de persona. Espero que te hayas dado cuenta

Una mirada de molestia cruzó su cara.

-Creí que ya dejaríamos atrás ésa falsa inocencia tuya, Jonathan

-No me refiero a mí. Me refiero a mi padre
Por primera vez desde que la conocía, la vio confusa.

-No entiendo lo que dices

-Mi padre no cambiará los Instrumentos Mortales por mí -sus palabras eran amargas, pero no Jace- Me dejará morir frente a él antes de dejarte tener la Copa o la Espada

La Inquisidora negó con la cabeza.

-No entiendes -dijo, pero había un poco de resentimiento confuso en su voz- Los niños nunca entienden. El amor que un padre le tiene a su hijo, no hay nada como eso. Ningún amor tan grande. Ningún padre (ni siquiera Valentine) sacrificaría a su hijo a cambio de un montón de metal, sin importar qué tan poderosos sean.

-No conoces a mi padre. Se reirá en tu cara y te ofrecerá algo de dinero para que envíes por correo mi cadáver a Idris

-No seas absurdo...

-Tienes razón -dijo Jace- Pensándolo bien, probablemente te hará pagar los gastos de envío

-Veo que sigues siendo hijo de tu padre. No quieres que pierda los Instrumentos Mortales... porque sería una pérdida para ti. No quieres vivir siendo el desgraciado hijo de un criminal, así que tratas de que cambie de idea. Pero no me engañas.

-Escucha -el corazón de Jace golpeaba con fuerza, pero trataba de hablar tranquilamente. Tenía que creerle- Sé que me odias. Sé que piensas que soy un mentiroso igual que mi padre. Pero te digo la verdad. Mi padre sabe lo que hace. Crees que es malvado. Pero él piensa que hace lo correcto. Cree estar haciendo el trabajo de Dios. No dimitirá a eso sólo por mí. Si me seguiste cuando fui con él, debiste haber oído lo que dijo...

-Te vi hablar con él -dijo la Inquisidora- No escuché nada
Jace maldijo entre dientes.

-Mira, juraré por cualquier cosa para probarte que no te miento. Esta usando la Espada y la Copa para invocar demonios y controlarlos. Mientras más pierdas tu tiempo conmigo más tiempo tendrá de hacerse un ejército. Y para cuando te des cuenta de que no hará el trato, no tendrás oportunidad contra él...

La Inquisidora se dio la vuelta con un ruido de disgusto.

-Estoy cansada de tus mentiras

Jace contuvo el aliento, incrédulo mientras ella salía por la puerta.

-¡Por favor! -chilló

Ella se detuvo en la puerta y lo miró. Jace sólo podía ver las sombras angulares de su cara, la barbilla puntiaguda y los agujeros oscuros en su cara. Sus ropas grises se volvían borrosas por las sombras, así que parecía estar flotando.

-No crees -dijo- que regresarte a tu padre es lo que quisiera hacer. Es mucho mejor de lo que Valentine Morgenstern merece

-¿Y qué merece?

-Sostener el cadáver de su hijo cuando haya muerto. Ver cómo muere y saber que no hay nada que pueda hacer, ningún encantamiento, ni hechizo, ni trato con el infierno que lo traiga de vuelta... -su voz se quebró- Eso es lo que merece -dijo, en un murmullo, y cerró la puerta, con las manos apretadas contra la pared.

Se cerró con un clic, dejando a Jace, y sus muñecas lastimadas, mirándola confuso.

*

Clary colgó el teléfono y frunció el ceño.

-No responden

-¿A quién tratas de llamar?

Luke ya iba por su quinta taza de café y Clary empezaba a preocuparse por él. ¿Habría algo como envenenamiento por cafeína? No se veía como enfermo ni nada, pero ella desenchufó la máquina de regreso a la mesa, sólo por si acaso.

-¿Simon?

-No. Me sentiría rara despertándolo en el día, aún cuando dice que no le molesta, no tiene por qué ver la luz del día

-Entonces...

-Llamaba a Isabelle. Quiero saber que le pasó a Jace

-¿No respondió?

-No

El estómago de Clary gruñó. Fue al refrigerador, sacó un yogurt de durazno y se lo bebió de manera mecánica, sin degustarlo. Llevaba la mitad cuando recordó algo.

-Maia -dijo- Deberíamos ir a ver si está bien -dejó el bote en la mesa- Voy a ir

-No, soy el líder de su manada. Confía en mí. Puedo calmarla cuando está desanimada -dijo Luke- Ahora vuelvo

-No digas eso -dijo Clary, molesta- Odio cuando las personas dicen eso

Él le sonrió y salió al pasillo. En unos minutos estaba de vuelta, sorprendido.

-Se ha ido

-¿Ido? ¿Ido cómo?

-Que se fue de la casa. Dejó esto

Tiró un pedazo de papel doblado en la mesa. Clary lo levantó y leyó las oraciones garabateadas frunciendo el ceño: Siento las molestias. Algún día se los compensaré. Gracias por todo lo que hicieron por mí. Maia

-¿Compensarnos? ¿Eso qué significa?

Luke suspiró.

-Esperaba que tú lo supieras

-¿Estás preocupado?

-Los demonios Raum son recuperadores -dijo Luke- Encuentran personas y se las llevan a los que los invocaron. Ése demonio podría estar buscándola

-Oh -dijo Clary en voz baja- Bueno, supongo que podría haber ido a ver a Simon

Luke se veía sorprendido.

-¿Sabe donde vive?

-No lo sé -admitió Clary- Parecían cercanos. Podría ser -buscó en su bolsillo su celular- Lo llamaré

-Creía que te sentías rara hablándole

-No tanto como con todo lo que acaba de pasar

Buscó en la lista de contactos el número de Simon. Sonó tres veces, antes de que contestara, sonaba ronco.

-¿Hola?

-Soy yo -miraba a Luke mientras hablaba, más por hábito que por buscar apoyo

-Sabes que soy nocturno -dijo con un bostezo. Pudo oírlo dar la vuelta en al cama- Eso significa que duermo en el día

-¿Estás en casa?

-Sí ¿dónde más? -si voz sonó aguda, ya no tan amodorrada- ¿Qué pasa Clary?

-Maia huyó. Dejó una nota. Pensé que estaría en tu casa Simon sonaba confundido.

-Bueno, no está. O si viene, aún no llega

-¿Hay alguien en tu casa?

-No, mi madre está trabajando y Rebecca en la escuela. ¿De verdad crees que Maia vendrá acá?

-Sólo llama si aparece ahí y...

Simon la interrumpió.

-Clary -su tono era apremiante- Espera un segundo. Creo que alguien quiere entrar a mi casa

*

El tiempo pasaba dentro de la prisión, Jace miraba con interés decreciente la lluvia plateada alrededor de él. Sus dedos habían comenzado a ponerse azules, lo cual parecía ser un mal síntoma, pero no había manera de evitarlo. Se preguntó si los Lightwood sabrían que estaba ahí, o si alguien que entrara en la habitación de entrenamiento se llevaría una desagradable sorpresa cuando lo encontrara encerrado ahí. Pero no, la Inquisidora no era tonta. Les habría dicho a todos que la habitación estaba fuera de los límites hasta que decidiera lo que haría con el prisionero, o lo cualquier otra cosa por el estilo. Supuso que debía estar enojado, incluso temeroso, pero no podía sentir nada de eso. Nada se veía real ya: ni la Clave, no el Convenio, ni la Ley, ni incluso su padre.

Un leve ruido de pisadas le advirtió de la presencia de alguien más

en el cuarto. Había estado acostado boca arriba, mirando al techo; ahora se sentó, mirando alrededor de toda la habitación. Podía ver una forma oscura detrás de la brillante cortina de lluvia. Debía la Inquisidora, de vuelta a molestarlo. Se irguió, sorprendido al ver una mata de cabello negro y una cara familiar. Quizá había algunas cosas que sí eran reales, después de todo:

-¿Alec?

-Sí

Alec se arrodilló del otro lado de la pared brillante. Era como ver a alguien por entre una cascada; Jace podía ver a Alec claramente ahora, pero de vez en vez sus movimientos parecían hacer ondular la superficie. Lo suficiente para sentirte mareado, pensó Jace.

-¿En el nombre del Ángel, qué es esto? -se acercó Alec a tocar la pared

-No -lo detuvo Jace- Te electrocutará, quizá te mate si tratas de pasar a través de ella

Alec quitó la mano con un débil silbido.

-La Inquisidora se tomó muy en serio esto

-Claro que sí. Soy un criminal peligroso. ¿No lo habías oído? -dijo ácidamente Jace, vió a Alec moverse, instintivamente.

-No te llamó un "criminal", no exactamente

-No, soy sólo un chico malcriado. Hago toda clase de cosas malvadas. Pateo gatitos. Les digo groserías a las monjas.

-No bromees. Esto es serio -los ojos de Alec se ensombrecieron- ¿Qué pensabas, yendo a ver a Valentine? Digo, en serio, ¿qué pasaba por tu cabeza?

Un gran número de respuestas sarcásticas se le ocurrieron a Jace, pero se dio cuenta que no quería decir ninguna de ellas. Estaba demasiado cansado.

-Estaba pensando que es mi padre

Alec lo miró como si mentalmente estuviera contando hasta diez para mantener la paciencia.

-Jace...

-¿Qué si fuera tu padre? ¿Qué harías?

-¿Mi padre? Mi padre nunca haría cosas como las de Valentine...

Jace alzó la cabeza con furia.

-¡Tu padre hizo lo que Valentine! ¡Estuvo en el Círculo junto con mi padre! ¡Tu madre también! Nuestros padres fueron iguales. ¡La única diferencia es que los tuyos fueron castigados y el mío no!

La cara de Alec se tensó. Pero:

-¿La única diferencia? -fue todo lo que dijo

Jace miró sus manos. Las esposas encendidas ya habían durado demasiado. La piel debajo de ellas estaba manchada con gotitas de sangre.

-Sólo digo -dijo Alec- que no entiendo cómo podías querer ir a verlo, de luego de todo lo que le ha hecho al mundo, sino de todo lo que

te ha hecho a ti

Jace no dijo nada.

-Todos esos años -dijo Alec- Te dejó creer que estaba muerto. Tal vez no recuerdas cómo era cuando tenías diez años, pero yo sí. Nadie que te ame podría hacer algo así

Delgadas líneas de sangre se hacían camino hacia los brazos de Jace, como pintura roja.

-Valentine me dijo -dijo tranquilamente- que si lo apoyaba contra la Clave, si hacía eso, me aseguraba que ninguna persona que yo quisiera saldría herida. Ni tú ni Isabelle o Max. Ni Clary. Ni tus padres. Dijo...

-¿Ninguno saldría herido? -hizo eco Alec, despectivamente- Más bien que el no heriría personalmente a ninguno. Lindo

-He visto lo que puede hacer, Alec. Las cosas que puede invocar. Si hace que su ejército enfrente a la Clave, habrá una guerra. Y las personas salen heridas en las guerras. Mueren en las guerras -dudó- Si tuvieras la oportunidad de salvar a todos los que amas...

-¿Pero qué clase de oportunidad es ésta? ¿Qué tanto vale la palabra de Valentine?

-Si jura en el nombre del Ángel, hará cualquier cosa, se verá obligado. Lo conozco

-Si lo apoyas contra la Clave

Jace asintió.

-Debió de haberse molestado mucho cuando dijiste que no - observó Alec.

Jace miró a sus muñecas sangrantes y se sorprendió.

-¿Qué?

-Dije...

-Sé lo que dijiste ¿Qué te hace pensar que dije que no?

-Bueno, eso hiciste ¿no?

Muy lentamente, Jace asintió.

-Te conozco -dijo Alec, como si fuera la verdad más grande del mundo y se levantó- Le dijiste a la Inquisidora de los planes de Valentine ¿verdad? ¿Y no le importó?

-Yo no diría que no le importó. Más bien no me creyó. Tiene un plan, que cree que destruirá a Valentine. El único problema es, que su plan apesta

Alec asintió.

-Luego me contarás de eso. Primero lo primero: Tenemos que averiguar cómo sacarte de aquí

-¿Qué? -la incredulidad hizo a Jace sentirse mareado- Creí que... "la Ley es la Ley, Isabelle" ¿qué fue eso?

Alec se veía sorprendido y hasta un poco herido.

-No creíste en serio que quise decir eso. Sólo quería que la Inquisidora confiara en mí para que no estuviera observándome todo el tiempo, como lo hace con Izzy y Max. Sabe que están de tu lado

-¿Y tú? ¿Estás de mi lado?

Jace oyó la brusquedad en su propia pregunta y se sintió vulnerable al darse cuenta de cuánto le importaba la respuesta.

-Siempre -dijo Alec- he estado de tu lado ¿Por qué tienes que preguntarlo? Puedo respetar la Ley, pero lo que la Inquisidora te ha estado haciendo no tiene nada que ver con la Ley. No sé exactamente lo que está pasando, pero a mi me parece que es algo personal. No tiene nada que ver con la Clave.

-Soy como carnada -dijo Jace- No puedo evitarlo, miles de aburridos burócratas quisieran atraparme

Alec sacudió la cabeza.

-Tampoco es eso. Es como odio. Puedo sentirlo

Jace estaba a punto de responder cuando las campanas de la catedral comenzaron a sonar. Tan cerca del techo el sonido hacía un eco demasiado fuerte. Miró hacia arriba, esperando ver a Hugo volando por entre las vigas de madera lentamente y en círculos pensativos. Al cuervo siempre le había gustado subir hasta el arco del techo. Jace pensaba que al pájaro le gustaba clavar sus garras en la suave madera; ahora se daba cuenta que las vigas le proporcionaban una ventajosa posición para espiar. Una idea comenzó a tomar forma algo oscura en la mente de Jace. En voz alta sólo dijo:

-Luke dijo algo de que la Inquisidora tenía un hijo llamado Stephen. Le pregunté por él y se puso como loca. Creo que algo de eso tendrá que ver con el por qué de su odio hacia mí

Las campanas dejaron de sonar. Alec dijo:

-Tal vez. Puedo preguntarles a mis padres, pero dudo que me digan

-No, no les preguntes. Pregúntale a Luke

-¿Ir hasta Brooklyn? Mira, salir de aquí viene a ser como imposible...

-Usa el teléfono de Isabelle. Mándale un mensaje a Clary. Dile que le pregunte a Luke

-Okay -lo detuvo Alec- ¿Quieres que le diga algo por ti? A Clary, no a Isabelle

-No -dijo Jace- No tengo nada que decirle

*

-¡Simon! -colgando el teléfono, Clary miró a Luke- Dice que alguien quiere entrar en su casa

-Dile que tiene que salir de ahí

-No puedo salir -dijo Simon- No a menos que quiera incendiarme

-Luz del sol -le dijo a Luke, pero al parecer él ya había pensado en eso y buscaba algo en sus bolsillos. Llaves del coche. Las encontró.

-Dile a Simon que ya vamos. Dile que se encierre en la habitación hasta que lleguemos ahí

-¿Oíste eso? Enciértrate en tu cuarto

-Oí -la voz de Simon sonaba tensa; Clary oyó un ruido de algo que

raspaba el suelo y luego un golpe seco

-¡Simon!

-Estoy bien. Sólo estoy apilando cosas contra la puerta

-¿Qué cosas?

Estaba en el patio frontal ahora, temblando en su suéter delgado. Luke, tras ella, estaba cerrando la puerta.

-Un escritorio -dijo Simon, satisfecho- Y mi cama

-¿Tu cama?

Clary subió a la camioneta junto a Luke, peleando para ponerse el cinturón de seguridad con una mano mientras Luke aceleraba hacia Kent. Pasó la avenida y le ayudó con el cinturón.

-¿Cómo levantaste tu cama?

-Lo olvidaste. Súper fuerza de vampiro

-Pregúntale qué oye -dijo Luke

Aceleraron un poco más, la calle crujió bajo las llantas. Clary saltó cuando cayeron en un bache.

-¿Qué escuchas? -preguntó, aguantando la respiración

-Oí cuando la puerta del frente se azotó. Creo que alguien la pateó para abrirla. Yossarian entró a mi cuarto y se escondió debajo de la cama. Creo que hay alguien en mi casa, por ésas razones

-¿Y ahora?

-Ahora, no escucho nada

-Eso es bueno ¿cierto? -Clary miró a Luke- Dice que no escucha nada ahora. Tal vez se fueron

-Tal vez -Luke sonaba dubitativo

Iban por la autopista rápida ahora, acelerando conforme se acercaban al barrio de Simon.

-Tenlo al teléfono de cualquier forma

-¿Qué estás haciendo ahora Simon?

-Nada. Ya apilé todo en mi habitación contra mi puerta. Ahora estoy tratando de que Yossarian salga del tubo de ventilación

-Déjalo donde está

-Esto va a ser muy difícil de explicar, especialmente a mi madre -dijo Simon, y la línea se cortó

Hubo un clic y luego nada, la llamada desconectada brilló en la pantalla

-¡No, no! -Clary apretó el botón de llamada, con los dedos temblorosos. Simon contestó de inmediato.

-Lo siento. Yossarian me rasguñó y tiré el teléfono

Ella soltó un suspiro de alivio.

-Está bien, mientras sigas bien y...

Un ruido como el de una ola pasó por el teléfono, opacando la voz de Simon. Ella alejó el aparato de su oreja. La pantalla decía que todavía seguía la llamada.

-¡Simon! -gritó a la bocina- ¿Simon, puedes oírme?

El ruido se detuvo. Había otro ruido, como un maullido agudo....

¿Yossarian? Y luego el sonido de algo pesado golpeando el suelo.

-¿Simon? -murmuró

Hubo un clic y entonces una voz habló, una diferente a la de Simon.

-Clarissa -dijo- Debí suponer que estarías del otro lado de esta línea

Ella apretó los ojos, su estómago cayó hacia atrás, como si estuviera en una montaña rusa.

-Valentine

-Quieres decir “padre” -dijo, verdaderamente molesto- Odio ése hábito de decirle por su nombre a los padres

-Lo que quisiera decirte es un montón de cosas peores que tu nombre -gruñó ella- ¿Dónde está Simon?

-¿Te refieres al chico vampiro? Una compañía cuestionable para una niña de una buena familiar de Cazadores de Sombras, ¿no lo crees? De ahora en adelante, espero poder opinar antes de que escojas a tus amigos

-¿Qué le hiciste a Simon?

-Nada -dijo Valentine, divertido- Aún

Y colgó

*

Cuando Alec regresó a la habitación de entrenamiento, Jace estaba tirado en el piso, tratando de imaginar que las líneas de luz eran chicas bailando en un intento de ignorar el dolor en sus muñecas. No estaba funcionando.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó Alec, arrodillándose lo más cerca de la pared brillante de la prisión que pudo

Jace trató de recordarse que cuando Alec hacía esta clase de preguntas, lo decía en serio, y que había sido algo que una vez había encontrado simpático y no molesto, como ahora. Falló.

-Pensé que tirarme en el piso y morirme de dolor un rato -rumió- Me relaja

-¿En serio? Oh... estás siendo sarcástico. Es una buena señal, probablemente -dijo Alec- Si puedes sentarte, quizá querrías hacerlo. Voy a tratar de deslizar algo por la pared.

Jace se sentó tan rápido que sintió un mareo.

-Alec, no...

Pero Alec ya había empujado algo al interior hacia él, como si fuera una pelota con la que estuvieran jugando. Una esfera roja atravesó la cortina y rodó hasta Jace, golpeándolo suavemente en la rodilla.

-Una manzana -la recogió con algo de dificultad- Qué apropiado

-Pensé que tendrías hambre

-Tengo hambre

Jace mordió la manzana; el jugo corrió hacia abajo y se evaporó al

llegar a las llamas azules que cerraban sus muñecas.

-¿Le enviaste el mensaje a Clary?

-No. Isabelle no me deja entrar en su habitación. Lo único que hace es tirar cosa contra la puerta y gritar. Dijo que si entraba se tiraría por la ventana. Creo que lo haría

-Probablemente

-Tuve el presentimiento -sonrió Alec- de que no me ha perdonado por traicionarte, según cree ella

-Qué linda chica -dijo Jace, con cariño

-No te traicioné, idiota

-Es la intención lo que cuenta

-Bien, porque te traje algo más. No sé si funcionará, pero vale la pena intentarlo

Deslizó algo pequeño y metálico a través de la pared. Era un disco plateado como del tamaño de una moneda. Jace dejó la manzana a un lado y levantó el disco con curiosidad.

-¿Qué es esto?

-Lo saqué del escritorio en la biblioteca. He visto que mis padres lo usan. Creo que es una Runa de Desbloqueo. Vale la pena inten...

Se detuvo cuando Jace tocaba sus muñecas con el disco, sosteniéndolo penosamente entre dos dedos. Cuando tocó la línea azul de fuegos, las esposas parpadearon y se desvanecieron.

-Gracias

Jace se frotó las muñecas, cada una rodeada de una línea de piel al rojo. Había empezado a pensar que nunca más sentiría las puntas de los dedos.

-No es una modelo escondida en un pastel de cumpleaños, pero al menos evitó que se cayeran mis manos

Alec lo miró. Las líneas ondulantes de la cortina de lluvia hacían que su cara se viera como preocupada... o tal vez en realidad estaba preocupado.

-Sabes, algo se me ocurrió cuando hablé con Isabelle. Le dije que no podía saltar de la ventana... y que no lo intentara o se mataría

Jace sonrió.

-Suenan a un buen consejo de hermanos

-Pero entonces comencé a preguntarme si eso pasaría en tu caso... dijo, te he visto prácticamente volar. Te he visto caer de un edificio de tres pisos y aterrizar como un gato, saltar del suelo al piso...

-Oír mis logros recitados es gratificante, pero no estoy seguro de cual es tu punto, Alec

-Mi punto es que hay cuatro paredes en esta prisión, no cinco

Jace lo miró.

-Así que Hodge no mentaba cuando dijo que usábamos la geometría en nuestra vida diaria. Tienes razón, Alec. Hay cuatro paredes en esta jaula. Ahora, si la Inquisidora desapareciera dos, yo podría...

-JACE -dijo Alec, perdiendo la paciencia- Me refiero a que, no hay

techo en la celda. Nada entre tú y el techo

Jace echó la cabeza hacia atrás. Las vigas se perdían sobre él, entre las sombras.

-Estás loco

-Tal vez -dijo Alec- Tal vez sé lo que puedes hacer -se encogió de hombros- Deberías intentar al menos

Jace miró a Alec, a su cara honesta y franca y sus apacibles ojos azules. Está loco, pensó Jace. Aunque era verdad, en medio de las batallas había hecho cosas sorprendentes, pero todos lo hacían. Sangre de Cazador de Sombras, años de entrenamiento... pero no podía saltar treinta metros en el aire.

¿Cómo sabes que no puedes? dijo una voz suave en su cabeza *Si nunca lo has intentado* la voz de Clary. Pensó en sus runas, en la Ciudad Silenciosa y en la argolla saltando de su muñeca como si se hubiera roto bajo una enorme presión. Él y Clary tenían la misma sangre. Si Clary podía hacer cosas que no parecían ser posibles... Se levantó, casi orgulloso, y miró alrededor, dándole un vistazo lento a la habitación. Aún podía ver los espejos y una multitud de armas colgando de las paredes, sus espadas brillando levemente, a través de la cortina de fuego plateado que lo rodeaba. Se inclinó y levantó la manzana a medio comer del piso, la miró pensativo un momento y echó el brazo hacia atrás y la tiró lo más fuerte que pudo. La manzana voló en el aire, golpeó una pared, y se quemó en una implosión de llamas azules. Jace oyó a Alec hipar. Así que la Inquisidora no bromeaba. Si golpeaba una de las paredes de la prisión demasiado fuerte, moriría.

Alec estaba de pie, tembloroso.

-Jace, no sé...

-Cállate Alec. Y no me veas. No estás ayudando

Lo que sea que Alec dijera en respuesta, Jace no lo escuchó. Estaba rígido en su lugar, con los ojos enfocados en el techo. Las runas que le daban una visión maravillosa quemaron un poco, las vigas comenzaron a enfocarse: podía ver sus bordes roídos, las astillas, las marcas negras de la edad. Pero eran sólidos. Habían sostenido el techo del Instituto por cientos de años. Podrían sostener a un adolescente. Flexionó los dedos, tomando aire lenta y profundamente, como su padre le enseñó. En su mente podía verse saltando, flotando y atrapando una viga con facilidad y colgando de ella. Era ligero, se dijo, ligero como una flecha, lanzado correctamente en el aire, sería imparable. Sería fácil, se dijo a sí mismo. Fácil.

-Soy la flecha de Valentine -murmuró- Así él lo sepa o no
Y saltó.

XVI. Una Piedra del Corazón

Clary apachurró el botón para llamar a Simon de vuelta, pero el teléfono la mandó de inmediato al correo de voz. Lágrimas calientes cayeron hasta sus mejillas y lanzó el teléfono al tablero.

-Maldición, maldición...

-Ya casi llegamos -dijo Luke.

Habían dejado atrás la avenida y ni siquiera se había dado cuenta. Se detuvieron frente a la casa de Simon, cuya fachada estaba pintada de un alegre rojo. Clary salió del auto y corrió hasta la puerta antes de que Luke pudiera siquiera quitarle el seguro a su puerta. Se podía oír gritando su nombre mientras golpeaba frenéticamente la puerta.

-¡Simon! -gritó- ¡Simon!

-Clary, basta -la alcanzó Luke en el patio frontal- Los vecinos...

-Al diablo con los vecinos

Buscó el llavero en su cinturón, encontró la llave, y la metió en la cerradura. Abrió la puerta y entró con pasos fuertes, Luke iba tras ella. Atravesaron la primera puerta y entraron a la cocina. Todo se veía exactamente como siempre, desde la impecable alacena hasta los imanes del refrigerador. Estaba el lavabo donde había besado a Simon hacía apenas unos días. El sol se colaba por las ventanas, llenando la habitación de una pálida luz amarilla. Una luz que era capaz de convertir a Simon en cenizas. La habitación de Simon era la última al final del pasillo. La puerta se veía entreabierta, aún así, Clary podía ver que no había más que oscuridad ahí dentro. Sacó la estela del bolsillo y la apretó fuertemente. Sabía que no era un arma, pero sentirla en su mano era tranquilizante. Dentro, la habitación estaba oscura, cortinas negras atravesaban las ventanas, la única luz venía del reloj digital en la mesita de noche. Luke había alcanzado el interruptor de luz cuando algo (algo que chillaba y bufaba como un demonio) salió de entre la oscuridad. Clary gritó mientras Luke la hacía a un lado de un empujón. Ella se tambaleó y casi cae; cuando se enderezó, se giró para ver a un sorprendido Luke sosteniendo un gato blanco y daba zarpazos sin cesar, con pelo esponjoso. Parecía una bola de algodón con garras.

-¡Yossarian! -exclamó Clary

Luke tiró al gato. Yossarian inmediatamente salió corriendo del cuarto.

-Gato estúpido -dijo Clary- No es su culpa. Los gatos me odian

Luke encendió la luz. Clary hipó. La habitación estaba en completo orden, nada fuera de lugar, ni siquiera la alfombra. Incluso el edredón estaba doblado limpiamente sobre la cama.

-¿Es un glamour?

-Probablemente no, probablemente sólo es magia

Luke se volvió al centro de la habitación, mirando alrededor de manera pensativa. Mientras se movió, jaló a un lado una de las cortinas, Clary vio algo brillante en la alfombra a sus pies.

-Luke, espera

Fue hacia donde él estaba y se arrodilló para levantar el objeto. Era el celular plateado de Simon, informe, con la antena arrancada. Con el corazón golpeteando con fuerza, abrió el teléfono. Si no se fijaba en el vidrio roto, se veía un mensaje de texto.

Ahora los tengo a todos.

Clary se dejó caer en la cama, mareada. Sintió a Luke quitarle el teléfono de la mano. Lo oyó ahogar un grito cuando leyó el mensaje.

-¿Qué significa? ¿'Ahora los tengo a todos'? -preguntó Clary

Luke puso el teléfono de Simon sobre el escritorio y se pasó una mano por la cara.

-Me temo que significa que ahora tiene a Simon, y, a Maia también. Significa que tiene todo lo que necesita para el Ritual de Conversión.

Clary lo miró.

-¿Quieres decir que esto no tiene que ver sólo conmigo y... contigo?

-Estoy seguro de que Valentine considera eso un excelente daño colateral. Pero no es su meta final. Su meta es revertir las características de la Espada Etérea. Y para eso necesita...

-La sangre de niños Subterráneos. Pero Maia y Simon no son niños. Son adolescentes

-Cuando el hechizo se inventó, la palabra "adolescente" no se había inventado. Para los propósitos de Valentine, Maia y Simon son niños. Tiene la sangre de un niño hada, y la de un niño hechicero. Todo lo que necesita es la de un hombre lobo y un vampiro

Clary sintió como si el aire se le hubiera escapado.

-¿Entonces por qué no hicimos nada? ¿Por qué no los protegimos?

-Hasta ahora, Valentine ha escogido a las víctimas más convenientes. Ninguno de ellos fue elegido por ninguna razón más que la de que estaban disponibles. El hechicero fue fácil de encontrar; todo lo que Valentine tuvo que hacer fue contratarlo y fingir que quería que invocara un demonio para él. Es simple encontrar hadas en el parque si sabes dónde buscar. Y la Luna del Cazador es exactamente a donde vas si quieres encontrar un licántropo. Ponerse en peligro así y pasar todos estos problemas sólo para lastimarnos cuando nada ha cambiado es...

-Jace -dijo Clary

-¿Qué quieres decir? ¿Qué tiene Jace?

-Creo que está tratando de recuperar a Jace. Él debió haber hecho algo realmente malo aquella vez en su barco, algo que de verdad molestó a Valentine. Lo suficiente para abandonar sus planes y trazar uno nuevo

Luke parecía sorprendido.

-¿Qué te hace pensar que el que Valentine haya cambiado de planes tiene que ver con tu hermano?

-Porque -dijo Clary con cierta certeza sombría- Sólo Jace es capaz de hacer enfadar a alguien así

*

-Isabelle! -golpeaba Alec la puerta de su hermana- Isabelle, abre la puerta. Sé que estás ahí

La puerta se abrió un poco. Alec trató de espiar por la ranura, pero no parecía haber nadie del otro lado.

-No quiere hablar contigo -dijo una voz conocida.

Alec miró hacia abajo y vio unos ojos grises mirándolo detrás de un par de gafas.

-Max -dijo- Vamos, hermanito, déjame pasar

-Yo tampoco quiero hablar contigo

Max comenzó a empujar la puerta para cerrarla, pero Alec, rápido como un látigo de Isabelle, metió el pie entre el marco y la puerta.

-No me hagas golpearte, Max

-No lo harías -empujó Max con toda su fuerza

-No, pero puedo ir a decirle a nuestros padres, y tengo el presentimiento de que Isabelle no quiere eso. ¿O sí, Izzy? -demandó, elevando la voz lo suficiente para que su hermana, dentro de la habitación, lo oyera

-Oh, por amor de Dios -dijo furiosa Isabelle- Está bien, Max. Déjalo pasar

Max se hizo a un lado y Alec abrió la puerta, dejando que se cerrara sólo tras él. Isabelle estaba arrodillada sobre el marco de la ventana junto a su cama, su látigo dorado enrollado en su mano derecha. Usaba un traje de caza, la camiseta negra y la falda pegada al cuerpo, y diseños casi invisibles de runas. Sus botas le llegaban a las rodillas y el cabello negro se removía en la brisa de la ventana abierta. Lo miró, recordándole por un minuto a Hugo, el cuervo negro de Hodge.

-¿Qué demonios estás haciendo? ¿Quieres suicidarte o algo así? -demandó, pisando fuerte y acercándose a su hermana

El látigo se desenroscó, para venir a enredarse en sus tobillos. Alec se detuvo, sabiendo que con un simple jalón, Isabelle podía tirarlo al piso.

-No te acerques, Alexander Lightwood -dijo con su voz más enojada- No me siento muy caritativa hacia tu persona ahora mismo

-Isabelle...

-¿Cómo pudiste darle la espalda a Jace así? ¿Después de todo lo que ha pasado? Y juramos cuidarnos entre nosotros por...

-No -le recordó- si alguno infringía la Ley

-¡La Ley! -chilló Isabelle enfadada- Hay una ley más grande que al de la Clave, Alec. La ley de la familia. Jace es parte de nuestra familia

-¿La ley de la familia? No había oído de ella -dijo Alec. Sabía que debía estar defendiéndose, pero era difícil dejar atrás el hábito de defender la ley después de una vida de no ir en contra de la misma- ¿Podría ser porque acabas de inventarla?

Isabelle jaló el látigo. Alec sintió que sus pies le fallaban y metió las manos para evitar la caída. Aterrizó, se giró sobre su espalda y miró hacia Isabelle, junto a él. Max estaba a un lado de ella.

-¿Qué deberíamos hacerle, Maxwell? -preguntó Isabelle- ¿Dejarlo atado aquí hasta que nuestros padres lo encuentren?

Alec había tenido suficiente. Sacó una espada de la manga, la giró y cortó el látigo que enredaba sus tobillos. La tensa cuerda se soltó y regresó al brazo de Isabelle, golpeándola. Una débil risita rompió la tensión.

-Está bien, ya lo torturaron demasiado. Estoy aquí

Los ojos de Isabelle volaron hasta la puerta.

-¡Jace!

-El mismo

Jace se coló a la habitación de Isabelle, cerrando la puerta tras él.

-No hay necesidad de que ustedes dos peleen...

Se echó hacia atrás cuando Max le abrazaba las rodillas, gritando su nombre.

-Un poco más de cuidado -dijo, apartando al niño con delicadeza- No estoy muy bien justo ahora

-Eso se puede ver -dijo Isabelle, con los ojos recorriéndolo ansiosamente

Sus muñecas estaban llenas de sangre, su cabello dorado estaba lleno de sudor y pegado a su cuello y cabeza, y su cara y brazos estaban llenas de mugre.

-¿La Inquisidora te lastimó?

-No mucho

Los ojos de Jace se encontraron con Alec en medio de la habitación.

-Sólo me encerró en la galería de armas. Alec me ayudó a salir

El látigo cayó de las manos de Isabelle como una flor.

-¿Alec, es cierto?

-Sí -se quitó el polvo de la ropa con deliberada ostentación. No pudo resistir añadir- Eso hice

-Bueno, debiste haberlo dicho antes

-Y tú debiste haber confiado más en mí...

-Basta. No hay tiempo para discutir -dijo Jace- Isabelle ¿qué clase de armas tienes aquí? Y vendas ¿tienes vendas?

-¿Vendas?

Isabelle bajó el látigo y sacó la estela del ropero.

-Puedo curarte con un iriatze...

Jace alzó las muñecas.

-Un iriatze sería bueno para mis moretones, pero no ayudará con esto. Son quemaduras de runa

Se veían incluso peor a la luz brillante del cuarto de Isabelle... las cicatrices circulares estaban negras y partidas en lugares, manando sangre y un fluido claro. Bajó las manos e Isabelle palideció.

-Y necesito armas también, antes de que...

-Vendas primero. Armas después

Encaminó a Jace al baño y sacó una cajita con un montón de ungüentos, gasas y curitas. Alec los miró por la puerta entreabierta, Jace estaba recargado contra el lavabo mientras su hermana adoptiva le lavaba las muñecas y las envolvía con una gasa blanca.

-Okay, ahora quítate la camisa

-Debí saber que no me curarías gratis

Jace se quitó la chamarra y se sacó la camiseta, haciendo una mueca. Su piel era de un dorado pálido, sobre unos músculos marcados. Las Marcas negras se elevaban sobre sus brazos torneados. Un mundano podría haber pensado que las cicatrices blancas que punteaban la piel de Jace, restos de viejas runas, le hacían menos perfecto, pero Alec no. Todos tenían ésas cicatrices; eran medallas de honor, no fallas. Jace, viendo a Alec mirarlo por entre la puerta abierta, dijo:

-Alec ¿Puedes darme el teléfono?

-Está en el tocador -dijo Isabelle, sin levantar la mirada

Ella y Jace conversaban en voz baja; Alec no podía oírlos, pero sospechaba que lo hacían para no asustar a Max. Alec buscó.

-No está aquí

Isabelle, trazando un iriatze en la espalda de Jace, maldijo molesta.

-Oh, diablos. Dejé mi teléfono en la cocina. Mierda. No quiero ir a buscarlo, la Inquisidora podría estar ahí

-Yo iré -ofreció Max- Ella no se preocupa por mí. Soy demasiado joven

-Supongo -dijo reacia Isabelle- ¿Para qué necesitan el teléfono, Alec?

-Sólo lo necesitamos -dijo Alec impaciente- Izzy...

-Si vas a enviarle un mensaje a Magnus para decirle "Rs 1 asco", te mato

-¿Quién es Magnus? -preguntó Max

-Es un hechicero -dijo Alec

-Un sexy, sexy hechicero -le dijo Isabelle a Max, ignorando el enojo de Alec

-Pero los hechiceros son malos -protestó Max, algo confundido

-Exactamente -dijo Isabelle

-No entiendo -dijo Max- Pero voy por el teléfono. Ahora vuelvo

Salió por la puerta cuando Jace se volvía a vestir y entraba a la habitación, donde comenzó a buscar armas entre las cosas de Isabelle esparcidas por el piso. Isabelle lo siguió, sacudiendo la cabeza.

-¿Cuál es el plan? ¿Nos iremos todos? La Inquisidora va a ponerse como loca cuando se entere de que no estás

-No tanto como cuando se entere que Valentine rechazó su oferta

Resumidamente, Jace relató el plan de la Inquisidora.

-El único problema es, que él nunca aceptará

-¿El único problema? -Isabelle estaba tan furiosa que tartamudeaba, cosa que no hacía desde que tenía seis- ¡No puede hacer

eso! ¡No puede cambiarte con un psicópata! ¡Eres un miembro de la Clave! ¡Eres nuestro hermano!

-La Inquisidora no opina igual

-No me importa lo que piense. Es una perra odiosa y alguien tiene que detenerla

-Cuando vea que su plan no sirve, quizá quiera hablar -observó Jace- Pero no me quedaré a averiguarlo. Saldré de aquí

-No será fácil -dijo Alec- La Inquisidora tiene este lugar asegurado con algo más que un pentagrama. ¿Sabes que hay guardias a la entrada? Ha llamado a la mitad de la Conclave

-Debe tener un concepto muy alto de mí -dijo Jace, haciendo a un lado una pila de revistas

-Tal vez no se equivoca -lo miró Isabelle pensativa- ¿De verdad saltaste treinta metros fuera de una Configuración Malachi? ¿Lo hizo, Alec?

-Lo hizo -confirmó Alec- Nunca había visto algo como eso

-Yo nunca había visto algo como esto

Jace levantó una daga de quince centímetros del piso. Uno de los sostenes rosas de Isabelle colgaba de la punta. Isabelle lo quitó frunciendo el ceño.

-Ése no es el punto ¿Cómo lo hiciste? ¿Sabes?

-Salté

Jace sacó dos discos filosos de debajo de la cama. Estaban cubiertos de cabello negro de gato. Les sopló, sacando pelos.

-Chakhrams. Genial. Especialmente si me encuentro un demonio con alergia a los gatos

Isabelle lo golpeó con el sostén.

-¡No me estás contestando!

-Porque no lo sé, Izzy

Jace se levantó.

-Tal vez la Reina de las Hadas tenía razón. Tal vez tengo poderes que no sé que tengo porque nunca lo he intentado. Clary los tiene

Isabelle arrugó la frente.

-¿En serio?

Los ojos de Alec se abrieron con rapidez.

-Jace... ¿tu moto de vampiro sigue en el techo?

-Posiblemente. Pero es de día, así que no sirve de mucho.

-Además -apuntó Isabelle- no cabemos todos en ella

Jace deslizó los Chakhrams en el cinturón, junto con la daga. Varias espadas de ángel fueron a parar a sus bolsillos.

-Eso no importa -dijo- No vendrán conmigo

Isabelle farfulló.

-¿A qué te refieres con que no...?

Se interrumpió cuando Max regresó, sin aliento y agarrando el teléfono rosa.

-Max, eres un héroe -le quitó el teléfono y miró a Jace- Todavía no

termino contigo. Mientras tanto, ¿a quién llamaremos? ¿A Clary?

-La llamaré -comenzó Alec

-No -apartó la mano Isabelle- Yo le caigo mejor

Ya estaba marcando; le mostró la lengua a Alec cuando se llevó el teléfono a la oreja.

-¿Clary? Es Isabelle Yo... ¿qué? -el color de su cara desapareció como si alguien le hubiera pasado una brocha por la cara, dejándola gris- ¿Cómo es posible? ¿Pero cómo...?

-¿Cómo es posible qué? -dijo Jace, a su lado- Isabelle ¿qué pasó? ¿Clary está...?

Isabelle apartó el auricular de su oreja, tenía los nudillos blancos.

-Es Valentine. Se llevó a Simon y Maia. Los usará para terminar el Ritual

En un movimiento suave, Jace estiró la mano y le quitó el teléfono a Isabelle. Lo puso en su oreja.

-Ven al Instituto -dijo- No entres. Espérame. Te encontraré afuera Cerró el teléfono y se lo tendió a Alec.

-Llama a Magnus -dijo- Dile que nos encuentre cerca de la fuente en Brooklyn. Puede escoger el lugar, pero debe ser uno desierto. Necesitaremos su ayuda para llegar al bote de Valentine

-¿Nosotros? -inquirió Isabelle

-Magnus, Luke y yo -aclaró Jace- Ustedes dos se quedan aquí y lidian con la Inquisidora por mí. Cuando Valentine no acepte su trato, serán ustedes quienes la convenzan de enviar a la Conclave tras Valentine

-No entiendo -dijo Alec- ¿Cómo planeas salir de aquí en primer lugar?

Jace frunció el ceño.

-Mira -dijo, y saltó sobre el marco de la ventana de Isabelle.

Isabelle chilló, pero Jace ya estaba abriendo la ventana. Se balanceó un momento hacia el exterior... y luego desapareció. Alec se apresuró a llegar a la ventana y mirar con terror, pero no había nada que ver: sólo el jardín del Instituto más allá, café y vacío, y el estrecho camino que llevaba a la puerta frontal. No había peatones gritando en la Calle Noventa y nueve, ni coches deteniéndose para ver algún cuerpo caído. Parecía como si Jace se hubiera desvanecido en el aire.

*

El sonido del agua lo despertó. Era un sonido pesado y repetitivo de agua golpeando algo sólido, una y otra vez, como si estuviera recostado en el fondo de una alberca que se vaciaba y rellenaba rápidamente. Había un sabor metálico en su boca y un olor a metal por todos lados. Estaba consciente de un persistente dolor en su mano izquierda. Con un gruñido, Simon abrió los ojos. Estaba tirado en un pedazo duro de metal pintado de un verde pizarra feo. Las paredes eran

del mismo color. Había una sencilla ventana en la pared, dejando pasar un poco de luz, pero era todo. Había estado acostado sobre su mano y sus dedos estaban rojos y adormecidos. Con otro gruñido, se quitó del camino de la luz y se sentó. Y se dio cuenta de que no estaba sólo en la habitación. Sin importar que la oscuridad fuera apretada, podía ver en la oscuridad perfectamente.

Frente a él, con las manos atadas con una cadena enredada en un tubo largo y humeante, estaba Maia. Su ropa estaba arrugada y había un gigantesco moretón en su mejilla izquierda. Pudo ver sus trenzas enredadas de un lado y manchadas de sangre. En el momento en que se sentó, ella lo miró y rompió a llorar.

-Pensé -dijo entre hipidos- que estabas... muerto

-Estoy muerto -dijo Simon. Miraba a su mano. La piel volvía ya a su palidez normal.

-Lo sé, pero quiero decir muerto... de verdad

Se pasó la mano por la cara con las manos sucias. Simon trató de caminar hacia ella, pero algo lo jaló por el tobillo. Un aro de metal estaba atorado a su pie y el otro extremo enterrado en el piso. Valentine no corría riesgos.

-No llores -dijo, y de inmediato se arrepintió. No era como si ni hubiera razones para llorar- Estoy bien

-Por ahora -dijo Maia, frotándose la cara mojada con la manga de su chamarra- El tipo... el del cabello blanco... ¿es Valentine?

-¿Lo viste? -dijo Simon- Yo no vi nada. Sólo mi puerta saltando por los aires y entonces una forma grande y oscura me cayó encima

-El es Valentine ¿cierto? Del que todos hablan. El que comenzó el Levantamiento

-Es el padre de Jace y Clary -dijo Simon- Eso es lo que yo sé de él

-Se me hizo familiar su voz. Es igual a la de Jace -por un momento se quedó callada- Ya no es un misterio por qué Jace es tan idiota

Simon no pudo más que estar de acuerdo.

-Así que tú no... -la voz de Maia se rompió. Intentó de nuevo- Mira, sé que suena extraño, pero cuando Valentine vino por ti, ¿viste a alguien más, alguien que parecía muerto? ¿Cómo un fantasma?

Simon negó con la cabeza, confundido.

-No. ¿Por qué?

Maia dudó

-Vi a mi hermano. El fantasma de mi hermano. Creo que Valentine me hacía alucinar

-Bueno, no intentó hacerlo conmigo. Yo estaba hablando con Clary. Recuerdo que tiré el celular cuando vi la... sombra... -se encogió de hombros- Eso es todo

-¿Con Clary? -Maia sonó esperanzada- Entonces tal vez nos saquen de aquí. Tal vez vengan por nosotros.

-Tal vez -dijo Simon- De todos modos, ¿dónde estamos?

-En un bote. Seguía consciente cuando llegué aquí. Es negro y

grande. No hay luces y hay... cosas por todos lados. Una de ellas saltó sobre mí y comencé a gritar. Entonces él me azotó la cabeza contra la pared. Me desmayé después de eso.

-¿Cosas? ¿Qué clase de cosas?

-Demonios -dijo ella- Tiene toda clase de demonios aquí. Grandes y pequeños y voladores. Hacen lo que él les dice.

-Pero Valentine es un Cazador de sombras. Y por lo que he oído, odia a los demonios

-Bueno, ellos no parecen saberlo -dijo Maia- Lo que no entiendo es para qué nos quiere. Sé que odia a los Subterráneos, pero parece demasiado esfuerzo para capturarnos a dos nada más. -había empezado a temblar, sus mandíbulas golpeteaban entre ellas como esos juguetes que vendían en las tiendas de trucos de magia- Debe querer algo de los cazadores. O de Luke

Sé lo que quiere, pensó Simon, pero no había punto en decírselo a Maia; ya tenía el suficiente miedo. Se quitó la chamarra.

-Ten -dijo, y se la lanzó.

Ella la atrapó y se la puso penosamente sobre los hombros. Le sonrió agradecida.

-Gracias. ¿Pero tú no tienes frío?

Simon negó con la cabeza. La mano ya no estaba adormecida.

-No siento frío. No más

Ella abrió la boca y luego la volvió a cerrar. Algo tomó forma detrás de sus ojos.

-Lo siento. Por cómo reaccioné ayer -se detuvo, casi conteniendo el aliento- Los vampiros me asustan mucho -murmuró al fin- Cuando recién llegué a la ciudad, tenía una manada y solíamos salir a pasear, Bat y otros dos chicos, Steve y Gregg. Estábamos en el parque una vez y encontramos unos vampiros chupando sangre de unas bolsas abajo del puente... pelearon y recuerdo que uno de los vampiros levantó a Gregg, así nada más y lo partió... -su voz se detuvo, y se cubrió la boca con una mano. Temblaba- en dos -murmuró- Fue asqueroso. Y entonces se lo comieron

Simon sintió náuseas en el estómago. Casi estaba agradecido de que fuera la historia la que lo hacía sentir enfermo y no otra cosa. Como hambre.

-Yo no haría eso -dijo- Me gustan los hombres lobo. Me cae bien Luke...

-Sé que sí -farfulló ella- Es que cuando te conocí, te veías tan humano. Me recordaste a como yo era antes

-Maia -dijo Simon- Sigues siendo humana

-No, no lo soy

-Claro que sí, en lo que de verdad importa. Igual que yo

Ella trató de sonreír. No le creía, y él no la culpaba. Él tampoco estaba seguro de creer lo que dijo.

*

El cielo se había tornado de un gris metálico, lleno de nubes pesadas. A la luz gris el Instituto parecía elevarse en lo alto, grande y poderoso como el lado de una montaña. Los ángulos brillaban como plata sin pulir. Clary creyó ver algunas figuras moverse en las sombras, cerca de la puerta frontal, pero no estaba segura. Era difícil asegurar nada cuando estaban aparcados una cuadra más lejos, ella espiando hacia fuera por entre las ventanas sucias de la camioneta de Luke.

-¿Cuánto ha pasado? -preguntó, por cuarta o quinta vez, no estaba segura

-Cinco minutos desde la última vez que me preguntaste -dijo Luke

Estaba recargado en el respaldo de su asiento, con la cabeza hacia atrás, se veía exhausto. Tenía barba medio crecida y había líneas negras bajo sus ojos. Todas esas noches en el hospital, el demonio, y ahora esto, pensó Clary, lo habían preocupado demasiado. Ahora podía ver por qué él y su madre la habían ocultado tanto tiempo de esta vida. Deseó poder volver a esconderse.

-¿Quieres entrar?

-No. Jace dijo que lo esperaríamos afuera -miró hacia fuera de nuevo. Ahora si estaba segura de que había guardias en la entrada. Uno de ellos volteó y ella vio un brillo de cabello plateado.

-Mira -indicó Luke, bajando el vidrio de su ventana.

Clary miró. Nada parecía haber cambiado.

-¿Las personas en la entrada?

-No. Los guardias ya estaban ahí antes. Mira al techo -apuntó. Clary presionó su cabeza contra la ventana de la camioneta.

La parte de arriba de la catedral estaba llena de espirales y torres Góticas, ángeles tallados a relieve y arcos sin puertas. Estaba a punto de decir irritada que no veía nada más que las gárgolas, cuando algo captó su atención. Había alguien sobre el techo. Una figura delgada, oscura que se movía a saltos por entre las columnas, saltando de una a otra, ahora cayendo hasta el borde de una de las ventanas... alguien con cabello pálido que brillaba contra el negro del edificio como pasto seco... Jace. Clary salió de la camioneta antes de saber que lo hacía, corrió hacia la capilla con Luke gritando que se detuviera. El gigantesco edificio parecía demasiado lejos, de millones de metros de altura, una cima de piedra. Jace estaba en el borde del techo ahora, mirando hacia abajo, y Clary pensó "No puede ser, no lo haría, no haría esto, no Jace" entonces se alzó sobre el tejado, con la ropa ondeando con el aire, tan tranquilamente como si estuviera en el jardín. Clary gritó cuando lo vio caer como una piedra...

Y aterrizaba suavemente sobre sus pies, justo frente a ella. Clary abrió mucho la boca cuando se irguió en un fluido movimiento y la miraba ceñudo.

-Si alguna vez dije algo de "caer" -dijo- nunca pensé que sería tan

literal

-¿Cómo... cómo... cómo hiciste eso? -murmuró, sintiendo como si estuviera a punto de vomitar

Pudo ver que Luke había salido de la camioneta y estaba parado junto a ella con las manos cruzadas tras la nuca, mirándolos. Se dio la vuelta para descubrir que los dos guardias enfrente de la puerta corrían hacia ellos. Uno era Malik; la otra era la mujer con el cabello plateado.

-Mierda

Jace la tomó de la mano y corrió hacia la camioneta. Entraron a la camioneta justo detrás de Luke, quien encendió el motor y arrancó cuando la puerta del lado del pasajero seguía abierta. Jace se estiró por encima de Clary y la cerró. La camioneta dejó atrás los dos Cazadores de Sombras... Malik, vio Clary, tenía algo en la mano que parecía un cuchillo. Lo estaba apuntando a una de las llantas. Oyó a Jace maldecir cuando metió la mano en la chamarra para buscar su arma... Malik echó el brazo hacia atrás, con la hoja brillando... y la mujer de cabello plateado se lanzó sobre él, deteniendo su brazo. Él trató de quitársela de encima (Clary se retorció en su asiento para ver mejor) y la camioneta dio la vuelta y se perdió entre el tráfico de la Avenida York, el Instituto se alzaba tras ellos.

*

Maia se había recargado contra un tubo humeante, la chamarra de Simon alrededor de sus hombros. Simon miraba la luz de la ventanilla moviéndose por la celda y trataba en vano de calcular las horas. Por lo regular usaba su celular para saber qué hora era, pero lo había perdido... no estaba en sus bolsillos. Debió haberlo tirado cuando Valentine lo atacó en su habitación. Tenía preocupaciones mayores, de todos modos. Su boca estaba seca y acartonada, le dolía la garganta. Estaba sediento como nunca en su vida había estado, ni hambriento ni sediento. Y sólo empeoraba con el tiempo. Sangre era lo que necesitaba. Pensó en la sangre en su minibar, junto a su cama en casa, y sus venas quemaron como tuberías con agua caliente debajo de su piel.

-¿Simon? -era Maia, alzando la cabeza amodorrada. Su mejilla tenía partes blancas de donde se había estado cortando su circulación. Mientras miraba, el blanco se volvió rosa cuando la sangre regresaba a su cara.

Sangre. Se pasó la lengua seca por los dientes.

-¿Sí?

-¿Cuánto tiempo estuve dormida?

-Tres horas. Tal vez cuatro. Ya es de tarde, lo más seguro.

-Oh. Gracias por cuidarme

No había estado cuidándola. Se sintió algo avergonzado cuando dijo.

-Claro. No hay problema

-Simon...

-¿Sí?

-Espero que me entiendas cuando diga que siento que estás aquí, pero me alegra que estés conmigo

Él sintió sus labios contraerse en una sonrisa. Su labio seco se partió y probó la sangre que salió de la cortada. Su estómago gruñó.

-Gracias

Ella se inclinó hacia él, con la chamarra colgando de los hombros. Sus ojos cambiaban del ámbar al gris mientras se movía.

-¿Me alcanzas? -preguntó, estirando la mano

Simon se estiró. La cadena que aseguraba su tobillo tintineó al desplegarse. Maia sonrió cuando las puntas de sus dedos se tocaron.

-Qué conmovedor

Simon quitó la mano, mirando hacia arriba. La voz que había salido de las sombras era fría, sofisticada, un tanto familiar pero de un lugar que no podía ubicar. Maia recogió su mano y miró alrededor, con el color fugándose de su cara cuando vio al hombre en la entrada. El hombre había entrado tan silenciosamente que ninguno de los dos lo habían oído.

-Lo hijos de la Luna y de la Noche, llevándose bien

-Valentine -murmuró Maia

Simon no dijo nada. No podía dejar de mirarlo. Así que este era el padre de Clary y Jace. Con su melena de cabello blanco platino y quemantes ojos negros, no se parecía demasiado a ninguno de ellos, aún cuando había algo de Clary en su aguda estructura ósea y la forma de sus ojos, y algo de Jace en la insolencia con la que se movía. Era un hombre grande, de hombros cuadrados con un punto grave que no asemejaba a ninguno de sus hijos. Caminó al interior de la habitación como un gato, a pesar de que llevaba un montón de armas encima. Cintas de cuero negro cruzaban su pecho, sosteniendo una espada larga en su espalda. Otra cinta rodeaba su cintura, y estaba cargada de cuchillos, dagas y espadas brillantes y alargadas como gigantescas agujas.

-Levántate -le dijo a Simon- Contra la pared

Simon alzó la barbilla. Podía ver a Maia, mirándolo, pálida y asustada, y sintió una oleada de ira. Debía evitar que Valentine la dañara aunque fuera lo último que hiciera.

-Así que tú eres el padre de Clary -dijo- Sin ofender, pero creo que entiendo por qué te odia

La cara de Valentine estaba impassible, casi como de maniquí. Sus labios casi no se movieron cuando dijo.

-¿Y cuál es esa razón?

-Porque -dijo Simon- obviamente eres un demente

Ahora Valentine sonrió. Era una sonrisa que no avanzó a ninguna otra parte más que sus labios, torcidos levemente. Entonces levantó el puño. Estaba cerrado; por un momento Simon creyó que Valentine iba a golpearlo y se hizo hacia atrás por acto reflejo. Pero Valentine no

descargó el puño. En vez de eso, abrió los dedos, soltando un polvo que parecía diamantina en el centro de su palma extendida. Girándose hacia Maia, inclinó la cabeza al frente y sopló al polvo en una grotesca parodia de un beso. El polvo le cayó en la cara como una maraña de abejas. Maia gritó. Gimiendo y sacudiéndose salvajemente, giró sobre sí misma contra el suelo, tratando de quitarse el polvo.

-¿Qué le hiciste? -gritó Simon. Corrió hacia Valentine, pero la cadena lo jaló- ¿Qué hiciste?

Valentine sonrió levemente.

-Polvo de plata -dijo- quema a los licántropos

Maia había dejado de rascarse y estaba acurrucada en posición fetal, chillando en silencio. La sangre salía de entre sus brazos y manos. El estómago de Simon se encogió de nuevo y él se echó contra la pared, enfermo de sí mismo, de todo.

-Bastardo -dijo cuando Valentine se sacudía lo que había quedado del polvo- Es sólo una niña, no iba a hacerte nada, está atada, por amor de... -hizo un ruido de arcadas, la garganta le quemó.

Valentine se rió.

-¿Por amor de Dios? -dijo- ¿Era eso lo que ibas a decir?

Simon no dijo nada. Valentine pasó una mano hacia su hombro y sacó la Espada brillante. La luz corría por entre la hoja como agua atrapada en una pared transparente, como su reflejara el sol. Los ojos de Simon ardieron y se dio la vuelta.

-La espada del Ángel te quema, igual que el nombre de Dios -dijo Valentine, con la voz fría como el cristal- Dicen que los que mueren por una causa justa, alcanzan las puertas del cielo. En cuyo caso, te estoy haciendo un favor

Bajó la espada y la punta tocó la garganta de Simon. Los ojos de Valentine estaban negros como agua profunda y no había nada en ellos: ni enojo, ni compasión, ni siquiera odio. Estaban vacíos.

-¿Tus últimas palabras?

Simon sabía qué se suponía que debía decir. *Sh'ma Israel, Adonai elohanu, Adonai echod*. Oye oh Israel, el señor es mi pastor, el señor me guiará. Trató de decirlo, pero un dolor quemante le atravesó la garganta.

-Clary -murmuró en su lugar

Un rato de ira atravesó la cara de Valentine, como si el sonido del nombre de su hija en la boca de un vampiro le molestara. Con un rápido movimiento de la muñeca, traspasó la garganta de Simon.

XVII. Al este del Edén

-¿Cómo hiciste eso? -demandó Clary mientras la camioneta aceleraba, Luke inclinado sobre el volante

-¿Cómo subí al techo? -se recargó Jace contra el asiento, con los ojos medio cerrados. Había vendas blancas alrededor de sus muñecas e hilillos de sangre seca en su cabello- Primero subí a la ventana de Isabelle y salté hacia la pared. Hay montones de gárgolas de las que agarrarse. Además, quisiera hacer notar, por si te interesa, que mi motocicleta no está donde la dejé. Apuesto que la Inquisidora la tomó y fue a dar un paseo alrededor de Hoboken.

-Yo me refería -dijo Clary- a cómo saltaste desde el techo de la catedral y no moriste

-No lo sé -su brazo rozó el de ella cuando lo alzó para frotarse los ojos- ¿Cómo hiciste ésa runa?

-No lo sé -murmuró- La Reina Hada tenía razón ¿verdad? Valentine, él... él hizo algo con nosotros -miró a Luke, que fingía estar abstraído en dar vuelta- ¿verdad?

-No es momento de hablar de eso -dijo Luke- Jace, ¿hay algún lugar a dónde quieras ir o sólo nos alejamos del Instituto?

-Valentine se llevó a Maia y a Simon a su barco para terminar con el Ritual. Quiere terminarlo lo más rápido que pueda -Jace tiró de la venda en una de sus muñecas- Tengo que detenerlo

-No -dijo Luke

-Okey, tenemos que detenerlo

-Jace, no te llevaré de vuelta a ése barco. Es demasiado peligroso

-Acabas de ver lo que hice -dijo Jace, alzando la voz por la incredulidad- ¿y te preocupas por mí?

-Me preocupo por ti

-No hay tiempo para eso. Después de que mi padre mate a sus amigos, llamará a un ejército de demonios tan grande que ni siquiera pueden imaginarla. Y luego, será imparable.

-Entonces la Clave...

-La Inquisidora no hará nada -dijo Jace- Ya bloqueó el acceso de los Lightwood a la Clave. No quiso llamar refuerzos ni cuando le dije lo que planeaba Valentine. Esta obsesionada con su plan estúpido.

-¿Qué plan? -dijo Clary

La voz de Jace se tornó amarga.

-Quiere cambiarme a mi padre por los Instrumentos Mortales. Le dije que Valentine nunca haría eso, pero no me creyó -rió, una risa aguda- Isabelle y Alec le dirán lo que pasó con Simon y Maia. No es como si eso fuera a cambiar las cosas. No me creyó acerca de Valentine y no arruinará su precioso plan sólo para salvar a un par de Subterráneos

-No podemos esperar de cualquier manera -dijo Clary- Tenemos que llegar al barco ahora. Si nos puedes guiar hasta...

-Odio desilusionarte, pero para llegar a un barco necesitamos otro

barco -dijo Luke- Según yo, ni siquiera Jace puede caminar sobre el agua. Entonces, el teléfono de Clary sonó. Era un mensaje de texto de Isabelle. Clary frunció el ceño.

-Es una dirección. Cerca de la fuente

Jace miró por encima de su hombro.

-Ahí es donde tenemos que ir, ahí está Magnus

Le leyó la dirección a Luke, quien dio una vuelta brusca en U y volvió al sur.

-Magnus nos llevará entre el agua -explicó Jace- El barco está rodeado de guardias. La vez pasada entré porque mi padre quería que entrara. Esta vez no es así. Necesitamos a Magnus para que nos ayude a pasar

-No me gusta esto -golpeteó Luke el volante con los dedos- Creo que yo debería ir y ustedes dos deben quedarse con Magnus

Los ojos de Jace chispearon.

-No. Tengo que ser yo quien vaya

-¿Por qué? -preguntó Clary

-Porque Valentine está usando un demonio de miedo -explicó Jace- Así es como mató a los Hermanos Silenciosos. Es lo que asesinó al hechicero, el niño lobo en el callejón afuera de la Luna del Cazador y probablemente lo que mató al niño fey en el parque. Por eso tenían esas caras los Hermanos. Esas miradas asustadas. Literalmente murieron de miedo

-Pero la sangre...

-Saca la sangre después. Y en el callejón fue interrumpido por uno de los licántropos. Es por eso que no consiguió toda la sangre que quería. Y por eso sigue necesitando a Maia. -Jace se pasó una mano por el cabello- Nadie puede pelear contra un demonio de miedo. Se mete en tu cabeza y destruye tu mente

-Agramon -dijo Luke. Había estado en silencio, mirando a través del parabrisas. Su cara se veía gris y preocupada.

-Sí, es así como lo llamó Valentine

-No es un demonio de miedo. Es el demonio del miedo. El demonio del Terror. ¿Cómo consiguió Valentine que Agramon hiciera su trabajo sucio? Incluso un hechicero hubiera tenido problemas manejando a un Demonio Mayor, y fuera del pentagrama... -inspiró Luke- Así murió el hechicero ¿cierto? ¿Invocando a Agramon?

Jace asintió en silencio y explicó a grandes trazos lo que le había pasado a Elías.

-La Copa Mortal -finalizó- le permite controlar a Agramon. Aparentemente te da una clase de poder sobre los demonios. No como la espada.

-Ahora estoy menos convencido de dejarlos ir -dijo Luke- Es un Demonio Mayor, Jace. Les llevaría a todos los Cazadores de Sombras de la ciudad acabar con él

-Sé que es un Demonio Mayor. Pero su arma es el miedo. Si Clary

puede poner la runa de Sin miedo en mí, yo sólo podré acabar con él. O al menos intentarlo.

-¡No! -protestó Clary- No quiero que tu seguridad dependa de una estúpida runa. ¿Qué si no funciona?

-Funcionó antes -dijo Jace mientras daban vuelta y se dirigían a Brooklyn.

-¿Qué si lo arruino ahora?

Jace volteó a verla, y por unos minutos sus ojos se encontraron. Eran de un color oro distante a la luz del sol.

-No lo harás -dijo

-¿Estás seguro de que esta es la dirección? -preguntó Luke, bajando la velocidad de la camioneta- Magnus no está aquí

Clary los miró. Estaban enfrente de una gran fábrica, que parecía destruido por un terrible fuego. Las paredes tenían la pintura partida y aunque los ladrillos se mantenían en pie, las varillas que hacían de cimientos sobresalían, dobladas y derretidas. A la distancia, Clary pudo ver el distrito financiero de Manhattan.

-Vendrá -dijo ella- Si le dijo a Alec que lo haría, lo hará

Salieron de la camioneta. La fábrica estaba rodeada de edificios similares, y estaba vacía, incluso para ser Domingo. No había nadie alrededor, ni camionetas ni hombres gritando, que Clary asociaba con los distritos comerciales. En vez de eso había silencio, una brisa fría se elevaba del río y los gritos de gaviotas llenaban el aire. Clary se alzó la capucha, subió el cierre de su sudadera y tembló. Luke azotó la puerta de la camioneta y se cerró la camisa de franela. En silencio, le ofreció a Clary un par de esponjosos guantes. Ella los deslizó y batió los dedos. Eran tan grandes que parecía que trajera garras. Miró alrededor.

-Espera... ¿dónde está Jace?

Luke apuntó. Jace estaba arrodillado cerca de la costa, una figura oscura cuyo único brillo residía en su cabello, además de ser el único color en medio del azul grisáceo y la costa café.

-¿Crees que quiere privacidad? -preguntó

-En estas situaciones, la privacidad es un lujo que ninguno de nosotros puede darse. Vamos

Luke caminó hacia él, y Clary la siguió. Leves olas saltaban sobre las rocas erosionadas. Había latas oxidadas y botellas por todas partes. Jace estaba detenido en la orilla del agua, sin chaqueta. Mientras Clary miraba, tiró algo pequeño y blanco entre el agua; cayó y salpicó antes de desaparecer.

-¿Qué estás haciendo? -dijo

Jace volteó a verla, el viento movía su cabello por entre su cara.

-Enviando un mensaje

Por sobre su hombro, Clary vio algo brillante (como un pedazo viviente de alga) emergiendo del río gris, algo blanco se sumergió. Después de un parpadeo ya no estaba.

-¿Un mensaje a quién?

Jace frunció el ceño.

-A nadie

Miró al agua y caminó hacia donde había dejado su chamarra. Había tres largas espadas sobre ella. Cuando se giró, Clary vio los afilados discos metálicos atados a su cinturón. Jace alzó las espadas entre sus dedos, de color blanco grisáceo, esperando a ser nombrados.

-No tuve tiempo de conseguir más, así que esto es todo lo que tengo. Pensé que podríamos estar listos antes de que Magnus llegue - alzó la primera espada- Abrariel

El cuchillo de serafín brilló y cambió de color cuando fue nombrado. Se lo tendió a Luke.

-Estoy bien -dijo Luke y se hizo la camisa a un lado para mostrar en kindjal en su cinturón

Jace tendió Abrariel a Clary, que la tomó en silencio. Era cálida en sus manos, como si una vida vibrara secretamente en su interior.

-Camael -dijo Jace a la siguiente espada, haciendo que brillara- Talantes -le dijo a la tercera

-¿Alguna vez usan el nombre de Raziel? -preguntó Clary mientras Jace deslizaba las espadas en su cinto y se volvía a poner la chamarra, levantándose

-Nunca -dijo Luke- nunca lo usamos -su mirada se perdió más lejos de Clary, buscando a Magnus

Ella podía sentir su ansiedad, pero antes de que pudiera decir nada, el teléfono sonó. Lo abrió y se lo tendió sin decir palabra a Jace. Él leyó el mensaje de texto, alzó las cejas.

-Parece que la Inquisidora le ha dado a Valentine hasta el ocaso para decidir se me prefiere a mí o a los Instrumentos Mortales -dijo- Ella y Maryse han estado peleando por horas, así que no se han dado cuenta de que me fui

Le devolvió el teléfono a Clary. Sus dedos rozaron y Clary sintió calosfríos, sin importar los gruesos guantes que cubrían su piel. Vio una sombra pasar por la cara de Jace, pero él no le dijo nada. En vez de eso, miró a Luke e inquirió con rudeza:

-¿El hijo de la Inquisidora murió? ¿Es por eso que se comporta así?

Luke suspiró y metió las manos en los bolsillos del abrigo.

-¿Cómo lo descubriste?

-Por el modo en que reacciona cuando alguien dice su nombre. Es la única vez que he visto que tiene sentimientos humanos

Luke sacó el aire de golpe. Se empujó los lentes hacia atrás, donde se empañaron con el viento del río.

-La Inquisidora es como es por muchas razones. Stephen es sólo una de ellas.

-Es raro- dijo Jace- No parece alguien a la que le gusten los niños

-No los de otros -dijo Luke- Era diferente con el suyo propio. Stephen era su niño dorado. De hecho, el de todos... todos los que lo conocían. Era una de esas personas que es buena en todo, siempre

agradable y nunca aburrido, guapo pero nadie lo odiaba. Bueno, tal vez lo odiábamos un poco

-¿Fue a la escuela contigo? -dijo Clary- ¿Y con mi madre... y con Valentine? ¿Es por eso que lo conoces?

-Los Herondale estaban a cargo del Instituto de Londres, y Stephen fue ahí a la escuela. Lo vi más cuando nos graduamos, cuando se mudó a Alicante. Y hubo un tiempo en que lo vi más a menudo. -los ojos de Luke estaban distantes, del mismo color gris azulado que el río- Después de que se casara

-¿Así que estaba en el Círculo? -preguntó Clary

-No entonces -dijo Luke- Se unió al Círculo después... bueno, después de lo que me pasó. Valentine necesitaba un segundo al mando y quería a Stephen. Imagen, que era leal a la Clave, se puso histérica... le rogó a Stephen reconsiderarlo... pero no le hizo caso. No quería hablar con ella, o con su padre. Estaba completamente de acuerdo con Valentine. Iba tras él como una sombra -hizo una pausa- La cosa es, que Valentine no creía que su esposa fuera adecuada. No para alguien que iba a ser el segundo en mando del Círculo. Tenía... conexiones familiares indeseables

El dolor en la voz de Luke sorprendió a Clary. ¿Cuántas personas le preocupaban así?

-Valentine forzó a Stephen a divorciarse de Amatis y volverse a casar... su segunda esposa era una chica muy joven, sólo tenía dieciocho, se llamaba Céline. Ella, también, le era leal a Valentine, hacía todo lo que le pedía, sin importar qué tan bizarro fuera. Entonces a Stephen lo mataron cuando el Círculo atacó un nido de vampiros. Céline se suicidó cuando se enteró. Tenía ocho meses de embarazo para esas fechas. Y el padre de Stephen murió también, de un ataque al corazón. Así que toda la familia de Imagen desapareció. Ni siquiera pudieron cremar a la chica en la Ciudad de Hueso porque lo de Céline fue un suicidio. La enterraron en las afueras de Alicante. Imagen sobrevivió, pero... se convirtió en hielo. Cuando el Inquisidor fue asesinado en el Levantamiento, Imagen se ofreció para el trabajo. Regresó de Londres a Idris... pero nunca, por lo que he oído, habló de Stephen de nuevo. Eso explica por qué odia a Valentine así.

-¿Porque mi padre envenena todo lo que toca? -dijo Jace amargamente

-Porque tu padre, aún con todo, aún tiene un hijo, y ella no. Y porque lo culpa de la muerte de Stephen.

-Y tiene razón -dijo Jace- Fue culpa suya

-No del todo -dijo Luke- Le dio una opción, y Stephen eligió. Sin importar todas las cosas malas que haya hecho Valentine, nunca amenazó a alguien para que se uniera al Círculo. Sólo quería seguidores voluntarios. La responsabilidad de las elecciones de Stephen descansa en él mismo.

-Libre albedrío -dijo Clary

-No hubo nada de libertad en eso -dijo Jace- Valentine...
-Te dio una opción ¿verdad? -dijo Luke- Cuando fuiste a verlo. Quería que te quedaras ¿o no? Que te quedaras y te unieras a él
-Sí -miró Jace al otro lado del río, a la Isla del Gobierno- Eso hizo Clary pudo ver el río reflejado en sus ojos; se veían calmados, como si toda el agua gris hubiera limpiado el dorado de sus ojos
-Y tú dijiste que no -dijo Luke
Jace lo miró.
-Desearía que las personas dejaran de adivinarlo. Me hace sentir predecible
Luke miró hacia otro lado y sonrió, luego dijo:
-Alguien viene
Alguien venía, alguien alto con cabello negro que se sacudía al viento.
-Magnus -dijo Clary- Pero se ve... diferente
Mientras se acercaba, ella vio que su cabello, normalmente alzado en puntas y brillante como una bola de discoteca, colgaba limpiamente tras sus orejas como un pedazo de seda negra. Los pantalones de cuero arcoiris habían sido reemplazados por un límpido y pasado de moda traje negro y una gabardina negra con botones brillantes. Sus ojos de gato brillaron ámbar y verde.
-Parecen sorprendidos de verme -dijo
Jace miró su reloj.
-Nos preguntábamos si vendrías
-Dije que vendría, y aquí estoy. Necesitaba prepararme. Esto no es otro truco como sacar un conejo del sombrero, Cazador de Sombras. Esto va a requerir magia de verdad. -miró a Luke- ¿Cómo está el brazo?
-Bien, gracias -contestó cortésmente Luke
-La camioneta junto a la fábrica es tuya ¿verdad? -apuntó Magnus- Es demasiado grande para un vendedor de libros
-Oh, no lo sé -dijo Luke- Todas esas cajas pesadas, llenas de libros, diccionarios voluminosos...
Magnus rió.
-¿Puedes abrirla? Digo, yo podría hacerlo sólo -chasqueó los dedos- pero parece poco educado
-Claro -se encogió de hombros Luke y lo guió hasta la fábrica
Cuando Clary hizo ademán de seguirlos, Jace la retuvo.
-Espera. Quiero hablar contigo un segundo
Clary miró a Magnus y a Luke hacia la camioneta. Se veían extraños, el alto hechicero en un traje negro y el hombre de hombros anchos en jeans y franela, un poco más bajo, pero ambos eran Subterráneos, ambos atrapados entre el mismo espacio entre el mundo mundano y el sobrenatural.
-Clary -dijo Jace- Tierra a Clary ¿Dónde estás?
Ella volvió a mirarlo. El sol ya estaba poniéndose, tras él, haciendo que su cabello se volviera un halo dorado.

-Disculpa
-Está bien
El le pasó el dorso de la mano por su cara, con delicadeza.
-A veces te pierdes en ti misma -dijo- Desearía poder seguirte
Y lo haces, quiso decir ella. Vives en mi cabeza todo el tiempo. En vez de eso, dijo:
-¿Qué querías decirme?
Él bajó la mano.
-Quiero que me pongas la Runa Sin Miedo. Antes de que Luke regrese
-¿Por qué antes de que regrese?
-Porque dirá que es mala idea. Pero es la única oportunidad que tenemos de derrotar a Agramon. Luke... no lo entiende, no sabe cómo es. Pero yo sí.
Ella escarbó en su expresión.
-¿Cómo es?
No había manera de leerla.
-Ves lo que más temes en todo el mundo
-Ni siquiera sé que es
-Confía en mí. No quieres saberlo. -miró hacia abajo- ¿Tienes tu estela?
-Sí, la tengo
Ella se quitó el esponjoso guante de su derecha y sacó la estela. Su mano tembló un poco cuando la empuñó.
-¿Dónde quieres la Marca?
-Entre más cerca del corazón, más efectiva.
Le dio la espalda y se quitó la chamarra, tirándola al piso. Se alzó la camiseta para dejar al descubierto la espalda.
-Sobre los omoplatos estaría bien
Clary puso la mano sobre su hombro y respiró hondo. Su piel era más pálida ahí que en la cara y manos, y más suave, donde no tenía cicatrices. Puso la punta de la estela sobre su hueso y sintió que bajo su piel los músculos se tensaban.
-No presiones tanto...
-Perdona
Relajó la mano, dejando que la runa fluyera desde su mente, bajando el brazo, cerca de la estela. La línea negra que dejaba atrás se convertía en cenizas.
-Ahí está. Terminé
Se dio la vuelta, bajando su camisa.-Gracias
El sol se quemaba en el horizonte, inundando el horizonte de rojo sangre y rosa, convirtiendo el borde del río en oro líquido, suavizando el feo paisaje urbano que lo rodeaba.
-¿Qué hay de ti?
-¿Yo qué?
Él dio un paso al frente.

-Levántate las mangas. Te Marcaré

-Oh. Claro

Hizo lo que le pedía, alzándose las mangas, mostrando sus brazos pálidos. El piquete de la estela en su piel era como un montón de agujas, agujoneando sin coser. Miró las líneas negras con algo de fascinación. La Marca que había sacado de un sueño seguía visible, tan sólo un poco desvanecida en las orillas.

-“Y Yavé puso una señal a Caín para que no lo matara el que lo encontrara.” (N/A: Gen, 4:15)

Clary miró alrededor, bajando sus mangas. Magnus los estaba mirando, en su gabardina negra parecía flotar sobre el río. Una pequeña sonrisa se dibujo en su rostro.

-¿Puedes citar la Biblia? -inquirió Jace, inclinándose para levantar su chamarra

-Nací en un siglo muy religioso, niño -dijo Magnus- Siempre pensé que Caín podría haber sido la primera Marca en la historia. De hecho lo protegía.

-Pero difícilmente pudo ser uno de los ángeles -dijo Clary- ¿No había matado a su hermano?

-¿No planeamos nosotros matar a nuestro padre? -dijo Jace

-Es diferente -dijo Clary, pero no tuvo oportunidad de pensar cómo era diferente, porque en ése momento, la camioneta de Luke se acercó a la playa, haciendo saltar la grava bajo sus llantas.

Luke sacó la cabeza por la ventana.

-Okey -le dijo a Magnus- Aquí vamos. Entren

-¿Vamos a ir en auto? -dijo Clary, confusa- Pensé...

-¿Qué barco? -inquirió Magnus, mientras entraba en la cabina a un lado de Luke. Antes de cerrar la puerta añadió- Ustedes dos, suban atrás

Jace subió a la parte trasera de la camioneta y se agachó para ayudar a Clary a subir junto a él. Mientras se sentaba sobre la llanta de repuesto, vio que había un pentagrama negro dentro de un círculo en el piso metálico de la camioneta. Las puntas del pentagrama estaban decoradas con símbolos salvajes y con formas espirales. No eran como runas, más bien se veían como... como si trataras de entender una lengua similar, pero no igual, al Inglés. Luke se asomó por la ventana para mirarlo.

-Sabén que esto no me agrada -el viento se llevó parte de su voz- Clary, te quedarás con Magnus. Jace y yo iremos al barco. ¿Entiendes?

Clary gritó que sí y se acurrucó en una esquina de la camioneta. Jace se sentó junto a ella, entrelazando las piernas.

-Esto será interesante

-¿Qué...?

Comenzó Clary, pero la camioneta dio un salto, las llantas empujaron algo de grava y arena y ahogaron sus palabras. Aceleró hasta entrar al agua, al borde del río. Clary oteó mientras la camioneta se movía en dirección al río... ¿Planeaba Luke ahogarlos a todos? Miró hacia

la cabina y vió que estaba llena de columnas de luz azules, temblando y enroscándose. La camioneta se hizo hacia delante como si algo la hubiera golpeado. Entonces comenzaron a avanzar al frente, casi planeando.

Clary se puso sobre sus rodillas y miró hacia un lado de la camioneta, casi segura de lo que vería. Estaban conduciendo (no, navegando) sobre el agua oscura, la parte de debajo de la camioneta rozaba la superficie, salpicando pequeñas gotas de un color similar a las columnas de Magnus. Todo se quedó callado por un momento, excepto por el leve rugido del motor y las gaviotas sobre sus cabezas. Clary miró a Jace, que arqueaba las cejas.

-Esto de verdad va a impresionar a Valentine

-No lo sé -dijo Clary- Hay quienes tienen bati-boomerangs y trepan a las paredes; nosotros tenemos la Aquamioneta

-Si no te gusta, Nephilim -salió la voz de Magnus, medio apagada- mejor será que averigües si puedes caminar por encima del agua

*

-Creo que deberíamos entrar -dijo Isabelle, con la oreja contra la puerta de la biblioteca. Instó a Alec a acercarse- ¿Puedes oír algo?

Alec se inclinó junto a su hermana, teniendo cuidado de no soltar el teléfono que traía en la mano. Magnus dijo que le llamaría si algo pasaba. Hasta entonces, no había llamado.

-No

-Exacto. Dejaron de gritarse -los ojos oscuros de Isabelle chispearon- Esperan a Valentine

Alec se hizo a un lado de la puerta y se asomó por la ventana más cercana. El cielo afuera era del color de la loza, salpicada de cenizas rojas.

-Atardece -puso la mano en la puerta Isabelle- Vamos

-Isabelle, espera...

-Quiero saber lo que dice Valentine -dijo Isabelle- O lo que hace. Además, quiero verlo. Es el padre de Jace. ¿Tú no quieres conocerlo?

Alec volvió a la puerta de la biblioteca.

-Sí, pero esto no es buena idea porque...

Isabelle abrió la puerta de la biblioteca y la empujó con delicadeza. Se entre abrió. Con una mirada medio sorprendida, miró por encima del hombro de su hermana; maldiciendo entre dientes. La siguió. A cada lado del escritorio estaban su madre y la Inquisidora, como boxeadores mirándose antes de que sonara la campana. Las mejillas de Maryse estaban moteadas de un rojo brillante, tenía el cabello colgándole a ambos lados de la cara.

Isabelle miró a Alec como diciendo: Tal vez no deberíamos haber entrado. Mamá parece enfadada.

Por otro lado, si Maryse se veía enojada, la Inquisidora parecía

estar demente. Miró a todos lados cuando la puerta se abrió, con la boca torcida de forma extraña.

-¿Qué están haciendo aquí? -gritó

-Imogen -dijo Maryse

-iMaryse! -chilló la Inquisidora- He tenido suficiente de tus niños delincuentes...

-Imogen -dijo Maryse de nuevo

Hubo algo en su voz (una urgencia) que hizo que hasta la Inquisidora volteara a ver qué pasaba. El aire justo frente a ella parecía tambalearse como agua. Una forma salió de ella, como pintura negra lanzada con furia sobre un lienzo blanco, transformándose en la figura de un hombre con hombros anchos. La imagen hacía olas, demasiadas como para que Alec pudiera distinguir otra cosa que el hombre era alto, con un cabello blanco como la sal.

-Valentine -la Inquisidora se vio desconcertada, pensó Alec, aún cuando seguramente había estado esperándolo.

El aire ahora brillaba más violentamente. Isabelle ahogó un grito cuando un hombre salió de entre el aire tambaleante, como si saliera de entre dos columnas de aire. El padre de Jace era un hombre formidable, medía más de metro y medio y tenía un pecho ancho, con brazos musculosos y tensos. Su cara era casi triangular, volviéndose más afilada en la barbilla. Podría haberse considerado alguien guapo, pensó Alec, pero no como Jace, a quien no semejaba en nada más que en ése color dorado pálido. La empuñadura de una espada se veía por encima de su hombro izquierdo (la Espada Etérea). No era como si necesitara ir armado, dado que no estaba presente ahí físicamente, así que debió haberla usado para molestar a la Inquisidora. Tampoco era como si ella necesitara ser molestada aún más de lo que estaba.

-Imogen -dijo Valentine, sus ojos oscuros miraron a la Inquisidora con cierto aire satisfecho

Ése es Jace, ésa mirada, pensó Alec.

-Y Maryse, mi Maryse... ha pasado tanto tiempo

Maryse, tragando saliva, dijo con algo de dificultad.

-No soy "tu" Maryse, Valentine

-Y estos deben ser tus hijos -continuó Valentine como si ella nunca hubiera hablado. Sus ojos barrieron a Alec e Isabelle

Alec sintió un escalofrío, como si hubiera un peligro no visible para él, pero aún presente. Las palabras del padre de Jace eran completamente ordinarias, hasta incluso corteses, pero había algo en su mirada que hizo que Alec quisiera ponerse frente a su hermana con los brazos extendidos para evitar que la viera.

-Son iguales a ti

-Deja a los niños fuera de esto, Valentine -dijo Maryse, peleando por mantener la voz firme

-Bueno, eso parece difícil -dijo Valentine- considerando que ustedes empezaron a meter a los niños -miró a la Inquisidora- Recibí tu

mensaje. ¿Es esto lo mejor que puedes hacer?

Ella no se había movido; ahora parpadeó lentamente.

-Espero que los términos de mi oferta te hayan quedado claro

-Mi hijo por los Instrumentos Mortales. ¿Era así? O si no, lo matarías.

-¿Matarlo? -hizo eco Isabelle- ¡MAMÁ!

-Isabelle -dijo Maryse, tensa- Cállate

La Inquisidora miró a Alec e Isabelle con los ojos entrecerrados.

-Así es, Morgenstern.

-Entonces mi respuesta es no

-¿No?

Parecía que a la Inquisidora hubiera dado un paso al frente y el piso se hubiera colapsado bajo sus pies.

-No creas que esto es un juego, Valentine. Cumpliré lo que dije

-Oh, no tengo duda de eso, Imagen. Siempre has sido una mujer muy centrada y nada dada a cambiar de opinión. Reconozco esas cualidades porque son las mismas que yo tengo.

-No nos parecemos. Yo sigo la Ley...

-¿En serio? Olvidé la parte en la que dice que tienes permitido asesinar a un adolescente para castigar a su padre. Esto no es por la Ley, Imagen, es porque me odias y culpas por la muerte de tu hijo y es tu manera de vengarte. No hay diferencia. No renunciaré a los Instrumentos Mortales, ni por Jonathan

La Inquisidora sólo lo miró.

-Pero es tu hijo -dijo- Tu sangre

-Los hijos tienen decisiones propias -dijo Valentine- Eso es algo que nunca entendiste. Le ofrecí seguridad a Jonathan si se quedaba conmigo; la rechazó y regresó contigo, y tú hiciste exactamente lo que le dije que harías. No eres nada, Imogen -terminó- si acaso, predecible

La Inquisidora no pareció darse cuenta del insulto.

-La Clave insistirá en su muerte, si no me das los Instrumentos Mortales -dijo, como alguien atrapado en una pesadilla- No podré detenerlos

-Eso lo sé -dijo Valentine- Pero no hay nada que yo pueda hacer. Le di una oportunidad. No la tomó.

-¡Bastardo! -gritó Isabelle de repente, e hizo ademán de correr al frente; Alec le detuvo el brazo y la detuvo- Es un imbécil -siseó, entonces alzó la voz, gritándole a Valentine- ¡Eres un...!

-¡Isabelle! -chilló Alec y le cubrió la boca con la mano a su hermana mientras Valentine no dejaba de mirarlos, divertido.

-Tú... le ofreciste... -la Inquisidora comenzaba a recordarle a Alec un robot con los circuitos quemados- ¿Y rechazó? -sacudió la cabeza- Pero es tu espía... tu arma...

-¿Fue eso lo que pensaste? -dijo, aparentemente sorprendido en realidad- No me interesa espiar los secretos de la Clave. Sólo me interesa su destrucción, y tengo armas más poderosas en mi arsenal que un

chico.

-Pero...

-Cree lo que quieras -dijo Valentine encogiéndose de hombros- No eres nada, Imogen Herondale. Una de las figuras más altas de un poder que está a punto de caer, por consiguiente, también está a punto de caer. No hay nada que puedas ofrecerme que yo pueda querer o necesitar

-¡Valentine! -la Inquisidora se lanzó hacia delante, como si pudiera atraparlo, pero sus manos sólo atravesaron su figura como si fuera agua.

Con una mirada de gigantesco disgusto, dio un paso atrás y se desvaneció.

*

El cielo estaba bordeado de las últimas lenguas de fuego decreciente, el agua se convirtió en hierro. Clary se apretó más la sudadera y tembló.

-¿Tienes frío? -dijo Jace, que había estado de pie junto a la parte trasera de la camioneta, mirando la estela que el auto dejaba tras él: dos líneas blancas que parecían cortar el agua. Ahora estaba junto a ella, con la espalda recargada en la parte de atrás de la cabina. La ventana estaba casi cubierta de un humo índigo.

-¿Tú no?

-No -negó con la cabeza y se quitó la chamarra, tendiéndosela

Ella se la puso, reconfortada con la suavidad del cuero. Era demasiado grande, pero de una manera casi familiar.

-Te vas a quedar aquí como dijo Luke ¿verdad?

-¿Tengo otra opción?

-No, me parece que no

Ella se quitó el guante y extendió la mano en su dirección. Él la tomó, apretándola fuertemente. Ella miró a sus dedos entrelazados, los de ella tan pequeños, cuadrados en la puntas, los de él, largos y delgados.

-Vas a hallar a Simon por mí -dijo ella- Sé que lo harás

-Clary -ella podía ver el agua reflejarse en sus ojos- Podría estar... bueno, podría estar...

-No -su tono no dejaba lugar a dudas- Estará bien. Tiene que estarlo

Jace exhaló. Sus ojos se rasaron de agua azul oscura, como lágrimas, pensó Clary, pero no eran lágrimas, sólo era un reflejo, se dijo.

-Hay algo que quiero preguntarte -dijo- Tenía miedo de decirlo antes. Pero ahora no.

Su mano se movió para acunar su mejilla, su palma se sentía tibia contra su mejilla fría, y se dio cuenta de que ella tampoco tenía miedo, como si él pudiera pasarle el efecto de la Runa Sin Miedo con sólo tocarla. Su barbilla se alzó, sus labios se entreabrieron expectantes... su

boca rozó la de ella ligeramente, tanto que pareció el toque de una pluma, el recuerdo de un beso... entonces él se echó hacia atrás, con los ojos demasiado abiertos; ella vio la pared negra en ellos, tragando con facilidad increíble el oro: la sombra de un barco. Jace la soltó gruñendo y se puso de pie. Clary se levantó dificultosamente, la pesada chamarra de Jace no la dejaba moverse bien.

Chispas azules saltaban de las ventanas de la camioneta, y a su luz, pudo ver que un lado del barco era de un color negro corrugado, había una escalera pequeña que trepaba hasta cubierta, y líneas de color gris metálico corrían por encima. Había algo grande y maltrecho, como un pájaro malherido sobrevolando la nave. Oleadas de frío parecían emanar del barco como aire helado de un iceberg. Cuando Jace le habló, su aliento salió en forma de vaho, sus palabras se perdieron en el ruidoso sonido del motor del barco. Ella frunció el ceño hacia él:

-¿Qué? ¿Qué dijiste?

Él extendió una mano hacia ella, deslizándola bajo su chamarra, las puntas de sus dedos rozaron su piel. Ella chilló sorprendida. Él sacó la espada de serafín que le había dado más temprano y se la puso en la mano.

-Dije -y la soltó- que saques a Abrariel, porque allá vienen

-¿Qué viene?

-Los demonios -apuntó al cielo

Al principio Clary no vio nada. Entonces notó los gigantescos pájaros deformes que había visto antes. Estaban bajando en picada como piedras hacia ellos, sobrevolando las olas. Mientras se acercaban, ella pudo ver que no eran pájaros, sino cosas feas como pterodáctilos, con alas afiladas y correosas y cabezas huesudas y triangulares. Su boca estaba llena de dientes serrados, filas y filas de ellos, y sus garras brillando como cuchillas filosas. Jace se trepó al techó de la camioneta, Telantes brillando en su mano. Cuando la primera de las cosas voladoras lo alcanzó, enarboló la espada. Golpeó al demonio, rebanando la parte superior del cráneo del demonio como si quebrara el cascarón de un huevo. Con un chillido escalofriante, la cosa se sacudió a los lados, las alas convulsionándose. Cuando golpeó en el agua, ésta hirvió. El segundo demonio golpeó el cofre de la camioneta, sus garras enterrándose furiosamente en el metal. Se estrelló sólo contra el parabrisas, cuarteando el vidrio. Clary le giró a Luke, pero otro de ellos se arrojó sobre ella como una flecha. Ella se hizo la manga de la chamarra de Jace hacia arriba, mostrando su runa defensiva. El demonio chilló de nuevo, las alas se plegaron hacia atrás, pero se había acercado demasiado y no alcanzó a detenerse a tiempo. Notó que no tenían ojos, sólo agujeros en cada lado de su cráneo cuando enterró a Abrariel en su pecho. La cosa se quemó, dejando un silbido de humo negro detrás.

-Bien hecho -dijo Jace

Se había bajado del techo de la cabina para eliminar a otra de las cosas voladoras. Ahora usaba una daga, con el mango chorreando de

sangre negra.

-¿Qué son estas cosas? -gritó Clary, girando a Abrariel en un arco estrecho que le pasó por todo el pecho a un demonio. Aleteó y pataleó en el aire.

Así de cerca podía ver las alas que terminaban en dos filosos bordes de hueso. Uno se atoró en una de las mangas de la chamarra de Jace y le hizo una abertura antes de desvanecerse.

-Mi chamarra -dijo Jace con enfado, y se giró para hacer retroceder a otro demonio- Amaba ésa chamarra

Clary lo miró, el sonido de metal chirriando le golpeó las orejas. Dos de los demonios voladores tenían las garras en el techo del auto, lo jalaban para arrancarlo. El aire se llenó del crujido del metal quebrándose. Luke sacaba la cabeza por la ventana, golpeando a las criaturas con su kindjal. Una de un lado de la camioneta, se desvaneció antes de que golpeará el agua. La otra se elevó de vuelta al barco después de hacer añicos gran parte del techo. Por un momento, el cielo se quedó vacío. Clary se apresuró a asomarse a la cabina. Magnus estaba encogido en su asiento con la cara gris. No había la suficiente luz como para ver si estaba herido o no.

-iMagnus! -gritó- ¿Estás herido?

-No -se encogió para sentarse derecho, entonces se dejó caer en el asiento- Sólo estoy... drenado. Los hechizos de protección en la nave son fuertes. Abrirlos, replegarlos es... difícil -su voz de hizo más débil- Pero si no lo hago, y si alguien que no sea Valentine pone un pie en ése barco, moriré

-Tal vez deberías venir con nosotros -dijo Luke

-No puedo trabajar si estoy dentro de la nave. Tengo que hacerlo desde aquí. Así funciona -hizo una mueca de dolor- Además, no soy bueno peleando.

Clary, que seguía colgando sobre la cabina, comenzó.

-Pero si necesitamos...

-iClary! -gritó Luke, pero era demasiado tarde

Ninguno de ellos había visto la criatura voladora que se acercaba por un lado de la camioneta. Se lanzó hacia delante, con la garras al frente y sujetando a Clary por la chamarra, una niebla de alas borrosas y dientes filosos. Con un aullido de triunfo, volvió al aire, Clary colgando de sus garras.

-iClary! -gritó Luke de nuevo, y se inclinó más por la ventana, mirando sin esperanzas hacia arriba

-No la mataré -dijo Jace, devolviéndolo al interior- Se la lleva a Valentine

Había algo en su voz que hizo que Luke se calmara. Se volvió a mirar al chico junto a él.

-Pero... -no terminó

Jace ya estaba fuera de la camioneta, en un suave y sencillo movimiento. Salpicó el agua del río y comenzó a brucear en dirección al

barco, sus fuertes patadas haciendo pequeños remolinos en el agua. Luke miró a Magnus, cuya cara pálida era a penas visible por entre el parabrisas roto, un punto blanco contra la oscuridad.

Luke alzó la mano, vio a Magnus asentir a manera de respuesta. Atando su kindjal a un lado, se metió al río tras Jace.

*

Alec relajó la mano, medio esperando que comenzara a gritar cuando quitara la mano. No lo hizo. Se quedó quieta junto a él y miró a la Inquisidora que se levantaba, sacudiéndose levemente, su cara de un color blanco grisáceo.

-Imogen -dijo Maryse. No había sentimientos en su voz, ni siquiera enojo.

La Inquisidora no pareció oírlo. Su expresión no había cambiado cuando se sentó temblorosa en la antigua silla de Hodge.

-Por Dios -dijo, mirando al escritorio- ¿Qué he hecho?

Maryse miró a Isabelle.

-Ve por tu padre

Isabelle, mirando a Alec tan asustada como él a ella, asintió y salió de la habitación. Maryse cruzó hasta donde estaba la Inquisidora y la miró.

-¿Qué has hecho Imogen? -dijo- Le has dado la victoria a Valentine. Eso has hecho

-No -gimió la Inquisidora

-Sabías exactamente lo que planeaba Valentine cuando encerraste a Jace. Te negaste a que la Clave se enterara porque interferiría con tu plan. Querías que Valentine sufriera tanto como tú; para mostrarle que tenías el poder de matar a su hijo como él mató al tuyo. Querías herirlo.

-Sí...

-Pero Valentine no se hiere fácilmente -dijo Maryse- Yo pude haberte dicho eso. Nunca trataste con él. Sólo fingió considerar la oferta para saber que no haríamos nada ni pediríamos refuerzos a Idris. Y ahora es muy tarde.

La Inquisidora alzó la vista salvajemente. Su cabello se había soltado y colgaba en mechones lacios sobre su cara. Era lo más humana que se veía desde que Alec la conocía, pero no le agradó demasiado la idea. Las palabras de su madre lo habían horrorizado: demasiado tarde.

-No Maryse -dijo- Aún podemos

-¿Aún podemos qué? -la voz de Maryse sonó iracunda- ¿Llamar a la Clave? No tenemos los días, las horas que nos llevaría traer a todos aquí, si es que vamos a enfrentar a Valentine (y Dios sabe que no tenemos otra opción)

-Tendremos que hacerlo solos -interrumpió una voz grave. Detrás de Alec, con un traje negro, estaba Robert Lightwood

Alec miró a su padre. Habían pasado años desde la última vez que

lo había visto usando su traje de cazador; últimamente sólo hacía cosas administrativas, en la Conclave y tratando con Subterráneos. Algo acerca de ver a su padre en esas ropas pesadas, negras, con la espada en la espalda, llevó a Alec a su infancia, cuando su padre había sido el hombre más grande, fuerte y aterrador que nada que pudiera imaginar. Y seguía siendo aterrador. No había visto a su padre desde aquella vez en casa de Luke. Trató de verlo a los ojos, pero Robert miraba a Maryse.

-La Conclave nos espera -dijo Robert- Los barcos esperan en la bahía

Las manos de la Inquisidora se pasaron alrededor de su cara.

-Esto no es bueno -dijo- No somos los suficientes... ni siquiera podemos...

Robert la ignoró. Miró a Maryse.

-Deberíamos irnos ya -dijo, y en su tono había un respeto distante, el mismo de cuando hablaba con la Inquisidora

-Pero la Clave -comenzó la Inquisidora

-Serán informados

Maryse alzó el teléfono del escritorio, mirando gravemente a la Inquisidora.

-Tú diles. Diles lo que has hecho. Es tu trabajo, después de todo.

La Inquisidora no dijo nada, sólo miraba al teléfono, con una mano en la boca. Antes de que Alec pudiera sentir pena por ella, la puerta se abrió y entró Isabelle, en su traje de Cazadora de Sombras, con su látigo largo y dorado en una mano y una espada naginata en la otra. Miró a su hermano con el ceño fruncido.

-Ve a vestirte -dijo- Vamos al barco de Valentine ya

Alec no pudo evitarlo; la comisura de su boca se elevó. Isabelle siempre era tan determinada.

-¿Eso es para mí? -preguntó, indicando la naginata. Isabelle la quitó de enfrente.

-¡Consigue la tuya!

Algunas cosas nunca cambian.

Alec caminó hasta la puerta, pero fue detenido por una mano en su hombro. Miraba hacia arriba con sorpresa. Era su padre. Lo miraba, pero no sonreía, aún así, había una mirada de orgullo en su cara cansada.

-Si necesitas una espada, Alexander, mi *guisarme* está en la entrada. Si quieres usarla.

Alec asintió con los ojos muy abiertos, pero antes de que pudiera agradecerle a su padre, Isabelle habló:

-Aquí tienes, Madre -dijo

Alec se dio la vuelta y vio a su hermana dándole la naginata a su madre, que la tomó y la blandió con ojo crítico.

-Gracias, Isabelle -dijo Maryse, y con un movimiento bajó la espada y apuntó directo al corazón de la Inquisidora.

Imogen Herondale miró hacia Maryse con los ojos en blanco de una estatua.

-¿Vas a matarme, Maryse?

Maryse siseó entre dientes.

-No -dijo- Necesitamos a cada Cazador de Sombras en la ciudad, y justo ahora, eso te incluye a ti. Levántate Imogen, prepárate para la batalla. De ahora en adelante, las órdenes las doy yo -sonrió sombría- Y la primera cosa que harás es sacar a mi hijo de ésa Configuración Malachi en la que lo has metido

Se veía magnánima mientras hablaba, pensó Alec con orgullo, una verdadera guerrera, cada línea de ella brillando con furia. Odiaba arruinar el momento, pero en el cuarto de entrenamiento iban a encontrar todo menos a Jace. Mejor que alguien lo dijera antes de que todo se volviera un malentendido tremendo. Carraspeó.

-De hecho -dijo- Hay algo que deberían saber...

XVIII. Oscuridad Visible

Clary siempre había odiado las montañas rusas, el sentimiento de su estómago cayendo hasta sus pies cuando el carrito se desplomaba hacia abajo. Ser sacada de la camioneta y elevada por los aires en las alas de una cosa voladora era diez veces peor. Gritó con fuerza cuando el demonio la alzó en el aire, increíblemente rápido. No dejó de gritar y retorcerse hasta que vio hacia abajo y notó que estaba sobre el agua y pensó en lo horrible que sería caer de tal altura. Se quedó quieta. La camioneta se veía como un juguete, mecida por las olas. La ciudad se extendía alrededor de ella, paredes borrosas y luz brillante. Hubiera podido ser hermoso si no estuviera tan aterrorizada.

El demonio subió y bajó en picada, y de pronto, sintió que caía. Pensó que la cosa iba a tirarla para que se estrellara en el agua helada y negra, cerró los ojos, pero se dio cuenta de que no era una idea tan buena. Los abrió de nuevo y vio la cubierta negra de la nave elevándose a sus pies como una mano lista para atraparla. Gritó una segunda vez cuando cayó sobre ésta. Estaban dentro ahora. La cosa voladora dejó de aletear tan rápido.

Aterrizaron en el centro del barco, rodeados de paredes metálicas. Clary pudo entre ver el brillo oscuro de las máquinas descompuestas; ninguno de ellos parecía estar funcionando, más bien se veían abandonados alrededor de la cubierta y dentro de ella. Si había luz eléctrica, ahora ya no, aún con el brillo leve que rodeaba todo. Algo que parecía estar sorbiendo el calor de alrededor. Hielo helado le pegó en la cara cuando el demonio alcanzó el piso de la nave y se metió por entre un largo y oscuro corredor. No parecía tener mucho cuidado de no lastimarla. Su rodilla golpeó en un tubo cuando la criatura dio vuelta en una esquina, enviándole un golpe de dolor por toda la pierna. Chilló y oyó una risa siseante sobre su cabeza. Entonces la cosa la soltó y ella cayó.

Rodando en el aire, Clary trató de meter las manos y las rodillas para amortiguar el golpe. Casi funciona. Golpeó contra el piso y rodó hacia un lado, aturdida. Estaba tirada sobre una superficie de metal dura, en la semioscuridad. Probablemente esto sería una bodega, porque las paredes no tenían puertas. Había un cuadrado grande abierto sobre su cabeza, por donde había caído. Sentía todo el cuerpo como un gigantesco moretón.

-¿Clary? -murmuró una voz

Rodó hacia el otro lado, quejándose. Una sombra se arrodilló junto a ella. Cuando sus ojos se ajustaron a la oscuridad, vio una pequeña figura, llena de curvas, con el cabello trenzado y de ojos grandes color café oscuro. Maia.

-¿Clary, eres tú?

Clary se sentó, ignorando el dolor que sentía.

-Maia. Maia, oh por Dios -miró a la chica, y luego furtivamente a

todo el cuarto. Estaba vacío- ¿Maia, dónde está? ¿Dónde está Simon?

Maia se mordió el labio. Tenía sangre en las muñecas, vió Clary, su cara estaba manchada con caminos secos de lágrimas.

-Clary, en serio lo siento -dijo, en su voz grave y áspera- Simon murió

*

Empapado y medio congelado, Jace se desplomó en la cubierta del barco, el agua corriendo por el cabello y la ropa. Miró hacia el cielo nublado, jadeando. No había sido tan fácil como creyó subir por la escalera metálica a un lado del barco, especialmente con las manos resbalosas y la ropa pesada jalándolo hacia abajo. Si no hubiera sido por la Runa Sin Miedo, reflexionó, probablemente habría estado preocupado porque alguno de los demonios voladores lo capturara desde las escaleras como a un bicho en una rama. Afortunadamente, parecían haber regresado al barco una vez que obtuvieron a Clary. Jace no podía imaginar por qué, pero hacía mucho había dejado de preguntarse el por qué de las cosas que hacía su padre. Sobre él apareció una cabeza, una silueta contra la luz de la luna. Era Luke, que acababa de subir la escalera. Trepó trabajosamente y se tumbó a un lado de él. Miró a Jace.

-¿Estás bien?

-Ajá -se levantó Jace. Temblaba

Estaba más frío en el barco, más frío que en el agua, y no traía chamarra. Se la había dado a Clary. Miró alrededor.

-Hay una puerta que lleva al interior. La encontré la última vez. Tenemos que buscarla

Luke comenzó a caminar.

-Y déjame ir primero -añadió Jace, caminando enfrente de él

Luke lo miró y pareció que iba a decir algo, pero al final sólo caminó a un lado de Jace, que ya había llegado a donde había charlado con su padre la otra noche. Pudo oír el sonido del agua contra la popa, abajo.

-Tu padre -dijo Luke- ¿qué te dijo? ¿Qué te prometió?

-Oh, lo de siempre. Boletos de por vida para los partidos de los Knicks -dijo Jace, tratando de sonar divertido, pero más bien le salió algo gélido- Dijo que se aseguraría de que nada nos dañara o a nadie que yo quisiera si dejaba la Clave y regresaba a Idris con él

-¿Crees que...? -dudó Luke- ¿Crees que lastimaré a Clary por haberle dicho eso?

Rodearon la popa y Jace entrevió la Estatua de la Libertad a la distancia, un pilar en medio de la luz brillante.

-No. Creo que se la llevó para hacernos subir, nos puso en bandeja de plata. Eso es todo

-No creo que necesite hacer algo así -dijo Luke con voz grave mientras sacaba su kindjal.

Jace se dio la vuelta para seguir la mirada de Luke, y por un momento no pudo más que mirar. Había un agujero negro en el lado oeste de la nave, un agujero como un cuadrado que había sido cortado en el metal, y de cuyos bordes salían nubes de monstruos. Jace miró hacia atrás, a donde había estado la última vez, con la Espada Etérea en una mano, mirando todos los horrores en el cielo y el agua que se transformaban en montones de pesadillas. La única diferencia era que ahora todos estaban frente a él, una cacofonía de demonios: los huesudos Raum que los habían atacado en casa de Luke; demonios Oni con sus cuerpos verdes y bocas abiertas y cuernos; los negros y sedosos demonios Kuri, demonios araña con ocho largos brazos y gotas de veneno escurriendo de la boca y cientos de ojos... Jace no pudo siquiera dar un número aproximado de los que podrían ser. Buscó a Camael y la sacó del cinturón, su brillo blanco embargando la cubierta. Los demonios sisearon ante la presencia de ésta, pero ninguno de ellos se echó para atrás. La Runa Sin Miedo en el hombro de Jace comenzó a quemar. Se preguntó cuántos demonios podría matar antes de que dejara de funcionar.

-¡Para! ¡Para! -la mano de Luke lo haló hacia atrás- Hay demasiados Jace. Si pudiéramos regresar a la escalera...

-No podemos -se zafó Jace- Están por ambos lados

Era verdad. Demonios Moloch, con llamas saliendo de sus cuencas sin ojos, acababan de rodearlos. Luke dijo más maldiciones juntas de las que Jace había oído en su vida.

-Salta por la borda entonces. Los detendré.

-Tú salta -dijo Jace- Yo estoy bien aquí

Luke echó la cabeza hacia atrás. Sus orejas se vieron puntiagudas, y cuando miró a Jace, sus labios tiraron hacia atrás mostrando unos caninos anormalmente afilados.

-Tú... -se detuvo cuando un demonio Moloch saltó hacia él, con las garras por delante.

Jace lo golpeó cuando pasaba, y Luke se lanzó sobre el demonio, aullando. Luke se tiró a cuatro patas y lo atacó.

-Usaste la Runa Sin Miedo -dijo Luke, volviendo a mirar a Jace con ojos brillantes en la oscuridad de un curioso color ámbar

Se oyó un chapoteo lejano.

-Así fue -admitió Jace

-Jesucristo -dijo Luke- ¿Te la pusiste tú sólo?

-No. Clary me la dibujó

La espada de serafín de Jace atravesó el aire y dos demonios Drevak cayeron. Habían docenas más de donde habían salido los primeros, arrastrándose hacia ellos, sus aguijones como aguja.

-Sabes que fue una buena idea

-Adolescentes -dijo Luke, como si fuera la grosería más mala que supiera, y se lanzó entre la horda de demonios que venía hacia ellos.

*

-¿Muerto? -Clary miró a Maia como si ésta hablara en búlgaro- No puede estar muerto

Maia no dijo nada, sólo lo miró con ojos tristes y oscuros.

-Lo habría sentido -se sentó Clary y presionó su mano, cerrada en puño, contra su pecho- Lo habría sentido aquí

-Eso pensé yo -dijo Maia- Una vez. Pero no lo sabes. Nunca sabes

Clary se arrastró hasta ponerse de pie. La chamarra de Jace colgaba de sus hombros, la parte de atrás estaba cortada limpiamente. Se la quitó impacientemente y la tiró al suelo. Estaba arruinada, los hombros rasgados por marcas de garras. Jace se enfadará porque rompí su chamarra, pensó, debería comprarle otra. Debería...

Soltó un suspiro largo. Podía oír su corazón golpeteando, pero le parecía un sonido distante.

-¿Qué... le pasó?

Maia seguía arrodillada en el piso.

-Valentine nos atrapó a los dos -dijo- Nos encadenó en una habitación. Entonces vino con una... una espada, muy larga y brillante, como si estuviera al rojo. Me tiró polvo de plata para que no pudiera defenderlo y luego... luego enterró la espada en la garganta de Simon - su voz se desvaneció hasta convertirse en un murmullo- Le cortó las muñecas y vertió la sangre en botes. Unas de éstas criaturas vino y se lo llevó. Y dejó a Simon ahí tirado, como un juguete que ya no quisiera. Grité... pero sabía que estaba muerto. Entonces uno de los demonios me recogió y me trajo aquí.

Clary se mordió una mano y no dejó de hacerlo hasta que sintió el saborcillo salado de la sangre. El gusto a sangre pareció cortar la niebla en su cabeza.

-Tenemos que salir de aquí

-Sin ofender, pero eso es obvio -se levantó Maia, quejándose- No hay manera de salir. Ni siquiera para un Cazador de Sombras. Tal vez si fueras, no sé, si fueras...

-¿Si fuera qué? -demandó Clary- ¿Jace? Bueno, no lo soy -pateó la pared, que hizo un sonido que evidenciaba que detrás estaba hueco. Buscó la estela- Soy Clary

Pegó la punta de la estela contra la pared y comenzó a dibujar. Las líneas parecían fluir libres, negras y corrosivas, hirvientes como su enojo. Golpeó la estela una y otra vez y las líneas negras salieron de ella como fuego. Cuando se retiró, estaba sin aliento, vio a Maia asombrada.

-Chica -dijo- ¿qué hiciste?

Clary no estaba segura. Parecía que hubiera tirado un balde de ácido contra la pared. El metal alrededor de la runa chirriaba y se retorció como helado en un día caluroso. Dio un paso atrás, viendo que un agujero del tamaño de un perro grande se abría en la pared. Los bordes del agujero seguían humeando, aún cuando habían dejado de

ensancharse. Maia dio un paso al frente, jalando a Clary por el brazo.

-Espera -dijo Clary, de pronto nerviosa- Si derritió el metal... podría ser, como, tóxico o algo así

Maia hizo un mohín.

-Soy de Nueva Jersey. Nací entre cosas tóxicas -se inclinó frente al agujero y miró- Hay un tubo de metal del otro lado -anunció- Mira... voy a entrar

Se dio la vuelta y metió los pies dentro, luego deslizó las piernas, deslizándolas lentamente. Frunció el ceño cuando quiso deslizar los brazos también.

-¡Ouch! Se atoraron mis hombros ¿Me empujas? -sacó las manos y las extendió en dirección de Clary.

Clary tomó sus manos y empujó. La cara de Maia se puso blanca, entonces roja... y entonces bajó repentinamente, como el corcho de una botella de champaña. Con un chillido, cayó hasta abajo. Hubo un sonido de golpe y Clary se asomó por el agujero.

-¿Estás bien?

Maia estaba tendida en el piso de acero a donde había ido a parar. Se dio la vuelta y se sentó.

-Mi tobillo... pero estará bien -añadió, viendo la cara de Clary- Me curo rápido, ya lo sabes

-Lo sé. Okey, mi turno -la estela de Clary se lastimó el estómago cuando se inclinó, preparada para seguir a Maia.

El túnel era intimidante, pero no tanto como quedarse en la bodega a esperar lo que sea que pudiera venir por ella. Metió los pies en el agujero y respiró hondo... y algo la tomó por la espalda de la camisa, devolviéndola arriba. Su estela cayó y rodó por el piso. Gimió cuando sintió un dolor fuerte; el cuello del suéter le lastimó la garganta y tosió. Un momento después la soltaron. Aterrizó en el piso, sus rodillas golpearon el piso metálico con un ruido hueco. Tosiendo, miró hacia arriba, sabiendo ya lo que vería. Valentine de pie junto a ella. En una mano sostenía una espada de serafín, lastimándole los ojos con su luz blanca. La otra mano, que era la que la había jalado, estaba cerrada en un puño. Su cara blanca tenía una mueca de desdén.

-Hija de tu madre tenías que ser, Clarissa -dijo- ¿Qué hiciste ahora?

Clary se irguió penosamente sobre sus rodillas. Su boca estaba llena de sangre salada de donde su labio se había partido. Cuando miró a Valentine, su ira se transformó en algo venenoso en su pecho. Este hombre, su padre, había matado a Simon y lo había dejado en el piso como si fuera basura. Cuando había pensado que odiaba a alguien, había estado equivocada. Esto era odiar a alguien.

-La chica licántropo -continuó Valentine, con el ceño fruncido- ¿dónde está?

Clary se inclinó al frente y escupió la sangre que tenía en la boca a los pies de Valentine. Con una exclamación aguda de disgusto y sorpresa, dio un paso atrás, alzando la espada en su mano, y por un

momento, Clary vio una furia en sus ojos que le hizo creer que lo haría, que la mataría por escupir en sus zapatos. Lentamente, bajó la espada. Sin decir más, rodeó a Clary y miró por el agujero que había hecho en la pared. Lentamente, ella se dio la vuelta, con los ojos en el suelo, hasta que la vio. La estela de su madre. Se estiró para alcanzarla, con el aliento entrecortado...

Valentine se dio cuenta de lo que hacía. Con una zancada, cruzó la habitación. Pateó la estela lejos; fue a caer en el agujero en la pared. Ella entrecerró los ojos, sintiéndose horrible por haber perdido la estela, como si hubiera perdido a su madre de nuevo.

-Los demonios encontrarán a tu amiga Subterránea -dijo Valentine, fríamente- No hay a donde correr. No hay donde ocultarse. Ahora levántate, Clarissa

Despacio, Clary se puso de pie. Todo el cuerpo le dolía. Un minuto después chilló sorprendida cuando Valentine la tomó por los hombros y le dio la vuelta, haciendo que le diera la espalda. Él silbó; un agudo y alto y desagradable sonido. El aire le trajo el sonido de las alas aplastadas y correosas. Con un pequeño chillido, trató de soltarse, pero Valentine era demasiado fuerte. Las alas sonaron sobre sus cabezas, Valentine la abrazó con fuerza, como si en verdad fuera su padre.

*

Jace pensó que Luke ya estaría muerto por ahora. No estaba seguro. La cubierta del barco estaba resbalosa por la sangre. Él mismo estaba cubierto de suciedad. Incluso su cabello estaba pesado y pegajoso con mugre y sus ojos le picaban por la sangre y el sudor. Había un corte largo sobre su brazo derecho y no había tiempo de ponerse una runa sanadora en la piel. Cada vez que alzaba el brazo, un dolor le atravesaba la piel. Habían conseguido hacer retroceder a los demonios. Jace había usado ambos chakrams y la espada de serafín. No lo podía acabar de creer... nunca antes había enfrentado otra cosa que no fueran demonios sin armas y ahora, enfrentaba una horda. Debería estar asustado, lo sabía, pero no podía sentir otra cosa que odio por los demonios, que no pertenecían a este mundo, e ira para Valentine, que los había convocado. Distantemente, sabía que no sentir miedo no era del todo bueno. Ni siquiera temía desangrarse por la herida en el brazo.

Un demonio araña corrió hacia Jace, babeando veneno amarillo. Él se hizo a un lado, no lo suficientemente rápido para evitar unas gotas de veneno que cayeron en su camisa, que humeó y se deshizo; sintió el piquete como si le quemaran la piel una docena de agujas al rojo. El demonio araña chasqueó las mandíbulas satisfecho y sacó más veneno. Jace se hizo a un lado y la ponzoña golpeó a un demonio Oni que venía tras él; el Oni chilló y se abalanzó sobre el demonio arácnido, con las garras extendidas. Los dos se alejaron peleando.

Los otros demonios se alejaron del veneno, que fungió como

barrera entre el Cazador y las criaturas. Jace aprovechó ése momento para mirar a Luke que estaba detrás de él. Casi no lo reconoció. Sus orejas estaban afiladas, lobunas; sus labios jalados hacia atrás en un rictus salvaje, sus manos que terminaban en garras escurrían sangre de demonio.

-Deberíamos irnos de aquí -la voz de Luke era mitad gruñido-Salgamos del barco. No podemos matarlos a todos. Tal vez Magnus...

-No creo que lo estemos haciendo tan mal -buscó un arma en su cinturón y para su fortuna encontró una espada de serafín, pero su mano estaba tan resbalosa que casi se le cae- Considerando todo.

Luke hizo un ruido que bien pudo ser una risa o un gruñido, o una combinación de ambos. Entonces algo grande y sin forma cató del cielo, lanzándolos a ambos al suelo. Jace cayó pesadamente, la espada de serafín salió volando de su mano. Rodó por la cubierta y cayó por la borda. Jace maldijo y se puso de pie. La cosa que había caído era un demonio Oni, inusualmente grande (por no mencionar inusualmente listo para haber subido al techo y lanzarse sobre ellos desde ahí). Estaba sobre Luke ahora, golpeándolo con los toscos cuernos que salían de su frente. Luke se defendía lo mejor que podía con sus garras, pero ya estaba cubierto de sangre; su kindjal estaba en la cubierta, lejos de su alcance. Luke tomó al Oni por los cuernos y éste enterró una de sus piernas afiladas sobre la rodilla del licántropo. Jace oyó el crujir de los huesos y a Luke gritar. Levantó el kindjal y lo estrelló sobre el cuello del Oni, éste se deslizó hasta decapitar a la criatura, que se deshizo en el aire, dejando un charco de sangre negra. El kindjal golpeó la cubierta al caer. Jace corrió a arrodillarse junto a Luke.

-Tu pierna...

-Está rota -gruñó Luke y trató de sentarse. Su cara se contrajo de dolor.

-Pero te curas rápido

Luke miró alrededor, sombrío. El Oni podría haber muerto, pero los otros habían aprendido de su ejemplo. Había cientos tratando de subir al techo, imposible de saber cuántos, aunque después de todo, saber cuántos eran no los ayudaba mucho. Luke cerró la mano alrededor de la empuñadura del kindjal.

-No lo suficiente

Jace sacó la daga de Isabelle de su cinturón. Era la última arma y se veía terriblemente pequeña. Una emoción aguda lo aguijoneó, no miedo, seguía sin poder sentirlo, sino lástima. Vio a Alec e Isabelle claramente, sonriéndole, y luego a Clary, con los brazos extendidos como dándole la bienvenida a casa. Se puso de pie cuando algo grande caía del techo y bloqueaba la luz de la luna. Jace trató de moverse para proteger a Luke, pero era inútil, había varios demonios ya. Uno frente a él. Era un esqueleto de dos metros, sonriendo con los dientes quebrados. Le colgaba una bandera de colores tibetanos de entre sus huesos corroídos. Tenía una katana en su mano huesuda, lo cual era inusual, ya

que la mayoría de los demonios no llevaban armas. La hoja, labrada con runas satánicas, era más grande que el brazo de Jace y se curvaba afilada y mortal. Jace lanzó la daga. Ésta se atoró en las costillas del demonio y se quedó ahí. El demonio no pareció notarlo, siguió moviéndose, ineludible como la muerte. El aire alrededor comenzó a oler como un cementerio. Alzó la katana con una mano afilada...

Una sombra gris se puso en el camino, una sombra que se movió con rapidez asombrosa. La katana hizo un ruido de metal contra metal; la figura empujó la katana, golpeándolo con la otra mano con una agilidad tan grande que Jace casi no distinguía los movimientos. El demonio cayó hacia atrás, sus huesos chocaron entre sí, cayó sobre los demonios tras él. Todo alrededor sonaba a demonios aullando de dolor y sorpresa.

Jace miró atrás y vio docenas de sombras humanas subiendo por la borda y aterrizando en cubierta y comenzando a hacer frente a los demonios que siseaban y trataban de evitarlos. Tenían espadas de luz y usaban ropas oscuras, como de...

-¿Cazadores de Sombras? -dijo Jace, tan sorprendido que se le salió decirlo en voz alta

-¿Quién más? -una chispa iluminó las sombras

-¿Malik? ¿Eres tú?

Malik inclinó la cabeza.

-Siento lo de la mañana -dijo- Tenía órdenes

Jace estaba a punto de decirle a Malik que no importaba el hecho de haber intentado frustrar su escape en el Instituto ya que le había salvado la vida cuando un grupo de Raum se abalanzaron sobre ellos. Malik se dio la vuelta y con un grito blandió la espada de serafín que brilló como una más de las estrellas. Jace estaba a punto de seguirlo cuando una mano lo jaló hacia un lado.

Era un Cazador de Sombras, todo de negro y una capucha cubriéndole la cara.

-Ven conmigo

La mano lo jaló insistentemente por la manga.

-Necesito ir con Luke. Lo hirieron. -jaló la mano- Suélteme

-Oh, por el Ángel... -la figura lo soltó y se hizo la capucha hacia atrás, revelando una cara angulosa y blanca y ojos grises que chispeaban como diamantes- ¿Cuándo harás lo que se te pide, Jonathan?

Era la Inquisidora.

*

Sin importar la velocidad a la que volaban, Clary hubiera pateado a Valentine, pero éste la tenía agarrada como si en vez de sus brazos fueran bandas de hierro. Sus pies colgaban libres, pero por más que intentaba, no conseguía pegarle. Cuando el demonio bajó, ella gritó. Valentine rió. Entonces cayeron por un túnel de metal en una habitación

más grande y espaciosa. En vez de tirarlos así como así, el demonio los posó suavemente en el piso. Para sorpresa de Clary, Valentine la dejó ir. Ella se hizo a un lado y saltó hasta el final de la habitación, mirando furtivamente alrededor. Era un espacio grande, probablemente el cuarto de máquinas. La maquinaria seguía ahí, pegada a las paredes para dejar libre el centro. El piso estaba pintado de un color negro, manchado en partes por puntos más negros. En el centro había cuatro vasijas, lo suficientemente grandes como para meter un perro. Los primeros dos estaban llenos de un líquido de un café óxido, el tercero tenía un líquido rojo oscuro, el cuarto estaba vacío. Una mesa de metal estaba al centro de ellos, cubierta de un mantel oscuro. Cuando se acercó, vio que sobre el mantel había una espada plateada que brillaba con luz grisácea, casi sin iluminarse: una radiante y visible oscuridad.

Clary miró de nuevo a Valentine, que la veía en silencio.

-¿Cómo pudiste? -demandó- ¿Cómo pudiste matar a Simon? Era sólo un... era sólo un chico, un ser humano...

-No era humano -dijo Valentine con voz sedosa- Se había convertido en un monstruo. Pero no lo veías, Clarissa, porque se disfrazaba de un amigo.

-No era un monstruo -se movió un poco más cerca de la Espada. Se veía grande y pesada, se preguntó si podría levantarla y... ¿podría blandirla?- Seguía siendo Simon

-No creas que no sé lo que sientes -dijo Valentine. Seguía quieto bajo el haz de luz que llegaba de la trampilla abierta en el techo- Fue lo mismo que cuando a Lucian lo mordieron

-Me dijo -recriminó ella- que le diste una daga y le dijiste que se suicidara

-Eso fue un error -dijo Valentine

-Al menos lo admites...

-Debí haberlo matado yo. Le habría demostrado que me importaba. Clary sacudió la cabeza.

-Pero no lo hiciste. Nunca te ha importado nadie. Ni siquiera mi madre. Ni Jace. Sólo eran objetos que te pertenecían

-¿Pero no es eso el amor, Clarissa? ¿Posesión? "Yo soy para mi amado y su deseo tiende hacia mí" (N/A: Cantar, 7:11) como dice el Cantar de Cantares

-No. Y no me cites a la Biblia. Ni siquiera la entiendes -estaba parada muy cerca de la mesa, el mango de la Espada a sólo un paso de distancia. Sentía los dedos sudorosos y los secó contra su pantalón- No es que alguien te pertenezca, es que tú te entregas a alguien. Dudo que alguna vez le hayas dado nada a nadie. Excepto quizá pesadillas.

-¿Entregarte a alguien? -la pequeña sonrisa se acentuó- ¿Cómo tú te entregas a Jonathan?

Su mano, que había estado a punto de tomar la Espada, se contrajo en un puño. La puso sobre su pecho, mirándolo incrédula.

-¿Qué?

-¿Crees que no he notado la forma en que ustedes dos se miran? ¿Cómo dice tu nombre? Puedes creer que no tengo sentimientos, pero eso no significa que no pueda ver lo que sienten los demás -el tono de Valentine era frío, cada palabra una cuchilla de hielo que se clavaba en sus oídos- Supongo que es nuestra culpa, de tu madre y mía; por mantenerlos lejos tanto tiempo, nunca se acostumbraron a verse como hermanos, como familia.

-No entiendo lo que quieres decir -los dientes de Clary castañeaban

-Creo que fui muy claro -se había quitado de la luz. Su cara era una sombra más oscura que el resto de la habitación- Vi a Jonathan después de que enfrentó al demonio de miedo ¿sabes? Se le mostró siendo tú. Eso me dijo todo lo que necesitaba saber. El más grande miedo que Jonathan siente es el amor que tiene por su hermana

*

-Nunca hago lo que me dicen -dijo Jace- Pero podría si me lo pidieran amablemente

La Inquisidora lo miró como si quisiera poner los ojos en blanco pero hubiera olvidado cómo.

-Necesito hablar contigo

Jace miró a la Inquisidora.

-¿Ahora?

Ella puso una mano en su brazo.

-Ahora

-Estás loca

Jace miró hacia el barco. Parecía una de las pinturas del infierno de Bosch. La oscuridad estaba plagada de demonios: aullando, ladrando, chillando y entrechocando garras y dientes. Los Nephilim se batían con ellos, sus armas el único brillo en las sombras. Jace pudo ver que no eran ni la mitad de cazadores que de demonios. Ni siquiera una tercera parte.

-No es posible... estamos en medio de una batalla y...

La mandíbula de la Inquisidora se apretó.

-Ahora

Lo empujó y dio él dio un paso atrás, demasiado sorprendido para hacer otra cosa, y entonces quedaron de pie contra la pared. Ella soltó a Jace y buscó entre su capa hasta sacar dos espadas de serafín. Murmuró sus nombres, y más palabras que Jace no conocía y las enterró en al cubierta, paralelas. Una pared albi azul se extendió entre Jace, la Inquisidora y el resto de la nave.

-¿Me estás encerrando otra vez? -demandó Jace mirando a la Inquisidora, incrédulo

-Esto no es una Configuración Malachi. Puedes salir si quieres -sus delgadas manos se aferraron entre sí- Jonathan...

-Quieres decir Jace -ya no veía la batalla, pero aún oía los sonidos,

los gritos y aullidos de los demonios.

Si giraba la cabeza, sólo podía ver una parte de agua, brillando a la luz como si alguien hubiera tirado diamantes en su superficie. Había una docena de botes ahí, los largos y espaciosos botes con forma de canoa que se veían en los lagos en Idris. Botes de Cazadores de Sombras.

-¿Qué hace aquí, Inquisidora? ¿Por qué vino?

-Tenías razón -dijo- Acerca de Valentine. No hizo el trato

-Le dijo que me dejara morir -Jace sintió la cabeza un tanto pesada

-Cuando se negó, claro, llamé a la Conclave y les pedí que vinieran aquí. Yo... yo te debo una disculpa.

-Claro -dijo Jace. Odiaba las disculpas- ¿Alec e Isabelle? ¿Están aquí? ¿No serán castigados por ayudarme?

-Están aquí y no, no serán castigados -seguía mirándolo- No entiendo a Valentine -dijo- Que un padre tire la vida de su niño, su único hijo...

-Ajá -dijo Jace. Le dolía la cabeza y deseo que se callara o que un demonio lo atacara- Es todo un misterio, ya entendí.

-A menos... -ahora lo miraba sorprendida

-¿A menos qué, qué?

Ella apuntó a su hombro.

-¿De dónde sacaste eso?

Jace miró hacia su hombro y halló el agujero de donde el veneno de araña le había agujerado la camisa, dejando un gran pedazo de su hombro izquierdo descubierto.

-¿La camisa? En una venta de invierno

-La cicatriz. Ésta cicatriz, en tu hombro

-Oh, eso. No estoy seguro. Algo que me pasó cuando era muy joven me dijo mi padre. Un accidente o algo así. ¿Por qué?

La Inquisidora contuvo el aliento.

-No puede ser -murmuró- Tú no puedes ser...

-¿Qué?

La voz de la Inquisidora se oía como esperanzada.

-Todos estos años -dijo- ¿en realidad creciste creyendo que eras hijo de Michael Wayland...?

Una ira salvaje recorrió a Jace.

-Por el Ángel -escupió- ¿me sacó de la batalla para hacerme las mismas malditas preguntas otra vez? Si no me creyó la última vez, no lo hará ahora. Nunca me creyó, aún con todo lo que pasó, aún cuando todo lo que le dije fue verdad -apuntó a la pared- Debería estar peleando ¿Por qué no me deja ir? ¿Para que cuando todo esto termine pueda decir que no quise pelear contra mi padre? Buen intento

Ella se había puesto más pálida aún.

-Jonathan, eso no es lo que yo...

-¡Mi nombre es Jace! -gritó

La Inquisidora medio abrió la boca como si fuera a decir algo. Jace no quería oírlo. Caminó frente a ella, casi golpeándola y pateó una de las

espadas de serafín de la cubierta. La pared de luz se desvaneció. Tras ella todo era caos. Formas oscuras subían a la cubierta, demonios con cuerpos corroídos y el aire estaba lleno de humo y gritos. Trató de reconocer a alguien entre la masa. ¿Dónde estaba Alec? ¿Isabelle?

-¡Jace! -chilló la Inquisidora, con la cara contraída de terror- Jace, no tienes armas, al menos toma... -se interrumpió cuando un demonio salió de entre la oscuridad frente a Jace como un iceberg

Era uno que no había visto antes ésa noche; tenía la cara contrahecha y las manos ágiles de un mono, pero la larga y peluda cola de un escorpión. Sus ojos eran grandes y amarillos. Le siseó por entre los dientes afilados. Antes de que Jace pudiera escabullirse, su cola se lanzó hacia el frente como una cobra enfurecida. Vio la punta afilada justo frente a sus ojos... y por segunda vez ésa noche, una sombra se interpuso entre él y la muerte. Blandiendo un cuchillo de hoja larga, la Inquisidora saltó frente a él, justo a tiempo para que la cola del escorpión se encajara en su pecho. Ella gritó, pero no se desplomó. La cola del demonio se enroscó, lista para otro golpe, pero el cuchillo de la Inquisidora ya se le había encajado. Las runas en la hoja brillaron cuando ésta atravesó la garganta del demonio. Con un siseo, como aire escapando de un globo, la cola se contrajo y el demonio se desvaneció.

La Inquisidora se tiró en la cubierta. Jace se arrodilló junto a ella y puso una mano en su hombro, recostándola de espaldas. Tenía sangre en toda la pechera gris de su blusa. Su cara estaba amarilla y flácida y por un momento Jace pensó que ya había muerto.

-¿Inquisidora? -no podía llamarla por su nombre, ni siquiera ahora.

Sus ojos temblaron al abrirse. El blanco de sus ojos estaba lleno de pequeñas venitas rojas e hinchadas. Con un gran esfuerzo lo miró. Él se acercó, lo suficiente para oírla murmurarle algo al oído, con su último aliento.

-¿Qué? -dijo Jace, confuso- ¿Qué significa eso?

No hubo respuesta. La Inquisidora se desplomó sobre la cubierta con los ojos muy abiertos y la boca curvada en algo similar a una sonrisa. Jace se apoyó sobre sus piernas, sin dejar de observarla. Estaba muerta. Muerta por su culpa. Algo tomó la parte de atrás de su camisa y lo alzó. Jace cerró una mano junto al cinturón (antes de darse cuenta que no tenía armas) y se dio la vuelta para descubrir un par de ojos azules mirándolo con incredulidad.

-Estás vivo -dijo Alec, eran dos sencillas palabras, pero sonaron a un suspiro de alivio.

El alivio en su cara era evidente, así como el cansancio. Aún con el frío en el aire, su cabello negro estaba pegado a su frente con sudor. Su ropa y su piel llenas de sangre y había una larga cortada sobre su brazo como si algo hubiera tratado de quitarle la armadura. Sostenía en una mano un guisarme y con la otra el cuello de la camisa de Jace.

-Eso parece -respondió Jace- No lo estaré por mucho si no me das un arma, aún así

Con una rápida mirada, Alec soltó a Jace, tomó la espada de serafín de su cinturón y se la dio.

-Ten -le dijo- Se llama Samandiriel

Apenas la hubo tomado, un demonio Drevak se abalanzó sobre ellos, chillando fuertemente. Jace alzó a Samandiriel, pero Alec ya había despachado a la criatura con un golpe certero del guisarme.

-Bonita -dijo Jace, refiriéndose a la espada, pero Alec no lo miraba, sino a la figura gris en la cubierta

-¿Es ella la Inquisidora? ¿Está...?

-Muerta -dijo Jace.

La mandíbula de Jace se contrajo.

-¿Cómo pasó?

Jace estaba a punto de responder cuando un agudo grito lo interrumpió.

-¡Alec! ¡Jace! -era Isabelle, corriendo hacia ellos a través del humo.

Llevaba una chamarra oscura, manchada de sangre amarillenta. Cadenas doradas con runas de hechizos rodeaban sus muñecas y tobillos y su látigo se enredaba en su cintura como una red de un color óxido eléctrico. Extendió los brazos.

-Jace, pensamos...

-No -algo hizo que Jace se hiciera a un lado, evitando el abrazo de Isabelle- Estoy lleno de sangre, Isabelle. No.

Una expresión dolida cruzó su cara.

-Pero te hemos estado buscando... Mamá y Papá, ellos...

-¡Isabelle! -gritó Jace, pero era demasiado tarde: un demonio araña gigantesco se erguía tras ella, escupiendo veneno azul de las pinzas.

Isabelle gritó cuando el veneno le cayó encima, pero su látigo golpeó al demonio como por acto reflejo, partiendo al demonio por la mitad. Las dos partes cayeron y se desvanecieron. Jace se apresuró a agarrar a Isabelle antes de que cayera. Su látigo resbaló al suelo cuando él la sostuvo, acunándola incómodamente entre los brazos. El veneno le había caído en gran parte en la chamarra, pero algo de éste le había dado en la garganta y ahí la piel estaba humeante y quemada. Casi inaudible, Isabelle soltó un sollozo, ella que nunca había demostrado sentir dolor.

-Dámela -era Alec que había tirado su arma y se apresuró a ayudar a su hermana

Tomó a Isabelle de los brazos de Jace y la recostó amablemente en la cubierta. Arrodillado junto a ella, estela en mano, miró a Jace.

-Cúbrenos mientras la curo

Jace no podía dejar de mirar a Isabelle. La sangre escurría desde su cuello hasta la chamarra empapando su cabello.

-Tenemos que salir del barco -dijo fieramente- Si se queda...

-¿Morirá? -Alec apoyó la punta de su estela lo más cuidadosamente que pudo en el cuello de su hermana- Todos vamos a morir. Son demasiados. Van a ganarnos. La Inquisidora merece morir por esto...

esto es culpa suya

-Un demonio Scorpios trató de matarme -dijo Jace, preguntándose por qué defendía a alguien que odiaba- La Inquisidora me salvó la vida.

-¿Eso hizo? -el asombro era claro en el tono de Alec- ¿Por qué?

-Creo que decidió que merecía ser salvado

-Pero ella siempre... -se interrumpió Alec, su expresión se volvió una de alarma- Jace, detrás de ti... dos de ellos...

Jace se dio la vuelta. Dos demonios, un Carroñero (con su cuerpo cocodrillesco y sus dientes serrados y su cola de escorpión enrollada) y un Drevak (con su carne blanca brillando a la luz de la luna) se acercaban. Jace oyó a Alec tras él contener el aliento; entonces lanzó a Samandriel haciendo un camino luminoso en el aire. Le arrancó la cola al Carroñero, justo debajo del saco de veneno. El Carroñero aulló. El Drevak se dio la vuelta, confuso y todo el veneno le cayó en la cara. El saco explotó, llenando al Drevak de ponzoña, éste soltó un lamento y se encogió, la cara consumida hasta ser hueso. Sangre y veneno chorrearon en la cubierta cuando el Drevak se desvaneció. El Carroñero, con la sangre escurriendo de la cola, dio un par de pasos hacia atrás y luego se desvaneció. Jace se inclinó y levantó a Samandriel. La cubierta metálica humeaba donde el Carroñero había soltado su demonio, llenándose de pequeños agujeros como si fuera queso cheddar.

-Jace

Alec estaba de pie, sosteniendo a Isabelle.

-Tenemos que sacar a Isabelle de aquí.

-Correcto -dijo Jace- Tú sácala de aquí. Yo voy a pelear contra eso

-¿Contra qué? -dijo Alec, confuso

-Contra eso -repitió Jace y apuntó.

Algo venía hacia ellos, humo y fuego, algo grande, informe y masivo. Fácilmente cinco veces más grande que los otros demonios. Sus pies eran como los de un elefante, grandes y anchos. Tenía una cabeza como la de un mosquito gigante, Jace vio cuando se acercó más, con ojos de insecto que supuraban sangre. Alec contuvo el aliento.

-¿Qué demonios es eso?

Jace pensó un momento.

-Grande -dijo al fin- Y mucho

-Jace...

Jace miró a Alec y luego a Isabelle. Algo dentro de él le dijo que podría ser la última vez que los veía, y aún así no tenía miedo, no por él. Quiso decirles algo, tal vez que los quería, que ninguno de los dos valían para él más que cientos de Instrumentos Mortales y el poder que tendrían. Pero las palabras no llegaron.

-Alec -se oyó decir- Pon a Isabelle en la escalera, o todos moriremos

Alec le sostuvo la mirada unos momentos. Entonces asintió y empujó a Isabelle, que aún protestaba, por al escalerilla. La ayudó a bajar y con un gran alivio, Jace vio su cabello oscuro desaparecer

mientras descendían. Y ahora tú, Alec, pensó, vete. Pero Alec no se iba. Isabelle ahora, le gritaba con fuerza a su hermano que bajara. Su guisarme descansaba en la cubierta donde él lo había tirado; lo levantó y corrió a enfrentar al demonio. Nunca había hecho algo así. El demonio, que había ido hacia Jace, ahora giró bruscamente y golpeó a Alec. Jace se lanzó para quitar a Alec, pero la cubierta metálica, cubierta de veneno, se rompió bajo sus pies, dejándolo atascado e inmóvil.

Alec tuvo tiempo de gritar el nombre de Jace, y luego el demonio lo atacó. Lo golpeó con su guisarme, enterrando la afilada punta en la carne del demonio. La criatura chilló, un grito inhumano y sangre negra salió de su herida. Alec se retiró, buscando otra arma, justo cuando el demonio lo pateaba y lo tiraba al suelo, de donde lo alzó. En algún lugar, Isabelle gritó.

Jace peleaba por liberar su pierna de la cubierta; bordes afilados de metal se le atoraron y le cortaron la piel cuando jaló su pierna. Alzó a Samandiriel. La luz manó de la espada, brillante como una estrella caída. El demonio se echó hacia atrás, con un sonido de silbido, aún así no soltó al chico. Entonces giró la cabeza y con una fuerza sobrehumana liberó a Alec. Alec golpeó el suelo metálico lleno de sangre, resbaló y sin tiempo siquiera de gritar, cayó por la borda.

Isabelle gritaba el nombre de Alec; sus gritos eran como púas para los oídos de Jace. Samandiriel seguía brillando en su mano. Su luz iluminaba al demonio, su mirada de insecto y predadora pero todo lo que Jace era capaz de ver era a Alec; Alec cayendo del otro lado de la nave, Alec aterrizando en el agua negra muy abajo. Pensó que hasta le había caído agua del mar en la boca, o tal vez era sangre. El demonio casi lo alcanzaba; alzó a Samandiriel en su mano y la blandió alto, el demonio chilló agudamente y medio ahogado... entonces el resto de la cubierta de la que Jace aún no podía zafarse chirrió y se vino abajo, dejando al Nephilim en medio de la oscuridad.

XIX. Dias Irae

-Te equivocas -dijo Clary, pero sin convicción en la voz- No sabes nada acerca de mí o de Jace. Sólo tratas de...

-¿De qué? Estoy tratando de hacerte entender, Clarissa. Todo esto -no había sentimiento en la voz de Valentine, que no fuera un leve asombro

-Te estás burlando de nosotros. Crees que puedes usarme para herir a Jace, sólo nos estás usando. Ni siquiera estás enojado -añadió- Un padre de verdad estaría enojado

-Yo soy un padre de verdad. La misma sangre que corre por mis venas corre por las tuyas

-Tú no eres mi padre. Luke sí -dijo Clary, casi gritando- Eso lo sé desde siempre

-Sólo miras a Luke como tu padre por su relación con tu madre...

-¿Su relación? -soltó una carcajada Clary- Luke y mi madre eran amigos

Por un momento estuvo segura de haber visto algo de sorpresa en su rostro, pero:

-Eso se supone -fue todo lo que dijo y luego- ¿En verdad crees que él (Lucian) pasó por todo esto, el huir, el guardar silencio, el cuidar de ustedes, sólo por amistad? Sabes muy poco de las personas, Clary, y aún menos de los hombres

-Puedes decir todo lo que quieras de Luke. No hará ninguna diferencia. Te equivocas acerca de él, igual que te equivocas acerca de Jace. Piensas que todas las personas hacen todo por recibir algo a cambio, crees que actúan por motivos horribles, porque son motivos horribles los que te mueven

-¿Si él amara a tu madre, eso sería? ¿Horrible? -dijo Valentine- ¿Qué hay de horrible en el amor, Clarissa? ¿O es que dentro de ti, sientes que tu querido Lucian no es lo suficientemente humano para tener sentimientos humanos o que...?

-Luke es tan humano como yo -lo señaló con el dedo Clary- Eres un racista

-Oh no -dijo Valentine- Soy todo menos eso -se movió mas cerca, y ella se interpuso entre su mirada y la Espada- Piensas eso porque me ves a través de los estándares mundanos de tu mundo. Los humanos mundanos crean distinciones entre ellos, distinciones que a nosotros los Cazadores de Sombras se nos hacen ridículas. Sus distinciones basadas en raza, religión, identidad nacional son todas irrelevantes; para los mundanos en cambio son lógicas, porque ellos no pueden ver, o entender los mundos de los demonios, aún ocultos en las memorias antiguas. Ellos sólo ven el daño o la destrucción, ya que la amenaza diabólica es invisible para los mundanos, han de achacarle la culpa a otra cosa que puedan ver. Creen que la amenaza son sus vecinos, las personas que odian -dio un paso más hacia ella, y Clary instintivamente

dio uno hacia atrás, golpeándose contra la mesa- Yo no soy así -continuó él- Veo lo que en realidad pasa. Los mundanos ven todo a través de un vidrio, opaco, pero los Cazadores de sombras, lo vemos cara a cara. Conocemos el verdadero mal y sabemos que no todo lo que camina a nuestra sombra es parte de nosotros. Lo que no pertenece a nuestro mundo no debe ser alojado aquí, para que crezca como una flor venenosa y extinga la vida

Clary había pensado tomar la espada y golpear a Valentine, pero sus palabras la paralizaron. Su voz era tan suave, tan persuasiva, ella no quería que los demonios se quedaran en la tierra, convirtiéndola en cenizas como habían hecho con tantos otros mundos... casi tenía sentido, lo que decía, pero:

-Luke no es un demonio -dijo

-Me parece, Clarissa -dijo Valentine- que no tienes la suficiente experiencia como para decir si algo es un demonio o no. Sólo has conocido a unos pocos Subterráneos que te parecieron lo suficientemente agradables, y es a través de ellos que crees conocer su mundo. Los demonios, para ti, son horribles criaturas que saltan de las sombras para atacar. Y hay criaturas así. Pero también hay demonios que se ocultan en el secreto, demonios que caminan entre los humanos, irreconocibles. Y los he visto hacer las cosas más aterradoras sin mostrar una pizca de compasión. Hubo un demonio en Londres una vez, que poseía gran poder financiero. Nunca estaba sólo, por eso se me hacía difícil acercarme a él y matarlo, aún cuando sabía lo que era. Tenía sirvientes que le traían animales y niños, cualquier cosa que fuera pequeño e indefenso...

-Detente -se puso las manos en los oídos Clary- No quiero oír eso

Pero la voz de Valentine continuó, inexorable, ahogada pero no inaudible.

-Los comía lentamente, los guardaba varios días. Tenía sus trucos, maneras de mantenerlos vivos con las más inimaginables torturas. Si puedes imaginar a un niño tratando de arrastrarte hacia ti con sólo la mitad del cuerpo...

-¡Alto! -se quitó las manos de los oídos Clary- ¡Fue suficiente, basta!

-Los demonios se alimentan de dolor, muerte y locura -dijo Valentine- Cuando mato es porque debo hacerlo. Creciste en un falso y hermosos paraíso, rodeado de frágiles paredes de vidrio, hija mía. Tu madre creó el mundo en el que quería vivir y te arrastró con ella, pero nunca te dijo que era una ilusión. Y todo este tiempo los demonios esperaron con sus armas de sangre y terror a romper el vidrio y sacarte de esa mentira.

-Tú rompiste esas paredes -musitó Clary- Tú me trajiste aquí. Sólo tú, no los demonios.

-Y cuando el vidrio te cortó, lo sentiste ¿cierto? ¿el dolor, la sangre? ¿Me culpas por eso también? No fui yo el que te aprisionó.

-Detente. Deja de hablar -la cabeza de Clary zumbaba.

Quería gritarle: Raptaste a mi madre, tú hiciste esto ifue tu culpa! Pero había comenzado a entender por qué Luke decía que era imposible discutir con Valentine. En cierta forma, le parecía imposible estar en desacuerdo con él, no podía dejar de pensar en demonios que se comían la mitad de los niños. Se preguntó cómo había crecido Jace todos estos años, viviendo a la sombra de aquella personalidad demandante y posesiva. Comenzaba a ver de dónde venía toda la arrogancia de Jace, su arrogancia y sus emociones cuidadosamente encerradas.

El borde de la mesa detrás de ella le raspaba la parte de atrás de las piernas. Sentía el frío que salía de la Espada, haciendo que el cabello de su nuca se erizara.

-¿Qué es lo que quieres de mí? -le preguntó a Valentine

-¿Qué te hace creer que quiero algo de ti?

-No estarías hablando con migo si no fuera así. No has dejado de derrumbar todo en lo que quería y esperar a... a lo que sea que estés pensando hacer

-Lo que estoy pensando hacer -dijo Valentine- es esperar a que tus amigos Cazadores de Sombras nos encuentren, y luego decirles que si quieren recuperarte viva, me traigan a la chica licántropo. Aún necesito su sangre.

-¡Nunca cambiarán a Maia por mí!

-Es ahí donde te equivocas -dijo Valentine- Saben que el precio de un Subterráneo es mucho menor que el del hijo de un Cazador de Sombras. Harán el intercambio. La Clave los obliga.

-¿La Clave? ¿Quieres decir que esto es parte de la Ley?

-Por supuesto -dijo Valentine- ¿Ahora lo ves? No somos tan diferentes, la Clave y yo, o Jonathan y yo, e incluso tú de mí, Clarissa. Sólo tenemos pequeños desacuerdos en nuestro métodos- sonrió y acortó el espacio entre ellos.

Moviéndose más rápido de lo que creía, Clary tomó la Espada Etérea. Era tan pesada como pensó que sería, tanto que casi la tira. Recobrando el equilibrio, la levantó, apuntando la hoja a Valentine.

*

La caída de Jace terminó abruptamente cuando chocó contra una dura superficie metálica con la fuerza suficiente para hacer que se mordiera la lengua. Tosió, sintiendo la sangre en su boca y se puso de pie. Estaba en un pasillo pintado de verde triste. El interior del barco era hueco, una gran cámara de metal con paredes curvas y oscuras. Mirando hacia arriba, Jace divisó un pedazo pequeño de cielo por entre el humo que cubría el agujero.

Todo ahí dentro era como un laberinto de pasillos y escaleras que no daban a ninguna parte, terminando en el mismo punto como una serpiente gigante. Hacía mucho frío. Jace podía ver su aliento convertido

en vaho blanco cada vez que exhalaba. Había muy poca luz. Miró entre las sombras, sacó la piedra de bruja de su bolsillo. Su brillo chispeó opacamente. El pasillo era largo, con una escalera al final. Mientras Jace caminaba al frente, vio algo en el suelo. Se inclinó. Era una estela. No podía más que buscar entre las sombras, medio esperando que algo saliera de entre las sombras; ¿Cómo demonios había acabado una estela de Cazador ahí? La recogió cuidadosamente. Todas las estelas tenían cierta aura alrededor, una fantasmal sombra que denotaba la personalidad de su dueño. La de ésta, le dio una punzada de dolor. Clary.

Una repentina y suave risa rompió el silencio. Jace se dio la vuelta, acomodando la estela en su cinturón. A la luz de la piedra de bruja, Jace pudo ver una figura oscura al final del pasillo. La cara estaba oculta en las sombras.

-¿Quién anda ahí? -preguntó

No hubo respuesta, sólo el presentimiento de que alguien se reía de él. Jace dirigió la mano automáticamente al cinturón, pero había tirado la espada de serafín cuando cayó. No tenía más armas. ¿Pero que le había enseñado su padre? *Usado correctamente, todo puede ser un arma.* Se movió lentamente hasta la figura, con los ojos revisando cada detalle alrededor (un tubo oxidado que fácilmente se desprendería con una patada y que podría ser usado para golpear a su oponente) Más pensamientos pasaron por su cabeza en unos segundos, los suficientes para que la figura al final del pasillo se diera la vuelta, con su cabello blanco brillando a la luz de bruja, y Jace lo reconoció. Se detuvo en seco.

-¿Padre? ¿Eres tú?

*

Lo primero que notó Alec era que estaba congelándose. La segunda, que no podía respirar. Trató de inspirar y su cuerpo se convulsionó. Se sentó derecho, escupiendo agua sucia del río de sus pulmones, dando arcadas y tosiendo. Al fin pudo respirar, aún cuando sus pulmones parecían estar al rojo. Carraspeando, miró alrededor. Estaba sentado en una plataforma de metal corrugado... no, era la parte trasera de una camioneta. Una camioneta flotando en medio del río. Su cabello y su ropa chorreaban agua fría. Y Magnus Bane estaba sentado frente a él, vigilándolo con sus ojos ámbar de gato que brillaban en la oscuridad. Sus dientes comenzaron a castañear.

-¿Q.. qué pasó?

-Intentaste beberte el East River -dijo Mangus y Alec vio, por vez primera que la ropa de Magnus también estaba empapada, adherida a su cuerpo como una oscura segunda piel- Te saqué

La cabeza de Alec comenzó a palpar. Llevó la mano a su cinturón para buscar su estela, no estaba. Trató de recordar... el barco, demonios; Isabelle cayendo y Jace atrapándola; sangre por todos lados, el demonio atacando...

-ilsabelle! ¡Estaba en la escalera cuando me caí!

-Está bien. Llegó hasta uno de sus botes. La vi -Mangus estiró la mano y la puso en la cabeza de Alec- Tú, por el otro lado, podrías tener una contusión

-Tengo que regresar a la batalla -Alec le quitó la mano- Eres un hechicero. ¿No puedes, no sé, aparecerme en el barco o algo así? ¿Y sanar mi contusión mientras estás en eso?

Magnus, aún con la mano en el aire, se recargó en un lado de la caja de la camioneta. A la luz de las estrellas sus ojos parecían chispas de oro y verde, tan brillantes como joyas.

-Lo siento -dijo Alec, dándose cuenta de lo que acababa de decir, aún así quería hacerle entender a Magnus que volver al barco era lo más importante para él- Sé que no tienes que ayudarnos... tómalo como un favor...

-Basta. No te hago ningún favor, Alec. Hago estas cosas porque... bueno, ¿tú por qué crees?

Algo trepó por la garganta de Alec, impidiéndole responder. Siempre era así cuando estaba con Magnus. Había como una burbuja de dolor o arrepentimiento que vivía dentro de él y, cada vez que quería decir algo, cualquier cosa se le hacía insignificante o demasiado verídica, la burbuja se alzaba y detenía sus palabras.

-Tengo que regresar al barco -dijo al fin.

Magnus sonaba demasiado cansado, incluso para molestarse.

-Te ayudaría -dijo- Pero no puedo. Romper la protección del barco ya era demasiado (es un encantamiento muy fuerte, basado en algo satánico) pero cuando te caíste, tuve que poner una defensa rápida en la camioneta para que no se hundiera si me consumía. Y no falta mucho para que pase, Alec. Sólo es cuestión de tiempo. -se pasó una mano por la cara- No quiero que te ahogues -dijo- El encantamiento deberá bastar para que regreses la camioneta a tierra

-Yo... no me había dado cuenta

Alec miró a Magnus, que tenía trescientos años pero que siempre se veía como eterno, como si hubiera dejado de crecer cuando tenía diecinueve. Ahora largas líneas atravesaban su piel cerca de los ojos y la boca. Su cabello colgaba empapado y flácido sobre su frente y la postura elegante que solía mantener en sus hombros le había cedido el paso a una de verdadero cansancio. Alec le extendió sus manos. Estaban pálidas con la luz de la luna, con gotas de agua y moteadas de docenas de cicatrices plateadas. Magnus las miró, y entonces a Alec de nuevo, verdaderamente confuso.

-Toma mis manos -dijo Alec- Y mi fuerza. La más que puedas usar para... para mantenerte vivo

Magnus no se movió.

-Creí que tenías que regresar al barco.

-Tengo que pelear -dijo Alec- Pero eso es lo que estás haciendo ¿no es así? Eres tan parte de la batalla como los Cazadores en el barco... y sé

que puedes tomar algo de mi fuerza, he oído de hechiceros que lo han hecho... así que... Tómala. Es toda tuya

*

Valentine sonrió. Usaba su armadura negra y las manos enguantadas que brillaban como los caparazones de los insectos negros.

-Hijo

-No me llames así -dijo Jace, y entonces, sintió un temblor recorrer sus manos- ¿Dónde está Clary?

Valentine seguía sonriendo.

-Me molestó -dijo- Tuve que enseñarle una lección

-¿Qué le hiciste?

-Nada -Valentine se acercó más a Jace, lo suficiente para tocarlo si extendía la mano, cosa que ni hizo- Nada de lo que no pueda recuperarse

Jace cerró la mano en un puño para que su padre no viera que temblaba.

-Quero verla

-¿En serio? ¿Con todo lo que está pasando? -Valentine miró hacia arriba como si pudiera ver por entre el metal lo que pasaba en cubierta- Habría creído que preferirías pelear con tus amigos Cazadores de Sombras. Lástima que sus esfuerzos sean en vano

-Eso no lo sabes

-Lo sé. Por cada uno de ellos, puedo convocar hordas de demonios. Incluso el mejor Nephilim no podría contra eso. Como en el caso -añadió Valentine- de la pobre Imogen

-¿Cómo es que...?

-Veo todo lo que pasa en mi barco -entrecerró los ojos Valentine- Sabes que es culpa tuya que muriera ¿verdad?

Jace contuvo el aliento. Podía sentir su corazón latir como si quisiera escapar de su pecho.

-Si no fuera por ti, ninguno de ellos habría venido aquí. Creyeron que te rescataban ¿sabes? Por los dos Subterráneos ni siquiera se habrían molestado

Jace casi lo había olvidado.

-Simon y Maia...

-Oh, están muertos. Ambos -el tono de Valentine era casual, incluso suave- ¿Cuántos han de morir, Jace, antes de que veas la verdad?

La cabeza de Jace se sentía como llena de humo. Su hombro le quemó.

-Ya tuvimos ésta conversación. Estás equivocado, Padre. Quizá tienes razón acerca de los demonios, y quizá de Clave, pero ésta no es la manera...

-Quiero decir -dijo Valentine- ¿Cuándo verás que eres como yo?

Aún con el frío, Jace comenzó a sudar.

-¿Qué?

-Tú y yo, somos iguales -dijo Valentine- Como ya me dijiste una vez, soy lo que te obligué a ser, por lo tanto, una copia de mí. Tienes mi arrogancia. Tienes mi valor. Y tienes la cualidad de hacer que otros den su vida por ti sin hacer preguntas

Había algo pugnando por salir de la cabeza de Jace. Algo que sabía, o había olvidado... le quemaba el hombro...

-No quiero que las personas mueran por mí -chilló

-Ah, claro que sí. Te gusta saber que Alec e Isabelle morirían por ti. Que tu hermana haría lo mismo. La Inquisidora de hecho, murió por ti, ¿no hizo eso, Jonathan? Y tu la dejaste que...

-¡No!

-Eres igual a mí ¿qué tan sorprendente es eso? Somos padre e hijo, ¿por qué no podríamos parecernos?

-¡No! -la mano de Jace se cerró contra el tubo de metal oxidado.

Con un sonoro ruido, el pedazo salió del resto de la tubería y acabó en su mano, oxidado y puntiagudo en los bordes

-¡No soy como tú! -bramó, y enterró la punta directamente en el pecho de su padre.

La boca de Valentine se abrió. Dio un paso atrás, miró al tubo clavado en su pecho. Por un minuto, Jace sólo pudo ver, pensar que estuvo mal hacer eso (que era cierto lo que decía Valentine) y entonces Valentine pareció comprimirse, su cuerpo salió volando como arena. El aire se llenó de un olor a quemado cuando el cuerpo de Valentine se convirtió en cenizas y voló en el aire frío. Jace puso una mano en su hombro. La piel donde había tenido la Runa Sin Miedo se sentía caliente al tacto. Un sentimiento de debilidad lo golpeó.

-Agramon -murmuró, y cayó sobre sus rodillas en medio del pasillo.

Fueron sólo unos minutos los que estuvo arrodillado, esperando a que su pulso volviera a ser normal, pero para Jace fue una eternidad. Cuando al fin se levantó, sus piernas estaban frías. Sus dedos azules. El aire seguía impregnado de algo quemado, pero ya no se veía a Agramon. Aún sosteniendo el pedazo de metal, Jace subió la escalera al final del pasillo. El esfuerzo de subir uno a uno los escalones le limpió la cabeza. Llegó al piso y lo que vio fue otro pasillo que corría por entre una gran cámara. Había docenas de tuberías y maquinaria por toda la pared. Sonidos ahogados provenían de los tubos, y de vez en vez los tubos dejaban escapar lo que parecía ser vapor hirviendo. Bonito lugar en el que te has metido, Padre, pensó Jace.

El interior desnudo de la nave no parecía ser del estilo de Valentine, que parecía ser más del tipo de los que adoraban los grandes ventanales de cristal. Jace miró alrededor. Era un laberinto ahí; no había manera de saber que dirección tomar. Decidió subir por la siguiente escalera y notó algo de un rojo oscuro por todo el piso. Sangre.

Había metido un pie en ella. Seguía líquida, algo espesa. Sangre fresca. Su pulso se aceleró. A un lado del pasillo, vio otra mancha roja, y

otra más lejos, como un camino de migas en un cuento de hadas. Jace siguió la sangre, sus botas haciendo un fuerte eco en el piso metálico. El patrón de las gotas de sangre era peculiar, no como si hubiera habido una pelea, sino como alguien que había sido cargado, sangrando, por todo el pasillo...

Llegó a una puerta. Estaba hecha de metal negro, plateado en partes donde la pintura se había arrancado recientemente. Había una huella de mano marcada con sangre en el picaporte. Inspirando hondo, Jace abrió la puerta.

Una ola de aire mucho más frío le cortó el aliento. La habitación estaba vacía, a excepción de un tubo de metal que corría alrededor de toda una pared, y algo que parecía un bulto en un rincón. Una luz entró por una trampilla sobre su cabeza. Cuando Jace caminó más adelante, la luz le mostró que lo que había visto no era un simple bulto de basura, sino un cuerpo. Su corazón empezó a latir con fuerza como una puerta sin cerrar en un día ventoso. El piso de metal estaba pegajoso de sangre. Sus botas hicieron un feo sonido cuando cruzó la habitación y se acuclilló junto a la figura en la esquina. Un chico, de cabello oscuro y con jeans y una camiseta azul llena de sangre. Jace tomó el cuerpo por un hombro y le dio la vuelta. Éste se resbaló, como si no tuviera huesos, los ojos cafés no hacían más que mirar sin enfocar. El aliento de Jace se atoró en su garganta.

Era Simon. Blanco como papel. Había una fea herida en la base de su garganta y ambas muñecas habían sido cortadas, dejando huecos con forma de líneas rectas de las que aún salía sangre. Jace se dejó caer sobre las piernas dobladas, aún tomando el hombro de Simon. Pensó en Clary, en el cómo se sentiría cuando se enterara, en la manera en que había apretado su mano, algo que no habría imaginado tratándose de esos dedos tan pequeños. *Encuentra a Simon. Sé que lo harás.* Y lo hizo. Pero demasiado tarde.

Cuando Jace tenía diez, su padre le había explicado todas las formas de matar a los vampiros. Empálos. Córtales la cabeza e incinera su cuerpo como si fueran calabazas de Halloween. Deja que el sol los convierta en cenizas. O drena su sangre. Necesitan sangre para vivir, se alimentan de ella, como coches de gasolina. Mirando a la gigantesca herida en la garganta de Simon, no era difícil descubrir lo que había hecho Valentine. Jace estiró la mano para cerrar los ojos de Simon. Si Clary había de verlo muerto, mejor que no fuera así. Bajó la mano hasta el cuello de la camiseta de Simon, tirando de ella hacia arriba, para cubrir la cicatriz. Simon se movió. Sus párpados amenazaron con abrirse, y los ojos entreabiertos se pusieron en blanco. Entonces gruñó, un sonido grave, los labios se echaron hacia atrás, mostrando las puntas de sus colmillos vampirescos. Trató de respirar. A Jace le dieron nauseas, aferrando con más fuerza el cuello de la camiseta de Simon.

No estaba muerto. Pero Dios, el dolor, debía ser increíble. No podía sanarse, no podía regenerarse, no sin... No sin sangre. Jace soltó la

camiseta de Simon y se arremangó la camisa con los dientes. Usando el borde dentado del tubo metálico se hizo un corte largo en la muñeca. La sangre afloró. Tiró el tubo a un lado, éste golpeó el metal haciendo un eco fuerte. Podía oler su propia sangre en el aire, cobriza y pegajosa. Miró a Simon, no se movía. La sangre escurría por la mano de Jace ahora, su muñeca le picaba. Extendió la mano hasta la cara de Simon, dejando que la sangre goteara de sus dedos hasta la boca de Simon. No reaccionó. Simon no se movía. Jace se acercó más, arrodillándose junto a Simon ahora, su aliento hacía nubes blancas en el aire frío. Se inclinó hacia abajo y presionó su muñeca ensangrentada contra la boca de Simon.

-Bebe mi sangre, idiota -murmuró- Bébela

Por un minuto, nada pasó. Entonces los ojos entrecerrados de Simon se cerraron por completo. Jace sintió un fuerte agujonazo en la muñeca, y luego la mano derecha de Simon se dirigió de golpe hasta el brazo de Jace, cerrándose justo por debajo del codo. La espalda de Simon se arqueó contra el piso, la presión en la muñeca de Jace incrementó cuando los colmillos de Simon se clavaron más profundamente. El brazo del Nephilim tembló de dolor.

-Bueno -dijo Jace- Suficiente, ya basta

Los ojos de Simon se abrieron. Ya no estaban en blanco, los iris café oscuro se mantenían fijos en Jace. Había color en sus mejillas, un caótico sonrojo, como fiebre. Sus labios estaban ligeramente separados, los colmillos blancos goteando sangre.

-¿Simon? -dijo Jace

Simon se levantó. Se movió increíblemente rápido, tirando a Jace hacia atrás y colocándose de un salto sobre él. Jace golpeó el piso metálico, las orejas le zumbaron cuando los dientes de Simon se enterraron en su cuello. Trato de separarse, pero los brazos del otro chico eran como barras de acero, empujándolo contra el piso, los dedos encajándose en los hombros. Pero Simon no lo estaba lastimando (no tanto) el dolor había comenzado a amortiguarse y a convertirse en un ligero ardor, agradable como a veces lo era el toque de la estela. Un sentimiento de paz recorrió las venas de Jace y sintió sus músculos relajarse; las manos que habían estado intentado repeler a Simon momentos antes ahora lo presionaban para que se acercara más. Podía oír el latir de su corazón, cada vez más lento, tan lejano y tranquilizador como un eco. Una oscuridad brillante trepó por sus ojos, hermosa como extraña. Jace cerró los ojos... el dolor comenzó a disminuir en su cuello. Gimió y abrió los ojos; Simon estaba sentado sobre él, mirándolo con los ojos entrecerrados, limpiándose la boca con la mano. Las heridas ya no estaban, aún así, todavía tenía sangre en la camisa. Jace sintió el dolor que producían los cardenales en sus hombros de nuevo, la cortada alrededor de la muñeca y su cuello perforado. Ya no oía su corazón palpitando, pero lo sentía golpeando el interior de sus costillas. Simon se quitó la mano de la boca. Los puntiagudos incisivos habían desaparecido.

-Pude haberte matado -dijo, con cierta clemencia en su tono

-Te hubiera dejado hacerlo -dijo Jace

Simon lo miró una vez más y luego hizo un ruido que parecía salir desde la parte de atrás de su garganta. Se quitó de encima de Jace y golpeó el piso con las rodillas, abrazando sus codos. Jace pudo ver entonces los trazos oscuros de las venas de Simon por encima de la piel pálida de su garganta, arracimadas líneas azules y moradas. Venas llenas de sangre. Mi sangre. Jace se sentó. Buscó su estela. Pasarla sobre su brazo le pareció como intentar dibujar una runa en un campo de fútbol. La cabeza le dolía. Cuando terminó el iriatze, recargó la cabeza en la pared que estaba tras él, respirando hondo, el dolor fue cediendo mientras la runa sanadora hacía su trabajo.

Mi sangre en sus venas.

-Lo siento -dijo Simon- En serio

La runa sanadora había hecho maravillas, la cabeza de Jace dejó de sentirse pesada y el golpeteo en su pecho se había relajado. Se puso de pie, cuidadosamente, esperando que le sobreviniera un mareo, pero sólo se sentía algo débil y cansado. Simon seguía de rodillas, mirando sus manos. Jace se inclinó y lo puso de pie jalándolo del cuello de la camisa.

-No te disculpes -dijo, soltando a Simon- Hay poco tiempo. Valentine tiene a Clary y no tenemos mucho para encontrarla.

*

En el segundo en que sus dedos se cerraron alrededor de la empuñadura de Maellartach, un fuerte dolor frío trepó por el brazo de Clary. Valentine la miró con una expresión de cortés interés mientras ella gemía de dolor y sus dedos se ponían blancos. Trató de retener la Espada, pero ésta se resbaló y golpeó en el suelo a sus pies. Ni siquiera vio cuando Valentine se movió. Un momento más tarde estaba parado frente a ella con la Espada en las manos. La mano de Clary le escocía. La miró y vio una marca roja y quemante en toda su palma.

-¿En serio creíste -dijo Valentine, con algo de disgusto en su voz incolora- que dejaría cerca de ti un arma que pudieras usar? -sacudió la cabeza- No entendiste una palabra de lo que te dije ¿o sí? Me parece que de mis dos hijos sólo uno es capaz de entender la verdad.

Clary cerró su mano herida en un puño, casi agradeciendo el dolor.

-Si te refieres a Jace, también te odia

Valentine blandió la Espada, apuntando con la punta el cuello de Clary.

-He tenido suficiente -dijo- De ti

La punta de la Espada estaba afilada; cuando respiró, se le enterró en la garganta, una gota de sangre escurrió hasta su pecho. La Espada parecía esparcir frío por sus venas, enviando partículas congeladas por sus brazos y piernas y adormeciendo sus manos.

-Debí suponerlo -dijo Valentine- Tu madre siempre fue una mujer

testaruda. Fue una de las cosas que me agradaron de ella en un principio. Creí que sería ideal para no abandonar sus ideas.

Era extraño, pensó Clary con algo de temor, que cuando había visto a su padre en el Renwick, había emanado bondad y carisma hacia Jace. Ahora ni siquiera a se molestaba, y sin ésa falsedad en su cara, hasta se veía... vacío. Como una estatua hueca, sin ojos y sólo oscuridad dentro.

-Dime, Clarissa... ¿Alguna vez tu madre habló de mí?

-Me dijo que mi padre había muerto -no digas más, se advirtió ella, pero estaba segura que él podía leer el resto de la frase en sus ojos: Y deseaba que eso hubiera sido verdad

-¿Y nunca te dijo que eras diferente? ¿Especial?

Clary pasó saliva, y la punta de la hoja se clavó más profundamente. Más sangre escurrió a.C. su pecho.

-Nunca me dijo que era Cazadora de Sombras

-¿Sabes por qué -dijo Valentine, mirando a la hoja de la Espada- me dejó tu madre?

Las lágrimas se atascaron en la garganta de Clary. Hizo un sonido similar a la tos.

-Mencionó muchas cosas

-Ella me dijo -continuó Valentine, como si Clary nunca hubiera hablado- que había convertido a nuestro primero hijo en un monstruo. Me dejó antes de que le hiciera lo mismo al segundo. Tú. Pero ya era tarde.

El frío en su garganta, en sus pulmones, era tan intenso que había empezado a temblar. Era como si la Espada la estuviera transformando en hielo.

-Nunca dijo eso -musitó Clary- Jace no es un monstruo. Y yo tampoco.

-No estaba hablando de...

La trampilla encima de sus cabezas se abrió de golpe y dos figuras ensombrecidas cayeron del agujero, aterrizando detrás de Valentine. La primera, vio Clary con cierto alivio, era Jace, cayendo del aire como una flecha disparada de un arco, seguro de donde caería. Golpeó el piso ligeramente. Tenía en una mano un tubo ensangrentado, con una punta rota y roída. La segunda figura que aterrizó al lado de Jace lo hizo con la misma ligereza, no así la misma gracia. Clary vio el cabello del chico, oscuro, y pensó que era Alec. Fue sólo cuando se irguió que reconoció la cara y a la persona en sí. Olvidó la Espada, el frío, el dolor en su garganta, olvidó todo.

-¡Simon!

Simon la miró. Sus ojos se encontraron y por un momento, Clary deseó que él pudiera leer de su cara el alivio que sentía. Las lágrimas que habían estado amenazando con salir, salieron y chorrearon toda su cara. No intentó limpiarlas. Valentine volteó la cabeza para mirarla y su boca por primera vez se contrajo en una mueca de sorpresa real que

Clary nunca antes había visto en su rostro. Se dio la vuelta para encarar a Jace y Simon. El momento en que la Espada dejó la garganta de Clary fue el mismo en el que el hielo se alejó de ella, igual que su fuerza. Se dejó caer de rodillas, sin poder dejar de temblar. Cuando alzó las manos para limpiarse las lágrimas, vio que la punta de sus dedos estaban blancas y como congeladas. Jace la miró horrorizado, entonces a su padre.

-¿Qué le hiciste?

-Nada -dijo Valentine, recuperando la compostura- Aún

Para sorpresa de Clary, Jace palideció, como si las palabras de su padre lo hubieran paralizado.

-Soy yo el que debería preguntarte lo que has hecho, Jonathan -dijo Valentine, y aún cuando le hablaba a Jace, sus ojos estaban fijos en Simon- ¿Por qué eso sigue vivo? los Renacidos pueden regenerarse, pero no con tan poca sangre en ellos.

-¿Te refieres a mí? -demandó Simon.

Clary lo observó. Simon sonaba diferente. No sonaba como un niño corrigiendo a un adulto, sino como alguien que se sentía capaz de enfrentar a Valentine Morgenstern. Como alguien que merecía retarlo.

-Oh, es cierto, me diste por muerto. Bueno, más muerto

-Cállate -le espetó Jace a Simon, tenía los ojos muy negros- Deja que yo conteste -miró a su padre- Dejé que Simon bebiera mi sangre -dijo- Para que no muriera

La cara severa de Valentine se llenó de líneas, como si los huesos estuvieran presionando la piel de su rostro.

-¿Dejaste que un vampiro bebiera tu sangre?

Jace pareció dudar un momento, miró rápidamente a Simon, que no le quitaba la mirada de intenso odio a Valentine. Entonces dijo, cuidadosamente.

-Sí

-No tienes idea de lo que has hecho, Jonathan -dijo Valentine en una voz terrible- Ni idea

-Salvé una vida -dijo Jace- Una que tu trataste de terminar. Sé eso

-No una vida humana -dijo Valentine- Reviviste a un monstruo que sólo matará para alimentarse de nuevo. Los de su raza siempre tienen hambre...

-Justo ahora estoy hambriento -dijo Simon, y sonrió para revelar sus dientes afilados que habían comenzado a crecer. Brillaban blancos y apuntaban directo a su labio inferior- No me importaría un poco más de sangre. Claro, que la tuya probablemente me atragantaría, por ser un asco venenoso de...

Valentine se rió.

-Quisiera verte intentarlo, renacido -dijo- Cuando la Espada Etérea te corte, te quemará hasta que mueras

Clary vio que los ojos de Jace iban hacia la Espada, y luego a ella. Había una pregunta no planteada en ellos. Rápidamente, dijo:

-La espada no ha sido convertida. No del todo. No tiene la sangre de Maia para terminar la ceremonia...

Valentine se giró hacia ella, Espada en mano, y ella lo vio sonreír. La Espada pareció parpadear entre sus manos, y entonces algo la golpeó... era como ser tumbado por una ola, caer y volar por el aire de nuevo. Rodó por el piso, sin poderse detener, hasta que aterrizó con la cara y sintió al instante un moretón en su cara. Trató de levantarse, jadeando por la falta de aliento y el dolor. Simon comenzó a correr hacia ella. Valentine blandió la Espada Etérea y en un parpadeo, sacando fuego de la hoja, lo mandó de regreso con el calor que pareció comenzar a manar. Clary peleó por apoyarse en sus codos. Su boca estaba llena de sangre. El mundo le dio vueltas alrededor y se preguntó si acaso se desmayaría. Luchó para mantenerse consciente. El fuego ya se había consumido, pero Simon seguía hecho un ovillo en el piso, parecía confundido. Valentine lo miró brevemente, luego a Jace.

-Si matas al renacido ahora -dijo- aún puedes deshacer lo que hiciste

-No -murmuró Jace

-Sólo agarra el arma que tienes en la mano y clávala en su corazón -la voz de Valentine era suave- Un solo movimiento. Nada que no hayas hecho antes

Jace miró a su padre fríamente.

-Vi a Agramon -dijo- Era tú

-¿Viste a Agramon? -la Espada Etérea brillo cuando Valentine caminó hacia su hijo- ¿Y estás vivo?

-Lo maté

-Mataste al Demonio del Miedo, pero no matarás a un simple vampiro ¿ni siquiera porque te lo ordeno?

Jace se irguió mirando a Valentine inexpresivamente.

-Es un vampiro, es verdad -dijo- Pero su nombre es Simon

Valentine se detuvo enfrente de Jace, la Espada Etérea en su mano, quemando con una irritante luz negra. Clary se preguntó aterrada si Valentine pensaba golpear a Jace, y si Jace iba a permitirlo.

-Entiendo entonces -dijo Valentine- ¿Qué no has cambiado de opinión? Lo que me dijiste cuando viniste a verme antes era tu palabra final ¿o te has arrepentido por desobedecerme?

Jace negó con la cabeza, lentamente. Una mano seguía apretada en el tubo roto, pero la otra (la derecha) estaba en su cintura, sacando algo de su cinturón. Sus ojos, aún así, no habían dejado los de Valentine, Clary no estaba segura de si éste se había dado cuenta de lo que Jace hacía. Deseó que no.

-Sí -dijo Jace- Me arrepiento de haberte desobedecido

¡No! pensó Clary, y escuchó su corazón dar un vuelco. Se estaba rindiendo, ¿creía que era la única forma de salvar a Simon? La cara de Valentine se suavizó.

-Jonathan...

-Especialmente -dijo Jace- Dado que planeo hacerlo otra vez. Justo ahora.

Su mano se movió, rápida como la luz, y algo salió volando por el aire hacia Clary. Cayó a centímetro de ella, golpeando el metal y rodando. Sus ojos se abrieron. Era la estela de su madre. Valentine comenzó a reír.

-¿Una estela? Jace, ¿es una clase de broma? ¿O al fin te has dado cuenta...?

Clary no oyó el resto; se abalanzó al frente, jadeando por el dolor de la cabeza. Sus ojos se rasaron, su visión se volvió borrosa; estiró la mano para alcanzar la estela... y cuando sus dedos la tocaron, oyó una voz, tan clara como si su madre estuviera detrás de ella. *Toma la estela, Clary. Úsala. Sabes qué hacer.* Sus dedos se cerraron espasmódicamente alrededor de ella. Se sentó, ignorando la ola de dolor que trepó por su espina. Era una Cazadora de Sombras y el dolor era algo con lo que se vivía. Levemente, oyó a Valentine gritar su nombre, oyó sus pisadas, acercándose... y se inclinó hacia el piso, empujando la estela con tanta fuerza que cuando la punta tocó el metal, creyó oír el siseo de algo quemándose. Comenzó a dibujar. Como siempre pasaba cuando dibujaba, el mundo desaparecía y sólo era ella y la estela y el metal en el que dibujaba. Recordó haber estado parada junto a la celda de Jace murmurando para sí: Abierto, abierto, abierto, y supo que lo que tenía de dibujar había de tener fuerza suficiente para deshacer las ataduras de Jace. Y supo que la fuerza que había puesto en ésa runa no era una décima, ni una milésima parte de la que ponía en esta. Sus manos le quemaron y chilló mientras movía la estela por todo el metal, dejando una fuerte línea negra de quemado tras ella. Abierto. Toda su frustración, toda su decepción, toda su ira fue a parar a sus dedos y de ahí a la estela y de ahí a la runa. Abierto. Todo su amor, todo el alivio al ver a Simon vivo, toda su esperanza de que sobreviviría.

¡Abierto! Su mano, aún con la estela, cayó en su regazo. Por un momento hubo un gigantesco silencio (de Jace, de Valentine, incluso de Simon) y todos miraron a la runa que estaba tallada en la cabina. Fue Simon el que rompió el silencio, mirando a Jace.

-¿Qué dice ahí?

Pero fue Valentine el que respondió, sin quitar los ojos de la pared. Había una mirada en su cara... no como la que Clary esperaba ver, una mirada que parecía terror y triunfo mezclados, desesperación y orgullo.

-Dice -dijo- Mene mene tekel upharsin

Clary se puso de pie

-No es cierto -musitó- Dice "abierto"

Valentine la miró a los ojos.

-Clary...

El sonido de metal ahogó sus palabras. La pared sobre la que Clary había dibujado, una pared hecha de hojas de sólido acero, se encogió y quebró. Las puntas se encogieron sobre sí y pedazos grandes salieron

volando por toda la habitación. Pudo oír a Valentine hablarle, pero su voz se vio ahogada por más sonidos de metal y de clavos saliendo, cada pared y cada piso que mantenía unida la enorme nave estaba abriéndose. Trató de correr hacia Jace y Simon, pero se cayó de rodillas cuando un montón de agua se metió por el agujero en la pared. Ésta vez cayó en ella, agua helada que la jaló hacia el fondo. En algún lugar Jace gritaba su nombre, su voz se alzaba más que el resto de los quejidos de la nave. Ella gritó su voz sólo una vez antes de que la marea la llevara río abajo. Pataleo y braceó el agua negra. El terror la invadió, el terror de oscuridad y de las profundidades del río, de millones de toneladas sobre ella, presionándola, sacando el aire de sus pulmones. No sabía que era arriba y que era abajo o en que dirección andar. Ni siquiera podía respirar. Se tragó un montón de agua sucia, el pecho le quemó de dolor, estrellas brillaron frente a sus ojos. En sus oídos el sonido del agua fue reemplazado por un alto, dulce e imposible cantar. Me muero, fue lo único que pensó.

Un par de manos pálidas la tomaron por los brazos y la jalaron. Cabello largo se le pegó en la cara. Mamá, pensó Clary, pero antes de que pudiera ver la cara de su madre la oscuridad le cerró los ojos.

Estaba tirada en la parte de atrás de la camioneta de Luke. El agua negro grisáceo chocaba en los bordes. Podía oler el agua del río alrededor, mezclada del aroma del humo y la sangre. Caras blancas estaban sobre ella como globos suspendidos. Se sumergieron y ella parpadeó. Luke.

Y Simon. Ambos la miraban con idénticas expresiones de consternación. Por un minuto ella creyó que el cabello de Luke se había vuelto blanco; entonces, parpadeando, se dio cuenta de que estaba lleno de cenizas. De hecho, todo el aire estaba lleno de ellas y sabía así, y su piel y ropa estaban llenas del polvillo grisáceo. Tosió, saboreando la ceniza en su boca.

-¿Dónde está Jace?

-Él está... -los ojos de Simon fueron hacia Luke y el corazón de Clary se contrajo

-Está bien ¿verdad? -demandó. Luchó para sentarse y un dolor agudo le punzó en la cabeza- ¿Dónde está? ¿Dónde está?

-Estoy aquí

Jace apareció a un lado de ella, su cara en las sombras. Se arrodilló junto a ella.

-Lo siento. Debí haber estado ahí cuando despertaras. Es que... -su voz se quebró

-¿Qué? -lo miró; brillante y a la vez opaco como la luz de las estrellas, su cabello era más plateado que dorado y sus ojos sin color. Su piel estaba manchada de negro y gris

-Él también pensó que estabas muerta -dijo Luke, y se levanto abruptamente. Estaba mirando al río, a algo que Clary ni podía ver.

El cielo estaba lleno de fumarolas de humo escarlata, como si estuviera en llamas.

-¿Muerto también? ¿Quién más...? -se detuvo cuando las náuseas se atascaron en su garganta.

Jace vio su expresión y metió la mano a su chamarra, sacando su estela.

-Aguanta, Clary

Hubo un dolor quemante en su antebrazo, y entonces todo se puso claro. Se sentó y vio que estaba sentada en el piso mojado y lleno de tierra. El piso tenía varios centímetros de agua, mezclada con cenizas que caían del cielo como una fina y negra lluvia. Miró a donde Jace le había dibujado la Marca Sanadora en el brazo. La debilidad ya estaba cediendo, como si le hubieran inyectado algo. Él delineó la línea del iriatze que acababa de trazar con la punta de los dedos antes de quitar la mano. Su mano se sentía fría y mojada. El resto de él estaba mojado también; su cabello empapado escurría en su ropa y se le pegaba al cuerpo. Tenía un sabor amargo en la boca, como si hubiese tragado un montón de cenizas.

-¿Qué pasó? ¿Hubo un incendio?

Jace miró a Luke, que no dejaba de ver al río. El agua estaba moteada de lanchas pequeñas, pero no estaba el barco de Valentine.

-Sí -dijo- El barco de Valentine se quemó y se hundió. No quedó nada.

-¿Dónde están todos?

Clary miró a Simon, que era el único que se veía más o menos seco. Había algo verdoso en su piel pálida, como si estuviera enfermo.

-¿Dónde están Isabelle y Alec?

-En uno de los barcos de los Cazadores de Sombras. Están bien

-¿Y Magnus? -miró por toda la camioneta, pero estaba vacía

-Tiene que atender a los Cazadores que están heridos -dijo Luke

-¿Pero están todos bien? Alec, Isabelle, Maia... ¿Están bien? -la voz de Clary le sonó débil hasta a ella

-Isabelle está herida -dijo Luke- Y Robert Lightwood. Le llevará un buen tiempo sanar. Muchos de los otros Cazadores, incluidos Malik e Imogen, están muertos. Hubo una batalla muy fuerte, Clary, y no pintó bien para nosotros. Valentine desapareció. Y la Espada. La Conclave los está buscando. Yo no sé... -se interrumpió. Había algo en su voz que asustó a Clary

-Lo siento -dijo- Fue mi culpa. Si no hubiera...

-Si no hubieras hecho todo lo que hiciste, Valentine hubiera asesinado a todos en el barco -dijo Jace fieramente- Fuiste tú la que nos salvó a todos

Clary lo observó.

-¿Te refieres a la runa?

-Destruiste el barco -dijo Luke- Cada pieza, cada clavo, todo lo que la mantenía junta, se separó. La cosa entera cayó en pedazos. Los

tanques de gas también. La mayoría de nosotros apenas y tuvo tiempo de saltar al agua antes de que todo comenzara a quemarse. Lo que hiciste... no había visto nada como eso

-Oh -dijo Clary, aturdida- ¿Alguien... lastimé a alguien?

-Algunos demonios que se hundieron con el barco -dijo Jace- Pero Cazadores de Sombras, no

-¿Por qué saben nadar?

-Porque los rescataron. Las nereidas los sacaron del agua

Clary pensó en las manos en el agua, el canto arrullador. Así que no había sido su madre.

-¿Te refieres a las hadas del agua?

-La Reina de la Corte de los Milagros vino también, en cierta forma

-dijo Jace- Nos prometió toda la ayuda que estuviera a su alcance

-¿Pero cómo...?

¿Cómo se enteró? iba a decir Clary, pero recordó a la Reina y sus ojos sabios, y a Jace tirando el pedazo de papel al agua en la playa cerca de Red Hook, y decidió no preguntar.

-Los barcos de los Cazadores se están moviendo -dijo Simon, mirando al río- Creo que ya los recogieron a todos

-Así es -Luke cuadró los hombros- Hora de irnos

Se movió lentamente hasta la cabina, donde se tiró en el asiento del conductor y puso en marcha el motor. Navegaron, sobre el agua, las gotas salpicando.

-Esto es raro -dijo Simon- Sigo pensando que la camioneta se hundirá

-No puedo creer que pasaras por todo lo que pasamos y aún así creas que esto es raro -dijo Jace, pero no como un insulto o como si estuviera molesto. Sonaba muy, muy cansado

-¿Qué será de los Lightwood? -inquirió Clary- Después de todo lo que pasó... la Clave...

Jace se encogió de hombros.

-La Clave trabaja en formas misteriosas. No sé que harán. Estarán muy interesados en ti, aún así. Y en lo que puedes hacer

Simon hizo un ruido. Clary pensó que era uno de protesta, pero cuando lo miró detenidamente, vio que estaba más verde.

-¿Qué te pasa Simon?

-Es el río -dijo- El agua corriente no es buena para los vampiros. Es pura, nosotros... no

-El East River es todo menos puro -dijo Clary, pero estiró la mano para tomarle el brazo cuidadosamente.

Él le sonrió.

-¿Caíste cuando el barco explotó?

-No. Había un pedazo de metal flotando en el agua y Jace me arrojó ahí. Permanecí lejos del río

Clary miró por encima del hombro a Jace. Podía verlo más claramente ahora; la oscuridad se desvanecía.

-Gracias -le dijo- ¿Crees que...?

Él alzó las cejas.

-¿Creo qué?

-¿Qué Valentine se ahogó?

-Nunca creas que el tipo malo ha muerto hasta no ver el cuerpo - dijo Simon- Eso sólo da como resultado terribles decepciones

-Tienes razón -dijo Jace- Supongo que no está muerto. Si no, habríamos encontrado los Instrumentos Mortales

-¿Puede continuar la Clave sin ellos? ¿Con Valentine muerto o no? - preguntó Clary

-La Clave siempre continúa -dijo Jace- Es todo lo que saben hacer bien

Volteó la cara al horizonte.

-El sol está saliendo

Simon se puso rígido. Clary lo miró sorprendida un minuto, luego se horrorizó. Volteó a seguir la mirada de Jace. Tenía razón... el horizonte estaba salpicado de unos rayos rojizos que antecedian un disco dorado. Clary pudo ver la orilla del sol saliendo del agua y tornando todo escarlata, verde y oro.

-¡No! -murmuró.

Jace la miró sorprendido, luego a Simon, que no se movía, sólo miraba al sol como un ratón acorralado por el gato. Jace se puso de pie rápidamente y fue a la cabina. Habló en voz baja. Clary vio a Luke mirar a Simon y luego a ella y de regreso a Jace. Negó con la cabeza. La camioneta aceleró. Luke debía haber presionado el acelerador. Clary se sostuvo de un lado de la camioneta. Al frente, Jace le gritaba a Luke que tenía que haber una maldita manera de ir más rápido, pero Clary sabía que nunca lograrían que el amanecer no los tocara.

-Debe de haber algo -le dijo a Simon. No podía creer que en menos de cinco minutos hubiera pasado de estar aliviada a horrorizada- Que podamos hacer, con la ropa...

Simon seguía mirando al sol, la cara blanca.

-Un montón de ropa no hará nada -dijo- Rafael me lo explicó, necesito una pared para cubrirme del sol. Me quemará a través de la ropa.

-Debe haber algo...

-Clary

Ahora lo veía claramente, en la luz grisácea, sus ojos grandes y oscuros y su cara blanca. Extendió sus manos hacia ella.

-Ven aquí

Ella se inclinó hacia él, tratando de cubrirlo con los brazos. Sabía que era inútil. Cuando el sol lo tocara, se convertiría en cenizas. Se quedaron callados, con los brazos entrelazados unos momentos. Clary podía sentir el amanecer alzarse, y el corazón de Simon que no latía en su pecho, y se recordó que no lo necesitaba. Podría no respirar, pero aún podía morir.

-No dejaré que mueras -dijo
-No creo que te permitan elegir
Ella lo sintió sonreír.

-Creí que no vería el sol de nuevo -dijo- Creo que me equivoqué
-Simon...

Jace gritó algo. Clary miró arriba. El cielo estaba inundado de una luz rosada, y franjas azul claro, como cloro que hubiera caído en una prenda oscura. Simon la apretó con fuerza.

-Te amo -le dijo- Nunca he amado a nadie más que a ti

Rayos dorados saltaron por el cielo corriendo como ríos de luz. El agua alrededor brilló y Simon se puso rígido y dejó caer la cabeza hacia atrás, sus ojos abiertos brillaron tan dorados como si oro líquido se hubiera colado en sus pupilas. Líneas negras aparecieron en su piel como quebraduras de una estatua vieja.

-¡Simon! -gritó Clary.

Trató de ponerse sobre él y cubrirlo, pero de repente algo tiró de ella hacia atrás; era Jace, sosteniéndola con fuerza por los hombros. Intentó zafarse pero él tenía demasiada fuerza, le decía algo al oído, una y otra vez, y sólo después de unos momentos entendió lo que era:

-Clary, mira. Mira

-¡No! -sus manos se elevaron hasta su cara.

Podía sentir las ásperas del brebaje que tenía el piso de la camioneta. Era salado, como lágrimas.

-No quiero mirar. No quiero mi...

-Clary -las manos de Jace la aferraron por las muñecas, obligándola a quitarlas de su cara. La luz del amanecer le escoció los ojos- Mira

Ella miró. Y oyó su propio aliento silbando en sus pulmones, como si estuviera jadeando. Simon estaba sentado en la parte de atrás de la camioneta, en un cuadro de luz, con la boca abierta y mirándose. El sol danzaba en el agua y los bordes de su cabello llameaban como oro. No se había convertido en cenizas, sino que seguía sentado bajo la luz del sol y su piel pálida de su cara y brazos ya no tenía marcas.

*

Afuera del Instituto, la noche caía. Un leve anochecer rojo se colaba por las ventanas de la habitación de Jace mientras éste miraba a la pila de cosas sobre su cama. El montón era mucho más pequeño de lo que creyó que sería. Siete años enteros en éste lugar, y esto era todo lo que tenía: media maleta de ropa, un montón pequeño de libros y algunas armas. Se debatió entre llevar algunas de las cosas que le recordaban su casa de campo en Idris. Magnus le había devuelto el anillo plateado de su padre, con el que ya no se sentía cómodo de llevarlo puesto. Ahora colgaba en una cadena alrededor de su cuello. Al final, había decidido llevárselo todo: no había punto en dejar nada de él en ése lugar.

Estaba empacando el resto de la ropa cuando alguien llamó a la

puerta. Fue a abrir, esperando a Alec o Isabelle. Era Maryse. Llevaba un vestido negro severo y su cabello estaba atado atrás, haciendo que su cara se viera más angulosa. Se veía más vieja de lo que él la recordaba. Dos líneas profundas corrían desde las comisuras de su boca hasta su mandíbula. Sólo sus ojos tenían algún color.

-Jace -dijo- ¿Puedo pasar?

-Haz lo que quieras -replicó, volviendo a la cama- Es tu casa

Tomó una de las camisetas y la empujó dentro de la mochila con fuerza innecesaria.

-De hecho, es la casa de la Clave -dijo Maryse- Nosotros sólo somos los guardianes

Jace lanzó los libros en la maleta.

-Como sea

-¿Qué estás haciendo?

Si Jace no la hubiera conocido mejor, juraría que su voz se había suavizado.

-Empaco -dijo- Es lo que hacen las personas cuando se mudan

Ella palideció.

-No te vayas -le dijo- Si quieres quedarte...

-No quiero quedarme. No pertenezco aquí

-¿A dónde irás?

-Con Luke -dijo, y la vió hacer una mueca- Por algún tiempo. Después de eso, no lo sé. Tal vez a Idris

-¿Es ahí donde crees que perteneces? -había una tristeza lastimosa en su voz. Jace dejó de empacar por un momento y observó su maleta

-No sé a dónde pertenezco

-Con tu familia

Maryse hizo un ademán de dar un paso al frente.

-Con nosotros

-Ustedes me echaron -Jace se escuchó, trató de suavizar su voz- Lo siento -añadió, volviéndose para mirarla- Siento todo lo que ha pasado. Pero no me querías antes, no me imagino por qué habrías de hacerlo ahora. Robert estará enfermo un tiempo; tendrás que cuidar de él. Yo sólo sería un estorbo

-¿Estorbo? -sonaba incrédula- Robert quiere verte, Jace...

-Dudo eso

-¿Y qué hay de Alec? Isabelle, Max, ellos... te necesitan. Si no crees que yo te quiera aquí (y no puedo culparte por ello) deberías saber que ellos sí. Hemos pasado malos tiempos, Jace. No los lastimes más de lo que ya están

-No es justo

-No te culpo si me odias -su voz temblaba.

Jace se dio completamente la vuelta y la miró, sorprendido.

-Pero lo que hice (incluso echarte) tratarte como lo hice, fue para protegerte. Y porque tenía miedo

-¿De mí?

Ella asintió.

-Bueno, eso me hace sentir mucho mejor

Maryse respiró hondo.

-Creí que romperías mi corazón igual que Valentine -dijo- Fuiste la primera cosa que amé, ¿sabes?, después de él, la primera que no llevaba mi sangre. La primera cosa viva. Y eras sólo un niño...

-Creíste que era otra persona

-No. Siempre supe quién eras. Desde la primera vez que te vi bajando del barco de Idris, cuando tenías diez años... caminaste hasta mí y supe que te quería, como si fueras otro más de mis hijos -sacudió la cabeza- No lo entenderías. Nunca has sido padre. Nunca amaste algo como yo amo a mis hijos. Y nada puede hacerte enojar así

-Me di cuenta de la parte de enojarse -dijo Jace, después de una pausa

-No espero que me perdones -dijo Maryse- Pero si te quedas por Isabelle, Alec y Max, te lo agradeceré eternamente

-No quiero tu gratitud -dijo Jace, volviéndose hacia su maleta.

No había nada más que empacar. Tiró del cierre.

-A la claire fontaine -dijo Maryse- m'en allent prometer

Él se volvió a mirarla.

-¿Qué?

-Il y a long temps que je t'aime. Jamais je ne t'oublierai... es la vieja balada francesa que solía cantarle a Alec e Isabelle. La que querías saber cómo iba.

Pareció como si de pronto la habitación se llenara de luz y Maryse lo miró como si él tuviera diez años, como si no hubiera cambiado en los siete años anteriores. Se veía muy preocupada, ansiosa, y esperanzada. Volvía a ser la única madre que había conocido jamás.

-Te equivocabas cuando dijiste que nunca te la canté -le dijo- Es sólo que nunca me oíste

Jace no dijo anda, pero estiró la mano hacia el cierre de la mochila y lo abrió, le dio la vuelta a la mochila y dejó que todas sus pertenencias se desparramaran en la cama.

Epílogo

-iClary!

La madre de Simon sonrió al ver a la chica parada en la entrada.

-No te he visto en años. Comenzaba a pensar que Simon y tú habían peleado

-Oh no -dijo Clary- No me estaba sintiendo bien, es todo

Aunque tengas runas mágicas que curan, aparentemente no eres invulnerable. No le había sorprendido despertar la mañana después de la batalla y darse cuenta de que tenía un punzante dolor de cabeza y fiebre, pensó que tenía gripa (¿quién no, después de congelarse en ropas mojadas por horas en la noche?) pero Magnus dijo que más bien estaba

exhausta por crear la runa que había destruido el barco de Valentine. La madre de Simon chasqueó la lengua, sonriente.

-El mismo bicho que le dio a Simon la semana antepasada, apuesto. Ni siquiera podía levantarse de la cama

-Pero ya está mejor ¿cierto? -dijo Clary

Sabía que estaba bien, pero no le importaba oírlo de nuevo.

-Está bien. Está afuera en el jardín, creo. Pasa -sonrió- Estará feliz de verte

La hilera de casas de ladrillos rojos en la calle de Simon estaban divididas por bonitas cercas blancas de metal, cada una de las cuales tenía una puerta que dejaba pasar a un pequeño pedazo de jardín en la parte trasera de la casa. El cielo estaba azul brillante y aire fresco, sin importar los cielos soleados. Clary podía sentir en la boca el sabor de la nieve. Abrió la reja y la cerró tras ella y fue a buscar a Simon. Estaba en el jardín trasero, como le habían prometido, despatarrado en una silla de plástico con un comic abierto en el regazo. Lo hizo a un lado cuando vio a Clary, se sentó y frunció el ceño.

-Hola, nena

-¿Nena? -se sentó junto a él en la silla- Bromeas ¿verdad?

-Quería saber si funcionaba ¿no?

-No -dijo ella firmemente, y se inclinó para besarlo en la boca. Cuando se hizo a un lado, tenía los dedos de Simon entre el cabello, pero los ojos pensativos.

-Me alegra que vinieras -dijo

-Yo también. Hubiera venido antes, pero...

-Estabas enferma. Lo sé

Había pasado una semana enviándole mensajes desde el sillón de Luke, donde estaba envuelta en una sábana y viendo repeticiones de CSI. Era agradable pasar el tiempo en un mundo donde cada problema tenía una respuesta científica y comprobada.

-Estoy mejor ahora -miró alrededor, tembló y se apretó el suéter blanco- ¿Qué haces aquí con este clima? ¿No tienes frío?

Simon negó con la cabeza.

-En realidad ya no siento frío o calor. Además -su boca se curvó en una sonrisa- Quiero pasar lo más que pueda a la luz del sol. Aún me da sueño en el día, pero estoy peleando contra eso

Ella puso el dorso de su mano en su mejilla. Su cara estaba caliente por el sol, pero debajo, la piel era fría.

-Pero todo lo demás... ¿es igual?

-¿Qué si soy un vampiro aún? Sí. Parece que sí. Aún quiero beber sangre, no tengo pulso. Tendré que esquivar a los doctores, pero dado que los vampiros no se enferman... -se encogió de hombros

-¿Y hablaste con Rafael? ¿aún no sabe por qué puedes salir al sol?

-No. Parece muy enfadado -parpadeó Simon, soñoliento, como si fueran las dos de la madrugada en vez de la tarde- Creo que le molesta que sea yo y no él el que pueda hacerlo. Además, la tendrá difícil

tratando de que salga por la noche cuando me he determinado a salir por el día

-Crees que está asustado

-A los vampiros no les gusta el cambio. Son muy tradicionales -le sonrió y ella pensó, que siempre se vería así. Cuando tenga cincuenta o sesenta, seguirá viéndose de dieciséis. No era algo lindo de pensar- Como sea, esto será genial para mi carrera musical. Si Anne Rice tiene razón, los vampiros somos excelentes estrellas de rock

-No estoy segura de que sea una información muy confiable

Él se recargó en la silla.

-¿Y qué lo es? Además de ti, por supuesto

-¿Confiable? ¿Es lo que piensas de mí? -demandó con indignación fingida- Eso no es muy romántico

Una sombra se extendió por su cara.

-Clary...

-¿Qué? ¿Qué pasa? -ella extendió la mano para tomar la de él- Estás usando tu voz de malas noticias

El miró hacia otro lado.

-No sé si serán malas noticias o no

-Lo que sea -dijo Clary- Sólo dime que estás bien

-Estoy bien -dijo- Pero... no creo que deberíamos seguir viéndonos Clary casi se cae de la silla.

-¿No quieres que seamos amigos?

-Clary...

-¿Es por los demonios? ¿Porque te transformaste en un vampiro? - su voz se volvió cada vez más aguda- Sé que nodo ha sido de locos, pero no puedo alejarte de eso. Podría...

Simon hizo una mueca.

-Empiezas a sonar como un delfín ¿lo sabías? Detente

Clary se detuvo.

-Aún quiero que seamos amigos -dijo- De lo otro, no estoy tan seguro

-¿Lo otro?

Él comenzó a enrojecer. Ella no sabía que los vampiros pudieran sonrojarse. Se veía extraño contra su piel pálida.

-El asunto de novio/novia

Ella se quedó callada un momento, buscando palabras. Finalmente dijo:

-Al menos no dijiste "la cosa de besarse" temía que lo llamaras así

Él miró hacia sus manos, que descansaban en los brazos plásticos de la silla. Los dedos de ella se veían más pequeños que los de él, pero por primera vez, su piel era más oscura que la de ella. Cerró el puño y dijo:

-No lo llamaría así

-Creí que esto era lo que querías -dijo ella- Creí que habías dicho que...

Él la miró, a través de sus pestañas oscuras.

-¿Qué te amaba? Sí, te amo. Pero no es de eso de lo que se trata

-¿Es por Maia? -sus dientes empezaron a castañear, sólo en parte por el frío- ¿Te gusta?

Simon dudó.

-No, quiero decir, sí, me gusta, pero no como crees. Es sólo que cuando estoy cerca de ella... es como si estuviera con alguien igual a mí. No es como contigo

-Pero si no la amas...

-Tal vez lo haga algún día

-Tal vez yo pueda amarte algún día

-Si alguna vez lo haces -dijo- házmelo saber. Sabes donde encontrarme

Sus dientes castañearon más fuerte.

-No puedo perderte, Simon. No puedo

-No lo harás. No estoy dejándote. Pero quisiera que sólo fuéramos amigos, que es lo de verdad importante, no que finjas algo más. Cuando estoy contigo, quiero saber que de verdad estás conmigo, la verdadera Clary

Ella apoyó su cabeza contra la de él, cerrando los ojos. Aún se sentía como Simon, sin importar lo demás; olía como él, como jabón de lavandería.

-Tal vez no sé quién es ella

-Pero yo sí

La nueva camioneta de Luke estaba estacionada cuando Clary dejó la casa de Simon.

-Me dejaste. No tenías que pasar por mí también -dijo, cerrando la puerta tras ella.

Luke había reemplazado su vieja y destruida camioneta por una nueva que se veía igual a la anterior.

-Perdona mi miedo paternal -dijo Luke, extendiéndole un vaso de café.

Tomó un poco, sin leche y con un montón de azúcar, justo como el gustaba.

-Tiendo a ponerme un poco nervioso cuando no te veo cerca estos días

-¿En serio? -Clary aferró el vaso para evitar que salpicara cuando pasaron por un tope- ¿Cuánto tiempo piensas que eso seguirá?

Luke pareció considerarlo.

-No mucho. Cinco, quizá seis años

-¡Luke!

-Planeo dejar que salgas con chicos cuando tengas treinta, si te sirve de consuelo

-De hecho, no suena tan mal. Podría no estar lista hasta tener treinta

Luke la miró por el rabillo del ojo.

-¿Tu y Simon...?

Ella sacudió la mano que no sostenía el vaso de café.

-No preguntes

-Ya veo -probablemente era cierto- ¿Quieres que te deje en la casa?

-Irás al hospital ¿cierto? -pudo verlo por la tensión escondida bajo sus chistes- Iré contigo

Estaban en el puente ahora, y Clary miró al río, soplando a su café pensativamente. Nunca se cansaba de ésa vista, el estrecho río de agua entre las paredes de Manhattan y Brooklyn. Reflejaba el sol como si fuera papel aluminio. Se preguntó por qué nunca lo había dibujado. Recordaba haber preguntado a su madre una vez por qué nunca la usaba a ella de modelo, nunca dibujaba a su propia hija.

-Dibujar algo es capturarlo para siempre -había dicho Jocelyn, sentada en el suelo con un pincel chorreando pintura azul eléctrica en sus jeans- Si realmente amas algo, no tratarás de capturarlo para siempre así como está. Tienes que dejarlo libre para que cambie

Pero odio el cambio.

Respiró hondo

-Luke -dijo- Valentine me dijo algo cuando estaba en el barco, algo acerca de...

-Nada bueno sale de algo que empiece con las palabras "Valentine dijo" -murmuró Luke

-Tal vez no. Pero era sobre tú y mi mamá. Dijo que estabas enamorado de ella

Silencio. Se detuvieron entre el tráfico del puente. Ella alcanzó a oír el sonido del tren Q rugiendo al pasar.

-¿Crees que eso es verdad? -dijo Luke al fin

-Bueno -Clary podía sentir la tensión en el aire y escogió sus palabras cuidadosamente- No lo sé. Quiero decir, ya lo había dicho antes y yo siempre pensé que te odiaba y estaba algo paranoico. Pero esta vez, comencé a pensar, y bueno... es un poco raro que siempre estés ahí, has sido como un padre para mí, prácticamente vivíamos en la granja en el verano, y ni tú ni mi madre han salido con alguien más. Así que pensé que tal vez...

-¿Pensaste que tal vez qué?

-Que tal vez habían estado juntos todo este tiempo y sólo no querían decirme. Tal vez pensaron que era muy joven aún para entenderlo. Tal vez tenían miedo de que comenzara a preguntar por mi papá. Pero ya no soy tan joven como para no entenderlo. Puedes decírmelo. Supongo que es eso lo que trato de decir. Puedes decirme cualquier cosa.

-Tal vez no cualquier cosa

Hubo otro silencio cuando la camioneta avanzó entre el tráfico. Luke parpadeó al ver el sol y golpeteó con los dedos el volante. Al fin,

dijo:

-Tienes razón. Estoy enamorado de tu madre

-Eso es genial -dijo Clary, tratando de sonar animada sin importar que tan extraña sonara la idea de personas de la edad de su madre y Luke enamoradas

-Pero -terminó- ella no lo sabe

-¿No lo sabe?

Clary hizo un movimiento brusco con el brazo. Afortunadamente, su taza de café estaba vacía.

-¿Cómo puede no saberlo? ¿No le dijiste?

-Decirle cara a cara -dijo Luke, presionando el acelerador- no

-¿Por qué no?

Luke suspiró y se pasó una mano por la cara.

-Porque -dijo- Nunca parecía ser el momento adecuado

-Esa es una excusa horrible, y lo sabes

Luke hizo un ruido con la nariz, entre un suspiro y un gruñido molesto.

-Tal vez, pero es la verdad. Cuando me di cuenta por primera vez de lo que sentía por Jocelyn, tenía la misma edad de que tú. Dieciséis. Y acabábamos de conocer a Valentine. Yo no era competencia para él. Y hasta estaba algo agradecido de que si no iba a ser yo el que estuviera con ella, sería alguien que la merecía -su voz se endureció- Cuando me di cuenta de lo equivocado que estaba, era demasiado tarde. Cuando nos volvimos a encontrar en Idris, y ella estaba embarazada de ti, le ofrecí casarme con ella, para cuidarla. Le dije que no me importaba quien era el padre del bebé, que la cuidaría como si fuera mía. Ella creyó que le tenía lástima. No pude convencerla de lo contrario. Me dijo que no quería ser una molestia para mí, que era pedir demasiado. Después de que me dejó en París, volví a Idris pero no estaba feliz. Había algo que me faltaba, eso era Jocelyn. Imaginaba que estaría en algún lado necesitándome, que gritaba mi nombre y yo no la podía oír. Al fin fui a buscarla.

-Recuerdo que estaba feliz -dijo Clary en voz baja- Cuando la encontraste

-Lo estaba y no lo estaba. Estaba feliz de verme, pero a la vez yo representaba todo de lo que había huido, de lo que no quería formar parte. Dejé que me quedara cuando le prometí que me retiraría de todo, de la Clave, de Idris, de todo. Le ofrecí quedarme con ustedes, pero Jocelyn creía que mis transformaciones serían difíciles de ocultar para ti, y estuve de acuerdo. Compré la librería, me cambié el nombre y fingí que Lucian Graymark había muerto. Y al parecer, después de todo, eso pasó.

-En serio hiciste mucho por mi madre. Le diste una vida

-Hubiera hecho más -dijo Luke- Pero estaba reticente a tener algo que ver con la Clave o con el Submundo, y sin importar cuánto lo oculte, sigo siendo un licántropo. Soy un recuerdo viviente de todo eso. Y ella

estaba segura de querer dejar atrás todo eso. Sabes, nunca estuve de acuerdo con las visitas a Magnus, alterar tus memorias o tu Vista, pero si era lo que quería, yo la dejé hacerlo, porque si la intentaba detener, me diría que me fuera. Y no hubiera habido manera (ninguna) de que me dejara casarme con ella, ser tu padre y nunca decirte la verdad acerca de mí. Y eso hubiera derrumbado todo, todas esas paredes frágiles que trataba de construir entre ustedes y el Mundo Invisible. No le haría algo así. Así que me quedé callado

-¿Así que nunca le dijiste lo que sentías?

-Tu madre no es estúpida, Clary -dijo Luke. Sonaba tranquilo, pero había cierta tensión en su voz- Debe de haberlo sabido. Ofrecí casarme con ella. Si algo sé, es que ella sabía lo que sentía por ella, pero ella no sentía lo mismo por mí

Clary se quedó callada.

-Está bien -dijo Luke, tratando de sonar alegre- Lo acepté hace mucho tiempo

Los nervios de Clary parecían tensados como cuerdas de guitarra, y sabía que no era por la cafeína. Empujó sus propios pensamientos atrás.

-Le ofreciste casarte con ella, ¿le dijiste que era porque la amabas? A mi no me suena tan obvio eso último

Luke no dijo nada.

-Creo que deberías decirle la verdad. Creo que te equivocas respecto a ella

-No Clary -la voz de Luke era firme: Basta del tema, decía entre líneas

-Recuerdo una vez cuando le pregunté por qué no salía con nadie - dijo Clary, ignorando su tono- Dijo que era porque no lo necesitaba, porque su corazón ya le pertenecía a alguien. Pensé que se refería a mi padre, pero ahora... ahora no estoy muy segura

Luke se veía sorprendido.

-¿Dijo eso? -soltó, y añadió- Probablemente sí se refería a Valentine

-No lo creo -lo miró de reojo- Además ¿no odias eso? ¿no decir cómo de sientes?

Esta vez el silencio duró hasta que salieron del puente y bajaron por Orchard Street, rodeada de restaurantes y tiendas cuyos signos se veían en brillantes letras chinas de un color dorado y rojo.

-Sí, lo odiaba -dijo Luke- Pero llegué a pensar que lo que tenía contigo y con tu madre era mejor que nada. Pero si no puedes decirle la verdad a las personas que amas más, comienzas a mentirte a ti mismo

El sonido fue como agua corriendo para los oídos de Clary. Mirando hacia abajo, se dio cuenta de que había convertido el vaso encerado en una bola de papel.

-Llévame al Instituto -dijo- Por favor

Luke la miró sorprendido.

-¿No irías conmigo al hospital?

-Te veré allá cuando haya terminado -dijo- Hay algo que debo hacer primero

*

El nivel más bajo del Instituto estaba lleno de luz del sol y motas pálidas flotando entre los haces. Clary corrió por el pasillo estrecho y chocó contra el elevador cerrado, sin poder frenar a tiempo, golpeó el botón.

-Vamos, vamos -murmuraba- Vam...

Las puertas doradas del elevador chirriaron al abrirse. Jace estaba dentro. Sus ojos se abrieron mucho cuando la vió.

-...os -terminó Clary y bajó el brazo- Eh. Hola

Él la miró fijo.

-¿Clary?

-Te cortaste el cabello -dijo ella sin pensar

Era verdad... las largas tiras metálicas ya no le caían sobre la cara, ahora estaban cortadas limpiamente y arregladas. Lo hacía parecer más civilizado, incluso un poco mayor. Vestía igual de arreglado, en un suéter azul marino y jeans. Algo plateado brilló en su garganta, debajo del cuello del suéter. Él levantó una mano.

-Oh. Genial. Maryse lo ha llamado

La puerta del elevador comenzó a cerrarse; él la detuvo.

-¿Tienes que subir?

Ella negó con la cabeza.

-Sólo quería hablar contigo

-Oh. -se veía algo sorprendido, pero salió del elevador, dejando que la puerta se azotara tras él- Iba al Taki's por algo de comer. Nadie aquí quiere cocinar desde...

-Entiendo -dijo Clary, entonces deseó no haberlo hecho. No era como si el hecho de que los Lightwood quisieran cocinar o no le importara mucho

-Puedes venir conmigo -dijo Jace

Dio un par de pasos hacia la puerta y luego volvió la cabeza para verla. Parado entre dos candelabros encendidos, bañando su cabello y su piel pálida, parecía una pintura de un ángel. El corazón de Clary dio un vuelco.

-¿Vienes o no? -inquirió, no sonaba tan angelical después de todo

-Oh. Cierto. Voy -se apresuró para alcanzarlo

Mientras caminaban al Taki's, Clary trató de mantener una conversación alejada de temas que la incluyeran o a Jace, o ella y Jace. En vez de eso, le preguntó de Isabelle y de Max y de Alec. Jace dudó. Estaban cruzando la Primera y una brisa fría soplaba por la avenida. Los cielos estaban des nublados, un perfecto día de otoño en Nueva York.

-Lo siento -se disculpó Clary- Deben estar horrible. Todas esas personas que conocían y ahora están muertas

-Es diferente para los Cazadores de Sombras -dijo Jace- Somos guerreros. Nos esperamos la muerte en un modo que ustedes... -Clary no pudo contener un suspiro

-Los mundanos no. Era lo que ibas a decir ¿cierto?

-Eso era -admitió él- A veces es difícil recordar que no eres una de ellos

Se detuvieron en frente del Taki's, con su techo sesgado y ventanas polarizadas. El ifrit que cuidaba la puerta del frente los miró con suspicaces ojos rojos.

-Soy Clary -dijo ella

Jace la miró. El viento le movía el cabello. Él estiró la mano y le puso un mechón tras la oreja, casi inconscientemente.

-Lo sé

Dentro, encontraron un rincón vacío y los dos se sentaron en la mesita ahí. El restaurante estaba vacío: Kaelie, la mesera mitad duende, estaba recargada contra el mostrador, batiendo sus alitas blanco azulado con gesto aburrido. Ella y Jace había salido una vez. Dos licántropos ocupaban otra mesa. Estaban comiendo lo que parecían filetes de cordero crudos y discutiendo acerca de quién ganaría en una pelea: Dumbledore de los libros de Harry Potter o Magnus Bane.

-Dumbledore ganaría -dijo el primero- Con eso de la Maldición Asesina

El segundo licántropo acotó algo extraño:

-Pero Dumbledore no es real

-No creo que Magnus Bane sea real, tampoco -replicó el primero- ¿Alguna vez lo has visto?

-Esto es raro -dijo Clary, hundiéndose en su asiento- ¿Los estas escuchando?

-No. Es de mala educación espiar conversaciones ajenas

Jace estaba estudiando el menú, lo que le dio a Clary una oportunidad de estudiarlo. Nunca lo he mirado, pensó. Era verdad, o al menos nunca lo había mirado como quería, con el ojo de un artista. Siempre se perdía, distraída por un detalle insignificante: la curva de sus pómulos, el ángulo de sus pestañas, la forma de su boca.

-No me quitas la vista de encima -dijo, sin dejar de mirar el menú- ¿Por qué me miras así? ¿Pasa algo malo?

La llegada de Kaelie a la mesa salvó a Clary de responder. Su pluma, notó Clary, tenía la forma de una oruga plateada. Le entró curiosidad al ver sus ojos azules del todo.

-¿Saben lo que quieren?

Sin pensarlo mucho, Clary ordenó algunos platillos al azar del menú. Jace pidió un plato de papas fritas y varios platillos para llevar a los Lightwood. Kaelie se fue, dejando tras ella un leve olor a flores.

-Dile a Alec e Isabelle que siento todo lo que pasó -dijo Clary cuando Kaelie ya no podía escucharlos- Y dile a Max que lo llevaré al Planeta Prohibido cuando quiera

-Sólo los mundanos dicen que lo sienten cuando lo que quieren decir es "Comparto tu dolor" -observó Jace- Ninguno de nosotros tuvo la culpa, Clary -sus ojos se llenaron de pronto de ira- Fue Valentine

-Según sé no han tenido...

-¿Señales de que esté por ahí? N. Supongo que se encerrará en algún lugar hasta poder terminar lo que comenzó con la Espada. Después de eso... -se encogió de hombros Jace

-¿Después qué?

-No lo sé. Es un demente. Es difícil predecir lo que hará un loco. - pero evitaba verla a los ojos y Clary supo lo que pensaba: guerra

Era lo que quería Valentine. Guerra con los Cazadores de Sombras. Y la tendría. Sólo era cuestión de ver quién pegaba primero.

-Como sea, dudo que haya sido de eso de lo que quería hablar conmigo. ¿O me equivoco?

-No

Ahora que había llegado el momento, Clary no hallaba las palabras. De reojo distinguió su reflejo en una de las cucharas brillantes. Suéter blanco, cara blanca, un leve rubor en sus mejillas. Se veía como si tuviera fiebre. Se sentía así también.

-Quería hablar contigo desde hace días...

-Y yo también -su voz estaba demasiado aguda- Cada vez que te llamaba, Luke decía que estabas enferma. Pensé que me evitabas. De nuevo.

-No -le pareció que había un espacio grandísimo entre ellos, pero en realidad era sólo la mesa lo que los separaba- Quería hablar contigo. No dejo de pensar en ti.

Él hizo un ruido de sorpresa y dejó caer la mano en la mesa. Ella la tomó, y un sentimiento relajante la recorrió.

-Me pasa lo mismo -sus dedos estaban tibios, confortantes y recordó cómo se habían tomado de la mano en el Renwick, cuando él sostuvo el pedazo de Portal, que era todo lo que le quedaba de su anterior vida.

-Estaba enferma en serio -dijo- Lo juro. Casi me moría en el barco, lo sabes

Él le soltó la mano, pero la miró, casi como si tratara de memorizar su cara.

-Lo sé -dijo- Cada vez que tú casi te mueres, yo casi me suicido

Sus palabras hicieron que el corazón de Clary saltara como si acabara de tomarse siete vasos de café al hilo.

-Jace. Vine a decirte que...

-Espera. Déjame hablar primero -alzó las manos, como para detener lo que fuera a decir- Antes de que digas nada, quiero disculparme contigo

-¿Disculparte? ¿Por qué?

-Por no escucharte -se hizo el cabello hacia atrás con ambas manos y ella se dio cuenta de que tenía una pequeña cicatriz, una

delgada línea plateada en un lado de su garganta. No estaba ahí antes- No parabas de decirme que entre nosotros no podía haber nada, y yo seguía diciendo que sí y no te escuché. Sólo quería tenerte y no me importaba lo que los demás dijeran. Ni siquiera tú

La boca de ella se secó de pronto, pero antes de que pudiera decir nada, Kaelie estaba de vuelta, con las papas de Jace y la comida de Clary. Clary miró a lo que había ordenado. Una malteada verde y un plato de grillos cubiertos de chocolate. No era como si importara; su estómago parecía gritarle que lo comiera de todos modos.

-Jace -dijo, tan pronto la mesera se fue- No hiciste nada mal. Tú...

-No. Déjame terminar -había estado mirando sus papas como si tuvieran la respuesta a las preguntas de todo el universo- Clary, tengo que decirlo ahora... o no lo diré nunca -sus palabras salieron atropelladamente- Creí que había perdido a mi familia. No me refiero a Valentine. Digo los Lightwood. Creí que ya no querían verme. Creí que no me quedaba nada más en el mundo más que tú. Yo... yo no quería perderte y lo siento. Tenías razón.

-No. Fui una estúpida. Fui mala contigo...

-Tenías todo el derecho de serlo

Él alzo los ojos para mirarla y de pronto ella recordó cuando tenía cuatro años y estaba en la playa, llorando porque el viento había volado el castillo de arena que había hecho. Su madre le dijo que podía ayudarle a hacer otro si quería, pero ella no dejaba de llorar porque creía que lo que había hecho se quedaría ahí para siempre, pero resultó no serlo, sólo era arena que desaparecía con el agua o el aire.

-Lo que dijiste era verdad. Las personas que se preocupan por nosotros podrían salir heridas, si nos dejamos llevar por lo que queremos sentir. Ser tan egoísta, significaría... significaría ser como Valentine -dijo el nombre de su padre con tanta determinación que Clary sintió que le azotaban una puerta en al cara- Desde ahora sólo seré tu hermano -dijo, mirándola como esperando que sonriera agradecida, lo que la hacía querer gritarle que estaba rompiéndole el corazón y que se detuviera de una vez- Es lo que querías ¿no?

Le tomó largo tiempo responder, cuando lo hizo, su voz sonó como un eco, lejano.

-Sí -dijo, y oyó el ruido de las olas en sus oídos y los ojos le picaron como si le hubiera caído arena en los ojos- Era lo que quería

*

Clary caminó sombríamente hasta el Beth Israel y traspuso las puertas de vidrio casi sin ánimos. En cierto modo, estaba agradecida de estar ahí. Lo que más quería en esos momentos era tirarse a los brazos de su madre y llorar, aún cuando no pudiera explicarle a su madre por qué lloraba. Pensándolo bien, sentarse junto a la cama de su madre y llorar parecía la mejor opción. Se había controlado en el Taki's, incluso

había abrazado a Jace y le había dicho adiós cuando se fue. No dejó la máscara de indiferencia hasta que llegó al metro, y entonces se encontró llorando por todo lo que no había llorado, Jace y Simon y Luke y su madre e incluso Valentine. Había llorado tan fuerte como para que el hombre sentado junto a ella le ofreciera un pañuelo, y ella le había gritado: *¿Qué estás mirando, idiota?*, porque era lo que hacías en Nueva York. Después de eso se sintió un poco mejor.

Cuando subió las escaleras, se dio cuenta de que había una mujer ahí. Usaba una capa oscura y larga sobre el vestido, no era algo muy usual en Manhattan. La capa estaba hecha de un material oscuro y sedoso y tenía una capucha, que estaba arriba, escondiendo su cara. Mirando alrededor, Clary no vio que nadie más la estuviera viendo, además de ella misma. Un glamour entonces. Llegó al escalón superior y se detuvo, mirando a la mujer. No podía distinguir su cara. Dijo:

-Mira, si estás aquí para verme, sólo dime qué quieres. No estoy de humor para esto de los glamours y las cosas secretas

Se dio cuenta de que las personas alrededor se detenían y la miraban como una chica loca que hablaba sólo. Peleó con las ganas de enseñarles la lengua a todos ellos.

-Está bien -la voz era gentil, curiosamente familiar

La mujer se hizo hacia atrás y se quitó la capucha. El cabello plateado le cayó sobre los hombros como una cascada. Era la mujer que Clary había visto en el Cementerio de Mármol, la misma que la había salvado del cuchillo de Malik en el Instituto. De cerca, Clary pudo ver que tenía una cara que era demasiado angulosa, demasiado afilada para ser bonita, aún así, por sus ojos asomaba una mirada de cariño.

-Mi nombre es Madeleine. Madeleine Bellefleur

-¿Y...? -dijo Clary- ¿Qué quieres de mí?

La mujer (Madeleine) dudó.

-Conocí a tu madre, Jocelyn -dijo- Éramos amigas en Idris

-No puedes verla -dijo Clary- No se permiten más visitantes que familiares hasta que mejore

-Pero no mejorará

Clary sintió como si la hubieran golpeado en la cara.

-¿Qué?

-Lo siento -dijo Madeleine- No quería molestarte. Es sólo que yo sé que lo que tiene Jocelyn no es algo que un hospital mundano pueda curar. Lo que le pasó, ella se lo hizo, Clarissa

-No. No entiendes. Valentine...

-Lo hizo antes de que Valentine la atrapara. Para que no pudiera sacarle información. Lo planeó así. Era un secreto, un secreto que sólo compartió con otra persona, y le dijo que sólo una persona podría revertir el hechizo. Ésa persona soy yo.

-¿Quieres decir que...?

-Sí -dijo Madeleine- Quiero decir que puedo decirte cómo despertar a tu madre.